
Christina Courtenay
Vientos
Alisios
Libros de
seda
Vientos alisios

Christina Courtenay

Vientos Alisios



¿Un matrimonio de conveniencia o el amor de su vida? Corre el año 1732 en Gotemburgo, Suecia, y Jess Van Sandt sabe muy bien que el suyo es un mundo de hombres. Convencida de que su padrastro le está escamoteando la herencia que le corresponde, se decide a impedirlo. Y la solución se presenta en forma de un escocés muy atractivo, Killian Kinross, que ha sido él mismo desheredado por su abuelo.

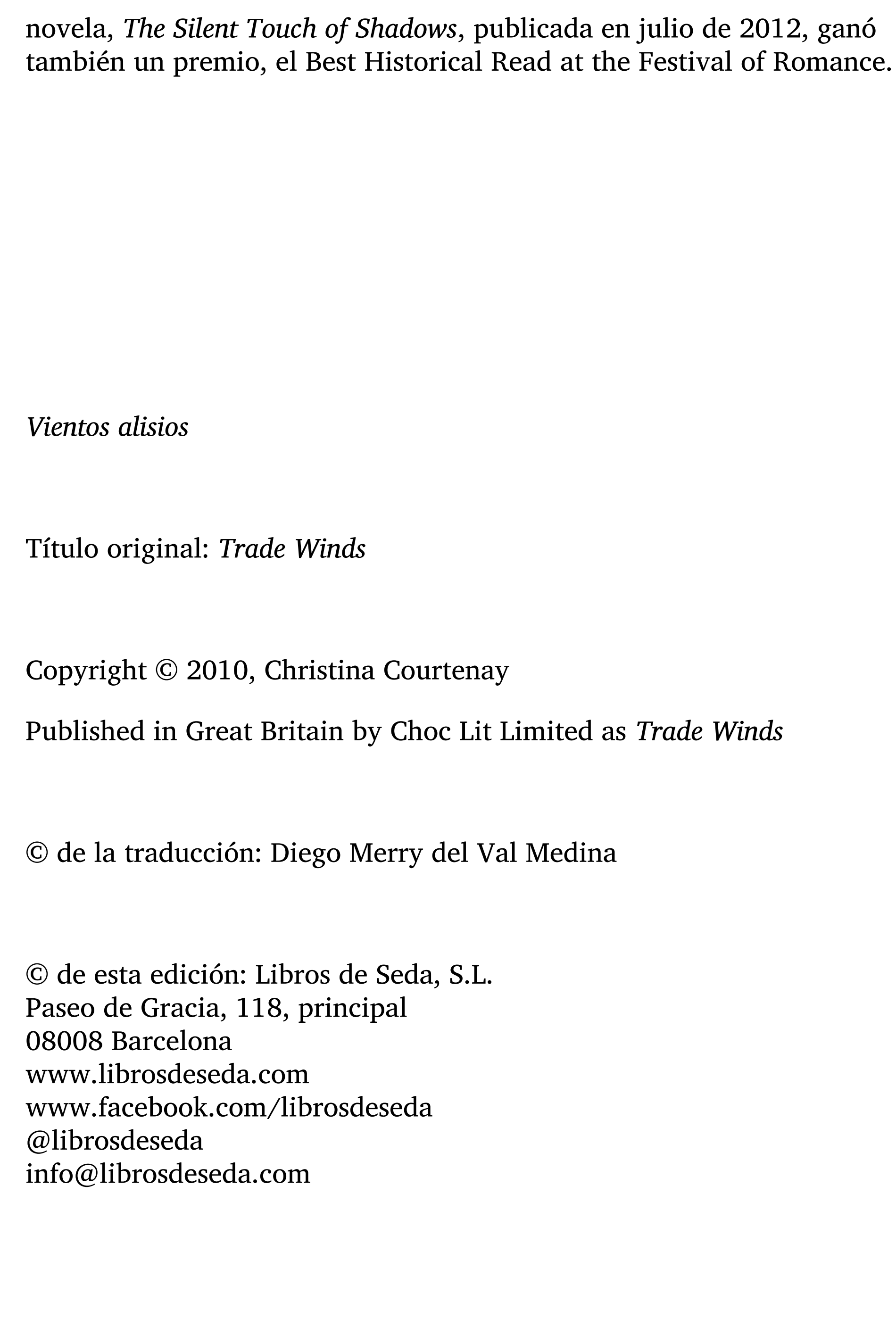
Jess se siente intrigada y enfurecida por el joven a partes iguales. En un intento de recuperar su fortuna, le propone un matrimonio de conveniencia. En ese momento, a Killian le ofrecen la oportunidad de su vida: participar en una expedición de la Compañía Sueca de las Indias Orientales, y está decidido a que nada ni nadie, ni siquiera su nueva esposa, se interpongan en su camino.

Zarpa rumbo al Lejano Oriente, convencido de que deja atrás sus sentimientos y su pasado. Sin embargo, el viaje acaba por no salir como esperaba…



Christina Courtenay vive en Herefordshire, está casada y tiene dos hijos. Nacida en Inglaterra, es hija de madre sueca y fue en el país de su madre donde creció, Suecia. Cuando era una adolescente, la familia se trasladó a Japón y desde allí pudo viajar por todo el Lejano Oriente.

Es la vicepresidenta la la Romantic Novelists' Association. En 2011, su primera novela, *Vientos Alisios*, publicada en el verano de 2010, resultó seleccionada entre las finalistas al premio de la Romantic Novelists' Association's Award for Best Historical Fiction. Su segundo libro, *El Kimono Escarlata*, ganó el premio Big Red Reads Best Historical Fiction Award. En 2012, fue la ganadora del Best Historical Romantic Novel (RoNA) con *Tormentas en las Tierras Altas*. Su cuarta



novela, *The Silent Touch of Shadows*, publicada en julio de 2012, ganó también un premio, el Best Historical Read at the Festival of Romance.

Vientos alisios

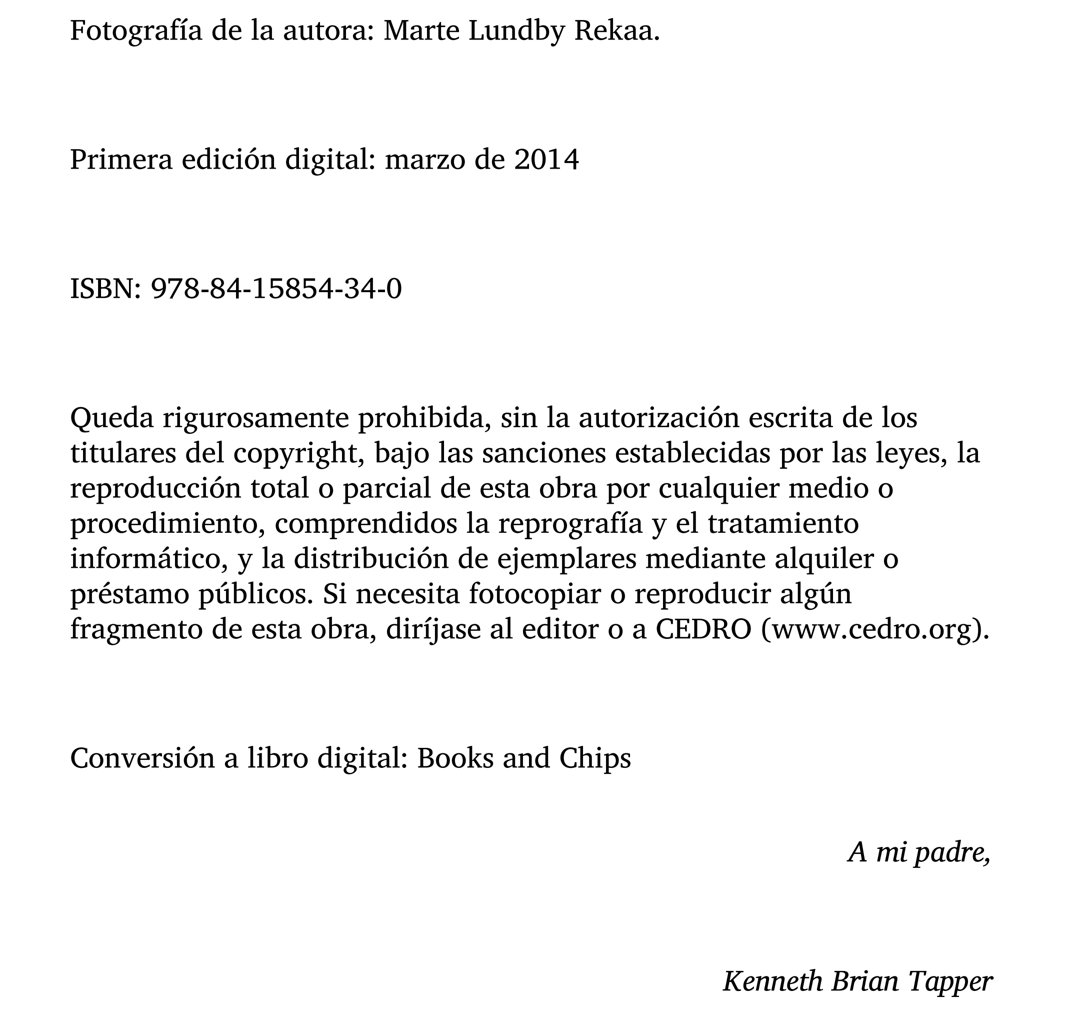
Título original: *Trade Winds*

Published in Great Britain by Choc Lit Limited as *Trade Winds*

Paseo de Gracia, 118, principal
08008 Barcelona
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta y maquetación: Germán Algarra

Imagen de la cubierta: Depositphotos



Fotografía de la autora: Marte Lundby Rekaa.

Primera edición digital: marzo de 2014

ISBN: 978-84-15854-34-0

Conversión a libro digital: Books and Chips

A mi padre,

Kenneth Brian Tapper

(1933-2004)

Agradecimientos

En primer lugar me gustaría dar las gracias más efusivas a todo el equipo de Choc Lit, por haber valorado mi historia y por lo fantástico que ha sido trabajar con ellos.

En segundo lugar, debo reconocer honestamente que habría abandonado el proyecto de este libro hace mucho tiempo si no me hubiera unido a la Asociación de Novelistas Románticos *(Romantic Novelists Association, RNA)*. En particular me gustaría dar las gracias a Margaret James y a Nicola Cornick (los organizadores del *New Writers Scheme*), Katie Fforde, Eileen Ramsay, Rachel Summerson, Hilary Johnson y Mary DeLaszlo por la forma en que me han animado en todo momento.

Algunos de mis amigos merecen un agradecimiento especial: Henriette Gyland y Gill Stewart, mis brillantes compañeros críticos, Giselle Green, Victoria Connelly, Catriona Robb y Myra Kersner, quienes se negaron a dejarme abandonar cuando las cosas se ponían difíciles, y Tina Brown y Caroline Dahlén, que siempre están ahí cuando las necesito. Cecily Bomberg y su círculo de escritores, Neil, Lorraine, Caroline, Helen y los dos Killian (lo siento, chicos, por usar vuestro nombre en este libro) por sus valiosas críticas y su constante estímulo.

Agneta Hermansson y su equipo del Museo de la Ciudad de Gotemburgo me prestaron una gran ayuda e hicieron de mi trabajo de investigación una maravillosa experiencia. *Tack Agneta och dina medhjälpare!*

Y por último, pero no menos importante, gracias a mi familia y a mis amigos y a todos los que de verdad creyeron en mí. Ya sabéis a quiénes me refiero.

Capítulo 1

Edimburgo (Escocia)
Agosto de 1731

—Estás en racha, Kinross, pero ya no puede durar. Lanza los dados una vez más y verás que tengo razón.

Killian Kinross miró fijamente al hombre sentado frente a él y sopesó el riesgo. Sobre la mesa se amontonaba el dinero ganado hasta el momento, una suma considerable. Sin embargo, por aquellos días se mostraba muy prudente, demasiado como para confiar a ciegas en la caprichosa Fortuna. Como de costumbre, en caso de emergencia, había tomado la precaución de deslizar algunas monedas en su bolsillo, para salvaguardar una parte de los beneficios, mientras los demás no miraban.

Kinross echó un vistazo a sus ganancias. Le tentaba la posibilidad de recoger todo y levantarse de la mesa, pero el juego era su única fuente de ingresos y tenía la reputación de ser un hombre que rara vez dice no a una mano. La posibilidad de futuros ingresos hacía deseable que las cosas siguieran así.

—No le queda nada con qué apostar, McGrath —dijo, arrastrando las palabras—. ¿No sería mejor que se marchara a casa a lamerse las heridas?

Los otros dos hombres sentados a la mesa lanzaron murmullos de aprobación, con voz pastosa por el exceso de vino. McGrath no había bebido tanto y clavó la mirada en su interlocutor.

—Todavía me queda mi barco. Lo apuesto contra todo lo que ha ganado esta noche —dijo.

—¿Ese viejo colador? —respondió Kinross en tono burlón, aunque de hecho nunca lo había visto— ¿Para qué iba yo a quererlo? Además, a usted le va a hacer falta, ahora que acabo de desplumarle. ¿Cómo piensa, si no, ganarse la vida?

Aunque McGrath era un palurdo que no merecía ninguna consideración, Kinross no buscaba arruinar a sus rivales en el juego. Granjearse tal fama sería una estupidez, ya que entonces otros podrían evitar sentarse frente a él, lo cual equivaldría poco menos que a un desastre.

—Si no me recupero, no tendré posibilidad de comprar ningún cargamento —gruñó McGrath—, así que no pierdo nada por arriesgarme.

Killian estudió a su oponente durante unos instantes, mientras

consideraba sus opciones. Podía perder una gran suma de dinero. Por otra parte, si rehusaba, McGrath podría considerarlo un cobarde y difundir rumores al respecto. Tomó una decisión.

—Muy bien, si está empeñado en destruirse a sí mismo, adelante —dijo con voz que transmitía mayor tranquilidad de la que en realidad sentía. Lo cierto era que las probabilidades estaban del lado del rival y ambos lo sabían.

McGrath sonrió con suficiencia y su expresión depredadora mostró a Killian la seguridad que tenía de ganar aquella vez.

—Excelente, pero antes un poco más de vino. ¡Eh, tú, chica! —gritó a una de las muchachas que servían en el local y que pasaba por allí—. Trae un poco más de ese orín que llamáis Borgoña.

La joven lanzó al hombre una mirada de profunda aversión, aunque hizo lo que se le mandaba. A su regreso, sin embargo, se situó de forma desafiante junto a Killian, en lugar de hacerlo junto a McGrath, y se inclinó en el ángulo adecuado para ofrecerle una visión muy completa de sus atributos.

—¿Desea algo más, señor? —le dijo, tocándole el brazo.

Killian negó con la cabeza, sonriente, y la observó mientras ella se contoneaba en dirección a otra mesa.

—Eres demasiado guapo para tu propia seguridad —le dijo Rory Grant, su viejo amigo y compañero de juego, mientras le palmeaba festivamente el hombro—. Deberías dejar alguna dama libre para los demás.

—Y tú no deberías beber tanto, así también te mirarían a ti —respondió Killian—. Tal como vas, no les servirías de mucho.

—Rory tiene razón —terció el cuarto hombre sentado a la mesa, Dougal Forster, mientras asentía con la cabeza de forma algo exagerada—. Contigo cerca, a los demás ni nos miran. No es justo.

Killian no sabía si reírse o enfadarse. Era consciente de que a las mujeres les gustaba lo que veían cada vez que le echaban el ojo. Desde siempre se había negado a llevar peluca y su tupido cabello de color castaño rojizo, sus brillantes ojos azules y sus facciones regulares provocaban miradas de deseo por parte del sexo opuesto. Era algo a lo que se había acostumbrado y en lo que rara vez pensaba. Por otra parte, ni Rory ni Dougie andaban mal en lo que se refiere a aventuras

amorosas, aunque ninguno pudiera competir con Killian en cuestión de atractivo físico. Alto, rubio y de trato afable, Rory podía resultar encantador para la mayoría de las mujeres, si se lo proponía, y en cuanto a Dougal, aunque de menor estatura y cabello oscuro, era de tan buena condición que se hacía querer por todo el mundo. Killian decidió hacer caso omiso de sus comentarios. A la mañana siguiente ni se acordarían de la conversación.

—¿Vamos a jugar o no?

El tono desafiante de McGrath devolvió a Killian al asunto que tenían entre manos. Asintió con la cabeza.

—¿Quiere usted lanzar primero? —dijo.

—Sí, por supuesto —respondió McGrath mientras agarraba el cubilete y lo agitaba. Sin embargo, se detuvo en seco—. Solo una cosa. Vamos a pedir que nos traigan otros dados. Por si acaso.

Killian frunció el ceño.

—¿Me acusa de hacer trampas? —inquirió.

—No, no, pero no quiero correr ningún riesgo. ¿Acaso me niega mi derecho a cambiarlos?

—Adelante, no tengo ningún problema. Simplemente nos llevará más tiempo, eso es todo.

Killian se encogió de hombros, pero por dentro hervía de indignación. Jamás en su vida había hecho trampas y no pensaba empezar aquel día.

Tras largo rato de espera, les trajeron otros dados y McGrath tomó de nuevo el cubilete. Después de murmurar una serie de invocaciones en gaélico, con objeto de atraer la buena suerte, sacudió el cubilete con todas sus fuerzas y lanzó los dados sobre la mesa.

—Cuatro y seis —indicó Rory, como si los demás no lo vieran por sí mismos—. Lo vas a tener complicado para superar eso, amigo.

Rory intentó palmear de nuevo el hombro de Killian, pero falló y estuvo a punto de caerse de la silla.

—Por Dios, Rory —dijo Killian mientras inspiraba profundamente y trataba de aparentar calma, aunque por dentro se sentía más agitado

aún que los dados con los que estaban jugando. Aquella noche había sacado doble seis en dos ocasiones. No había posibilidad de que volvieran a salir, a menos que ocurriera un pequeño milagro. Maldijo para sus adentros. ¡Debería haberse retirado con sus ganancias cuando estaba a tiempo y al infierno con las consecuencias!

Ahora era demasiado tarde para lamentarse.

Recogió los dados, los metió en el cubilete y comenzó a sacudirlo a su vez. El sonido era familiar, casi reconfortante, pero sabía bien que aquella era una forma estúpida de ganarse la vida. En ocasiones así, lamentaba no haber encontrado ninguna otra manera de hacerlo. Apartó el pensamiento y lanzó los dados sobre la mesa con una floritura de la muñeca.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Rory mientras parpadeaba y se frotaba los ojos. Seguramente los tenía tan irritados como Killian, a causa de lo cargado del ambiente que se respiraba en la taberna, donde el humo de las velas de mala calidad se mezclaba al espeso y gris de una lumbre alimentada con leña verde.

—¿Seis y cinco? ¡No me lo creo! —rugió McGrath mientras volcaba la mesa. Dougie, que había estado a punto de quedarse dormido en su taburete, cayó al suelo y se quedó allí sentado, mirando a su alrededor con expresión de pasmo absoluto. La mayor parte de las monedas habían ido a parar a su regazo, pero no parecía darse cuenta.

—¡No puedes tener tanta suerte, Kinross! —siguió aullando McGrath— ¡Es imposible!

—¿Qué quiere decir? —respondió Killian, con ojos entrecerrados debido a la justa ira que se apoderaba de él. Ya estaba harto de las insinuaciones de McGrath—. Mida sus palabras. Es la primera vez en mi vida que veo esos dados y usted lo sabe.

Sin embargo, McGrath no atendía a razones. El rostro se le había puesto amoratado de rabia y su garganta parecía incapaz de emitir sonido alguno. En lugar de responder, lanzó los puños contra Killian.

La taberna se vio de pronto sacudida por una frenética agitación que hizo tambalear mesas, bancos y taburetes. Todo el mundo se había dado cuenta de que se estaba desencadenando una pelea y nadie quería perderse el espectáculo. Los dos contendientes se vieron rápidamente rodeados por una multitud que los animaba con consejos e insultos a partes iguales. La mayoría de los espectadores ni siquiera conocían el motivo de la riña, pero les daba igual. La emoción del

combate era lo único que les importaba.

Killian no hizo caso a los observadores y se concentró en el hombre que tenía delante. Esquivó con facilidad el primer ataque, fintó a la izquierda, después a la derecha y lanzó con rapidez el puño. No era aquella la primera vez que se veía arrastrado a una pelea y había tenido que aprender a defenderse por las bravas.

McGrath se abalanzó repetidas veces contra él, impulsado por el aporte extra de fuerza que le proporcionaba su propia furia, pero los rápidos reflejos de Killian lo mantenían a distancia. Una y otra vez, los puñetazos de Killian alcanzaban su objetivo, mientras que la mayoría de los de su rival caían en el vacío. McGrath acabó por retroceder, con un gruñido de furia, y se sacó de la manga un cuchillo de aspecto letal.

—Ahora veremos —murmuró entre dientes y con sonrisa de triunfo, mientras se pasaba el cuchillo de una mano a otra para demostrar su habilidad. Killian respiró hondo y sintió que un escalofrío de intranquilidad le recorría la espalda. Un intercambio de puñetazos era una cosa, pero una pelea a cuchilladas era otra muy diferente. Debía detener aquello y hacerlo rápido.

McGrath atacó y Killian evitó la hoja centelleante con un paso de bailarín. Antes de que su oponente tuviera tiempo siquiera de pestañear, respondió con un golpe cegador, más rápido que la mordedura de una víbora. Sus nudillos impactaron contra la sien izquierda de McGrath, impulsados por toda la fuerza de su musculoso brazo y de su hombro. Aprovechando el aturdimiento momentáneo de su contrincante, Killian lo agarró por la muñeca con las dos manos y se la retorció hasta que el cuchillo cayó al suelo.

McGrath trató de contraatacar, pero con su cintura fláccida y con el estómago a rebosar de vino no era rival para un hombre más joven y en plena forma. Un nuevo puñetazo de Killian le hizo caer de espaldas contra la multitud, la cual, con una sonora ovación, volvió a empujarlo contra su enemigo. Killian apresó a su oponente por la garganta con ambas manos y lo empujó contra la pared más cercana.

—Nunca hago trampas —dijo con un siseo—. ¿Lo reconoce?

McGrath trataba desesperadamente de tomar aire y lanzó una mirada asesina, pero no dijo nada. Killian lo golpeó de nuevo contra la pared y aumentó la presión sobre la traquea que mantenía aprisionada.

—Usted mismo cambió los dados —insistió.

Como respuesta, McGrath intentó lanzar unos cuantos puñetazos contra las costillas de Killian, pero, falto de aire, sus esfuerzos no causaron gran impacto. Enseguida se quedó sin aliento y su rostro enrojeció aún más.

—Está bien, suélteme —articuló por fin. Killian le soltó el cuello, aunque, por si acaso, le sujetó las manos contra la pared.

—¿Y bien? —dijo, perentorio.

—Ya le he dicho que está bien —dijo McGrath con voz ronca y gutural —. El maldito barco es suyo. Haga que me traigan papel, tintero y una pluma.

Killian aguardó unos instantes, con la mirada clavada en los ojos de McGrath, hasta que juzgó que era seguro liberarlo. Entonces hizo una señal a uno de los sirvientes.

—Ya ha oído al hombre. Traiga por favor recado de escribir —dijo.

La multitud empezó a dispersarse y algunos de los espectadores felicitaron a Killian por su habilidad en el combate con palmadas en la espalda. Él se limitó a agradecérselo con inclinaciones de cabeza. Todo aquel episodio había sido innecesario y desde luego no había sido su intención proporcionar el espectáculo de la velada.

Mientras McGrath masajeaba su maltrecho cuello, Killian y Rory enderezaron la mesa y se inclinaron para recoger las monedas que habían ido a parar al regazo de Dougie y las que estaban esparcidas por el suelo. Unas cuantas de ellas debían de haberse perdido, al rodar bajo los pies de los que miraban, pero a Killian no le importaba. Solo deseaba marcharse lo más aprisa que fuera posible.

El hedor de la multitud de cuerpos sin lavar, unido al humo acre de las velas y de la lumbre, le provocaron una súbita arcada. El avinagrado morapio barato que había ingerido no ayudaba a aliviar su malestar. Juró que aquella era la última vez que pasaba el tiempo en un lugar como aquel. Tenía que haber otras cosas en la vida.

Killian aguardó mientras McGrath escribía una nota en la que le cedía la propiedad del barco.

—Necesito testigos —dijo el hombre, taciturno y desabrido, pero de nuevo dueño de sus actos—. ¿Hay alguien aquí que pueda firmar?

Dos hombres se adelantaron y estamparon sus rúbricas en el

documento, que McGrath arrojó a Killian.

—Espero que algún día reciba lo que se merece —escupió mientras abandonaba el local con un sonoro portazo.

Killian lo siguió con la mirada durante unos instantes y a continuación se agachó para ayudar a Dougie a levantarse del suelo, donde había permanecido sentado desde que cayera de su taburete.

—Rory, ayúdame a sacar de aquí a este botarate. No puedo soportar más este lugar —dijo.

Rory hizo lo que pudo, pero fue sobre todo Killian quien, medio a rastras y medio a cuestas, sacó a su amigo a la calle. Aliviado de encontrarse por fin fuera, aspiró profundas bocanadas del aire fresco de la noche.

—Tengo que largarme de aquí —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

Rory hipó y a continuación se echó a reír.

—Bueno, ahora puedes ser capitán de barco —dijo—. ¿Cuándo zarpamos?

Capítulo 2

Capítulo 2

Gotemburgo (Suecia)

Jessamijn Van Sandt entró en la habitación que había sido el estudio de su padre y sintió que se le encogía el corazón. Al cerrar los ojos casi podía verlo allí sentado, en su tranquilo refugio, donde la recibía con la sonrisa radiante que reservaba solo para ella. Por desgracia, se había marchado para siempre. En su lugar estaba Robert Fergusson, el padrastro que ella nunca había deseado y por quien jamás había sentido aprecio. Un hombre que, en su opinión, no debía estar allí. El usurpador.

—Así que has vuelto —comentó él.

Jess se limitó a asentir con la cabeza ante la obviedad.

—Confío en que tu estancia en el campo haya sido agradable —dijo. Su voz era afable, como si ella se hubiera marchado por motivos de placer, cuando en realidad era él quien la había obligado a partir hacía un año.

Jess se mordió la lengua para no lanzarle una respuesta contundente. La expresión benévola de Fergusson no la engañaba ni por un instante. Lejos de ello, le recordaba lo precario de su situación. Robert había hecho caso omiso de todas las cartas en las que ella le suplicaba que la permitiera regresar, aunque finalmente había dado su brazo a torcer. Jess ignoraba la causa, pero era muy consciente de que él podía dar la vuelta a la situación en un instante, en cuanto ella diera un paso en falso.

—Sí, gracias —respondió—, y fue muy amable por tu parte enviarme a la señora Forbes para que me hiciera compañía.

Robert frunció el ceño, como si no estuviera seguro de la sinceridad de su interlocutora. Ella lo miró fijamente a los ojos, para convencerle de que no fingía, y él se relajó. Aquello era en parte cierto, al fin y al cabo, pensó Jess. La señora Forbes, pariente de Fergusson, había sido su carcelera y nadie la habría considerado una compañía estimulante. Sin embargo, sin ella, los meses de encierro habrían parecido aún más largos.

—Me ha comentado que has sido todo un ejemplo de buen comportamiento —dijo él y juntó las puntas de los dedos, como formando una pirámide con las manos, para observarla por encima. Los ojos oscuros y profundos estudiaban a Jess desde la sombra de sus espesas cejas. Aquella mirada penetrante resultaba en extremo desazonadora—. Espero que sigas así aquí, en Gotemburgo.

Jess asintió de nuevo con la cabeza. No se atrevía a abrir la boca, por temor a mostrar sus verdaderos sentimientos.

—Solo una pequeña advertencia —añadió él—. Creo que todo el mundo ha olvidado ya tu desafortunada amistad con el joven señor Adelsten el año pasado. En cualquier caso, la prudencia aconseja que no vuelvas a buscar su compañía.

—No tengo la menor intención de hacerlo —respondió Jess, ahora sin mirar a Robert, ya que eso era justamente lo que tenía planeado.

El ardiente cortejo de Karl Adelsten había terminado el mismo día en que se presentó para pedir a Robert la mano de Jess. Aquello la tenía desconcertada y deseaba saber qué era lo que le había hecho cambiar de opinión tan bruscamente. Resultaba obvio que Robert tenía algo que ver en ello. ¿Qué le habría dicho al joven? Cuanto más pensaba en ello, más segura estaba de que su padrastro tenía algún motivo oculto para desear que ella siguiera soltera.

Jess recordaba muy bien la conversación que sostuvo con Robert el día en que él la mandó al exilio. Se le había quedado grabada en la memoria, palabra por palabra.

—Ha venido un joven esta tarde a pedirte en matrimonio —había dicho Robert—. Siento decir que lo he despedido. Me ha parecido totalmente inadecuado.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que inadecuado? —exclamó Jess mientras sentía que algo se desplomaba dentro de ella. Su profunda decepción la hizo explotar—. Eso no es cierto. Deseo casarme con Karl. ¡Le quiero!

Al oírse a sí misma pronunciar por primera vez aquellas palabras, se sintió de pronto insegura. Le quería ¿cierto? Y él había dicho que la quería a ella...

—Bah, el amor —dijo Robert con un gesto desdeñoso de la mano, como si tal cosa no existiera, y sonrió—. Un capricho de juventud. Eso no tiene nada que ver con la cuestión. No, no, el matrimonio es un asunto serio y estoy seguro de que eres consciente. En todo caso, el muchacho es demasiado pobre.

—Nada de eso. Es de familia aristocrática — respondió Jess.

—Sé de buena tinta que el padre del señor Adelsten se encuentra en dificultades financieras, sea o no de noble ascendencia —replicó a su

vez Robert—. Hay mejores partidos.

—No aquí, en Gotemburgo —dijo Jess—, ni en ninguna otra parte de Suecia.

La joven apretó los dientes y ahogó las palabras iracundas que ardía por lanzar a su padrastro. ¿Cómo podía ser tan ciego? Karl era perfecto en todos los aspectos. Su familia había sido prominente en la región a lo largo de muchas generaciones. ¿Por qué no podía ver Robert las ventajas de aquella circunstancia?

—Tonterías —dijo él—. Además, deberías casarte con un extranjero como tú, y no con un sueco. Es lo que tu madre preferiría.

Jess frunció el entrecejo. Su padre era holandés, bien es cierto, pero la familia se había trasladado a Suecia cuando ella era solo un bebé. Nunca había vivido en ningún otro sitio y no se consideraba una extranjera, aunque hablara holandés e inglés además de sueco. El propio Robert llevaba allí diez años y había obtenido la nacionalidad sueca, aunque ella sabía que su único motivo eran las ventajas que le proporcionaba desde el punto de vista de los negocios.

—Mi madre nunca me ha dicho nada semejante —arguyó Jess—. Yo creo que ella solo quiere que me case bien y Karl es el tercer pretendiente que has despedido en otros tantos años.

Jess sentía hervir la frustración en su interior. Se había alegrado de que los otros dos pretendientes fueran rechazados, pero Karl era diferente. La hacía sentir deseable, bella, aunque ella misma era consciente de que solo resultaba pasablemente bonita, como mucho. Su cabello de un rubio casi blanco y sus ojos de tono gris claro no llamaban la atención. Tampoco su pequeña estatura o su figura, que si bien resultaba agradable, no era nada fuera de lo corriente. Sin embargo, Karl la había perseguido con tanta determinación que la había convencido de su sinceridad.

En realidad, él era prácticamente su última esperanza. Jess estaba a punto de cumplir veinte años y, si Robert rechazaba a más pretendientes, corría el peligro de que dejaran de hacerle proposiciones y acabar siendo una solterona. Decidió pulsar una cuerda diferente.

—Quizá sea mejor casarse con un noble sueco que con el hijo de un comerciante holandés o escocés, sea o no rico —dijo—. Piensa en las conexiones familiares, en las posibilidades de negocio.

Robert sacudió la cabeza.

—Dudo mucho de que fuera de alguna utilidad a ese respecto —replicó—. No debemos entregar tu dote al primero que pase. La gente así, nacida en la opulencia, derrocha el dinero sin más, sin pensar para nada en el futuro. Carecen por completo de sentido de los negocios y no tienen ni la menor idea de cómo ganar dinero. Pregúntale. Estoy seguro de que te dirá que no tiene ningún interés en tales cosas.

Jess lo miró con ojos entrecerrados, mientras sus pensamientos cabalgaban furiosos. Sentía que en todo aquel asunto había algo oculto, más allá de las apariencias. Su padre le había proporcionado una educación que iba mucho más allá de lo habitual para una muchacha y estaba muy lejos de ser una estúpida. En los últimos tiempos había empezado a sospechar que Robert pretendía mantenerla siempre bajo su férula, tanto como le fuera posible. Solo había una razón por la que podía desear algo así: mientras mantuviera el control de la parte del negocio que pertenecía a Jess, podría utilizarla para sus propios fines. ¿Estaba invirtiendo su dinero en empresas que nunca la beneficiarían?

No tenía ningún derecho.

—¿No es ese un argumento bastante discutible? —arguyó por fin—. Cuando me case, mi dote consistirá en la mayor parte del negocio. Lo sé, porque mi padre me dijo que lo heredaría todo. Si mi futuro marido no tiene interés en esas actividades, siempre puede vender la compañía.

Robert la miró con aire de sorpresa.

—Me temo que estás en un error. El testamento de tu padre no decía nada parecido. Se lo dejó todo a tu madre y, puesto que soy ahora su marido, administro sus propiedades, como es natural. Existe una cláusula según la cual tu madre deberá pagar a tu futuro marido una dote de tres mil táleros de plata. Por supuesto, honraré los últimos deseos de tu padre a ese respecto, pero puedo garantizarte que tal suma no da para financiar el estilo de vida al que está acostumbrado el señor Adelsten.

Profundamente impresionada por aquellas palabras, Jess miró a Robert con rostro incrédulo. Sacudió la cabeza despacio, mientras trataba de asimilar lo que acababa de oír. Sencillamente, aquello no tenía sentido.

—No puede ser —murmuró—. Eso no tiene nada que ver con lo que

me dijo mi padre. ¿Estás seguro de que se trata del auténtico testamento?

Robert la miró sin inmutarse.

—Solo había uno, por lo que yo sé —dijo—. Era legal, firmado por tu padre y autentificado por testigos. Sea lo que sea lo que te haya dicho, tenemos que respetar la voluntad escrita, que tiene precedencia sobre cualquier promesa irreflexiva que haya podido hacer.

—¿Podría echar un vistazo al testamento, por favor? —pidió Jess.

Robert se puso rígido. Obviamente, no le gustaba la insistencia de ella.

—Eso no va a ser posible. El testamento quedó en poder del magistrado, después de su validación. Dudo que todavía lo conserve, después de todo este tiempo.

Los argumentos de Robert no convencían a Jess, pero ella se daba cuenta de que no tenía pruebas de ningún tipo de infracción. Lo único que tenía era una persistente sensación de inquietud. La manera en que la habían alejado justo después de la muerte de su padre, a pesar de haberse resistido con uñas y dientes para que la dejaran permanecer en Gotemburgo, hacía aumentar sus sospechas. Robert había anunciado que la enviaban al campo para que sanara de las heridas de su corazón, pero ella sabía bien que aquello no era más que una simple excusa.

Un año después, a su regreso, no podía ignorar la sensación de haber sido engañada. Su padre le había dicho que ella lo recibiría todo, excepto una participación del diez por ciento que ya era propiedad de Robert. Aunque, siendo una mujer, no podría llevar ella misma el negocio, su padre le había enseñado lo suficiente como para que pudiera supervisar a cualquiera que contratara para la tarea.

—No quiero que te engañen —le había dicho—. Tienes que ser la única que tome las decisiones.

Ambos sabían que la madre de Jess, Katrijna, jamás podría sobrellevar una carga semejante. ¿Por qué razón, entonces, habría podido cambiar de opinión tan repentinamente y haberle dejado todo a su mujer? No era algo propio de él.

No, definitivamente Robert ocultaba algo y Jess estaba decidida a averiguar de qué se trataba. Lo haría tanto por su padre como por ella misma. Sin embargo, sabía leer entre líneas y era consciente de la

amenaza implícita en las palabras de su padrastro: si no actuaba como le decían, la castigarían de nuevo.

—Muy bien, puedes retirarte —dijo por fin Robert—. Espero que hayas aprendido la lección. Los hombres declaran su amor por ti y al minuto siguiente cambian de opinión. El mundo es así.

—Oh, sí, definitivamente he aprendido la lección —respondió Jess—. A partir de ahora, mantendré mi corazón bien resguardado.

«Y también mis pensamientos, sobre todo los que tienen que ver contigo», se dijo para sus adentros, antes de abandonar la habitación con la cabeza muy erguida y cerrar tras de sí la puerta lo más suavemente que pudo —tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no dar un portazo.

«Este hombre es insufrible», pensó Jess. Bueno, ya le enseñaría. Seguramente pensaba que tenía la sartén por el mango, pero ella no había sido derrotada todavía.

Capítulo 3

Capítulo 3

Edimburgo (Escocia)

¿Qué demonios iba a hacer con un barco? Killian daba vueltas a la idea mientras se dirigía a su alojamiento después de haber acompañado a sus amigos. Necesitaba un cambio de escenario en su vida, eso estaba claro, pero no sabía prácticamente nada de navegación o de comercio. Las veces que había reflexionado sobre ello había pensado en algo menos drástico. Una estancia prolongada en Londres, tal vez.

Casi todo el mundo había oído hablar de los elegantes salones de juego de la capital y Killian imaginaba que tal vez podría probar suerte allí. Sin embargo, aquello significaría continuar con su actividad en un lugar diferente, nada más. Suspiró. Era una pena que no hubiera conseguido ganar una finca en el campo o algo más útil. Por desgracia, la mayoría de los terratenientes no eran tan estúpidos como para jugarse sus propiedades a los dados. ¿Lo serían tal vez los *sassenachs*[1]…?

Los pasos de Killian resonaban en el adoquinado de los callejones y de las plazoletas. Era tarde y las calles estaban casi vacías, pero él se mantenía alerta, por si se topaba con algún atracador. En los tramos entre una casa y otra reinaba la oscuridad y no deseaba verse sorprendido, sobre todo con los bolsillos llenos de dinero.

Llegó por fin a su alojamiento, un par de estrechas habitaciones en el primer piso de un edificio que había conocido mejores días. Estaba situado en la zona más insalubre de Edimburgo, no lejos de Holyrood. Aunque era un lugar sórdido, que hedía a moho y a basura, Killian se las arreglaba para hacer caso omiso la mayor parte del tiempo. Habría preferido otra clase de alojamiento, por supuesto, pero no le apetecía mudarse. La anciana casera sentía debilidad por él y había aguardado pacientemente en más de una ocasión en la que él se había retrasado en el pago de la renta. Había épocas en que no tenía casi ni para comer, no digamos para pagar el alquiler, pero la señora McIver nunca le apretaba las tuercas. Era un pedazo de pan, una joya rara.

Al cruzar la puerta, Killian tropezó con un bulto blando que había en el suelo. El bulto lanzó un chillido amortiguado y el joven dejó escapar un juramento.

—¡Adair! ¿Qué diablos haces ahí? —gruñó mientras trastabillaba hasta la cómoda y encendía una vela.

Adair, un muchacho de aspecto desaliñado, de negra melena enredada y crespa, se levantó y se frotó las costillas.

—Duele —murmuró mientras pestañeaba y bostezaba, abriendo mucho la boca. Sus ojos ambarinos, que se antojaban demasiado grandes para sus pequeñas facciones, le lanzaron una mirada de reproche.

—Bueno, y ¿por qué diantre tienes que dormir junto a la puerta? —dijo este—. Tienes un colchón estupendo ahí, junto a la chimenea.

Killian miró al muchacho y reprimió sus deseos de agarrarlo por el cuello. Le entraban ganas de hacerlo unas diez veces al día, así que no era nada nuevo.

Adair era un criado de lo menos diligente que pudiera imaginarse. Cumplía las tareas que se le asignaban cada día y nada más, pero era leal hasta el extremo. Además, resultaba de gran utilidad cuando se presentaba algún negocio ligeramente turbio. Antes de servir a Killian había sido carterista y ladrón. El joven jugador lo había visto por primera vez en una sucia taberna, donde se puso a observarlo en plena acción. Fascinado por la habilidad del muchacho, había ido en su busca al acabar la partida de la noche.

No tuvo que ir lejos, pues lo encontró en el patio trasero del local, donde el dueño le estaba dando una soberana paliza. El chico pedía socorro mientras el hombre no paraba de vociferar y maldecir.

—¡Tenéis prohibido entrar aquí, tú y los de tu calaña! ¿No te lo he dicho ya más veces? Robáis a mis clientes y fastidiáis mi negocio. ¿Cómo van a pagar sus cervezas si les birláis la cartera? ¡Sucio ladronzuelo! Voy a entregarte a la justicia y después te...

Killian intervino. Separó al hombretón del muchacho, que tenía un ojo a la funerala y el labio partido y sangrando.

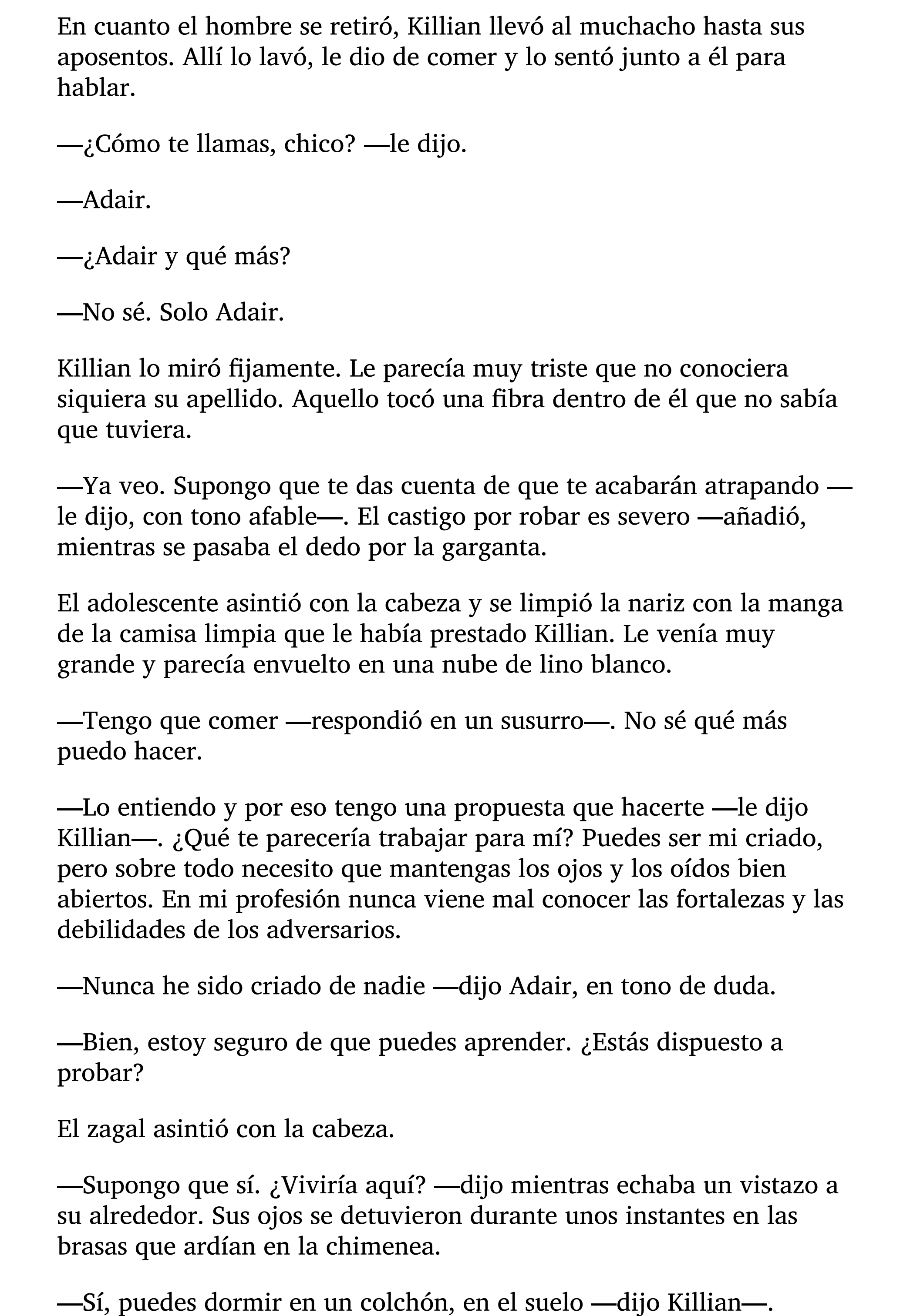
—Déjemelo a mí, señor —dijo—. El muchacho va conmigo. Tenga, le pago esto como compensación por las pérdidas y le garantizo que no volverá. ¿Es suficiente para satisfacerle?

El tabernero lo miró fijamente, aún sofocado por la rabia, pero la visión de las monedas de plata en la mano extendida de Killian le hizo recobrar la calma.

—Muy bien, pero no quiero volver a verlo nunca. ¿Está claro? —dijo.

Killian asintió.

—Tiene mi palabra.



En cuanto el hombre se retiró, Killian llevó al muchacho hasta sus aposentos. Allí lo lavó, le dio de comer y lo sentó junto a él para hablar.

—¿Cómo te llamas, chico? —le dijo.

—Adair.

—¿Adair y qué más?

—No sé. Solo Adair.

Killian lo miró fijamente. Le parecía muy triste que no conociera siquiera su apellido. Aquello tocó una fibra dentro de él que no sabía que tuviera.

—Ya veo. Supongo que te das cuenta de que te acabarán atrapando —le dijo, con tono afable—. El castigo por robar es severo —añadió, mientras se pasaba el dedo por la garganta.

El adolescente asintió con la cabeza y se limpió la nariz con la manga de la camisa limpia que le había prestado Killian. Le venía muy grande y parecía envuelto en una nube de lino blanco.

—Tengo que comer —respondió en un susurro—. No sé qué más puedo hacer.

—Lo entiendo y por eso tengo una propuesta que hacerte —le dijo Killian—. ¿Qué te parecería trabajar para mí? Puedes ser mi criado, pero sobre todo necesito que mantengas los ojos y los oídos bien abiertos. En mi profesión nunca viene mal conocer las fortalezas y las debilidades de los adversarios.

—Nunca he sido criado de nadie —dijo Adair, en tono de duda.

—Bien, estoy seguro de que puedes aprender. ¿Estás dispuesto a probar?

El zagal asintió con la cabeza.

—Supongo que sí. ¿Viviría aquí? —dijo mientras echaba un vistazo a su alrededor. Sus ojos se detuvieron durante unos instantes en las brasas que ardían en la chimenea.

—Sí, puedes dormir en un colchón, en el suelo —dijo Killian—. Recibirás tu comida a diario y te compraré ropa nueva y zapatos.

—Bueno, lo intentaré —resolvió Adair.

Aquel había sido el comienzo de una relación harto improbable a priori, pero Adair pronto había demostrado ser de gran utilidad. Advertía a Killian sobre sus potenciales rivales de juego, si oía rumores de que se encontraban en dificultades financieras. Al menos en una ocasión sustrajo la cartera a un individuo que había vaciado con trampas los bolsillos de su protector. Aunque Adair era incapaz de mantener limpia y en orden la habitación de Killian —o la suya propia —, el joven jugador pronto le tomó cariño a su criado y sabía que este lo admiraba como a un héroe. Aunque con frecuencia sentía ganas de molerlo a palos, jamás le había puesto un dedo encima. Las habilidades poco habituales de Adair compensaban de sobra sus carencias.

Killian suspiró.

—Explícate —dijo.

—Pues... he notado que el señor está últimamente en racha y tiene en su escondite una suma abultada —dijo Adair, mientras apuntaba con la cabeza hacia el rincón de la habitación donde Killian solía guardar su botín, bajo una tabla suelta del piso—. Así que pensé que, si yo me había dado cuenta, otros también lo harían y alguien podría venir y tratar de robarle la plata.

—Ya veo. ¿Y crees que durmiendo en el umbral de la puerta conseguirás detenerlos? —dijo Killian en tono sarcástico. Adair no respondió. En su lugar, se sacó del cinto un cuchillo tan afilado como una hoja de afeitar. Killian frunció el ceño—. Vaya, ahora lo entiendo. ¿De dónde has sacado eso?

—Lo encontré —dijo Adair, sin mirar a los ojos de Killian.

—Adair...

—Ya sé, ya sé, el señor me ha dicho que basta de robar, pero ese hombre estaba tan bebido que no se habría dado ni cuenta si le hubiera quitado el abrigo, lo juro. Y no había nadie alrededor —se defendió el muchacho.

Killian sacudió la cabeza.

—Está bien, gracias por tu preocupación. Tal vez es hora de buscar otro escondrijo, sobre todo ahora que traigo esto para añadir a lo demás —dijo mientras mostraba la bolsa de cuero en la que llevaba

las ganancias de la noche y la agitaba con suavidad. Adair lanzó un silbido.

—De verdad tiene más suerte que los ahorcados, que después de muertos se columpian, señor…

—Eso parece —corroboró Killian con amplia sonrisa y sacó también la nota firmada por McGrath—. Soy también el orgulloso propietario de un barco.

Adair lo miró con ojos como platos.

—¿Un qué…?

—El *Lady Madeleine*, para ser exactos —precisó Killian, que de pronto se sentía presa de una súbita agitación y de un acuciante deseo de correr a contemplar el barco— ¿Te apetecería dar una vuelta por el puerto? —dijo—. Vamos, salgamos a dar un paseo.

—¿Ahora? ¿En plena noche? —dijo Adair con tono de sorpresa.

Killian introdujo la bolsa con el dinero y la nota de McGrath bajo una tabla diferente, por si Adair tenía razón, y se dirigió a la puerta.

—Ahora es un momento tan bueno como cualquier otro. Quiero ver mi barco.

Adair se rascó la cabeza, lo cual enmarañó sus cabellos más aún de lo que ya lo estaban

—Si lo dice el señor… —comentó.

Killian recogió su capa, que había dejado caer en una silla, y se envolvió en ella de nuevo. Al salir a la calle buscó un carruaje, pero dada la hora que era no había ninguno en los alrededores.

—Vamos caminando —dijo a Adair—. El puerto de Leith está solo a un par de millas, al fin y al cabo, y además es casi todo cuesta abajo. Me vendrá bien el aire fresco de la noche para despejar la cabeza.

Adair refunfuñó algo, pero siguió sus pasos.

La calle parecía aún más oscura que antes. Killian ordenó al muchacho que caminara unos pasos por detrás de él, para así poder advertirle de cualquier peligro que se presentara. Aquella medida de precaución tenía además la ventaja del silencio y la tranquilidad, ya que Adair no podía parlotear como era su costumbre mientras vigilaba a un lado y a

otro. Killian necesitaba algo de tiempo para cavilar sobre la situación.

A medida que caminaba y que sus pulmones se llenaban del aire marino cargado de sal, el joven notó cómo los pensamientos se ordenaban en su mente. El ejercicio físico se revelaba una excelente espita para ir descargando la sensación de inquietud que se había apoderado de él. Sin embargo, a medida que se acercaban al puerto, Killian sintió que los latidos de su corazón se aceleraban, debido a la emoción que le provocaba la perspectiva de contemplar su nuevo barco. Nunca había sido dueño de una propiedad tan considerable. Daba la impresión de que el destino había intervenido para mostrarle la dirección en la que debía marchar.

Lo ocurrido aquella noche había desencadenado algo en su interior, un cambio drástico de perspectiva que lo anonadaba. Durante muchos años se había procurado el sustento únicamente con el juego y, a pesar de tener todas las probabilidades en contra, se las había arreglado bastante bien. Aquella noche, sin embargo, había llegado de forma repentina e inesperada a la conclusión de que no podía continuar así. Necesitaba obtener ingresos de manera decente.

—Deberías casarte con una muchacha adinerada —le había dicho Rory antes, cuando iban camino a casa—. Es lo único que se puede hacer. Ya me lo decía mi padre: eso resuelve todos los problemas.

—¿Y dónde encuentro yo una de esas? —le había replicado Killian, con un gruñido—. No veo que estén haciendo cola para casarse conmigo.

En realidad, aquello era lo que le correspondía por derecho. Como nieto de lord Rosyth, Killian debería haber sido bien recibido en todas partes. Sin embargo, y por desgracia, no era el caso. Lord Rosyth era un rico terrateniente de las Tierras Altas, que se las había apañado para conservar sus propiedades durante los recientes conflictos con los ingleses, pero no había tenido el mismo éxito a la hora de mantener la paz y la concordia con su nieto. Killian y su abuelo se habían enfrentado por diversos motivos y lord Rosyth había anunciado que el joven no heredaría más que el título, ya que lo consideraba «un derrochador y un haragán impenitente», entre otras cosas poco halagadoras. Ningún padre con un mínimo sentido de la dignidad lo aceptaría como pretendiente para su hija y menos aún si se trataba de una heredera.

En cualquier caso, Killian no se sentía preparado para el matrimonio y la última vez que había considerado la cuestión, todas las herederas

disponibles le habían parecido feas o demasiado viejas —la «congregación de las desesperadas», como las había bautizado Rory entre risas. Encadenarse a una de ellas no le parecía una opción demasiado prometedora. Definitivamente, estaba seguro de que le iría mejor solo.

—Mi barco —dijo, saboreando las palabras, y concluyó que le gustaban. Por fin era dueño de algo sólido, no de títulos de futuro que significaban poco o nada. Ya tenía algo a su nombre, más que simples ganancias de juego. Era una sensación agradable...

Una vez en el puerto, a Killian y a Adair les llevó cierto tiempo encontrar el *Lady Madeleine*, pero cuando por fin dieron con el navío, quedaron asombrados.

—¡Dios! —exclamó Adair, dejando escapar un gallo, ya que estaba en plena edad del cambio de voz—. Es enorme.

—No exageras —corroboró Killian mientras contemplaba sobrecogido su nueva propiedad. De pronto, se sentía muy pequeño.

Lejos de la línea delicada y femenina que parecía sugerir su nombre, el *Lady Madeleine* era macizo, pesado, un auténtico coloso flotante. Sin duda se trataba de un barco muy marinero, con más mástiles de los que Killian podía contar bajo la débil luz de la luna. No había imaginado que McGrath poseyera algo tan voluminoso y tragó saliva al pensar que ahora era suyo. Era lógico que su rival en el juego se hubiera enfurecido tanto al perderlo.

El buque no se encontraba en perfecto estado. A pesar de la oscuridad de la noche, Killian pudo apreciar que necesitaba reparaciones y presentaba signos evidentes de desgaste. Sin embargo, un sentimiento de esperanza empezaba a crecer en su interior. Aquello era realmente su futuro.

—Creía que era un barco pequeño, como para que saliéramos los dos solos a navegar —dijo Adair mientras contemplaba los altos mástiles y parpadeaba de asombro.

Killian le dedicó una amplia sonrisa.

—La verdad, yo también lo pensaba, pero esto es mucho mejor —respondió—. Absolutamente perfecto, de hecho.

El joven sopesaba la posibilidad de subir a bordo para una rápida inspección, pero antes de que pudiera decidir nada, unos brazos

vigorosos lo agarraron por detrás.

—¡Lo tengo! —graznó alguien con voz triunfante.

—¿Qué demonios…? ¡Suéltame! —exclamó Killian—. ¡Adair, avisa a la patrulla nocturna!

El joven lanzó una patada hacia atrás, al tiempo que se revolvía, y consiguió liberarse. Sin embargo, había más de un atacante y se acercaban por todas partes. Mientras se preparaba para defenderse, vio por el rabillo del ojo cómo Adair evitaba ser capturado y salía corriendo. Confiaba en que el muchacho regresaría rápidamente con ayuda, pero no ignoraba que le llevaría cierto tiempo. Agradeció haber dejado en casa la bolsa del dinero, aunque lamentó no haber traído un arma, del tipo que fuera. Aun así, como había demostrado aquella noche, era capaz de poner a raya con los puños a la mayoría de sus oponentes en cuanto le daban la menor oportunidad y se dispuso a ello.

Era evidente que Killian se encontraba en desventaja, ya que podía contar hasta cinco hombres decididos a atraparlo. El joven vendió cara su piel, pero finalmente los asaltantes se impusieron por su número. Con un ojo semicerrado y la sangre resbalándole por la mejilla, el joven continuó peleando hasta que sus enemigos se lanzaron contra él, todos a una. Mientras los demás lo sujetaban en el suelo, uno de ellos lanzó un puñetazo que le alcanzó en plena sien.

Todavía no tenía la menor idea de quiénes eran y de qué querían cuando todo quedó envuelto en tinieblas.

1 Forma a veces peyorativa en que los escoceses e irlandeses denominan a los ingleses. Procede de la palabra *saxon* (sajón). N. del T.

Capítulo 4

Gotemburgo (Suecia)

—¡Ya estás aquí, gracias a Dios! Por fin un poco de ayuda. No hay quien pueda con estos dos y encima tengo a la niñera enferma. He llegado al límite.

Jess se detuvo en el umbral del saloncito de su madre, defraudada ante un recibimiento tan poco efusivo. Después de todo, no se habían visto en el último año y Jess pensaba que la habría echado de menos. A diferencia de Robert, Katrijna había contestado a las cartas de su hija, aunque la mayoría de las veces solo con largas y prolijas explicaciones sobre el comportamiento de los dos hermanastros pequeños de Jess, Ramsay y James. El primero de ellos tenía cuatro años y el segundo solo uno, así que era natural que la mantuvieran muy ocupada, pero Jess había esperado que su madre la ayudara a convencer a Robert para que la dejara regresar. Sin embargo, todo lo que había obtenido eran vagas promesas.

Ahora que por fin se le había permitido volver a Gotemburgo, Jess había esperado una acogida mucho más calurosa. La alegría por estar de nuevo en casa se atenuó un tanto, pero la joven se obligó a sonreír. Sabía que su madre la quería y se dijo a sí misma que su actitud se debía simplemente a que los niños absorbían toda su atención. Estaba de vuelta y eso era lo único que importaba por el momento.

—Me alegro mucho de verte, madre —le dijo en holandés, idioma en el que hablaban siempre que se encontraban a solas. Notó que su madre parecía agotada y tensa. El cabello del color del maíz, normalmente tan pulcro, lo llevaba recogido en un moño que se había hecho con descuido sobre la cabeza y que dejaba hebras colgando sobre sus pálidas mejillas. A Jess le dio la impresión de que su madre había envejecido considerablemente desde la última vez que la había visto y de que nuevas arrugas surcaban su frente. Se inclinó para abrazarla y resultó algo incómodo, porque el pequeño James se encontraba en brazos de Katrijna, pero no le importó.

—Te he echado de menos —murmuró Jess.

—Yo también a ti, querida —respondió su madre, mientras le devolvía el saludo con un solo brazo. Toda su atención parecía centrada en James, que no paraba de lloriquear. Sus mejillas estaban enrojecidas y hacía pucheros, como si estuviera a punto de romper a llorar a todo pulmón. Jess comprendía que escuchar aquello durante todo el día debía de resultar fatigoso, pero seguramente su madre contaba con otros sirvientes que podían encargarse de la criatura.

—Ramsay, saluda a tu hermana —dijo Katrijna mientras daba un pequeño empujón al otro de sus retoños, pero este retrocedió y ocultó el rostro en sus faldas.

—Tal vez no me recuerde —comentó Jess—. Solo tenía tres años cuando me fui.

—Nada de eso, por supuesto que se acuerda de ti —dijo Katrijna—. Ha estado hablando de ti toda la mañana. Es un poco tímido, eso es todo.

Jess no quedó convencida, pero no dijo nada. Un año era mucho tiempo para un niño de la edad de Ramsay, pero sabía que le mostraría afecto en cuanto se acostumbrara de nuevo a su presencia. Siempre se habían llevado bien: tan solo necesitaba darle tiempo para que pudiera llegar a conocerla de nuevo.

—¿Está enfermo James? —preguntó, para cambiar de tema.

—No, creo que le están saliendo los dientes, eso es todo, pero no para ni un minuto —respondió Katrinja—. Me está volviendo loca. Anoche no pude pegar ojo.

—Dame, deja que lo sostenga un rato —Jess le tendió los brazos y Katrinja le entregó al bebé con un suspiro de alivio. Inmediatamente se inclinó para ocuparse de Ramsay, que no soltaba sus faldas y repetía sin cesar «mamá, mamá», ávido como siempre de atención.

—Sí, mi amor, ¿qué quieres? —le dijo. Ramsay le susurró algo al oído —. No, no, ahora no, tal vez un poco más tarde. Y no me molestes más. Entre los dos agotaríais la paciencia de un santo.

Jess no escuchaba, sino que miraba a James, que se retorcía, redoblaba sus gemidos y extendía los brazos en dirección a su madre.

—Chssst, calla, pequeño —le susurraba mientras abrazaba su cuerpecillo, tan delicado y ligero como el algodón—. Enseguida volverás con mamá. Ella tiene que descansar un poco. Vamos a mirar por la ventana.

Jess palmeó suavemente la espalda del niño para tratar de calmar su agitación, pero James se negaba a que lo tranquilizaran. Jess observó sus rasgos crispados y se preguntó por qué no lo odiaba. Como mínimo, no debía sentir ninguna simpatía por él, ya que para ella era un recordatorio de su posición de intrusa, como la del cuco en el nido. Sin embargo, era tan pequeño e indefenso... El corazón de Jess le exigía dolorosamente quererlo y protegerlo.

—¿Come bien, mamá? —preguntó, preocupada por la delgadez de los brazos y las piernas del niño. Eran como las ramitas del nido de un pájaro, pálidas y huesudas. Su hermano mayor, alto y robusto para su edad, había sido un bebé grande y rollizo, nada parecido a aquel frágil pedacito de humanidad.

—Sí, normalmente es tan tragón como lo era Ramsay, aunque ahora no hay nada que le guste —respondió Katrijna, mientras se dejaba caer en una mecedora y apoyaba la espalda contra los gruesos almohadones. Sin embargo, dado que James continuaba gimoteando y retorciéndose, extendió los brazos con gesto de agotamiento y resignación—. Mejor será que me lo des. No quiere a nadie que no sea yo. Es agotador, pero... ¿qué puedo hacer? Tú eras igual a su edad.

Jess se inclinó y depositó a James en el regazo de su madre.

—¿Y tú qué, Ramsay? ¿Quieres venir conmigo? —dijo a su otro medio hermano, que permanecía junto a su progenitora. Se agarraba al vestido, como si se negara a permitir que la madre prestara demasiada atención a su hermano. Eran celos, evidentemente, y a Jess no le sorprendió que le dijera no con la cabeza.

—No seas tonto, Ramsay, ve con tu hermana —le dijo Katrijna y lo empujó en dirección a Jess, sin prestarle verdadera atención. El niño miró al suelo. Su madre estaba ahora totalmente volcada con James, cuyos quejidos continuaban aumentando de volumen. Katrijna miró a Jess durante un instante.

—Muchas gracias —dijo. Y a continuación añadió, como si acabara de darse cuenta de que su hija había regresado—: Qué bien que estés de vuelta.

«Sí, pero es solo porque necesitas un par de brazos que te ayuden, y no una hija a la que quieres a tu lado», no pudo evitar pensar Jess, que se sentía rechazada, a pesar de las palabras de su madre.

Un sentimiento de despecho se agitaba en su interior, pero tomó la mano de Ramsay y lo atrajo hacia sí para abrazarlo. No podía soportar ver el dolor en sus ojos oscuros, que parecían reflejar el suyo propio. Se parecía muchísimo a su padre, con aquellos ojos y su espeso cabello castaño, pero transmitía una vulnerabilidad que ella no podía siquiera imaginar en Robert.

—¿Vamos un ratito a mi habitación? —susurró al niño—. Tal vez tenga guardada una pequeña sorpresa para ti.

El rostro de Ramsay se iluminó.

—¿Un regalo?

Jess asintió, sonriente.

—Oh ¿qué es? ¿Qué es? —repitió el pequeño.

—No te lo puedo decir —respondió ella—. Tienes que venir a verlo. ¿Vamos?

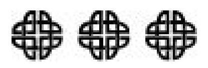
Jess tomó al niño de la mano y lo condujo fuera de la habitación, pero él comenzó a arrastrar los pies y miró hacia atrás por encima del hombro.

—¿Mamá viene? —preguntó.

—Ahora no, pero no te preocupes. Volvemos con ella enseguida —le dijo Jess—. James estará dormido y mamá tendrá más tiempo para ti.

Ella misma dudaba de que sus palabras tranquilizadoras fueran ciertas. Se sentía igual que él, despojada. Aunque ambos conservaran el afecto de su madre, ella solo tenía tiempo para el más pequeño. Estaba furiosa en su nombre. A diferencia de su hermana, Ramsay no era suficientemente maduro como para entender que su madre tenía otro retoño del que preocuparse.

«Si tengo hijos algún día, los querré a todos por igual», pensó Jess, casi con agresividad. Incluso si un niño era difícil, siempre se podría reservar tiempo para el otro. Cerró la puerta tras ella con cierta brusquedad y trató de calmarse. Al menos ya no se encontraba aislada en los confines del fin del mundo. Para lo que pudiera servir, ya estaba en casa.



Cuando Killian despertó por primera vez, oyó olas que golpeaban contra el casco de un barco y el grito estridente de una gaviota. Supuso que se encontraba a bordo de un navío, pero su mente confusa no pudo aclarar por qué. La oscuridad le impedía ver nada a su alrededor, así que dejó de pensar en ello y pronto se desvaneció de nuevo.

La segunda vez que recobró la conciencia, notó que lo llevaban en

algún tipo de carruaje. Parpadeó y trató de evitar la luz que se colaba a través de una rendija de la puerta. Un intenso dolor acuchillaba su cabeza cada vez que dirigía la mirada al resplandor brillante del sol, que entraba desde el exterior. Debía de ser mediodía, si no más tarde, así que tenía que haber permanecido inconsciente durante muchas horas. El estómago se lo confirmó con un rugido y Killian se dio cuenta de que estaba muerto de hambre.

¿Donde se encontraba? Y, aún más importante, ¿adónde se dirigía?

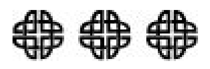
Lo único que sabía era que se encontraba tumbado en el suelo de un antiguo carruaje. Los asientos tapizados de cuero rojo, comidos por las polillas, desprendían un olor poco agradable. No parecía que el vehículo llevara ningún tipo de amortiguador y, cada vez que saltaba al topar con una rodera del camino, Killian se golpeaba la cabeza contra el suelo y daba un respingo. Por suerte, le habían atado las manos delante, y no a la espalda, así que podía colocárselas bajo la cabeza y protegerla. Maldijo entrecortadamente.

—Pagarán por esto —murmuró—. Sean quienes sean.

Trató de imaginar quién podría haberle metido en aquella situación, pero no le vino a la cabeza ningún nombre en particular. No tenía deudas de juego importantes, no había nadie que pudiera considerarse ofendido o engañado, a excepción, naturalmente, de McGrath. ¿Era aquello obra suya?

La cabeza le dolía cada vez más con los saltos del carruaje, así que decidió no darle más vueltas. Necesitaba descansar para encontrarse despejado cuando llegaran a su destino. Cerró los ojos y se acurrucó lo mejor que pudo.

En pocos segundos estaba dormido.



Al cabo de cierto tiempo, Killian despertó y notó que le estaban vendando los ojos. A continuación, unas manos rudas le obligaron a incorporarse y le hicieron subir por unas escaleras y entrar en un edificio. Supuso que se trataba de un lugar amplio, ya que las pisadas en las tablas del suelo resonaban con eco, como en un recinto cavernoso. Aspiró el olor algo rancio que reinaba en el ambiente y que le resultaba vagamente familiar, como si ya hubiera estado allí antes,

pero su aturdimiento no le permitió localizar el lugar en la memoria. Seguía notando un latido apagado en la cabeza y debilidad en las piernas. Sin embargo, se encontraba mucho mejor que antes y era capaz de ignorar el malestar.

—¿Dónde estoy? ¿Qué quieren? —preguntó.

—Pronto lo sabrás —fue la única respuesta que recibió. Sus captores le obligaban a avanzar a trompicones y a través de varias estancias, a juzgar por las veces que se golpeó contra marcos de puertas. Finalmente, lo empujaron contra una silla.

—Quédate ahí —le ordenaron, como si tuviera alguna otra opción. Consideró la posibilidad de levantarse y explorar a tientas lo que le rodeaba, pero concluyó que no conseguiría ir muy lejos y seguramente habría alguien montando guardia fuera de la habitación. Mejor sería reservar sus fuerzas para lo que viniera después.

Killian oyó pasos que resonaban en una estancia aparentemente espaciosa y el ruido de un portazo, tras lo cual todo quedó en silencio. Oyó voces a lo lejos, pero no pudo discernir lo que decían. Los dientes le rechinaban de frustración.

Tras lo que pareció una eternidad, la puerta de la habitación se abrió y alguien se acercó por detrás. El joven se preparó para recibir un golpe, pero en lugar de ello sintió que unos dedos tiraban de la tela que cubría sus ojos. Finalmente, alguien se la arrancó con un gruñido. Killian miró y se encontró frente al rostro, enrojecido de furia, de su abuelo.

—¡Pero qué diablos...! —exclamó. El joven parpadeó con incredulidad y se sintió presa de la más absoluta indignación. Miró fijamente al hombre que se encontraba ante él y que se comportaba como si fuera Killian el que había hecho algo malo. No sabía por qué ni le importaba gran cosa—. Si querías que te visitara, no tenías más que decirlo, ¿sabes? —apuntó con tono irónico, mientras por dentro hervía de furia. ¿Cómo se había atrevido su abuelo a mandarlo secuestrar de aquella manera, causándole tanto perjuicio, en lugar de convocarlo a su presencia, como había hecho siempre? Podían estar peleados, pero Killian nunca se habría negado a una entrevista, si la invitación era razonablemente educada.

Kenelm, lord Rosyth, era un hombre de aspecto imponente. Aún se mantenía muy erguido, a pesar de a su edad. Y, su cabellera blanca, sus ojos de acerado color gris y sus cejas oscuras le daban un aire

imperioso al que pocos se atrevían a enfrentarse. De la misma forma que su nieto, no quería saber nada de pelucas, a menos que fuera absolutamente necesario, y desde luego no las necesitaba. Su prominente nariz dominaba, orgullosa, sus facciones, mientras que sus finos labios expresaban determinación. La mayoría de la gente se lo pensaba dos veces antes de cruzarse en su camino, pero a Killian aquello no le importaba en absoluto.

Lord Rosyth no respondió de inmediato, sino que se inclinó para desatar las manos de Killian. Habiendo casi alcanzado la venerable edad de setenta y cinco años, la tarea le llevó cierto tiempo. Sus dedos, tan nudosos como las ramas de un árbol centenario, se mostraban torpes ante una tarea tan delicada y aquello parecía irritarle, ya que chasqueaba la lengua una y otra vez.

—Como si yo deseara verte —murmuró, al conseguir por fin terminar con la cuerda—, ganapán nacido de una ramera irlandesa.

—¿Podemos dejar a mi madre fuera de la cuestión, por favor? —dijo Killian. Aunque la frase fuera educada en su forma, la voz iba impregnada de un tono de amenaza que solo a un idiota le habría podido pasar desapercibido. El joven conocía bien la opinión que su abuelo tenía acerca de su madre. El anciano podía tener sus motivos para detestar a su nuera, pero Killian estaba seguro de que era lord Rosyth quien había provocado de una manera encubierta su caída. Aquel había sido un caballo de batalla entre ellos durante años.

Killian se frotó con energía las doloridas muñecas.

—Ni siquiera pudo darte un nombre escocés como Dios manda —prosiguió lord Rosyth, como si no hubiera oído a su nieto.

—Válgame el cielo, dime por qué estoy aquí, para que pueda marcharme cuanto antes —exigió Killian, que ahora ya no ocultaba su cólera—. No pienso quedarme a recibir insultos.

Lord Rosyth se sentó en el extremo opuesto de la larga mesa junto a la que estaba colocada la silla en la que habían sentado a Killian. Su mirada severa recorrió toda la pulida superficie del mueble.

—Oh, sí, te lo diré todo y, cuando lo haya hecho, te quiero fuera de mi vista —dijo—. Esta vez sí que te has pasado de la raya.

—¿De qué estás hablando? ¿Sería posible que alguien me aclarara que significa todo esto? —protestó Killian, en el colmo de la exasperación. La cabeza le dolía de nuevo, sentía un golpeteo rítmico y

atormentador en el cerebro que no le ayudaba precisamente a aclarar sus ideas—. ¿Se trata del primo Farquhar? ¿Ha estado contando más historias?

El santurrón de su primo, de limpia sangre escocesa y carácter adulador, reunía todo aquello que lord Rosyth parecía valorar en un nieto. Él había sido la causa de la mayoría de los problemas de Killian, o al menos eso le parecía. Farquhar se había esmerado en predisponer al abuelo en su contra y hasta el momento le había salido muy bien.

—Esto no tiene nada que ver con Farquhar —respondió lord Rosyth—. Ahí fuera, en el recibidor, tengo a la mitad del clan Cameron pidiendo tu cabeza. Me aseguran que has raptado a la joven Iona, la hija de Ruaridh, y la has dejado encinta. Quieren que me asegure de que te casarás con ella lo antes posible. En realidad querían llevarte directamente al altar, pero me enteré de sus planes y les persuadí de que te trajeran aquí antes. Van a venir con Iona más tarde, para que podáis casaros en la iglesia de Rosyth.

—¡Ni lo sueñes! —exclamó Killian. Por fin aquella charada empezaba a cobrar sentido y lanzó un suspiro de alivio. No tenía nada que ver con McGrath ni con ningún otro de sus rivales de juego, gracias a Dios. De una chica podía ocuparse sin mayor problema y de esta en particular, aún más.

—¿Y por qué no? —preguntó su abuelo con frialdad—. ¿Acaso has caído tan bajo en tu depravación que estás dispuesto a dejar abandonada a una muchacha inocente de cuyo problema tú eres responsable? Debía de haber supuesto que esto pasaría. La verdad, me sorprende que no haya ocurrido antes, dada tu reputación con las mujeres.

Killian inspiró profundamente y contó hasta diez. Si el hombre con quien hablaba no hubiera sido su abuelo, ya estaría por el suelo con la nariz partida.

—Para tu información —silabeó, furioso—, Iona Cameron no es para nada una muchacha inocente y no le hace ninguna falta que la rapten. Dudo mucho de que yo sea el padre de ninguna criatura que pueda llevar en el vientre.

—¿Entonces quién? —inquirió lord Rosyth.

—Apostaría por el joven Hamilton, que la ha estado rondando desde junio pasado —respondió Killian—, aunque, por lo que sé, podrían ser muchos hombres.

—Eso es una calumnia escandalosa —le espetó su abuelo. Killian se encogió de hombros.

—No voy a casarme con ella, es mi última palabra —dijo—. A menos que desees que un bastardo herede el título.

Lord Rosyth lo miró fijamente.

—¿Por qué debería creerte? —preguntó por fin—. Se rumorea que te has acostado con toda criatura con faldas en la región. Ruaridh Cameron es mi mejor amigo y no me mentiría.

—¿Y yo sí? —inquirió a su vez Killian y sacudió la cabeza—. No, mejor no respondas, ya sé que piensas siempre lo peor de mí. Sin embargo, esta vez te equivocas.

—Lo dudo —gruñó lord Rosyth.

Killian tuvo que hacer un esfuerzo para dominar su cólera.

—Tú mismo puedes comprobarlo —dijo—. Incluso ella admitirá que solo nos acostamos una vez.

—Eso no es lo que ella dice —respondió su abuelo.

—Pues es la verdad —repuso Killian—. Fue el año pasado y desde luego no fui el primero ni el último. Apostaría a que prefiere ser lady Rosyth a simplemente la señora Hamilton. Su padre come de su mano, como todo el mundo sabe, y cree todo lo que ella le dice.

Lord Rosyth guardó silencio mientras daba vueltas a lo que acababa de decir Killian. Por fin, pareció tomar una decisión.

—Muy bien, por una vez, lo que dices suena cierto y ya hemos tenido suficientes busconas en esta familia —dijo lord Rosyth, sin prestar atención al gruñido amenazador que emitió Killian al oír sus palabras —. No puedo permitir que herede el título alguien que podría no ser un Kinross. Tendré que decirles a esos idiotas de ahí fuera que me golpeaste en la cabeza y te las arreglaste para escapar. Y también que deberían cambiar un par de palabras con el joven Hamilton.

—Ah, estupendo, así seré también el tipo de hombre que da palizas a su abuelo —murmuró Killian entre dientes—. ¿Eso es todo, entonces?

—No, he decidido que debes desaparecer durante algún tiempo, por si acaso —respondió lord Rosyth.

—¿Tú lo has decidido? —inquirió Killian, aunque su tono sarcástico cayó en saco roto.

—Exactamente —respondió sin cambiar de tono—. Si esperas un momento, redactaré una carta para que se la lleves a un primo lejano mío que vive en Suecia. Se trata de Robert Fergusson, quien se instaló en la ciudad de Gotemburgo, en la costa oeste, donde se ha convertido en un próspero comerciante. Le pediré que te aloje durante unos cuantos meses, aunque seguramente tendrás que prestarle algún servicio en justa correspondencia. Incluso podrías aprovechar para aprender un par de cosas, si bien no tengo duda de que los paisanos de allí serán tan aficionados al juego como el que más.

—¿Suecia? Debes de estar bromeando...

—A nadie se le ocurrirá buscarte allí —argumentó lord Rosyth.

—A decir verdad, tenía pensado marcharme, pero a otro sitio —repuso Killian.

—Harás exactamente lo que te digo o no te daré los medios para que vayas a ninguna parte —le advirtió su abuelo. Killian lo miró con incredulidad. Aquel ofrecimiento no era algo que ocurriera todos los días. De hecho, no había recibido de él ni un penique en los últimos tres años.

—¿Piensas darme algo? ¿Por tu propia voluntad? —le dijo.

—No seas impertinente o cambiaré de idea —respondió lord Rosyth mientras sacaba de su bolsillo una bolsa con dinero y la lanzaba sobre la mesa. A continuación se aproximó a un armario y regresó con una hoja de papel y material para escribir. Mientras su abuelo escribía una larga misiva, Killian esperaba en silencio y cavilaba sobre este inesperado giro de los acontecimientos. El anciano debía de sentir un fuerte deseo de alejarlo o no se tomaría tantas molestias.

—¿Estás en deuda con Ruaridh Cameron? —preguntó.

—No le debo nada a nadie —escupió, más que dijo, su abuelo—. Ya te dije que Ruaridh es mi mejor amigo. Seguramente habrá pensado que, gracias a nuestra amistad, podía conseguir un buen partido para su hija, aunque sea consciente de sus mentiras. De dónde sacó que tú encajabas en la categoría de «buen partido» es algo que se me escapa.

Killian cerró los ojos y suspiró. Desearía que las cosas fueran diferentes entre ellos, pero el anciano había estado predispuesto en su

contra desde su nacimiento. Nada de lo que pudiera hacer cambiaría aquello y la frustración y el sentimiento de injusticia que le provocaba lo roían por dentro, como un gusano a una manzana.

Sabía que su abuelo había tenido debilidad por sus hermanastros mayores, Brice y Blake, sobre todo por el primero. Fueron el fruto del primer matrimonio de su padre con una dama escocesa y lord Rosyth se había sentido muy afligido tras su muerte durante el parto de Blake. Después de guardar luto durante dos años, el padre de Killian, Fraser, había marchado a Irlanda para luchar contra los ingleses en las filas del rey Jacobo III. Resultó herido en la batalla del Boyne y fue acogido por un noble irlandés, arruinado pero generoso, de cuya hija, Niamh, no tardó en enamorarse.

Los dos jóvenes se casaron en cuanto él se sintió recuperado. Sin embargo, al orgulloso lord Rosyth no le complació la llegada de su nueva nuera, que no solo carecía de fortuna, sino que además era irlandesa. La encantadora Niamh solo contaba con su belleza para abrirse camino en la vida y aquello era algo que el viejo lord no podía perdonar. El hecho de que, después de varios intentos infructuosos, le diera un nieto sano y robusto no contribuyó en nada a que se congraciara con ella.

Cuando los dos hermanastros mayores de Killian murieron diez años más tarde, junto a su padre, en la batalla de Sheriffmuir, de nuevo en defensa de Jacobo III, lord Rosyth comenzó a comportarse como si echara la culpa de aquella fatalidad a Niamh y a su hijo. Desde entonces, se dedicó a hacerle a su nuera la vida imposible con constantes críticas hacia su forma de criar al niño y hacia el comportamiento de este, además de muchas otras cosas.

No era de extrañar que Niamh, al final, no pudiera soportarlo, pero Killian se había quedado solo para continuar sufriendo…

«No, no voy a pensar en eso», gritó el joven para sus adentros. Apretó los puños y regresó al presente.

—Aquí está —dijo secamente lord Rosyth, mientras tendía a su nieto la carta sellada y la bolsa con el dinero—. Ahora quítate de mi vista y quédate lejos durante al menos seis meses. Para entonces la joven Iona habrá encontrado otro marido, a menos que quiera convertirse en madre soltera. En abril ya será seguro que regreses.

—No te preocupes, no tengo ninguna intención de volver —respondió Killian—. Has dejado muy claro que mi presencia no es bienvenida

aquí, así que seguiré mi camino en otra parte. Espero que Farquhar no te muestre nunca cómo es realmente, pues entonces tendrías que admitir que has estado equivocado sobre mí. No lo quiera el Señor. Y ahora, adiós.

Killian se guardó la pesada bolsa con dinero en el bolsillo, recogió la carta y se dirigió hacia el panel de madera que cubría una de las paredes de la habitación, junto a la chimenea. Una vez allí, metió el dedo en un pequeño orificio, invisible para cualquiera que no conociera su localización exacta, y el panel se abrió para mostrar la entrada a un pasadizo secreto. Antes de deslizarse hacia su interior, Killian se volvió para mirar a su abuelo por última vez y vio la sorpresa pintada en el rostro del anciano. Sin duda lord Rosyth había pensado que él era el único que conocía los secretos del castillo, pero Killian había sido un niño perspicaz y observador, siempre con los ojos y los oídos bien abiertos.

«Espero que esto le dé qué pensar», se dijo Killian, satisfecho. «Con un poco de suerte, se preguntará qué más sé y eso le quitará el sueño. Que sufra un poco, para variar, el fariseo cascarrabias…».

Cerró la puerta tras él con un suave chasquido y marchó hacia su nuevo futuro, lleno de tranquilo optimismo.

Al menos no le faltarían fondos.

Capítulo 5

Capítulo 5

Castillo de Rosyth (Escocia)

Farquhar Kinross no estaba de buen humor. Si había algo que odiaba, era esperar pacientemente. Eso era, sin embargo, lo que se veía obligado a hacer en aquellos momentos. Aguardar sentado era impensable, ya que tenía los nervios a flor de piel, y por ello no paraba de caminar de un lado a otro del salón privado que compartía con su mujer y sus hijos en la torre norte del castillo de Rosyth.

Después de haber organizado el secuestro de su primo Killian y los falsos cargos contra él, ahora trataba de ocultar que hubiera tenido nada que ver con todo ello. Tenía que confiar en que su duro trabajo le reportaría el efecto deseado, la ruina sin remisión para Killian. Durante años había llevado a cabo una campaña de calumnias contra él, pero su abuelo todavía no se había decidido a desheredarlo completamente. Aquello era algo que Farquhar no podía tolerar.

Él era el legítimo heredero.

Killian no era más que un bastardo medio irlandés, un extraño en las Tierras Altas. La hacienda y el título debían permanecer en manos de un escocés. En las de un hombre como él. Solo Farquhar estaba capacitado para convertirse en señor de Rosyth.

—¿Ocurre algo? —preguntó Alisa, su mujer, que había estado lanzándole miradas aprensivas mientras él se paseaba y que ya no podía permanecer inmóvil por más tiempo. Aunque era tan inquieta como un ratón, tenía tendencia a expresarse de una manera muy sumisa. Para Farquhar aquello resultaba irritante en grado extremo y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no golpearla. Si lo hacía, solo obtenía una satisfacción momentánea y normalmente empeoraba las cosas, ya que no podía soportar que ella llorase sin parar. Además, sus dos hijas, Flora y Kirsty, estaban allí y miraban a sus progenitores con ojos bajos. Prefería no pegar a su madre delante de ellas.

—Nada de tu incumbencia —respondió Farquhar con brusquedad y cruzó la habitación una vez más. Sabía que estaba siendo desagradable, pero no podía evitarlo. Alisa sacaba lo peor que había en él y se preguntaba qué habría visto alguna vez en ella. Era cierto que había sido hermosa, pero su cabello rubio ceniza había adquirido cierto tono grisáceo y sus ojos, en otro tiempo chispeantes, habían quedado para siempre fijos en él con aquella expresión de ansiedad que le sacaba de sus casillas sin remedio. Suspiró para sus adentros. La inútil mujer ni siquiera parecía capaz de darle un hijo varón, aunque de nuevo estaba embarazada, así que aún cabía la esperanza.

¿Qué estaba pasando abajo? ¿Por qué tardaban tanto?

Farquhar decidió que ya había esperado bastante y que no pasaría nada si bajaba con el pretexto de ir a buscar algo. Sin dirigir una mirada más a su familia, abandonó la habitación y se encaminó hacia el recibidor principal. En el momento en que cruzaba un rellano de la escalera, llegó hasta sus oídos un clamor de voces airadas, entre las que acertaba a percibir el tono firme pero más tranquilo de su abuelo. Intrigado, continuó bajando despacio, pero las palabras que consiguió discernir no eran las que esperaba.

—¿Qué quiere decir con eso de que ha escapado? ¿Cómo va a poder escapar? Solo hay una puerta ¿cierto? —decía uno de los Cameron, a quien Farquhar reconoció.

—¿Cómo voy a saberlo? —oyó ahora replicar a su abuelo—. Ya os lo he dicho, me golpeó en la cabeza, el muy ingrato, y salió de alguna manera, probablemente por la ventana. Siempre ha sido muy habilidoso.

Farquhar apretó los dientes y decidió que lo más seguro para él era continuar descendiendo. Lanzaba juramentos con voz amortiguada, incrédulo ante lo que parecía haber ocurrido. ¿Killian había escapado? Simplemente no podía ser cierto. El abuelo debía haber permitido que los Cameron lo molieran a palos antes de casarlo con una muchacha tan pobre y tan poco educada como él.

—Abuelo ¿qué está pasando aquí? —preguntó civilizadamente y con una sonrisa, como si todos los días se encontrara con grupos de gente iracunda en el recibidor principal del castillo y no le afectara en lo más mínimo.

—Tu primo ha dejado encinta a nuestra Iona y hemos venido para asegurarnos de que hará lo correcto y se casará con ella —le informó uno de los miembros del clan Cameron—. Sin embargo, ha conseguido escapar de alguna manera.

—¿En serio? Bueno, no debería resultar demasiado complicado dar con él —respondió Farquhar, que trataba de aparentar indiferencia, aunque por dentro ardía en deseos de gritar a aquel grupo de imbéciles que corrieran a por su primo sin perder un minuto. ¿A qué estaban esperando, por Dios bendito?

—Hace ya rato que se fue, no vale la pena perseguirlo —dijo lord Rosyth con rotundidad—. Además, como estaba explicando a estos caballeros, tengo mis dudas sobre las afirmaciones de la joven Iona.

Desde principios de año yo mismo la he visto flirtear a derecha e izquierda, sin ningún recato. No me sorprendería en absoluto que hubiera sido ella la que se lanzara a por Killian, y no al revés. ¿Qué muchacha no lo haría?

Farquhar apretó los puños detrás de su espalda. Sabía que su abuelo estaba en lo cierto. El aspecto físico de Killian no dejaba indiferente a ningún miembro del sexo opuesto, hiciera lo que hiciese, con sus impresionantes ojos azules y su rostro, irritantemente atractivo. Su madre era igual, y esa era la razón de que el estúpido del tío Fraser había perdido la cabeza por ella. Killian irradiaba además ese poder latente que atrapaba a las mujeres sin querer proponérselo. Aquello siempre había fastidiado a Farquhar, robusto pero de aspecto vulgar y que no atraía a nadie con su insulsa mata de cabello pelirrojo. Además, era varias pulgadas más bajo que Killian, lo que hacía más fuerte su resentimiento.

—No puedes descartar del todo estas reclamaciones, abuelo —dijo, esforzándose por mantener un tono neutral—. El hecho de que la muchacha haya podido encapricharse de Killian no excluye la posibilidad de que él haya podido aprovecharse de ella.

—No, pero he oído rumores de que ha sido vista en compañía del joven Hamilton en los últimos tiempos —replicó su abuelo—. Aunque sea un caballero bien relacionado, sus perspectivas no parecen muy prometedoras. Tal vez ella piense que es mejor ser lady Rosyth que simplemente la señora Hamilton.

—Esa es una insinuación calumniosa —apuntó uno de los Cameron y el resto del clan lanzó irritados murmullos de aprobación.

—Sé que me expreso con crudeza y pido disculpas por anticipado si estoy en un error, pero creo que harían bien en hablar con Hamilton antes de ir a por mi nieto —arguyó lord Rosyth—. Por mi parte, voy a visitar al padre de Iona para aclarar la cuestión. No quiero que mi viejo amigo y yo acabemos peleados. Mientras tanto, les sugiero que busquen al otro galán de la damisela y le interroguen a conciencia. Killian puede ser un granuja, pero no creo que se atreva a mentirme y me juró que no es el responsable del estado de Iona.

—No le habrás creído, abuelo —intervino Farquhar, abatido al oír aquella defensa de Killian—. Sabes perfectamente que es un mentiroso consumado.

Lord Rosyth le lanzó una mirada que Farquhar no acertó a interpretar

y que le provocó una gran desazón.

—La verdad es que, por una vez, le creí —respondió, seco, el anciano —. ¿Dudas acaso de mi capacidad para distinguir la verdad de la mentira, Farquhar?

—No, por supuesto que no, tan solo me preguntaba...

—Pues no te preguntes nada —cortó lord Rosyth.

Farquhar se mordió la lengua, aunque bien a su pesar.

Los Cameron conferenciaron en susurros durante largo rato y finalmente parecieron llegar a un acuerdo. El que hacía las veces de portavoz dijo a lord Rosyth:

—Muy bien, vamos a cambiar unas palabras con Hamilton, pero si ve a su nieto de nuevo, no le deje escapar.

—No le he dejado escapar —replicó el aludido, obviamente al límite de su paciencia—. Me golpeó en la cabeza. Soy un hombre de edad avanzada. ¿Qué podía hacer? Por supuesto, mandaré que lo busquen y que lo traigan de nuevo a mi presencia. Les doy mi palabra.

—No esperas ver a Killian durante bastante tiempo ¿verdad? —estalló Farquhar cuando los Cameron se hubieron retirado.

No se trataba de una verdadera pregunta, pero lord Rosyth respondió de todos modos.

—No, lo he enviado lejos.

—¿Por qué? —inquirió su nieto— ¿No deberías haberle obligado a quedarse para que respondiera de su fechorías?

Lord Rosyth lanzó a Farquhar una nueva mirada enigmática. Sus ojos grises taladraron los de su interlocutor.

—¿Tan seguro estás de que él es el responsable? Ya te he dicho que yo no creo que lo sea —dijo.

—¡Pero si está más claro que el agua! —dejó escapar Farquhar—. No para de seducir a jovencitas. ¿Por qué no Iona? Ya te he hablado de los rumores que circulan sobre él. Seguro que incluso tú los has oído.

—Desde luego, sé que tiene reputación con las mujeres —repuso lord Rosyth—. Sin embargo, tengo entendido que normalmente las busca

más, digamos, «maduras», y no jovencitas vírgenes, cosa que, dicho sea de paso, no creo que sea Iona. Tal vez Killian sea algo temerario, pero no estúpido.

—Pensaba que desaprobabas su forma de vida —dijo Farquhar, quien no podía creer que su abuelo disculpara el comportamiento de su primo. Aquello era inconcebible, después de todos sus esfuerzos para fomentar la enemistad entre los dos hombres. Lord Rosyth se había quedado pensativo.

—La verdad es que hacía ya varios años que no lo veía y tengo que admitir que lo encuentro cambiado —dijo por fin.

—¿Cambiado? ¿Cómo puedes decir eso? —replicó, agitado, Farquhar —. Sigue siendo tan depravado como siempre. No, más aún.

El primo de Killian sentía como si la tierra se hundiera bajo sus pies. Todos sus elaborados esquemas se estaban viniendo abajo ante sus propios ojos.

—Tal vez —admitió lord Rosyth—, pero aunque siga siendo tan insolente y pagado de sí mismo como siempre, he detectado una sutil diferencia. Parece cauteloso, como si no confiara en nadie. Su voz tiene un tono cortante, que muestra decisión y tal vez temple, aunque ignoro a qué se debe ese cambio.

—Es lo que se le supone a un jugador avezado —repuso Farquhar.

—Sí, sí, lo sé —suspiró lord Rosyth, que de pronto aparentaba realmente los años que tenía—. Sin embargo, tal vez no debería haber sido tan duro con él. En conciencia, no puedo culparle por seguir vivo mientras que sus hermanos están muertos y un hombre no puede escoger a la mujer que lo trae al mundo.

—Brice era un buen hombre y también lo era Blake. Nada que ver con Killian —mintió Farquhar, ya que no sentía mayor simpatía por ellos que por Killian. Al menos ellos dos habían tenido el buen juicio de morir en combate por el rey Jacobo en el año quince. Por otra parte, el amor del abuelo por el mayor de sus nietos, el Don Perfecto Brice, había redundado en beneficio para Farquhar, ya que su muerte había intensificado el resentimiento de lord Rosyth contra Killian. ¿Había cambiado de idea ahora? Farquhar no podía permitirlo. Al ser el otro nieto superviviente, había tratado como fuera de llenar el vacío dejado por Brice y Blake, había hecho siempre lo que le decía su abuelo y aún más. Comparado con Killian, había sido un verdadero santo, al menos visto desde fuera.

—Sí, es cierto, era valiente, fuerte y leal, los dos lo eran, pero se han ido para no volver. Muertos los dos a manos de los malditos *sassenachs* —suspiró el anciano—. ¿Tal vez a causa de ellos no le he dado nunca a Killian el beneficio de la duda? Él nunca se molestó en negar las acusaciones, después de todo, pero empiezo a preguntarme si todas esas historias sobre él son realmente ciertas.

—Créeme, lo son —dijo con vehemencia Farquhar.

Lord Rosyth dirigió a su nieto una nueva mirada inquisitiva, que hizo que este se retorciera de inquietud como un gusano en el anzuelo. Farquhar consiguió dominarse con gran esfuerzo y añadió, mientras movía la cabeza para enfatizar sus palabras:

—He oído historias sobre él que no te cuento porque me harían sonrojar.

—Bien, sea lo que sea, creo que es hora de que haga mis propias averiguaciones, en lugar de confiar en lo que se rumorea —dijo con decisión lord Rosyth.

—¿Qué? ¿Vas a ir a Edimburgo? —preguntó Farquhar, alarmado.

—Sí, creo que sí —confirmó su abuelo.

—Pero... ¿y tu salud? ¿No sería una imprudencia?

Lord Rosyth nunca se desplazaba tan lejos. Viajar era para él una tortura y además consideraba que la capital era un lugar de perdición, por no mencionar su insoportable suciedad. *Auld Reekie* («la Vieja Chimenea»), como llamaban cariñosamente los escoceses a Edimburgo, era justamente así, una ciudad llena de humo y tan sucia como cualquier chimenea, congestionada y maloliente. No había duda de que la ciudad hacía honor a su apelativo y había sido una auténtica mina para Farquhar, ya que de ahí recogía las historias que más le interesaban para luego repetirlas.

—La verdad, abuelo, no creo que eso sea necesario —insistió Farquhar —. Tienes criados fieles, en los que puedes confiar, y que pueden ser tus ojos y tus oídos allí.

—No, quiero verlo con mis propios ojos —respondió tajante lord Rosyth—. Voy a visitar a mis amigos en la ciudad. Ellos me dirán la verdad. Si quieres, puedes acompañarme.

—Por supuesto que iré, si insistes, pero sigo pensando...

Lord Rosyth alzó la mano.

—Basta, joven. Cuando quiera tu consejo, lo pediré —dijo—. Ahora, ten la bondad de decir a los criados que preparen todo lo necesario para el viaje.

—Muy bien, si ese es tu deseo.

Farquhar se obligó a sonreír, como si dicho viaje fuera algo que ya estaba deseando. La verdad era que no podía perdérselo. Tenía que asegurarse de que lord Rosyth no oyera por casualidad algo malo sobre él. Se estremeció. Eso sí que sería un completo desastre, aunque, después de lo que acababa de suceder, no acertaba a imaginar cómo podían empeorar aún más las cosas.

Su plan había fallado y ahora solo le quedaba una salida: el maldito Killian tenía que ser eliminado definitivamente y más pronto que tarde.

Capítulo 6

Capítulo 6

Gotemburgo (Suecia)

Jess pronto se integró de nuevo en la vida de Gotemburgo y en algunos aspectos era como si nunca se hubiera marchado. Se habían producido cambios sutiles, sin embargo, y el más obvio era que Robert dirigía los asuntos domésticos con mano más firme que nunca. Katrijna jamás había sido una mujer de carácter fuerte, pero ahora cedía ante su marido en todo. Era como si careciera por completo de voluntad y Jess empezó a comprender por qué no había podido hacer nada para evitar el exilio de su hija.

Aunque Jess no ignoraba que la obligación de una mujer era subordinarse a su marido, siempre había pensado que dentro de un matrimonio debía haber un cierto equilibrio. Aquel no era el caso en su hogar y la situación se le antojaba intolerable. En cambio, su madre no parecía ni darse cuenta.

Robert había sido socio minoritario en la compañía de su padre y un importante pilar para la familia a la muerte de Aaron, ya que había asumido la tarea de dirigir la empresa y resolver todos los asuntos legales. Jess le estaba agradecida por ello. El hecho de que se hubiera vuelto indispensable también para su madre había sido una sorpresa tan inesperada como desagradable. La boda, celebrada solo seis meses después de la muerte de Aaron, se le antojó a Jess poco menos que un sacrilegio en pleno duelo por su padre.

No era algo inusual que una viuda volviera casarse, sin embargo, y Jess tenía que admitir que Katrijna no era la clase de mujer que podía arreglárselas sin un hombre que cuidara de ella. Además, su madre aparentaba ser muy feliz con su nuevo marido, lo cual hizo que Jess se tragara sus reticencias, si bien por dentro seguía pensando que aquello no estaba bien.

«No tiene ningún derecho a estar aquí», pensaba.

Jess se esforzaba por suprimir aquellos pensamientos. Sabía que probablemente nacían del resentimiento que le provocaba el hecho de que Robert hubiera entrado con tanta facilidad en sus vidas. La verdad era que no podía reprochar nada en su comportamiento. También sabía que su sentido del orden y su eficacia debían ser alabados, y no criticados.

Sus sospechas tenían otros motivos, que no la dejaban reposar tranquila. Lo que necesitaba era alguna prueba de malversación. «Si pudiera encontrar alguna manera de demostrar que Robert ha utilizado dinero que me pertenece legalmente, podría acudir al

magistrado», pensaba. Esa era su única esperanza, a menos que pudiera encontrar a alguien que se casara con ella, lo cual parecía improbable.

Su falta de perspectivas matrimoniales quedó confirmada el primer día en que salió a la calle en compañía de la señora Forbes. La casualidad hizo que se encontrara en el mercado con Karl Adelsten, precisamente el joven a quien quería hablar. Jess se había retirado un tanto de su guardiana, ocupada en discutir la compra de algo. Al apartarse para no chocar con alguien, fue a topar con Karl. Jess dio un respingo, mientras que él se detuvo y se quedó mirándola, confuso.

—Se-señorita Van Sandt —tartamudeó—, yo no, no esperaba... es decir, es un placer verla, como siempre.

El joven se inclinó y ella le respondió, mientras lo observaba atentamente. Iba vestido de azul oscuro, con grandes y ostentosos botones de plata en su abrigo y en su chaleco. No había nada en su conducta que sugiriera que había estado enamorado de ella. Por el contrario, mostraba el aspecto de un hombre que tiene todo lo que desea en la vida. No parecía apropiado mencionar el asunto de su fallido compromiso, pero Jess sintió que no tenía otra elección.

—Yo también me alegro de verle, aunque habría esperado tener noticias suyas antes —dijo—. ¿Qué le dijo mi padrastro para que se echara atrás y no se casara conmigo?

Karl, que era un muchacho bien parecido, muy alto y rubio, enrojeció hasta la raíz del cabello.

—Realmente, señorita Van Sandt, no creo que debamos discutir este asunto aquí —dijo mientras miraba a su alrededor, como si pensara que todo el mundo estaba pendiente de sus menores movimientos. Por suerte nadie les prestaba atención y la señora Forbes estaba aún ocupada.

—Lo siento, pero no tengo elección, señor Adelsten —dijo Jess entre dientes—. Me daba la impresión de que estaba usted decidido a casarse conmigo el año pasado. Sin embargo, su propósito quedó en nada en cuanto habló usted con mi padrastro. Dado que no hay ninguna razón por la que hubiera podido rechazar a una persona excelente como es usted, presumo que le habrá dicho algo acerca de mí que le hizo cambiar de idea. Necesito saber de qué se trata.

—Eso es hablar con claridad, no hay ninguna duda —dijo Karl mientras tiraba del cuello de su camisa, que parecía apretarle

demasiado—. La cuestión es, hum, verá... mi padre quería que me casara con otra persona. Ahora estoy casado con Elsa Leijonberg. Lo siento si pensó usted que nuestro pequeño flirteo significaba algo más.

Jess lo miró con desprecio. ¿Un pequeño flirteo? Hacía menos de un año, Karl había proclamado su amor eterno por ella y era incapaz de quitarle el ojo de encima cada vez se veían. Sin embargo, después de que la enviaran a la hacienda de Askeberga, él no hizo el menor intento por comunicarse con ella, al menos que Jess supiera. «Una gran pasión era lo que sentía», se dijo para sus adentros.

La joven observó de arriba a abajo a aquel hombre tan voluble y notó por primera vez que, a pesar de su aspecto agraciado, su barbilla era más bien roma y mostraba cierta tendencia a engordar de la cintura. Ella ya no sentía que las rodillas le temblaban al mirarlo. Tal vez Robert le había hecho un favor, a fin de cuentas, aunque de todos modos le resultaba insoportable la idea de que su padrastro tuviera el poder de arruinarle la vida.

—Señor Adelsten, no estoy ciega ni soy ninguna estúpida, así que le agradecería que fuera tan amable de decirme la verdad —le espetó—. Sé que mi padrastro influyó en su decisión. Solo quiero saber qué fue lo que le dijo, para tener la oportunidad de poner solución la próxima vez que alguien quiera hacerme una proposición matrimonial. Es una petición razonable ¿no cree?

Karl miró a su alrededor desesperado, buscando una vía de escape, pero no había ninguna, así que murmuró:

—Oh, de acuerdo, muy bien, se lo diré. Dijo que, aunque su padre había deseado que tuviera usted una dote, el negocio atravesaba serias dificultades a su muerte y el señor Fergusson estaba todavía tratando de equilibrar las cuentas. Por tanto, no podría entregarme más que una suma muy pequeña, aunque esperaba que en el futuro sería posible completar la dote. En resumen, usted no tenía dote por el momento y, hum, mi padre nunca habría aceptado una boda en esos términos.

—¿Qué? ¿Ninguna dote? —exclamó Jess.

—Bueno, una suma muy pequeña, unos cientos de táleros —dijo Karl.

—¿Unos cientos? —respondió ella. Robert le había hablado de unos tres mil, si recordaba bien. Jess inspiró profundamente varias veces, ya que la cólera amenazaba con ahogarla. Sabía que nada de aquello era culpa de Karl y que ya lo había presionado hasta donde era

posible.

—Gracias —añadió secamente—. Le deseo que tenga un buen día y que usted y su esposa sean muy felices.

Se dio la vuelta justo cuando la señora Forbes se aproximaba con rostro enojado.

—¿Qué cree que está haciendo, hablando con ese hombre? —siseó—. Mi primo me ha dicho que le había pedido a usted expresamente que no lo hiciera.

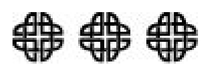
La señora Forbes era de pequeña estatura, pero compensaba aquella circunstancia con sus maneras, muy imperiosas. Sus ojos, profundos como los de su primo Robert, aunque de un color marrón más claro, chispeaban de cólera contenida y Jess se preparó para defenderse.

—Lo siento, señora Forbes —dijo—. No he podido evitar saludarle, ya que es un viejo conocido. En caso contrario, habría dado una extraña impresión. El señor Adelsten simplemente se detuvo para comentarme que se había casado con la señorita Leijonberg y yo le he deseado toda la felicidad del mundo, eso es todo.

La señora Forbes miró a Jess con aire de sospecha, su pequeña boca tensa en un gesto de desaprobación. Sujetándola por el codo, la apartó de aquel lugar.

—No vuelva a hablar con él nunca más ¿entendido? —le dijo por lo bajo, aunque en tono furibundo, mientras sonreía para devolver el saludo a una dama conocida que pasaba por el otro lado de la calle—. Robert me cortaría la cabeza.

—Créame, no tengo ningunas ganas de volver a hacerlo —replicó Jess sinceramente.



—¿Adónde dices que vas? —dijo Rory a Killian mientras trataba de enfocar la mirada, ya que su amigo acababa de despertarlo.

—A Suecia.

—¿Al lejano norte? ¿Donde siempre es de noche? —se sorprendió Rory, frotándose los ojos y parpadeando.

—Por supuesto que no es siempre de noche, imbécil —respondió Killian—. Suecia no está mucho más al norte que nosotros, por lo que sé, al menos no la parte a la que me dirijo.

—Bueno, bueno, no tienes que ser tan quisquilloso, solo preguntaba —gruñó Rory—. Pásame algo para vestirme, anda, por favor —dijo mientras apuntaba con la cabeza hacia una pila de ropa que parecía llevar varias semanas sin pasar por las manos de una lavandera.

—Este sitio es un asco, Rory —dijo Killian—. ¿Qué te pasa últimamente? No haces más que beber. ¿Te ocurre algo?

—Amor no correspondido —respondió Rory en tono trágico, lo que no impresionó a Killian.

—¿Otra vez? ¿De quién se trata ahora?

—Nadie que conozcas, bruto insensible —murmuró Rory—. Me muero de sed. ¿Queda algo en esa botella?

—Solo vas a beber agua por el momento —respondió Killian, haciendo caso omiso de la mirada herida de su amigo. Vertió el líquido en un sucio vaso y se lo tendió.

—¿Qué te ha pasado en el ojo? —preguntó Rory—. Lo tienes de un bonito color morado.

—Es una larga historia.

—Cuéntamela. Tenemos todo el día —pidió Rory, con ojos entrecerrados—. Tal vez me anime oír el relato de cómo te zurraron la badana.

Killian cerró los ojos y suspiró.

—No, ahora no —dijo—. Mira, Rory, de verdad que no hay tiempo. Tengo que salir del país, y rápido, o me encadenarán a Iona Cameron. Dice que espera un hijo mío.

—¡Ni soñando! —exclamó Rory abriendo mucho los ojos, aunque tuvo que cerrarlos de inmediato al recibir de lleno en el rostro la luz del sol matutino—. ¿De verdad tienes que marcharte a un sitio tan lejano como Suecia para escapar de sus garras? No tiene demasiado sentido para mí.

—Ni para mí, pero eso no importa —repuso Killian—. Mi abuelo me

ha dado una carta de presentación para un contacto suyo que vive por allí. El hombre es comerciante y he decidido que puedo aprovechar la oportunidad para aprender lo que pueda del oficio. Ahora que soy dueño de un barco ¿qué mejor oportunidad para montar mi propio negocio? Estoy harto del juego. Quiero cierta seguridad, ganarme la vida honradamente.

—Deberías haber parado después de la palabra «harto» —comentó Rory con una media sonrisa—. Me da la impresión de que tu cerebro está algo confuso. Seguridad, ¿eh?

—Tú cuentas con el dinero de tu padre cuando tienes pérdidas, pero yo no —dijo Killian—. Creo que ya es hora de que intente abrirme camino en la vida sin la ayuda de un par de dados o un mazo de cartas.

Rory dejó escapar una risita sonora.

—Te doy tres meses para que vuelvas al redil, ya lo verás.

Killian apretó los labios, ya que no deseaba discutir con su amigo. Rory no imaginaba hasta qué punto iba en serio aquella vez. No se trataba de una nueva partida de dados.

—¿Voy contigo, entonces? —propuso Rory—. Podría hacerte compañía en el no tan oscuro norte. Las mujeres son guapas, según he oído.

—Me encantaría llevarte conmigo, pero prefiero que te quedes aquí —dijo Killian, mirando a su amigo fijamente y con expresión seria—. Escucha, Rory, necesito que alguien mantenga vigilado a mi primo. Trama algo y tengo que saber de qué se trata.

—¿Farquhar? ¿Qué quieres decir?

—Apostaría a que es él quien está detrás de todo esto —respondió Killian—. Me quiere sacar de la partida, seguramente para siempre, ya que el abuelo tarde o temprano se dará cuenta de cómo es en realidad. Si eso llegara a suceder, no recibiría ni un penique. Tampoco descarto que quiera librarse del viejo también. Tienes que vigilarlo siempre que puedas.

—¡No puede ser! —exclamó Rory—. Estoy convencido de que es un intrigante hijo de mala madre, pero… ¿asesino también? Es demasiado débil para eso.

—Oh, enseguida encontraría a alguien para hacerle el trabajo sucio, no lo dudes —repuso Killian—, y después conseguiría que pareciera que soy yo el único responsable. Lo mismo que cuando éramos niños, no paraba de tramar jugarretas y no pienses que fue castigado una sola vez. Así que ¿vas a ayudarme o no? A ti todavía te admiten en los espectáculos a los que va él, así que podrías mantenerlo discretamente vigilado. Pídele a Dougie que te eche una mano. Te escribiré en cuanto sepa dónde voy a alojarme, para que puedas mantenerme informado.

—Si es lo que deseas... aunque preferiría ir contigo —dijo Rory.

—No, te necesito aquí —contestó tajante Killian—. Eres una de las pocas personas en las que confío. También está Dougie, por supuesto, pero él no tiene tu cerebro. En cuanto a Adair, él se encargará de seguir a Farquhar cuando esté por la calle, mientras que vosotros podéis hacerlo en los lugares en los que socializa.

—No pienses que tengo mucho cerebro en estos momentos —protestó Rory, al tiempo que se cubría la cabeza con las manos—, pero haré todo lo que pueda, ya lo sabes.

—Gracias. Eres un amigo de verdad —dijo Killian, sonriente—. Además, vigilar a mi primo evitará que estés todo el tiempo pensando en mujeres de escasa valía.

—¿De escasa valía? Te demostraré que esta es especial —protestó Rory. Killian dejó escapar una carcajada.

—Siempre dices lo mismo —dijo—. Lo superarás. Hay muchas más así en el lugar de donde ella procede.

—No lo entiendes. Tú nunca has estado enamorado —le replicó Rory. Killian le dedicó una amplia sonrisa.

—Tú tampoco —dijo mientras caminaba hacia la puerta—. Ahora tengo que irme, pero antes, un pequeño consejo.

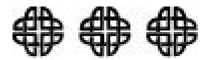
—¿Qué?

—Haz algo con esta pocilga y contigo mismo —dijo Killian—. Un baño y una muda de ropa limpia no te vendrían nada mal. Tal vez a la pobre chica lo que le ocurrió es que no pudo soportar el olor.

Rory lanzó un par de calzones sucios a su amigo, mientras sonreía a su vez.

—¡Lárgate ya! ¡Vamos, fuera!

Killian salió y bajó las escaleras sin dejar de reír.



Había otra visita que debía hacer aquella mañana y que le apetecía mucho menos. De hecho, reconocía que debía de estar loco por el solo hecho de considerarla. Sin embargo, dado que se disponía a abandonar el país para siempre, se resistía a dejar asuntos pendientes detrás.

No había visto a su madre desde que tenía diez años.

En realidad la había visto ocasionalmente, cuando asistía a funciones en la ciudad, pero no había reconocido su existencia ni hablado con ella. Ahora se encontraba parado enfrente de la casita en que vivía, preguntándose si debía acercarse a tocar la puerta y pedir algunas explicaciones. El problema era que no estaba seguro de si quería saber o no. ¿No era mejor dejar las cosas como estaban?

Unos meses después de la muerte de su marido, Niamh se marchó a vivir a Edimburgo y dejó a Killian a cargo de su abuelo. Aunque trató de explicar a su hijo las razones de su decisión, él nunca las entendió. Mucho más tarde, Killian oyó rumores de que ella prefería vivir abiertamente como amante de un hombre casado antes que regresar al castillo de Rosyth. No sabía si era verdad, pero no quiso indagar sobre la cuestión.

—Tu abuelo me ha dicho que no tengo derecho a llevarte conmigo — era todo lo que ella le había dicho antes de marcharse—. Como futuro heredero, tienes que quedarte para aprender a dirigir la propiedad.

Killian no la creyó y se sintió traicionado por la única persona del mundo que debía haberlo querido y protegido. Estaba seguro de que, si ella hubiera tenido la voluntad, habría encontrado alguna manera de permanecer junto a él, pero no lo había hecho.

Su forma infantil de vengarse había sido prometer que jamás volvería a hablar a su madre. No había cambiado de opinión cuando llegó a la edad adulta y logró por fin escapar del control de su abuelo, para trasladarse él también a vivir a la ciudad. De aquello hacía más de cinco años y Killian había empezado a preguntarse si su decisión

respecto a su madre no habría sido algo precipitada. Lord Rosyth era, desde luego, una persona extremadamente dominante y pudiera ser que hubiera obligado a Niamh a marcharse, lo quisiera ella o no. Tal vez había llegado el momento de oír la versión de su madre respecto a lo ocurrido.

Sin embargo ¿cuál sería la diferencia? «Lo hecho, hecho está. Ya no la necesito. No soy un niño de diez años que echa de menos el afecto de su madre», pensó.

En todo caso, le habría gustado saber sus motivos...

Mientras permanecía allí sin moverse, debatiéndose en su indecisión, se abrió la puerta principal de la casa. Un instante después, Niamh salió y se detuvo para buscar algo en su bolso de seda. Killian intentó mirarla de forma desapasionada y vio a una mujer de mediana edad, con un elegante vestido de seda verde a rayas y una pluma a juego en el sombrero. Todavía era hermosa, su cabello castaño rojizo apenas dejaba ver algún mechón plateado, pero sus ojos estaban enmarcados por líneas de tristeza y no existía animación en su rostro. Desde la distancia parecía una concha vacía, sin chispa vital, sin alegría en su existencia. ¿Era cierto? ¿Había contribuido él a tal estado?

Una punzada de culpabilidad forzó a Killian a encogerse sobre sí mismo, pero al instante endureció su corazón. Era ella quien lo había abandonado a él, y no al revés. Si alguien debía sentirse culpable, esa era su madre.

En aquel momento, ella alzó la mirada y los ojos azules de ambos se encontraron a través de la calle. Los de Niamh se abrieron, Killian no sabía si de sorpresa o de consternación. Él la miró fijamente, pero permaneció clavado en el sitio. La distancia entre ellos era tan grande como lo había sido en los últimos tiempos y no había razón para salvarla. Todo formaba parte del pasado. Killian se sintió traspasado por una corriente de alivio. Por fin había tomado su decisión. Se dio la vuelta para marcharse, pero solo había avanzado unos cuantos pasos cuando oyó detrás la voz de su madre, que jadeaba con cierto esfuerzo.

—Killian, espera —dijo—. ¿Querías algo?

—No, nada —respondió él, dándose la vuelta. Su expresión era neutra.

—Oh, ya veo —dijo Niamh, que frunció el ceño, obviamente confusa y decepcionada. Killian, por su parte, se sentía incómodo. «¡Maldita sea!», pensó. Había sido una locura ir allí para remover sentimientos

que estaban mucho mejor enterrados.

—Pensé que... quizás... —vaciló Niamh y después sacudió la cabeza—. Bueno, no importa.

Killian notó de nuevo el pinchazo de la culpa y se sintió obligado a decir algo para justificar su presencia frente a la casa de su madre. Confuso, soltó lo primero que le vino a la mente.

—¿Por qué me pusiste Killian de nombre? El abuelo parece tomarlo como un insulto personal, aunque yo no entiendo por qué un nombre irlandés le pone tan furioso.

Niamh parpadeó.

—Bueno, te bautizamos así en honor a tu tío, mi hermano, que murió en la batalla del Boyne. Dado que tu padre también había luchado allí, se mostró de acuerdo conmigo en que debías llevar su nombre, dijera lo que dijese tu abuelo. Mi hermano murió por una causa justa, igual que tus hermanos mayores.

Killian asintió con la cabeza.

—Gracias. En ese caso, lo llevaré con orgullo —dijo, antes de girar sobre sus talones y alejarse sin mirar atrás.

No debería haber venido, pero al menos ahora tenía una respuesta.

Capítulo 7

Capítulo 7

Gotemburgo (Suecia)

—Me han dicho que has estado hablando con el joven Adelsten. ¿No te previne de que no sería oportuno por tu parte?

La voz de Robert tenía un tono acerado que hizo que Jess sintiera de pronto húmedas las palmas de las manos y que luchara por ahogar un escalofrío.

Estaba en el antiguo estudio de su padre, de nuevo enfrentada al hombre que había llegado a considerar su Némesis. Jess tuvo que apretar los dientes para contener el torrente de palabras furiosas que sentía crecer en su interior. Robert transmitía decepción con la mirada, como si hubiera esperado otra cosa de ella, pero Jess estaba convencida de que el asunto era mucho más serio que todo eso. También sabía que debía mantener la calma o no tendría ninguna posibilidad de representar un papel convincente.

—Me temo que no pude evitarle esta vez —dijo controlando la respiración, para que no la traicionara un temblor de la voz—. Casi tropecé con él literalmente, en la plaza del mercado. Habría sido de muy mala educación por mi parte hacerme la desconocida y nos limitamos a intercambiar saludos. Además, la señora Forbes estaba cerca y no hubo nada inadecuado, te lo aseguro.

Robert la escrutó con la mirada, pero ella abrió mucho los ojos y lo miró a su vez, con expresión inocente. Al fin y al cabo, decía la verdad: no había ocurrido nada inapropiado. Respecto a lo que se habían dicho, no era asunto de Robert.

—Entonces ¿no trataste de entablar conversación con él? —inquirió el padrastro, con tono escéptico.

—No más allá del habitual «hola, ¿cómo estás?» —respondió Jess—. Me dijo que le iba muy bien y que es muy feliz con su mujer, antes la señorita Leijonberg. Le felicité y eso fue todo.

Robert mantuvo su mirada sobre ella, como si no la creyera ni por un segundo. Ella por su parte no varió ni un ápice su expresión de candor. Al cabo de unos instantes, él la despidió con un gesto y un gruñido.

—Está bien.

Mientras subía por las escaleras, Jess rumiaba lo que había averiguado por boca de Karl. Tras la muerte de su padre, Robert había asegurado que el negocio familiar atravesaba por dificultades, pero ella sabía que

aquello no podía ser cierto. Lo habría sabido, de una forma o de otra. Incluso aunque su padre hubiera decidido ocultárselo, no habría podido esconderle sus sentimientos. Siempre sabía cuándo él estaba preocupado por algo y hasta el día de su repentina muerte se había mostrado tan tranquilo y contento como de costumbre.

Un terrible pensamiento la asaltó de pronto. Aaron había muerto en un accidente en el almacén, cuando unos anaqueles repletos de mineral de hierro se le habían desplomado encima, aplastándolo. ¿Y si aquello no había sido en realidad un accidente?

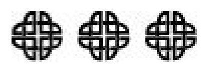
Jess sintió que todo su cuerpo se enfriaba y no pudo contener un escalofrío, que le recorrió de arriba a abajo la columna vertebral.

No, Robert no podía haber eliminado a su padre de manera deliberada. Sacudió la cabeza para espantar aquel pensamiento. Tenía los nervios a flor de piel y se estaba convirtiendo en una histérica, en lugar de la mujer inteligente que sabía que era. El hecho de que Robert no le gustara nada, y menos aún el control que ejercía sobre ella, no lo convertía en un asesino. Ni siquiera la constatación de que había mentido para conservar la sartén por el mango. Robert se encontraba en una reunión en el momento del accidente, o al menos eso le habían dicho…

Jess recobró el dominio de sí misma. Debía basarse en hechos y no en vuelos disparatados de su fantasía. Si Robert andaba diciendo a la gente que ella carecía virtualmente de dote, no había posibilidad alguna de que se casara. Por tanto, tenía que encontrar alguna manera de hacerle cambiar de opinión o de obligarle a entregar el dinero estipulado por su padre. Eso era todo.

Una vez que lo consiguiera, se casaría con el primer hombre que la pidiera en matrimonio, ya que no podía aguantar más en aquella casa.

Ya no sentía que fuera su hogar.



—¿Tengo que quedarme aquí? Preferiría ir con usted —se quejó Adair por décima vez. Killian suspiró y pidió paciencia para sus adentros. El muchacho había estado sobre ascuas desde que su señor le había anunciado su intención de marcharse al extranjero. Era obvio que le asustaba la idea de perder a la única persona del mundo que se

preocupaba por él.

—Adair, escúchame —dijo Killian—. Sabes que mi primo está siempre tramando maldades y me tiene entre ceja y ceja. Las cosas han ido tan lejos últimamente que creo que está desesperado y no tengo ni idea de lo que hará a continuación. De verdad te necesito aquí para que vigiles cada paso que dé y, en el momento en que veas algo sospechoso, se lo comuniques al señor Grant. ¿Lo has entendido?

Adair asintió, pero con expresión sombría. Killian lo agarró por su enflaquecido hombro.

—Tú eres el único en quien confío para hacer esto sin ser advertido —le dijo—. Eres astuto como un zorro. Te prometo que enviaré a buscarte en cuanto ya no te necesite aquí. Mira, voy a dejar suficiente dinero en el escondrijo como para que vivas durante varios meses. ¿No estás contento? Puedes entrar y salir a tus anchas y no tendrás otras obligaciones, excepto quizá mantener limpio este lugar.

—Está bien, lo haré —respondió Adair—, pero si el señor Farquhar no sale con ninguna treta, iré a buscarle a usted.

—Por favor, Adair, limítate a esperar hasta que sea el momento adecuado —insistió Killian—. No te abandonaré, te lo prometo. Te enviaré una carta y, tan pronto como la recibas, podrás ir a Suecia en el *Lady Madeleine*, pero no antes ¿está claro?

Adair hizo una mueca de disgusto, pero asintió con la cabeza y a continuación sonrió, contento como siempre, ya que de nuevo se sentía tranquilo.

—Es buena cosa que el señor me haya enseñado a leer —dijo—. Si no ¿cómo iba a poder enterarme de lo que dirá su carta?

Killian miró hacia el cielo al recordar la dura lucha que había mantenido con Adair para obligarle a aprender a leer, pero también el orgullo y la satisfacción que sintió al conseguirlo.

—¡Bribón! —dijo entre risas al adolescente y le golpeó amistosamente en el hombro—. Ahora, no te metas en ningún lío. Aunque no entiendo bien por qué, te echaré de menos y preferiría verte de una pieza la próxima vez que nos encontremos.



El Mar del Norte estaba encrespado y el primer viaje de Killian a bordo del *Lady Madeleine* fue todo un bautismo de fuego. Sin embargo, se sintió muy satisfecho al comprobar que tenía un estómago de hierro, que no se alteraba lo más mínimo por el brusco vaivén de las olas. Al menos mientras no permaneciera tumbado en su camarote se encontraba perfectamente y el capitán del buque estaba impresionado.

—Es usted un hombre afortunado, señor Kinross —le dijo—. La mayoría de los hombres se ponen verdes solo con asomarse al mar. Me huelo que debe de tener marinos entre sus antepasados.

El capitán Craig era un hombre robusto y de mejillas sonrosadas, de cuarenta y pocos años, que no parecía haber estado enfermo ni un solo día de su vida y menos aún, desde luego, haber sentido mareo.

—No lo sé, pero desde luego me alegro de no sufrir el *mal de mer*, eso desde luego —asintió Killian. Era una suerte no quedar incapacitado cuando había tanto que aprender. Para sorpresa del capitán, el dueño del barco no se separaba de su lado y no paraba de hacer preguntas, constantemente empeñado en observar y en aprender.

—¿Quiere entonces convertirse en marino, señor Kinross? —le preguntó.

Killian sonrió.

—No exactamente, pero me gusta terminar lo que empiezo. Si voy a ser el propietario de un barco, quiero saber cómo se maneja, dónde está cada cosa, cómo se llama. El conocimiento es poder.

El capitán Craig asintió.

—Muy inteligente de su parte. Ese señor McGrath, el anterior dueño del *Lady Madeleine*, nunca ponía un pie en el barco. Solo organizaba el cargamento y me indicaba lo que debía traer de vuelta. Me alegro de trabajar para usted, señor Kinross. Ha sido un buen cambio.

—No solo para mí, capitán, sino conmigo —replicó Killian.

—¿Qué quiere decir?

—Si me ayuda a encontrar las mejores mercancías para comerciar entre los dos países, le daré un porcentaje sobre los beneficios.

—¡No! ¿Habla en serio? —dijo Craig con ojos muy abiertos, mientras trataba de asimilar las implicaciones de la oferta que acababa de

recibir.

Killian asintió con la cabeza. Había sopesado la cuestión cuidadosamente y había decidido que redundaría en su interés. Era de esperar que, con semejante incentivo, el hombre trabajaría más duro y ambos se beneficiarían. No quería un empleado descontento. Lo que necesitaba era alguien en quien pudiera confiar.

—Vaya, no sé qué decir —dijo el capitán, que aún parecía asombrado—. Desde luego que haré todo lo que esté en mi mano. No es que no lo hubiera hecho de todos modos, por supuesto, pero… realmente me ha sorprendido usted, señor Kinross.

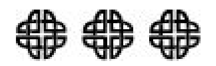
Killian sonrió.

—El acuerdo será mutuamente beneficioso, creo —comentó—. Tengo la impresión de que trabajaremos bien juntos.

—Por supuesto —aseguró Craig, con ojos radiantes—. No se arrepentirá de su decisión, se lo prometo.

Con la ayuda del capitán, Killian había conseguido ya comprar un cargamento de alta calidad para llevarlo en el viaje. La mayor parte de dicho cargamento consistía en sal, que era muy demandada en Escandinavia, pero también tejidos caros, trigo, mantequilla, carbón y algunos artículos de lujo procedentes de las Américas, como tabaco. Lo había pagado con el dinero conseguido en el juego. El capitán le había asegurado que aquellos eran productos que se vendían muy bien en Suecia y Killian no tenía ningún motivo para suponer que no fuera cierto. Cualquier beneficio le vendría bien, pero cuanto más, mejor. Era un comienzo y Killian sabía que el mineral de hierro, el cobre, la madera, el alquitrán y la brea eran buenas mercancías para llevar a Escocia desde Suecia. Tenía planeado mantener al capitán viajando de un país a otro mientras él se encontrara en su nuevo destino, para así amasar la mayor cantidad de dinero posible.

El joven se había lanzado de lleno a su nueva carrera y estaba decidido a que resultara un éxito.



El *Lady Madeleine* cruzó el archipiélago que bordea Gotemburgo, en la costa oeste de Suecia, y Killian se sorprendió al comprobar lo pequeña

que era la ciudad cuando la contempló por primera vez en la distancia. Había esperado una población de tamaño respetable, pero lo que se encontró era un pueblo en comparación con Edimburgo. Situada en la desembocadura del río Göta, la ciudad parecía asentada en terreno completamente llano. Solo había allí unas suaves colinas que destacaban en el paisaje, la más alta de ellas en la orilla derecha.

—Fueron los holandeses quienes la construyeron —le informó el capitán Craig—. Este lugar no era más que un pantano, así que los suecos llegaron a la conclusión de que los holandeses eran quienes mejor podían ayudarles a levantar su ciudad, ya que tienen mucha práctica en sus propias tierras, tan húmedas.

Killian nunca había estado en Holanda, pero había oído contar cómo sus habitantes construían diques y levantaban hermosas ciudades surcadas por canales.

—Entonces ¿es como una Ámsterdam en miniatura? —preguntó.

—Se podría decir —respondió el capitán—. Desde luego hay uno o dos canales, como pronto verá. Además, está fortificada con dos reductos, que llaman «La Corona» y «El León», además de la muralla, que presenta esquinas salientes en varios puntos, y el foso que la rodea.

El *Lady Madeleine* echó el ancla a cierta distancia de las murallas y la tripulación fue llevada a tierra por los estibadores. Ellos tenían el derecho exclusivo de transportar a la gente por los canales y entre la ciudad y los barcos que llegaban.

—También llevarán a tierra el cargamento —aseguró el capitán—, en cuanto encontremos a alguien que quiera comprarlo, dado que no cuenta usted con un almacén.

Killian tomó nota mentalmente de que necesitaba alquilar un almacén en cuanto le fuera posible.

Mientras los llevaban en el bote, Killian pudo ver en detalle las murallas y los bastiones. Al acercarse más, atisbó los tejados de las casas y las torres de dos iglesias. La entrada al canal principal, flanqueado por pequeñas colinas rocosas, se encontraba aproximadamente en el centro de la ciudad. Al entrar en él, pasaron por debajo de una gran barrera de madera, que según el capitán era bajada por la noche.

—La llaman *Stora Bommen* —dijo—. Solo la mantienen abierta durante el día. No está nada mal para fines defensivos, me atrevería a

decir.

Killian se preguntó quiénes serían los enemigos de los suecos. Seguramente los daneses y los noruegos, que eran sus vecinos más próximos, al menos en aquella parte del país. Sabía muy poco de la situación política y resolvió averiguar más lo antes posible. Si aquel iba a ser su hogar por el momento, sería muy útil estar informado.

Continuaron adelante por un canal flanqueado por edificios construidos principalmente de madera. La mayoría estaban pintados de rojo o de amarillo y los marcos de las ventanas eran blancos o azules. Alguna de las casas se había edificado en piedra y parecía más sólida, pero era la excepción. Las calles estaban tiradas a cordel y formaban un patrón regular, por lo que Killian pudo ver, aunque el canal no era recto, precisamente. Había un punto en el que viraba hacia la izquierda y más arriba podía verse una especie de isla en medio.

—Por alguna razón llaman a este canal *Stora Hamnen*, que quiere decir algo así como «el gran puerto» —explicó el capitán Craig—. Debe de ser porque es el lugar donde se carga y se descarga todo.

Pasaron por debajo de varios puentes, todos con arcos muy elegantes, y se detuvieron junto a una gran plaza que se elevaba aproximadamente a la altura de un hombre sobre el nivel del canal. Después de ascender por unos escalones, salieron por fin a la calle, donde el ruido y el bullicio resultaban casi ensordecedores. Killian se detuvo durante unos instantes para mirar a su alrededor y le gustó lo que vio. Inspiró profundamente y se alegró al comprobar que el aire no estaba demasiado viciado. En comparación con el de Edimburgo era realmente agradable, incluso a pesar del olor de los canales.

La plaza estaba adoquinada, había árboles plantados a intervalos a lo largo del canal y toda ella transmitía una agradable sensación de amplitud, a pesar de la gran cantidad de transeúntes que la cruzaban en dirección a sus ocupaciones cotidianas. Vendedores callejeros, saltimbanquis, trabajadores, carruajes, caballos y perros vagabundos, todos ellos contribuían a la escena, pero no existía tanta congestión como en Edimburgo. Tampoco el colorido era tan vivo, ya que la mayoría de los habitantes de Gotemburgo iban vestidos con ropas de color negro, marrón o gris, aunque el ocasional toque de color en el atuendo de los más atrevidos llamaba la atención aquí y allá. Killian se alegró de haberse puesto un sobrio abrigo de color gris, ya que así no destacaría demasiado.

—¿Cuánta gente vive aquí? —preguntó Killian al capitán Craig, mientras le seguía a lo largo de uno de los canales laterales, en dirección a un hostal. Le parecía preferible pasar la primera noche en una posada, antes que ir directamente a la casa del señor Fergusson. No deseaba sentirse obligado con aquel hombre, después de todo, y prefería esperar a ver si iba a invitarlo a quedarse con él o no. Antes que nada, necesitaba familiarizarse con la ciudad.

—No estoy seguro. ¿Cinco, tal vez seis mil? Podría ser más, sin embargo —dijo el dueño del Ciervo Blanco, o *Vita Hjorten*, como se llamaba la posada en sueco. Era un escocés jovial y regordete llamado Murdoch, cuyo rostro se iluminó en una amplia sonrisa de bienvenida cuando vio al capitán Craig.

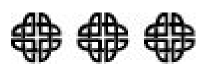
—Ah, ya está de vuelta, capitán —dijo, radiante—, y necesita habitaciones, supongo.

—Sí, nos hacen falta —respondió el marino, que le presentó a Killian y comenzó a negociar con él el precio del alojamiento. Mientras tanto, Killian escuchaba atentamente a unas personas que hablaban en sueco cerca de ellos. Le parecía un idioma muy gutural y con algunos sonidos extraños, pero entendía alguna palabra suelta.

—Tendré que aprender sueco —dijo a Craig—. No debe de ser muy difícil. He aprendido francés y latín, después de todo, y el latín es endemoniadamente difícil de dominar.

—Dicen que el sueco es fácil, pero la verdad es que yo no sé más que cuatro palabras —respondió riendo el capitán—. Le deseo suerte.

Killian no estaba seguro de si era suerte lo que necesitaba, pero dio las gracias al capitán de todas formas.



Poco después, al entrar en la taberna de la posada, Killian se sorprendió al oír hablar inglés con acento escocés por todas partes a su alrededor. El capitán Craig, que estaba sentado en una esquina, le hizo una señal.

—Venga, señor Kinross, le presentaré a unos compatriotas. Estos caballeros nos invitan a un trago.

—Desde luego es muy amable de su parte —dijo Killian, que se unió a

ellos en la mesa, y se hicieron las presentaciones.

Los dos más jóvenes, James McEvoy y Graham Frazer, trabajaban como asistentes de sendos comerciantes escoceses. Uno de ellos era moreno y de piel muy oscura y el otro, blanco y rubicundo, pero ambos tenían aspecto de disfrutar a fondo de la vida y de no tener especiales preocupaciones en aquellos momentos. El otro era un viejo capitán de barco llamado Muir, quien aparentemente conocía a Craig desde hacía muchos años. Enseguida Killian tuvo delante una gran jarra de cerveza y un plato lleno de comida que olía muy bien.

—Comida sencilla, pero abundante y bien cocinada, en mi opinión —dijo Muir—, aunque la mujer de Murdoch puede prepararnos un plato escocés, si lo prefiere.

—No, no, esto está muy bien, gracias —respondió Killian. Era evidente que la comida era sencilla, pero aunque no le habían servido más que puré de nabo y carne de cerdo frita en su jugo y con cebollas, no tenía queja en absoluto. La verdad era que nunca había sido partidario de los manjares muy refinados y prefería simplemente algo que matara el hambre durante el mayor tiempo posible. En los últimos tres años había pasado más de un día sin llevarse nada a la boca, así que siempre agradecía poder comer.

—Así que están aprendiendo el oficio del comercio —dijo a los dos jóvenes mercaderes—. Eso es lo que yo quiero hacer. Con el tiempo me gustaría establecerme por mi cuenta, pero primero necesito foguearme.

—Entonces ha venido al sitio correcto —dijo McEvoy sonriente—, pero prepárese para trabajar como un esclavo. ¿Cierto, Frazer?

Su compañero asintió con la cabeza y miró hacia el techo.

—¡Ya lo creo! —corroboró—. No hay un momento de paz, pero al menos uno no se aburre y al final del día siempre hay compañía agradable aquí, en el *Vita Hjorten.*

—Me alegro de oírlo —dijo Killian, quien ya había anticipado la dureza del trabajo, así que las advertencias de los dos hombres no le arredraban. Por otro lado, era bueno saber que no tendría que pasar las noches solo cuando el capitán Craig hubiera regresado a Edimburgo.

Durante la conversación, Killian miró a su alrededor y comprobó que la taberna estaba amueblada muy modestamente, con tan solo unas

pocas mesas y bancos. No había allí ninguna decoración, tan solo paredes de madera desnudas. Sin embargo, la gran chimenea, con su ancha base que se iba estrechando hasta llegar al techo, daba mucho calor y alegraba un local por lo demás bastante lóbrego.

—¿A alguien le apetece una partida de dados? —dijo McEvoy, esperanzado—. Nadie quiere jugar conmigo esta semana, porque estoy en racha.

Killian dudó durante un segundo. Realmente quería dejar atrás su vida anterior. Sin embargo, si pretendía establecer su propio negocio, iba necesitar todos los fondos que fuera capaz de reunir. A menos que la diosa Fortuna lo hubiera abandonado en favor del joven que estaba sentado enfrente, se le presentaba una posibilidad de incrementar su capital. Rechazar una partida no parecería un gesto demasiado amistoso y, si deseaba trabar relaciones en aquel país, no podía permitirse ofender a nadie. Para terminar de decidirse, se prometió parar antes de perder demasiado o de dejar sin blanca a sus compañeros.

—Eso suena como un desafío al que no puedo negarme —dijo, sonriente.

Capítulo 8

Capítulo 8

Robert se volvía cada día más crítico con Jess y ella recibía reprimendas por cualquier nadería. Su madre, absorbida como siempre en el cuidado de sus hijos, no parecía darse cuenta. Las pocas veces que lo hacía, se limitaba a suspirar y a mirar a Jess con el ceño fruncido. Era como si la tensión adicional que provocaban los enfrentamientos entre su marido y su hija fuera ya la gota que hacía rebosar el vaso de todas sus cargas y sinsabores acumulados. Aquello hacía que Jess se sintiera cada vez más aislada y reforzaba su decisión de encontrar una vía de escape.

—Me han dicho que has insultado a la señora Forbes esta mañana —dijo Robert con cara larga.

Jess había sido convocada de nuevo a su estudio, esta vez por haber contestado con brusquedad a la prima de su padrastro. En la mente de Robert, aquello probablemente era un delito punible con la pena capital, pensaba Jess con sarcasmo. Por fuera trataba de aparentar calma, aunque sentía la mandíbula tan apretada como un torno de carpintero.

—No fue a propósito —dijo—. Simplemente le dije que, dado que a mamá le duele la cabeza, creo podría emplear mejor mi tiempo ayudándola, en lugar de perderlo en hacer bordados.

No era exactamente así como lo había dicho, y era consciente, pero eso era lo que había querido decir. No es que no le gustara bordar de vez en cuando, pero prefería pasar más tiempo con sus hermanos, en particular con Ramsay. La relación con él había vuelto a ser como era antes de su exilio y jugaban juntos siempre que era posible.

Aparentemente, Robert había oído una versión diferente de lo sucedido. Ese era todo el pretexto que necesitaba para endosar a Jess un largo sermón sobre la maldad que suponía no escuchar a sus mayores o no hacer lo que se le había dicho. Él nunca alzaba la voz, pero Jess se sentía de todos modos como si fuera una niña de cinco años a la que habían sorprendido haciendo algo horrible. Durante todo el tiempo que duraba la diatriba, pendía sobre ella la amenaza de que volvieran a desterrarla. Escuchaba en silencio, pero hervía de indignación, consciente de que su rostro sofocado evidenciaba señales de lo que sentía por dentro.

Cuando, por fin, él se quedó sin aliento, Jess salió de la habitación con la cabeza alta. Como siempre, cerró la puerta todo lo suavemente que

pudo, en lugar de dar un portazo, como era su deseo. Con los dientes rechinándole de rabia, corrió hacia las escaleras y tropezó con alguien que entraba en aquel momento desde el recibidor.

—¡Oh! Disculpe —exclamó.

Desconcertada, dio un paso atrás y se disponía a disculparse de nuevo, pero al alzar la mirada, las palabras se le quedaron congeladas en la boca. Delante de ella se encontraba el hombre más apuesto que había visto en su vida y no podía sino contemplarlo durante unos instantes. Tenía un brillante cabello de color castaño oscuro, recogido atrás en una coleta algo desaliñada, ojos de un azul deslumbrante enmarcados por largas pestañas negras y rasgos de una perfección inverosímil. Parpadeó y se preguntó si lo que veía era real. ¿Sería tal vez uno de los arcángeles de los que hablaba la Biblia? Con una sacudida interna, apartó de sí aquellos pensamientos. Qué idea tan ridícula.

—No, soy yo quien debe pedir disculpas —dijo el joven, con una reverencia—. La señorita Fergusson, supongo. Killian Kinross, a su servicio. He venido a ver a su padre y me han dicho que espere aquí —añadió Killian mientras indicaba una silla junto al despacho de Robert, obviamente colocada allí para aquel propósito—. Debería haber mirado antes de entrar. Mil perdones.

—No es mi padre —respondió ella con un siseo, al recordar la reciente conversación e ignorando el resto de las palabras del recién llegado—. Es el demonio en persona.

Aquello era seguramente una exageración, pero el pronunciar las palabras en voz alta permitió a Jess descargar parte de su frustración y se sintió mucho más aliviada. El señor Kinross alzó las cejas durante una fracción de segundo y esbozó poco a poco una sonrisa. Jess casi jadeó, ya que su efecto en ella fue similar al de un golpe fuerte y directo al plexo solar.

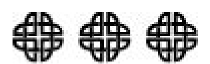
—La ha regañado ¿verdad? —inquirió, con voz divertida—. Claro está, es pariente de mi abuelo. No es de extrañar.

Jess no pudo seguir la lógica de aquel argumento. De hecho, le costaba un gran esfuerzo pensar con lógica, debido a los efectos de aquella deslumbrante sonrisa que tenía delante. Sin embargo, cerró los ojos y consiguió recuperar la suficiente compostura como para responder.

—No deseo discutir la cuestión —dijo—. Que tenga un buen día, señor Kinross.

Con esta frase puso punto final a la conversación, rodeó a su interlocutor y corrió escaleras arriba, levantándose la falda para subir los escalones de dos en dos, de una manera que no resultó excesivamente femenina. Al llegar al primer rellano, miró hacia abajo y comprobó que Killian la observaba con rostro pensativo. Cuando él se dio cuenta, sonrió de nuevo y se inclinó en un saludo perezoso, casi insolente.

Jess lo ignoró y continuó escaleras arriba. Ya había disfrutado de suficiente trato con hombres como para una vida entera y no deseaba tener nada que ver con ninguno de ellos, apuestos o no.



Killian continuaba mirando hacia el lugar por donde se había marchado la pequeña rubia que acababa de chocar contra su pecho, una experiencia en sí nada desagradable. Parecía estar de veras furiosa, ya que sus ojos grises despedían chispas y sus mejillas ardían. Aunque no podía ser considerada una belleza en el sentido habitual de la palabra, ya que era demasiado menuda para ello y el color de su piel resultaba algo desvaído, Killian había sentido un impulso de atracción que le había sorprendido. Por lo general a él le atraían las mujeres de formas voluptuosas, morenas y de carácter dulce, pero reflexionó que tal vez sería interesante probar por una vez una valkiria rubia en miniatura.

El joven sofocó aquel pensamiento antes de que pudiera arraigar. La muchacha que acababa de conocer estaba en malos términos con Fergusson, el hombre con quien debía trabajar allí, y no convenía indisponerse con él desde el primer momento. Le intrigaba cuál sería la relación que existía entre ellos, ya que resultaba evidente que ella vivía en la casa. En cualquier caso, no cabía duda de que la chica estaba fuera de sí en aquellos momentos y, por otra parte, de que llevaba escrita en la frente la palabra «virgen». Killian sonrió para sus adentros. Años de experiencia le habían enseñado a reconocer a las jóvenes inocentes en cuanto las veía y nada le llevaría a romper su regla de evitar a toda costa llevárselas a la cama. Tenía comprobado que daban demasiados problemas.

En cuanto la puerta se abrió y Killian fue invitado a entrar en el despacho del pariente de su abuelo, el episodio quedó atrás. Ya habría tiempo de averiguar más cosas sobre la extrañamente atractiva muchacha.

—Adelante, adelante, joven Kinross —le dijo Robert.

Robert Fergusson era todo sonrisas. Ni la más mínima señal de irritación dejaba entrever que acababa de protagonizar un altercado con la pequeña valkiria. Era un hombre más bien robusto, de rostro arrugado y cejas muy espesas, media cabeza más bajo que Killian. Su cabello era ondulado y de color castaño, aunque con abundantes canas dispersas, y tenía los ojos de un color marrón muy oscuro, casi negro. Su nariz aguileña le daba un aspecto altivo, a pesar de sus maneras amistosas, y su presencia general transmitía al observador la impresión de un poder latente, que exudaba por cada poro de su piel. Killian contuvo un estremecimiento. Aquel hombre era implacable, lo sabía por instinto. Debía tener cuidado. El joven entregó a Robert la carta de su abuelo.

—Muchas gracias por recibirme tan pronto, señor Fergusson —dijo—. Mi abuelo no ha tenido tiempo de notificarle mi llegada con antelación, pero aquí está la carta que explica mi presencia en Gotemburgo. Me permito advertirle, sin embargo, de que puede resultarle una lectura algo tediosa. Imagino que habrá incorporado una pormenorizada descripción de mi carácter.

Fergusson esbozó una breve sonrisa.

—Presumo que ustedes dos no son precisamente almas gemelas —dijo—. Bien, la verdad es que el tío Kenelm fue siempre fue un tanto autoritario. Tomaré sus palabras con la debida precaución.

Dicho esto, leyó veloz la misiva y Killian esperó con paciencia a que acabara. Cuando hubo terminado, Robert movió la cabeza afirmativamente y prosiguió.

—Es lo que me imaginaba. Quiere emplearle a usted en «algo productivo». Creo que yo puedo proporcionarle algo así. ¿Qué sabe de comercio?

—No mucho —respondió Killian—. He tomado nota de algunos consejos del capitán del barco en el que vine, pero creo que sería mejor si me considera un completo principiante.

Killian había decidido no revelar a Fergusson que el barco era suyo. Ya habría tiempo más adelante, tal vez.

—En todo caso —prosiguió—, estoy decidido a trabajar duro y aprendo rápido. Estaré encantado de realizar cualquier tarea que quiera encomendarme.

—Unas palabras sensatas —comentó Robert—. Veo que no le falta inteligencia.

—Eso no es lo que dice mi abuelo —respondió sonriente Killian y se encogió de hombros.

—Respecto a esa cuestión, tendrá que demostrarle que está en un error —dijo Fergusson, torciendo la boca.

—Eso espero, desde luego —contestó Killian.

—¿Tiene alojamiento en algún sitio? —inquirió Robert.

—Por el momento estoy en una habitación en *Vita Hjorten*, cerca de *Smedjegatan*, pero tengo la intención de alquilar algo en cuanto me sea posible. Antes me gustaría familiarizarme con la ciudad.

—Por supuesto. No hace falta que le diga que es bienvenido a esta casa, si desea quedarse, pero es un hogar lleno de mujeres y niños, no demasiado apto para permitirle a uno concentrarse en nada —respondió Robert con un gesto de impaciencia, aunque la expresión amable regresó enseguida a su rostro—. Venga a cenar esta noche. Los niños ya estarán acostados.

Killian se preguntó vagamente si también se referiría a la muchacha rubia y esperó que no fuera así. Le agradaría verla de nuevo. Podría ser divertido, sobre todo si ella estaba todavía peleada con Fergusson.

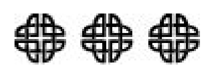
—Gracias —respondió con una inclinación—. Volveré después, entonces.

—Bien, bien —repuso Robert—, en ese caso, el lunes por la mañana le llevaré a ver las instalaciones y le presentaré a Albert Holm, mi asistente principal. Él sabe mucho y puede enseñarle los fundamentos del nuestra actividad. No perderá el tiempo si le escucha.

—Me parece perfecto —dijo Killian—. Gracias otra vez.

Al salir de la casa, el joven se preguntó si Fergusson no pretendería encomendarle a su asistente para así librarse de su responsabilidad. Solo el tiempo lo diría. Fuera lo que fuese, estaba decidido a aprender todo lo posible en el plazo más breve.

Cuanto antes pudiera emprender su propio negocio, tanto mejor.



El ambiente en el salón de baile de lady Bradbury era asfixiante. Irritado, Farquhar se situó detrás de una oportuna columna y aprovechó que no miraba nadie para aflojarse el lazo que le oprimía el cuello. No podía entender por qué era necesario invitar a más personas de las que podían entrar con comodidad en un salón, simplemente para mostrar al mundo que la reunión había sido un éxito social. Aquella parecía ser la norma en los últimos tiempos y resultaba verdaderamente incómodo.

Su principal preocupación no era, sin embargo, la falta de espacio, sino no perder de vista a su abuelo, que había insistido en acudir a aquella velada. El anciano estaba sentado cerca de él y charlaba con su viejo amigo Ruaridh Cameron, quien parecía estar de muy buen humor para tratarse de un hombre sobre cuya hija pendía la amenaza de ruina inminente. No miraba mal a lord Rosyth, lo que solo podía querer decir que los dos hombres habían llegado a un acuerdo respecto a Killian. Farquhar sospechaba que su abuelo había rescatado al maldito canalla del fin que se merecía. Lo que más le hacía hervir la sangre era el hecho de que el viejo no parecía en absoluto preocupado aquella vez, cuando debía estar furioso.

Culpar a Killian de la situación de Iona Cameron se le había antojado un plan excelente, en su momento, pero Farquhar se daba cuenta ahora de que debía haber escogido a la muchacha en cuestión con más cuidado. Nunca había tenido trato directo con ella y no había hecho caso de los rumores que circulaban respecto a su persona. Aquello había sido un error. Debía mostrar más prudencia, aunque realmente no había tenido otra opción, ya que Iona era la única joven embarazada con la que Farquhar sabía positivamente que Killian se había acostado. Sin embargo, había pasado por alto el hecho de que su encuentro había tenido lugar el año anterior, lo que descartaba a Killian como posible padre de la criatura.

Farquhar sacudió la cabeza. Lo hecho, hecho estaba. No servía para nada darle vueltas. La cuestión ahora era avanzar y solo veía una manera de resolver la cuestión de una vez por todas: Killian debía ser eliminado. Hasta que no lo consiguiera, nunca podría estar seguro de su propia posición. Lord Rosyth podía cambiar de opinión en cualquier momento.

Farquhar miró de reojo a su abuelo. Tal vez debería librar al mundo de su presencia también, ya que estaba en ello. Un oportuno accidente podía ser una opción viable. Sería una pena, de todos modos. Dado

que Farquhar deseaba sobre todas las cosas la aprobación del viejo, su desaparición le privaría de la mitad de la satisfacción por ser el heredero. Aun así, era una posibilidad a tener en cuenta.

Lo primero de todo, tenía que averiguar adónde había ido a parar Killian y allí no parecía posible obtener ninguna información. Con el ruido circundante, no podía oír ni una palabra de lo que estaba diciendo lord Rosyth. Cansado de su juego de espionaje, Farquhar buscó a su alrededor, a ver si localizaba a algún criado con una bandeja llena de bebidas. En lugar de ello, su vista tropezó con uno de los compinches de Killian, Dougal Forster, apoyado en la pared de enfrente. A juzgar por su aspecto, se sentía tan bajo de ánimos como el propio Farquhar. Sin duda echaba de menos a su depravado compañero, pero tal vez esa circunstancia podría resultar provechosa. Animado por la idea de conseguir alguna información, Farquhar se acercó a Dougie.

—Buenas noches, Forster —dijo.

—Buenas noches —respondió el aludido, a quien no alegró especialmente el saludo de Farquhar. Hasta el momento no habían sido más que meros conocidos de «hola y adiós».

—Qué atestado está esto ¿verdad? —dijo Farquhar, mirando a su alrededor—. No imaginaba que este era el tipo de ambiente que frecuentaba. ¿No sale usted con mi primo esta noche?

Forster lo miró, confuso, pero contestó sin inmutarse.

—No, se marchó a Suecia hace unos días ¿no lo recuerda?

Farquhar se las arregló para ocultar su sorpresa.

—Oh, ¡no me diga! pensaba que no se iba hasta el final de esta semana —comentó.

—Bueno, el asunto era más bien urgente —respondió Dougal y siguió la mirada de Farquhar hasta el extremo de la habitación, donde Iona Cameron sonreía de manera un tanto afectada al joven James Hamilton. La expresión de este último recordaba a la de una rata acorralada, ya que había un miembro del clan Cameron a cada lado de la pareja. Los dos parecían decididos a impedir cualquier intento de fuga por parte del novio designado.

Farquhar se habría reído de buena gana ante tal escena, de no ser por el hecho de que era Killian quien debía de haber estado junto a Iona

en aquellos momentos, y con la misma expresión de incomodidad que traslucía Hamilton. Inspiró profundamente para tratar de ahogar la rabia.

—Ya me imagino —dijo, en respuesta a Dougal—. Sin embargo, Suecia parece una opción bastante drástica solo para evitar que lo arrastren al altar. Es un lugar muy frío y desagradable, por lo que tengo entendido.

—No más que aquí —respondió Dougal—. Además, Gotemburgo se encuentra en la zona del sur, según me comentó Rory, así que tal vez no haga tanto frío.

—Esperemos que no, por el bien de Killian...

—Farquhar Kinross, qué bueno verte por aquí —interrumpió de pronto la voz de Rory Grant—. Acompañando a tu abuelo, supongo.

Farquhar escrutó el rostro del mejor amigo de Killian con ojos entrecerrados. Se notaba que a Grant no le había hecho gracia encontrarlo hablando con Forster y eso le agradaba.

—Alguien tiene que ocuparse del viejo —replicó con ambigüedad—. Aquí tu amigo acaba de informarme de que mi primo nos ha abandonado y se ha ido a buscar las delicias de Suecia —no pudo resistirse a añadir.

Grant lanzó una mirada acusatoria a Forster y este se puso pálido al darse cuenta de su error. La sonrisa se Farquhar se hizo más amplia.

—Bueno, yo me voy —anunció—. No puedo aguantar ni un minuto más en este purgatorio. Buenas noches a los dos.

El primo de Killian les despidió con una reverencia ligeramente burlona, a la que Grant replicó con una inclinación de cabeza casi imperceptible, mientras que el consternado Forster no reaccionó en absoluto. Farquhar se alejó tranquilamente, tratando de contener la risa. Killian debería escoger a sus amigos con más cuidado, pensaba. Forster era un tipo simpático, pero en lo que se refiere a cerebro, la madre naturaleza había sido bastante cicatera con él. Desde luego, no podía quejarse. Si todos los amigos de Killian fueran tan estúpidos, la vida habría sido mucho más sencilla. Al llegar a la puerta, se detuvo para mirar hacia Grant y Forster, que discutían agriamente, y les dirigió una última reverencia burlona. Ellos solo respondieron con miradas heladoras, pero a Farquhar no le importó nada: ya tenía toda la información que necesitaba.

Capítulo 9

Capítulo 9

—Por favor, madre ¿puedo excusarme de asistir a la cena? Tengo una horrible jaqueca.

Jess apenas había sobrepasado el umbral de la habitación de los niños, con la esperanza de obtener una rápida respuesta y poder guarecerse rápidamente en su dormitorio, antes de que Robert subiera a cambiarse. Lo cierto era que le dolía la cabeza, o más bien se trataba de una sensación irritante en la zona de la nuca, pero en todo caso era una excusa tan buena como cualquier otra.

Jess había pasado la tarde echando chispas de indignación por el trato injusto dispensado por su padrastro. Lo último que deseaba en aquellos momentos era otra velada de tensa conversación con él y con la señora Forbes. Su madre rara vez participaba, ya que, agotada de perseguir a sus pequeños durante todo el día, dejaba la charla en la mesa para los demás, algo que a Jess le costaba soportar.

Cuando entró en la habitación, Katrijna se encontraba enfrascada en la tarea de ayudar a la niñera a acostar a sus hijos. Era una tarea que la criada podría haber hecho perfectamente sin ayuda, pero que la madre insistía en supervisar a diario. No había ni un solo aspecto de la rutina de sus dos retoños en el que no participara. «A ella no le importa cómo paso yo el tiempo, excepto cuando me necesita para algo», pensó Jess con resentimiento. Sin embargo, sabía que no estaba siendo justa. Katrijna era simplemente una madraza que cuidaba de su prole como haría una gallina con sus polluelos.

Katrijna luchaba para poner un camisón limpio a James, que se resistía. Miró a Jess con el ceño fruncido y el rostro enrojecido por el esfuerzo y la irritación.

—Hoy no, querida —comentó—. Robert ha dicho que tenemos un invitado. No le parecerá nada bien que no asistas. ¿Por qué no le pides a la cocinera que te prepare una tisana? Estoy segura de que, si te acuestas un ratito, estarás fresca como una lechuga.

Jess se sintió desfallecer. Deseó que el invitado no fuera el hombre que había encontrado en el recibidor, pero era lo más probable. ¿Habría mencionado a Robert los duros comentarios que había hecho ella? «¡Sería justo lo que faltaba!»

—Por favor, madre —imploró—. Seguro que el invitado preferirá hablar de negocios y esas cosas con Robert. Con la señora Forbes en la

mesa, sois pares. No me necesitáis.

Katrijna negó con la cabeza.

—No, lo siento. Yo estoy demasiado cansada como para participar en la conversación. A Robert le hará falta tu ayuda. Tú puedes hablar de cosas sensatas, mientras que la señora Forbes, ya lo sabes, no hace otra cosa que cotillear —dijo la madre de Jess, pero al notar la angustia de su hija, se acercó y le apoyó la mano sobre el brazo—. Vamos, querida, nuestro invitado podría ser un posible pretendiente. ¿No dijiste el otro día que anhelabas contraer matrimonio? Nunca conseguirás novio si te quedas escondida en tu habitación.

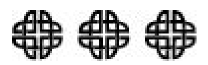
«¡No tengo ninguna posibilidad de conseguir un novio!» habría querido gritar Jess, pero algo la obligó a contenerse. No podía hablar con su madre sobre su carencia de dote y sobre lo que Robert tenía que ver en aquella situación. Si lo hiciera, ella se llevaría un disgusto terrible y sin duda protagonizaría una escena de las que no se olvidan. De alguna manera, todo acabaría siendo culpa de Jess y su situación en nada mejoraría. No. Tenía que encontrar una salida a este embrollo por sí misma.

—Muy bien —suspiró—. Si me necesitáis, por supuesto que bajaré. Voy a ver a la cocinera.

—Muy bien —aprobó su madre—, y, ya que bajas, ¿puedes asegurarte de que caliente la leche para los niños? Cuida de que no llegue a hervir, como ayer, porque no les gusta nada encontrarse la nata flotando. Siempre le tengo que repetir que caliente la leche a fuego lento, pero no consigo que me haga caso.

—Sí, madre —dijo Jess.

Los pensamientos de Katrijna habían regresado a los niños y ella estaba fuera de nuevo.



Por segunda vez aquel día, Killian llamó a la puerta de la casa de los Fergusson. Después de un largo período de aburrimiento con su propia existencia, sentía que crecía poco a poco en su interior una nueva y emocionante sensación de expectativa. De alguna manera, la llegada a Suecia había provocado un cambio en él, como si hubiera dado

esquinazo a su vida anterior y el pasado ya no importara. Estaba decidido a sacar el máximo partido a su nueva circunstancia y a aprender mucho en muy poco tiempo. Se había hartado de sobrevivir en los límites de la sociedad. Quería abrirse camino en el mundo y demostrar a su abuelo que no lo necesitaba, ni tampoco su herencia.

No necesitaba a nadie.

El conocimiento es poder, como había dicho al capitán Craig, así que había pasado la tarde averiguando todo lo posible sobre Gotemburgo en general y sobre la familia Fergusson en particular. Por suerte Murdoch, el dueño del *Vita Hjorten*, era un hombre gregario, que disfrutaba mucho de la conversación con sus huéspedes. Aceptaba con mucho gusto una jarra de cerveza y, una vez que había ingerido unos cuantos tragos, ya no paraba de hablar. Era una verdadera fuente de información. Por el momento Killian estaba interesado sobre todo en conocer detalles sobre los Fergusson, para así enterarse bien de con quién estaba tratando. Con un par de preguntas inocentes, había orientado la conversación en ese sentido.

—Fergusson es un tipo reservado —dijo Murdoch mientras se daba golpecitos en la nariz con su grueso dedo índice—. Se guarda sus cosas para sí y no se mezcla demasiado con el resto de nosotros —añadió mientras miraba a su alrededor, con gesto furtivo, antes de continuar en tono más bajo—. He oído que no tiene contemplaciones cuando se trata de negocios. Hay rumores de que se ha peleado con otros comerciantes, pero no conozco exactamente los hechos. Desde luego no perdió tiempo para atrapar a la viuda en cuanto falleció su marido. Ni siquiera pasó un año de duelo, como mandan las formas, aunque supongo que la señora necesitaba que alguien cuidara de ella y de su hija.

—¿Su hija? —preguntó Killian con gran interés.

—Sí, la señorita Van Sandt —respondió el posadero—, una niña rubia, muy guapa, la hijastra del señor Fergusson. Bueno, he dicho niña, pero debe de ser ya una joven de diecinueve o veinte años. La heredera, supongo, ya que era la única hija de su padre. Seguramente Fergusson administra su herencia hasta que se case y no creo que eso suceda pronto.

—¿Por qué no? —inquirió Killian. Si la señorita Van Sandt era la muchacha que había conocido por la mañana, y presumía que lo era, no veía ninguna razón para que no pudiera casarse. No veía nada malo en ella y, si encima se añadía una sustanciosa herencia, la joven

sería un partido tentador para cualquier hombre.

—Ah, bueno, ahí hay una historia detrás —dijo Murdoch con expresión avisada y bajó la voz para asegurarse de que nadie pudiera oírle—. El año pasado fue la comidilla de toda la ciudad y por tanto es verdad. Ella y un joven aristócrata sueco estaban locamente enamorados y se les veía juntos por todas partes. De pronto, ella desapareció sin dejar rastro —relató Murdoch, al tiempo que hacía chasquear los dedos para enfatizar ese punto—. Resultó que él al final no la quería, había estado jugando con sus sentimientos para conseguir la dote. Alguien se fue de la lengua y le rompió el corazón a la pobre chica, que tuvo que marcharse al campo para recuperarse durante casi un año. Pobrecilla, una muchacha de veras encantadora ¿cierto?

—La verdad es que sí —corroboró Killian—. ¿Y ya está de regreso?

—Sí, la han visto ir y venir —respondió Murdoch—. Yo mismo la vi hace unos días y no me pareció que estuviera muy contenta. Tal vez sufre aún. El amor es algo muy extraño.

Killian estaba seguro de que había algo más. La señorita Van Sandt no le parecía la clase de joven que sufriría durante un año entero por causa de un desengaño amoroso. Tenía demasiado carácter para eso. ¿De dónde habría surgido el enfrentamiento con su padrastro? Un enigma, desde luego, pero al joven comerciante en ciernes le gustaban los desafíos. Resolvió abrir bien los ojos y los oídos.

Mientras esperaba ante la puerta de la casa de los Fergusson, Killian se preguntó de nuevo si la señorita Van Sandt estaría presente en la cena. Desde luego la velada resultaría mucho más interesante, sobre todo si continuaba irritada. Aquel pensamiento le hizo sonreír, justo en el momento en que la criada abría la puerta. La pobre muchacha dio un respingo y quedó boquiabierta ante lo que vio, pero rápidamente recuperó la compostura y bajó la mirada.

—*God afton och välkommen, Herrn* —acertó a saludar, se inclinó y tomó el abrigo del recién llegado, para a continuación conducirlo hasta el salón. Se trataba de una amplia estancia en la parte trasera de la casa, dominada por una impresionante estufa de cerámica de Delft, de color azul y blanco, que llegaba desde el suelo hasta el techo. La rejilla metálica estaba abierta y dejaba escapar el calor del fuego, pero aun así Killian sintió frío en el ambiente. Dedujo que la estufa no se utilizaba habitualmente y que hacía poco que la habían encendido. Un cierto olor a humedad en la habitación lo confirmaba.

Por lo demás, el salón era bastante vulgar. Las paredes estaban pintadas de un tono gris mortecino y los tablones del suelo habían sido frotados y acuchillados tantas veces que su color era casi blanco. Gran parte de los muebles —demasiados, pensó Killian— parecían estar amontonados allí sin ningún propósito. Había grandes armarios ornamentados hasta el abigarramiento, gran cantidad de sillas de respaldo alto que parecían bastante incómodas y varias mesas cubiertas con manteles de lino. De las paredes colgaba un espejo con marco labrado y dorado, algunos cuadros de tonos oscuros y cortinas. Un candelabro de latón iluminaba la penumbra de la tarde.

Además del anfitrión, había tres mujeres en la sala, todas vestidas de forma sencilla, en colores pardos y grises. A Killian le agradó ver que una de ellas era la pequeña valkiria que había conocido por la mañana. Sin embargo, no la miró, sino que se concentró en saludar a Fergusson.

—Buenas tardes —dijo—. Espero no haberme retrasado.

—No, claro que no, Kinross, cenamos a las seis, como le dije. Le presento a mi esposa —contestó Robert mientras conducía al joven hacia las tres mujeres, que esperaban de pie para saludarlo—. Katrijna, querida, este es un pariente lejano mío, Killian Kinross, el nieto de lord Rosyth. ¿Recuerdas que te hablé de él? Lord Rosyth es primo de mi madre.

—Sí, por supuesto —respondió ella. Killian observó a la mujer menuda y ligeramente regordeta, de cabellos del color del maíz maduro. Aunque debía de haber sido hermosa alguna vez, su belleza se había marchitado y la preocupación y el cansancio le habían dejado claras señales marcadas en el rostro. Sus ojos azul pálido, enmarcados por pestañas de color arena, se veían inexpresivos y desenfocados, como si su pensamiento estuviera en otra parte. Killian tomó la mano que le tendía y la acercó a sus labios, al tiempo que se inclinaba para saludar.

—Encantado de conocerla, señora —dijo.

—Esta es Jessamijn Van Sandt, mi hijastra —continuó Fergusson. Killian detectó un tono más duro en la voz de Robert al pronunciar el nombre de la muchacha. Obviamente, la antipatía que ella sentía hacia su padrastro era correspondida, lo cual resultaba interesante.

—Es un placer conocerla, señorita Van Sandt —dijo Killian y repitió el mismo gesto que había realizado con su madre, aunque esta vez, en

lugar de acercar sin más los labios al dorso de la mano, rozó con delicadeza la suave piel y sonrió para sus adentros al sentir cómo ella inspiraba profundamente.

—Señor Kinross... —dijo ella, con una voz tan fría como la profundidad helada y gris de sus ojos. El joven se limitó a inclinar cortésmente la cabeza y pasó a la siguiente de las damas.

—Y esta es la señora Oona Forbes, también mi pariente, pero por parte de mi padre —dijo Robert—. Tiene a su cargo a Jessamijn.

«Pobre chica, vigilada por un viejo dragón», pensó Killian, aunque solo emitió las consabidas palabras de urbanidad. La señora Forbes era pequeña de estatura, pero revelaba un carácter aguerrido, con sus ojos inquisitivos y su barbilla prominente. Llevaba el cabello gris recogido en un peinado tan severo como la expresión de su rostro. Killian se preguntó si su presencia tendría algo que ver con la historia de amor y con el joven aristócrata a los que se había referido el posadero. ¿Había actuado con cierta imprudencia la señorita Van Sandt? Otra pregunta interesante.

—*Middagen ar serverad, Herr Fergusson* —anunció la criada. La mesa estaba servida y los comensales pasaron a otra habitación decorada de forma igualmente insípida, a la que se accedía a través de un arco. Killian se sentó a la derecha de la señora Fergusson; la señorita Van Sandt lo hizo enfrente de él y la señora Forbes a su izquierda. En cumplimiento de su deber social, charló con las dos señoras mientras se servía el primer plato y después se volvió hacia su anfitrión.

—¿Qué fue entonces lo que le animó a venir a Suecia, señor Fergusson? —preguntó.

—Bien, la verdad es que Escocia se convirtió en un lugar muy deprimente después del año quince, especialmente para los sospechosos de simpatizar con los jacobitas —respondió Robert—. Me pareció sensato alejarme durante algún tiempo. Un amigo me dijo que había grandes oportunidades en Gotemburgo para cualquiera que tuviera experiencia en el comercio, así que me trasladé aquí.

—¿Y era cierto? —inquirió de nuevo Killian.

—Oh, sí —contestó su interlocutor—. En aquella época las exportaciones de madera y de mineral de hierro estaban en alza y por tanto los negocios florecían. Pronto me asocié con la empresa del entonces marido de mi esposa, que llevaba aquí más tiempo, lo cual me dio la posibilidad de invertir mi dinero con acierto. Cuando por

desgracia falleció hace ahora cinco años, asumí el control de la compañía.

«Y el de su mujer», pensó Killian. Se preguntaba cómo habría conseguido engatusar a la viuda para que se casara con él tan rápidamente. Ella parecía sumisa y obediente, así que tal vez no había sido una tarea tan difícil. De vez en cuando lanzaba miradas de adoración a su esposo, lo cual demostraba que era un matrimonio por amor, al menos por parte de ella. Killian observó la forma en que la señorita Van Sandt miraba a su padrastro, como si quisiera decir algo, pero se estuviera reprimiendo. Estaba seguro de que la hija no había quedado convencida y de que albergaba todavía algún resentimiento.

—Ya veo —se limitó a comentar Killian, que no deseaba atizar ningún conflicto. Sin embargo, decidió ir un poco más allá—. Imagino que la señorita Van Sandt no tenía hermanos que pudieran ocupar el lugar de su padre.

—No —respondió Robert, cortante, y miró a su hijastra—, y naturalmente una muchacha no puede hacerse cargo de la dirección de un negocio, por mucho que ella se crea capacitada para ello.

—Por supuesto —corroboró Killian y recibió de inmediato una mirada furiosa de Jess desde el otro lado de la mesa. Otro interesante punto de fricción. ¿Se había considerado ella la sucesora de su padre? Killian se preguntó cuáles serían las razones. Fergusson estaba en lo cierto, las mujeres no solían hacerse cargo de aquellos asuntos. Tendría que averiguar más detalles.

—Cuénteme algo más, por favor, sobre el tipo de mercancías con las que comercia —dijo para desviar la atención de un asunto que resultaba conflictivo en aquella casa.

El joven escuchaba sin demasiado interés la explicación, más bien aburrida, de las actividades empresariales de Fergusson y no quitaba ojo a la muchacha sentada enfrente. Ella estaba concentrada en el plato que tenía delante, pero Killian notó que no comía mucho y se dedicaba más que nada a remover la comida con el tenedor. Trató de atraer su atención, pero ella no le devolvió la mirada ni una vez, una experiencia nueva para él. Si había una muchacha cerca, lo normal era que se lo comiera con los ojos. Pero esta no.

Debía haberse sentido agradecido, puesto que ya había decidido que no había nada que hacer con ella, pero un impulso perverso le hacía desear que la joven reparase en él. Olvidando toda precaución, estiró

las piernas bajo la mesa, que no era muy ancha, y rozó «accidentalmente» con el pie la falda de ella. Aquello provocó una reacción inmediata. Jess alzó la mirada y le lanzó rayos por los ojos, algo que a él le gustaba mucho más que que no le hicieran caso. Killian sonrió para sus adentros y se preguntó si ella era siempre tan nerviosa o si le influía la presencia de su padrastro. De cualquier manera, resultaba muy fácil provocarla en tal estado. Era como un barril de pólvora, listo para explotar en cuanto cayera una chispa sobre él.

—¿Y por qué ha venido usted a Suecia, señor Kinross? —preguntó de pronto ella, interrumpiendo a Fergusson en mitad de su discurso. El hombre frunció el ceño.

—¿Dónde están tus maneras, Jessamijn? —le dijo.

Killian sintió ganas de reír, pero mantuvo una expresión seria. Sabía, por supuesto, que Fergusson estaba irritado por la interrupción, no por la pregunta, pero fingió creer que se trataba de lo último.

—No tengo inconveniente en responder a la señorita Van Sandt —dijo y sonrió a la joven, aunque la expresión de ella siguió siendo pétrea—. Es una pregunta razonable, después de todo. Mi abuelo me envió aquí porque pensaba que debía hacer algo útil y quizá encontrar alguna manera de llenar las arcas familiares antes de que me haga cargo de la heredad.

—¿Va a convertirse en terrateniente? —inquirió Jess con claro tono de desdén y el buen humor de Killian se evaporó.

—Pues sí —respondió—. ¿Le parece difícil de creer?

Killian la miró directamente a los ojos y ella adoptó un aire contrito.

—No, quiero decir, era solo... que parece usted muy joven para eso —dijo.

—Sin duda mi abuelo vivirá todavía muchos años —respondió Killian—. Es más fuerte que un roble, como seguro que puede atestiguar el señor Fergusson.

—Cierto es —corroboró Robert—. Nunca he visto a un hombre con una salud tan vigorosa.

La conversación derivó hacia otros derroteros y Killian decidió dejar en paz a la señorita Van Sandt por el momento. No deseaba causar

más fricciones entre ella y su padrastro hasta que no conociera mejor la situación. Parecía más prudente observar y concentrarse en la comida.

Al sentarse a la mesa le había sorprendido que los criados hubieran traído toda la comida a la vez para que ellos mismos se sirvieran, pasándose los platos unos a otros. Aunque había varios sirvientes en la casa, no daba la impresión de que su trabajo fuera en realidad servir. Aquello le pareció bastante extraño a Killian y concluyó que aún tenía mucho que aprender sobre las costumbres suecas.

La comida era sencilla, igual que la del hostal, y algo pesada. El primer plato consistía en sopa de repollo con una especie de albóndigas que flotaban dentro. Como segundo plato, podían escoger entre un asado de carnero bastante grasiento, filetes de ternera con jugo de champiñones y morcilla con unos pequeños frutos que parecían arándanos en miniatura.

—¿Qué es esto? —preguntó Killian, ávido de conocer todo sobre su nuevo país de residencia.

—Bayas *lingon* —respondió Robert—. Son algo ácidas, pero combinan bien con el sabor dulce de la morcilla, que se elabora con sangre de cerdo, como sin duda sabe. Aquí son algo diferentes a las que hacemos en Escocia, pero no están mal.

La señora Fergusson se alarmó al oír aquellas palabras, pues pensó que Killian se negaría a comer la morcilla si le explicaban de qué estaba hecha. Killian le sonrió para tranquilizarla y darle entender que no era el caso. No era para nada aprensivo o quisquilloso con la comida. Probó un poco de todo, lo encontró a su gusto y comió con apetito.

—Me gusta. La verdad es que está todo delicioso, señora —dijo y Katrijna le sonrió. Resultaba complicado hablar con la mujer, ya que con frecuencia se interrumpía en medio de una frase para escuchar cualquier sonido ahogado que llegara desde el primer piso y su mirada se ensombrecía. Sin embargo, cuando a Killian se le ocurrió la idea de preguntarle por sus hijos, se volvió muy habladora de repente. Tanto que al final Robert la interrumpió con un ligero tono de reproche.

—Estoy seguro de que el señor Kinross, que no tiene hijos, ya tendrá suficiente con lo que ha escuchado acerca de las andanzas de nuestros dos pequeños granujas, querida. ¿Por qué no pides que nos traigan el postre?

—Oh, por supuesto, disculpe —dijo ella, de nuevo nerviosa y retraída.

Killian sintió lástima por ella, aunque lo cierto era que agradecía la intervención de su marido. Una historia más sobre la precocidad de Ramsay o sobre los intentos de caminar del pequeño James le habrían hecho salir corriendo hacia la puerta. Los niños no le interesaban en absoluto.

El postre era una tarta de manzana, acompañada de una espesa crema de leche, y a Killian le gustó tanto que repitió. La señorita Van Sandt lo miró con el ceño fruncido desde el otro lado de la mesa. Durante la cena apenas había picado un poco, aquí y allá, con apetito de pajarillo. Él alzó las cejas hacia ella en una muda interrogación. ¿El hecho de que ella no tuviera apetito significaba que él no debía disfrutar de la comida? Jess miró hacia otro lado, ruborizada, y Killian no pudo resistir la tentación de provocarla una vez más. Estiró el pie y le acarició con suavidad la espinilla. Ella saltó en el asiento y clavó su mirada en el joven una vez más.

Killian adoptó una expresión de inocencia y entabló con su anfitrión una conversación acerca de los recursos naturales de Suecia.

Tenía la impresión de que no se lo iba a pasar mal en Gotemburgo.

Capítulo 10

Capítulo 10

—¿Va a quedarse mucho tiempo en Gotemburgo ese hombre? —preguntó Jess a su padrastro sin poder contenerse, después de que Killian se hubo retirado—. Es insoportablemente engreído.

Robert la miró con extrañeza.

—A mí me pareció muy agradable —respondió.

—Sí, un hombre educadísimo y con una conversación muy extensa —aprobó Katrijna, contenta por fin después de comprobar en persona que sus dos retoños dormían en sus camas plácidamente y que todo estaba bien—. Y tan guapo…

—Lo que cuenta es lo de dentro y no lo de fuera —murmuró Jess. Después de su experiencia con Karl, había llegado a aquella conclusión. Sobre todo sería de agradecer un poco de firmeza ante las presiones de los demás. Desde luego, ella no volvería a dejarse arrastrar por el atractivo físico de ningún hombre, nunca más. «Tampoco van a darme la oportunidad», pensó.

—Bueno, va a quedarse aquí durante todo el tiempo que su abuelo considere necesario —zanjó con firmeza Robert—, así que, por favor, compórtate correctamente con él en todo momento. Lord Rosyth es mi pariente y es una persona importante, a quien no se puede desairar. Debemos tratar al señor Kinross con gran respeto.

—¿Por qué está aquí, al fin y al cabo? —se atrevió a insistir Jess—. No parece que haya dado un palo al agua en toda su vida.

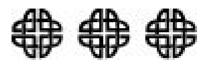
La joven se sentía al límite de su paciencia. El invitado la había alterado sobremanera con el juego que se traía por debajo de la mesa, por no mencionar sus miradas. Nunca se había encontrado con una actitud semejante y no sabía cómo reaccionar. Con Karl y con sus otros pretendientes, el flirteo había sido de lo más recatado. Nada de roces a escondidas, solo miradas de admiración y educadas invitaciones a bailar o a conversar.

—Va a trabajar conmigo y aprenderá el oficio del comercio —respondió su padrastro—. No debería resultarle difícil, ya que el joven parece muy despierto. No es ningún zoquete. Habla francés y también latín, según tengo entendido.

Jess seguía sin estar convencida. El señor Kinross tenía el aspecto de

un hombre que se había dedicado siempre a la búsqueda del placer y que se habría limitado a utilizar su atractivo físico para lograr sus propósitos. Había desconfiado de él desde el momento en que le puso el ojo encima. La velada transcurrida en su compañía no la había hecho cambiar de opinión. Esperaba sinceramente que su padrastro lo pusiera a trabajar de firme: así pronto entendería que aquello de ser comerciante no iba con él y se marcharía con viento fresco.

Jess pensaba que aquella sería la mejor solución para su tranquilidad, aunque no acertaba a comprender la razón de que todo aquel asunto la preocupara tanto. Debería haberle halagado que un hombre —cualquier hombre— le dedicara su atención, pero el instinto le decía que el señor Kinross no tenía precisamente en mente el matrimonio. No era esa clase de hombre.



El día siguiente era domingo. Aunque Killian no había asistido a la iglesia desde hacía años, concluyó que no sería adecuado rechazar la invitación del señor Fergusson a acudir con su familia al servicio matutino.

—Si pudieras verme ahora, abuelo... —murmuró mientras corría por las calles adoquinadas en dirección a la iglesia, cuyas puertas cruzó justo antes de que se cerraran—. Al menos estoy cerca de la santidad.

Le había costado un esfuerzo ímprobo levantarse tan temprano. La cabeza le dolía horriblemente, consecuencia de las botellas de vino que había vaciado en compañía de McEvoy y Frazer, quienes habían festejado su llegada al hostal con exclamaciones de bienvenida. Aunque Killian había vapuleado a McEvoy a los dados la noche anterior, ninguno de ellos parecía albergar resentimiento alguno contra él.

—¡Venga a jugar a las cartas con nosotros! —le habían gritado desde la taberna. Tras una velada de rígida conversación formal, el joven necesitaba un poco de diversión, pero a la mañana siguiente le tocaba pagar el precio. Killian se encogió sobre sí mismo cuando un rayo de sol que entraba por una vidriera de intenso color rojo le dio de lleno en el rostro.

Con ojos entrecerrados, acertó a ver a Robert, que le hacía señas con la mano desde uno de los primeros bancos. Killian avanzó por el

pasillo hasta llegar al lugar donde se encontraba la familia Fergusson y se apretó en el asiento junto a la señorita Van Sandt. La muchacha apartó las faldas, como si no le hiciera ninguna gracia que él las rozara, pero aquello solo aumentó el deseo de Killian de reanudar sus jugueteos.

—Buenos días, señorita Van Sandt. Está usted preciosa hoy —le susurró, arrimándose aún más a ella.

Lo cierto es que no exageraba. El cabello de Jess relucía como un baño de oro bajo los rayos del sol y, aunque sus ojos seguían siendo nubes grises de tormenta, tenía coloreadas las mejillas en un atractivo tono rosado. Tras responder con un seco «buenos días», ella clavó su mirada en algún punto del fondo de la iglesia.

En general Killian no estaba demasiado interesado en los sermones y en este caso ni siquiera lo entendía, ya que la misa era en sueco. En cuanto los fieles cantaron el primer himno y el pastor arrancó a hablar con voz potente y apasionada, decidió que se le presentaba una buena oportunidad para conocer a la señorita Van Sandt un poco mejor.

—Me da la impresión de que no le gusto —le dijo en un quedo susurro —. ¿Por qué?

Al principio ella no parecía dispuesta a responder a una pregunta tan directa, pero finalmente dijo entre dientes, mientras señalaba con la cabeza hacia su padrastro:

—Usted está emparentado con él.

Por suerte, Robert se encontraba en el extremo opuesto del banco y desde allí no podía oír nada. La señora Forbes se sentaba junto a Jess, pero estaba ocupada en ayudar a la señora Fergusson a mantener tranquilos a los niños, situados entre las dos mujeres. Uno de ellos tosía con fuerza y ambos protestaban y se agitaban por algo, lo cual creaba una distracción muy oportuna para Killian.

—Solo de manera muy lejana —protestó Killian—. Ni siquiera sé muy bien cuál es nuestro parentesco.

—Bueno, si no es por la sangre, lo estará de alguna manera —replicó Jess mientras alzaba la barbilla, como si pretendiera reafirmar su punto de vista.

—No debería juzgar a la gente antes de conocerla —comentó Killian, intrigado por aquella forma de razonar—. ¿Por qué tendría que

parecerme a su padrastro?

—Tiene usted su mismo aire dominante, de arrogancia incluso —respondió ella—. Conozco a los hombres de su clase y no me dejaré engañar de nuevo.

Killian alzó las cejas, pero ella no se volvió para mirarle.

—¿Ha sido engañada por su padrastro? —inquirió.

—No, quería decir... bueno, no es de su incumbencia —dijo ella, alterada—. Preste por favor atención al sermón y déjeme tranquila.

Killian hizo lo que le decían, pero estaba más decidido que nunca a averiguar qué había hecho Fergusson para granjearse semejante antipatía por parte de su hijastra. Aquello no podía deberse al simple hecho de que él hubiera usurpado el lugar de su padre. Por otra parte, la historia del corazón roto le resultaba aún más difícil de creer, tratándose de una muchacha de lengua tan afilada. Allí había gato encerrado y deseaba averiguar de qué se trataba, pero debía ser paciente.

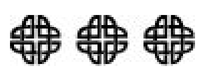
Mientras llegaba el momento, podía divertirse sacando a la joven de sus casillas, lo que resultaba muy sencillo. Killian sabía que ella estaba tan pendiente de él como él lo estaba de ella. Retorciéndose en el asiento, igual que hacían los dos hermanitos de Jess, Killian ocupó a propósito todo el espacio que pudo. Como resultado, su pierna rozaba la de la muchacha cuando cualquiera de ellos efectuaba el menor movimiento y aquello le provocaba un escalofrío —lo mismo que a ella, esperaba Killian. No sabía qué clase de demonio le impulsaba a actuar así, pero se sentía más vivo de lo que podía recordar en años. Nunca había disfrutado tanto durante una visita a la iglesia.

Cuando por fin salían de la penumbra del templo a la calle bañada por el sol otoñal, Jess se acercó a Killian.

—Me cuidaré muy mucho de volver a sentarme a su lado, señor —le susurró.

Ya se alejaba, pero el joven aprovechó que se encontraban en medio de la multitud para agarrarla por la muñeca.

—Y yo me ocuparé de que lo hagas —le dijo.



Inconscientemente, Jess se tocaba la muñeca, que parecía quemarle tras el contacto de la mano de Killian. No podía apartar la mirada de las anchas espaldas del señor Kinross, que se había detenido para cambiar un par de impresiones con su padrastro. Se sentía perturbada, como durante la víspera, pero no sabía si era porque estaba escandalizada ante el comportamiento del joven invitado o porque aquel inusual forcejeo entre ellos la excitaba. Un vocecita en su interior se atrevió a admitir que no le había desagradado el encuentro, pero ella la obligó a enmudecer sin contemplaciones.

Antes de que tuviera tiempo de darle más vueltas, se acercó a saludarla la hija de otro comerciante de origen holandés. Jess no había visto a Margaret Jansen desde su regreso, aunque las dos se conocían desde hacía años. No había tenido oportunidad de reanudar el contacto con sus amistades, porque Robert la había disuadido de salir y hasta el momento la familia no había recibido invitaciones a reuniones sociales. Siempre temerosa de dar un paso en falso, Jess no se había atrevido a contactar por su cuenta con ninguna de sus amigas. Le parecía más seguro esperar a que ellas tomaran la iniciativa.

—¡Jessamijn, estás de vuelta por fin! —exclamó Jansen—. Llevo tanto tiempo sin verte que ya creía que te habíamos perdido para siempre. ¿Encontraste a un bello príncipe en el bosque para casarte con él?

Margaret era menuda, morena y con fama de coqueta, pero tenía muy buen corazón. Jess sabía que solo bromeaba y le respondió con una sonrisa.

—No, nada tan emocionante —respondió—. Es solo que tenía mucho que hacer y me atrapó la rutina de la casa.

—Qué aburrido —dijo Margaret con una mueca y miró en dirección a Killian—. Sin embargo, parece que aquí has encontrado algo mejor ¿eh?

—¿Qué? ¿Quieres decir el señor Kinross? Oh, no es más que el nuevo aprendiz de mi padrastro.

Jess aparentaba indiferencia, pero sus ojos seguían a los de Margaret y estudió el elegante corte del abrigo de seda negra de Kinross, que parecía modelado sobre sus hombros y caía en pliegues perfectos hasta la altura de sus rodillas. No podía ser acusado de ostentación, ya que iba vestido con un gusto exquisito. Su abrigo tenía un número

moderado de botones de plata, en el frente y en los puños, pero su sencillez realzaba el atractivo del portador y formaba un bello contraste con su cabello castaño rojizo.

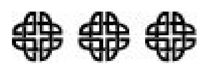
—No me importaría que fuera mi aprendiz —comentó Margaret con una risilla.

—Oh, no sé, está muy pagado de sí mismo —replicó Jess, que no deseaba seguir hablando del señor Kinross. Solo con mirarle desde la distancia ya experimentaba una sensación extraña y sabía que tenía cosas más importantes de que ocuparse. Tomó a Margaret por el brazo y la alejó de Killian.

—Ahora, por favor, cuéntame todo lo que me he perdido mientras estaba fuera —le dijo—. No faltarán cotilleos interesantes. ¿Cuántos corazones has roto en un año? Seguro que cientos...

Margaret se echó a reír y puso al día a su amiga en torno a las noticias que se habían producido en la vida social de Gotemburgo. Sin embargo, mientras las dos jóvenes paseaban de un lado a otro por las inmediaciones de la iglesia, Jess notó que se le iban los ojos involuntariamente hacia el lugar donde se encontraba Killian. Era imposible ignorar el brillo cobrizo de sus cabellos bajo el sol y su risa, arrastrada por el viento.

Sin duda se trataba de una distracción demasiado fuerte.



Killian pasó el resto de la jornada en compañía del capitán Craig y el resto de los escoceses que se reunían en la taberna del *Vita Hjorten*. Allí fue presentado a un numeroso grupo de parroquianos que aún no conocía y todos parecían encantados de dar la bienvenida a un compatriota recién llegado. Varios de ellos lo invitaron a cenar a sus casas, aunque acabara de conocerlos. Killian dedujo que, por lo general, tendían a reunirse solo entre ellos.

—Me parece que, al contrario que hace unos años, ya no somos demasiado bienvenidos por aquí —comentó un hombre—, aunque los suecos necesitan nuestros conocimientos y el dinero que traemos, así que tampoco pueden echarse atrás y prescindir de nosotros.

—¿Conocimientos de qué, exactamente? —preguntó Killian.

—Bueno, realmente fueron los holandeses quienes les ayudaron a construir esta ciudad —respondió su interlocutor—, pero nosotros somos igual de buenos que ellos en lo que respecta al comercio y a la navegación, por no mencionar nuestros contactos en Inglaterra y en Europa, así que también nos aprecian. Pronto podrá comprobarlo.

Esa era la intención de Killian, pero él no deseaba aislarse tanto como aquellos compatriotas suyos respecto a la población local. Si deseaba aprovechar todas las oportunidades que podía ofrecerle Gotemburgo, tendría que entablar vínculos con los nativos también. Con aquella idea en mente, pidió a Jamie, el hijo de quince años del posadero, que le diera clases de idioma sueco y que empezaran inmediatamente.

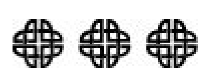
—Detesto no enterarme de lo que dice la gente —dijo al muchacho—, porque me hace sentir en desventaja. Cuando antes aprenda, mejor. ¿Me ayudarás?

El muchacho echó un vistazo a la moneda de plata que le mostraban y asintió, sonriente.

A Killian se le hacía un nudo en la lengua cuando trataba de imitar algunos de los extraños sonidos que emitía su joven profesor, pero por otra parte descubrió que no era un idioma tan complicado. Tenía bastantes palabras que se parecían a sus equivalentes en inglés, lo cual facilitaba la tarea. El joven Jamie estaba encantado de ganarse un dinero extra. En cuanto comprobó que Killian lo trataba bien, consiguió tener la suficiente confianza como para no cohibirse a la hora de corregir los errores que cometía su alumno.

—Pronto se soltará a hablar, señor, estoy seguro —dijo con sonrisa pícara, después de haber reído de buena gana por la forma particularmente extraña que tenía Killian de pronunciar la palabra sueca *sjutton* —diecisiete. El escocés, por su parte, estaba decidido a probarle que estaba en lo cierto.

—Dame un poco de tiempo, pequeño granuja —decía Killian sonriente —. Vamos de nuevo con esos números. Esta vez voy a decirlos bien...



El lunes por la mañana, Killian fue presentado al asistente principal de Fergusson. Albert Holm era un sueco de edad difícil de determinar. Llevaba el cabello, muy rubio y que ya empezaba a clarear,

impecablemente recogido en una coleta. Era un hombre muy callado, que rara vez sonreía, de rostro corriente, pero agradable, y expresión honesta. A Killian le pareció que su mirada era amable. Hablaba inglés, aunque con fuerte acento.

—Encantado de conocerle —dijo. Pronunciaba las palabras como si estuviera hablando en su propio idioma, lo cual hacía que sonaran inexpresivas, sin entonación. Se inclinó, cortés, y Killian hizo lo propio.

—*God morgon, herr Holm* —dijo, tratando de poner en práctica sus recién adquiridos rudimentos de sueco—. ¿*Hur mår Ni*?

Fergusson dejó escapar una carcajada. Holm alzó las cejas y asintió con la cabeza, como si aprobara el intento de Killian, pero no dejó traslucir ninguna otra muestra de sorpresa.

—*Bra, tack* —replicó.

—¿Ha estado escuchando a los nativos, señor Kinross? —interrumpió Robert—. Muy bien, muy bien, siempre es bueno mantener los oídos abiertos. En fin, les dejo. Tengo una reunión sobre un cargamento. No podrá estar en mejores manos que en las de Albert.

Killian quedó en compañía de Holm. Se sentía algo incómodo, ya que no tenía claro lo que se esperaba de él. Aunque había pasado cierto tiempo con el mayordomo de lord Rosyth, aprendiendo a dirigir la heredad, nunca había tenido un empleo propiamente dicho. Se produjo un silencio embarazoso y Killian decidió romper el hielo.

—Bueno ¿qué le gustaría que hiciera esta mañana? —preguntó.

—¿Tal vez algunas sumas? —fue la respuesta. Se encontraban en la entrada de un amplio almacén y Holm condujo a Killian hacia una estancia mucho más pequeña, situada en el primer piso, a la que se llegaba por una desvencijada escalera. El flaco pero fibroso cuerpo del sueco se movía sin prisa y con movimientos siempre deliberados. Killian pronto entendió que el hombre solo hablaba cuando tenía algo importante que decir, lo que significaba que era mejor escuchar atentamente y tomar nota.

La oficina, pues eso era en realidad la habitación, estaba repleta de estanterías, que cubrían las paredes desde el suelo hasta el techo. Casi en cada rincón, pero en buen orden, se apilaban libros de cuentas y todo tipo de papeles. Había allí dos altos escritorios, en ángulo recto uno respecto al otro, con materiales para escribir preparados y en

perfecta disposición.

—Siéntese ahí, por favor —dijo Holm—. ¿Sabe calcular?

—Sí —respondió Killian. Nunca había sido exactamente un alumno aplicado y los maestros que en su día le instruyeran junto a su primo Farquhar habían desesperado de su actitud. Sin embargo, era tan despierto de mente que jamás pudieron poner en cuestión sus capacidades. Aprender le resultaba fácil, con tal de que el asunto le interesara, y los números eran uno de sus puntos fuertes.

Holm tomó un grueso libro de cuentas, lo colocó delante de Killian y lo abrió por la última página. A continuación, señaló al joven una hoja de papel en blanco sobre el escritorio.

—Haga los cálculos primero ahí, por favor —dijo—. No quiero errores.

Killian asintió con la cabeza y emprendió la tarea.

Solo había allí unas pocas páginas que necesitaban atención y el joven terminó pronto. Holm estaba sentado en el otro escritorio, ocupado en redactar cartas. Killian depositó las operaciones terminadas enfrente de él y el sueco alzó la mirada.

—¿Ya ha acabado? Voy a revisarlo —comentó.

Mientras Holm repasaba las hojas, Killian paseaba a un lado y a otro frente a la ventana de la oficina, que daba a la costa. Podía ver su propio barco, anclado en la distancia, además de otros bajeles, en gran número y de tamaños muy diversos. Al pensar que él era el dueño de uno de ellos, sintió como si un cálido fulgor se expandiera en su interior. Por fin empezaba a sentirse orgulloso de sí mismo. Esperaba que el cargamento escogido por él y por el capitán Craig le reportase un sustancioso beneficio. En aquellos mismos momentos, el capitán estaba negociando con comerciantes locales para tratar de vender las mercancías y obtener un precio favorable para el nuevo cargamento que pensaban comprar.

—Está bien —oyó decir a Holm y se volvió hacia el hombre.

—Lo sé —respondió Killian con una sonrisa. Las comisuras de los labios de Holm se alzaron ligeramente, sin que pudiera evitarlo.

—Así que sabe calcular —dijo—. Eso está bien. Ahora escríbalo en el libro y después bajaremos.

—Muy bien —respondió Killian, que terminó a toda prisa la tarea que le ordenaban. A continuación, los dos hombres descendieron por las escaleras a la planta baja y Holm condujo a Kinross en una visita guiada por el almacén.

—Estas son las mercancías con las que trabajamos —explicó—. Hierro, alquitrán, cobre.

La lista continuaba, pero Killian dedujo que aquellas tres eran las principales, o al menos las que proporcionaban mayor beneficio.

—¿*Vad är det*? —preguntó el escocés mientras señalaba un montón de sacos apilados contra una pared.

—*Havre*, avena —respondió Holm—. Para Escocia. A su pueblo le gusta el… *gröt*. ¿Cómo es en inglés?

—Seguramente quiere decir gachas —contestó Killian—. Sí, es verdad, nos encantan. ¿He formulado bien la pregunta? Acabo de empezar a aprender.

—Sí, lo ha hecho correctamente, pero hay maneras más educadas de hacerlo —replicó el sueco.

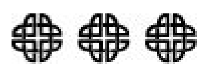
—¿Me enseñará, por favor? ¿Igual que el resto de cosas? —rogó su interlocutor, mientras extendía los brazos como para abarcar todo lo que incluía la compañía *Van Sandt & Fergusson*. Holm dudó durante un instante.

—*Ja*, lo haré —asintió con la cabeza—. Pero solo si de verdad quiere aprender —insistió.

—Quiero, créame —aseguró Killian.

—Bien.

Con aquella simple palabra, el aprendiz de comerciante sintió que Holm le había otorgado su sello de aprobación.



Aquello fue el principio de una especie de amistad, aunque Killian siempre tuvo la sensación de que el otro se guardaba algo. Holm nunca comentaba nada que no fuera relativo al negocio. Las contadas

ocasiones en que el joven le hacía alguna pregunta personal, el asistente de Fergusson respondía con evasivas. Lo único que averiguó fue que Holm era soltero, que vivía solo en unas habitaciones alquiladas y que era aficionado a la lectura. Sin embargo, ayudó a Killian en muchos aspectos, por ejemplo, a encontrar alojamiento.

—¿Se aloja usted en casa del señor Fergusson? —le preguntó poco después de comenzar su segunda jornada en el almacén.

—No, estoy todavía en el hostal, pero preferiría un alojamiento propio —respondió Kinross—. Aunque me lo ofrezcan, no quiero ser una molestia para él y para su familia.

Holm esbozó una sonrisa.

—Demasiados niños en la casa —dijo y Killian sonrió ante su perspicacia—. Conozco a una viuda que tiene dos habitaciones vacías. Una persona respetable. ¿Le interesaría?

—Desde luego —respondió el joven—. Es justo lo que busco.

—Muy bien. Le llevaré después del trabajo.

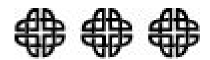
La señora Ljung resultó ser pariente de Holm, una prima lejana, por lo que Killian pudo entender, muy amistosa y parlanchina. Ofrecía en alquiler dos habitaciones conectadas entre sí, en la primera planta de su modesta casa. La vivienda estaba situada en una calle estrecha, al otro extremo de la ciudad, pero como esta no era muy grande, a Killian no le importaba. Le vendría bien darse un paseo todas las mañanas.

Aunque solo era el principio del otoño, las tardes y noches resultaban ya bastante frías y Killian agradeció que la salita de la casa contara con una estufa similar a la que había visto en la casa de los Fergusson, aunque mucho más pequeña. La amable señora Ljung la encendía para él todos los días, un poco antes de que llegara del trabajo. Asimismo, accedió a cocinar para él por unas cuantas monedas más, lo que le ahorraba mucho tiempo y complicaciones.

Como paso siguiente, Killian dispuso que el joven Jamie acudiera a la casa cada vez que le fuera posible y pronto notó que progresaba en sus clases de sueco.

—Su pronunciación es atroz —le dijo una vez Holm con una sonrisa, algo poco habitual en él.

—¿Ah, sí? —respondió Killian, también sonriente y sin molestarse, ya que el sueco lo había dicho de manera amistosa—. Entonces creo que tendré que aplicarme más.



Una tarde, cuando llevaba una semana y media en la empresa, Killian quedó sorprendido al encontrarse cara a cara con la señorita Van Sandt en la entrada del almacén. Ella había llamado a la puerta y él abrió, ya que el señor Holm estaba en una reunión y no parecía haber nadie más alrededor.

—Señorita Van Sandt, qué sorpresa tan agradable —dijo con una sonrisa. Ella también pareció sorprendida y atisbó con la mirada hacia el interior del almacén.

—Esto... he venido a hablar con el señor Holm —balbuceó—. ¿Está aquí?

—No, pero puede esperarle arriba, si lo desea —respondió Killian.

—Hum, no gracias —dijo ella—. Solo aproveché que pasaba por aquí y no tengo mucho tiempo.

Kinross miró por encima de ella, para comprobar si la acompañaba la temible señora Forbes. Sin embargo, solo vio a una joven doncella que esperaba cerca con expresión de aburrimiento.

—¿La han dejado salir sola? —dijo burlón Killian—. Vaya, vaya, sus carceleros están haciendo dejación de sus funciones.

—¿Qué quiere decir? —se indignó la joven—. No soy ninguna prisionera. ¿De dónde ha sacado tal idea?

La rapidez en la respuesta mostró a su interlocutor que había dado en el blanco. Jess lo miró ceñuda y él sintió deseos de apaciguarla, pero los resistió.

—¿Ah, no lo es? —replicó—. Me parece que todas las muchachas son prisioneras hasta que se casan, siempre bajo protección ante cualquier hombre que pase cerca.

—Solo de los hombres como usted, me parece —contraatacó ella.

—Quizá —le concedió él con una sonrisa—. ¿Por qué no entra y probamos esa teoría? Presumo que la doncella que espera ahí tiene encargada la defensa de su virtud, pero podemos dejarla fuera.

La señorita Van Sandt se irguió todo lo que pudo.

—Gracias, pero no necesito probar nada —le espetó, rotunda—. Sé positivamente que no estaría segura en ningún sitio donde se encontrara usted.

—Quizá tenga razón —repuso Killian—. ¿Y eso la asusta?

—En absoluto —dijo ella—. Sé cómo tratar a los hombres como usted. Mi padre me enseñó.

—Ya veo —comentó Kinross—. ¿Y qué más le enseñó? ¿A contar? ¿A realizar operaciones comerciales?

Jess lo miró con expresión de desconfianza.

—¿Quién le ha dicho eso? —inquirió.

—Nadie —contestó Killian—. Digamos que no era más que una suposición.

—¿Ha hablado con Albert? —insistió ella.

—¿Quién? —preguntó él— ¿Quiere decir el señor Holm? No, la verdad es que es una tumba. Solo habla de negocios. ¿Para eso ha venido usted, para hablar de negocios?

—Sí… quiero decir, no —vaciló Jess, que parecía desconcertada—. Hace usted demasiadas preguntas —añadió y, de pronto, dio la impresión de que el miedo cruzaba su mirada—. Por favor, le agradecería que no le comentara a mi padrastro que me ha visto hoy por aquí. Yo… ejem… a él no le gustaría.

—No, supongo que no —respondió Killian—. ¿Sabe la señora Forbes que ha salido usted?

—Cree que he ido al mercado —dijo ella—, y es verdad, pero pensé que podía aprovechar para hacer una visita a Albert mientras estaba fuera. Era amigo de mi padre, como ya sabe.

—Entiendo, un impulso del momento —comentó él. Jess abrió la boca para añadir algo, pero antes de que pudiera hacerlo, Killian la agarró y la obligó a entrar en el almacén, fuera de la vista de la doncella—.

No diré nada, pero con una condición.

—¿Cuál? —quiso saber Jess, con la desconfianza pintada en el rostro.

—Que me de un beso —dijo él.

—¿Cómo se atreve? —exclamó Jess mientras daba un paso atrás. Sus ojos grises chispeaban y el pecho le palpitaba de indignación. Sin embargo, Killian notó que no se retiraba completamente y tomó aquello por una buena señal. Avanzó hacia ella.

—Me atrevo a todo —replicó y, atrayendo a la joven hacia sí, cubrió los labios femeninos con los suyos en un rápido beso. La sujetó fugazmente, pero tuvo tiempo de sentir su cuerpo suave, delicado, como hecho para sus brazos, y que exhalaba un perfume de flores estivales. Jess parpadeó, como si no creyera lo que acababa de suceder, y Killian casi se sintió culpable por haberse aprovechado de ella de aquella manera. Casi, pero no del todo. ¿Cómo podía lamentar algo tan agradable?

—Ahora tiene mi palabra de que no diré nada. *Adjö, Fröke* Van Sandt —dijo, mientras subía de dos en dos los escalones en dirección a la oficina.

Definitivamente, había ganado aquel asalto.

Capítulo 11

Capítulo 11

Había sucedido en un abrir y cerrar de ojos, pero la impresión del beso de Killian permaneció en los labios de Jess durante el resto del día. Era como si la hubiera marcado. Regresó a casa aturdida, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Una vez allí, subió a su habitación y se sentó en la cama.

—Dios mío —susurró, sin entender cómo un simple beso podía haberle provocado semejante conmoción, sobre todo cuando el hombre ni siquiera le gustaba.

Era evidente que le había sacudido en lo más profundo, no podía negarlo. Todo su cuerpo se estremecía, como si lo que acabara de recibir hubiera sido mucho más que un fugaz beso en los labios. Era ridículo. Aquel hombre era un granuja y solo estaba jugando con ella por algún perverso motivo que solo él conocía. No podía tener ningún interés en cortejarla, ya que no había vuelto por la casa de los Fergusson. De hecho no le habían vuelto a ver el pelo desde aquella primera cena, aunque Robert aseguraba que mantenía ocupado al joven.

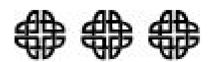
Entonces ¿por qué la había besado?

Jess solo podía concluir que Kinross se había conducido así impulsado por la costumbre. Un hombre con su atractivo físico tenía que estar habituado a ser objeto de la atención de las mujeres y el flirteo debía de ser para él algo tan natural como para los demás el respirar. No podía haber otra razón. Parecía pasarlo muy bien provocándola. A Jess le preocupaba que él hubiera sido lo bastante astuto como para interrogarla acerca de su interés en el negocio. ¿Qué había averiguado? ¿Sabía que ella estaba en contacto con Albert? ¿Que el asistente principal le era fiel e intentaba mantenerla al día en las cuestiones de la empresa, para que no olvidara lo que le había enseñado su padre?

No, no podía saberlo. Albert era la discreción personificada. Además, aquello había sido así antes de su exilio en Askeberga. Desde que regresara a Gotemburgo, Jess no había visto ni una sola vez al señor Holm y por eso había intentado aprovechar la primera ocasión en la que la permitieron salir sin la señora Forbes.

Albert era el único que podía confirmar si la empresa había atravesado en realidad tantos problemas en la época en que murió su padre. Él tenía que decirle si aquella era una más de las mentiras de

Robert. Albert era también la persona que mejor podía saber cómo averiguar lo que había ocurrido con el testamento de su padre. Jess estaba segura de que debía de haber alguna manera de conocer su verdadero contenido, alguien que lo recordara, incluso si el documento original había sido destruido. Sin embargo, en lugar de por Albert, había sido recibida por Kinross y por su penetrante mirada azul, que casi le había hecho olvidar para qué había venido. De todos modos, a menos que fuera capaz de leer las mentes, era imposible que supiera nada. Los secretos de Jess estaban a salvo. ¿Lo estaba su corazón? Sintió un escalofrío. Debía asegurarse de que lo estuviera.



—Un caballero solicita verle, señor. Dice que tiene información importante —anunció a Farquhar el mayordomo de la casa de lord Rosyth en Edimburgo. Su expresión era de profunda repugnancia, como si el individuo en cuestión apestara—. Le he hecho pasar a la salita.

Farquhar levantó la vista del periódico que estaba leyendo en la quietud del estudio de su abuelo. Se había instalado allí, sabedor de que lord Rosyth estaba todavía durmiendo.

—Gracias —respondió—. Voy en un momento.

Farquhar mantenía una red de espías que trabajaba para él, pero, dado que Killian se encontraba fuera del país, no esperaba noticias de ninguno de ellos. Picado en su curiosidad, acudió rápidamente a la salita, donde le esperaba su informante de mayor confianza y también el más desaliñado.

—Allan, no esperaba verle hoy —dijo e indicó al hombre que continuara sentado donde estaba, mientras él se acomodaba en una silla en el extremo opuesto de la habitación. El mayordomo estaba en lo cierto. Allan no se lavaba muy a menudo y su olor resultaba desagradable, pero Farquhar no le pagaba para que mantuviera una adecuada higiene personal.

—No, ya supongo que no, señor —respondió el individuo—, pero me ha llegado una información muy interesante y me he dicho: «apuesto a que esto le va a gustar al señor Kinross».

—¿Y cuál es esa información tan interesante? —preguntó Farquhar, a

quien siempre impacientaba la forma tan alambicada que tenía Allan de comunicarle sus averiguaciones, aunque sabía que no podía dar muestras de ello, porque en ese caso el hombre le exigiría una suma de dinero mayor de lo habitual.

—Bueno, estaba bebiendo en una taberna y allí vi a ese hombre, un tal McGrath, ahogando sus penas —dijo Allan—. Le decía a todo el que quería escucharle que ya no tenía nada con que vivir porque su primo, el señor Killian, le había robado su único medio de vida.

—¿Que le había robado? —preguntó con extrañeza Farquhar. Por mucho que detestara a Killian, no le creía capaz de algo así.

—Bueno, es una forma de hablar —explicó el soplón—. En realidad lo que quería decir es que había jugado una partida de dados con su primo y había perdido, claro, como todo el mundo.

—Por supuesto —repuso Farquhar, haciendo rechinar los dientes. Nunca había entendido por qué su primo era tan afortunado mientras que él nunca ganaba en nada. Una verdadera injusticia—. ¿Y cuánto perdió ese tal McGrath? —preguntó, impaciente por ir al grano en la conversación.

—No se trata de cuánto, señor, sino de qué. Un barco. Uno grande, parece ser. *Lady Madeleine* es su nombre. Oí que su primo zarpó en él, aunque no sé hacia dónde.

Allan había concluido su historia y miró a Farquhar, expectante. Este hurgó en su bolsillo y extrajo un par de monedas de plata, que hicieron que los ojos del espía centellearan.

—¿Está seguro de que mi primo es ahora el dueño de ese barco? —inquirió Farquhar.

—Oh, sí —respondió su interlocutor—. De eso no hay duda. McGrath firmó un documento delante de testigos. Pregunté a uno de sus amigos y me dijo que todo se hizo como es debido.

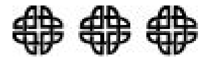
—Entendido. Muy bien, Allan, gracias. Esta información es de gran utilidad. ¿Cree que podrá echar un ojo y avisarme si llega el barco?

—Por supuesto, señor —respondió—. Gracias, señor.

Farquhar condujo a Allan hasta la puerta, pensativo. Así que Killian se había hecho con un barco. Aquella era una mala noticia y debía hacer algo al respecto. No podía permitir que su primo conservara semejante

adquisición durante mucho tiempo. Sería una completa locura.

—Maldito sea —murmuró. Killian era como un gato, siempre caía de pie, pero Farquhar estaba decidido a poner fin a aquello. Los propios gatos no tenían más que siete vidas y estaba seguro de que su primo ya había gastado un buen número de ellas. Ya iba siendo hora de que perdiera el resto.



—La señorita Van Sandt ha venido a verle —dijo Killian a Holm cuando este hubo regresado. Mantuvo su tono neutral, para no dar impresión de que aquello podía parecerle extraño. A pesar de ello, Holm adoptó una expresión desconfiada y frunció el ceño un poco.

—Oh, así que ha venido —comentó el sueco—. Conocí bien a su padre. A veces se pasa por aquí para que hablemos de él y para preguntarme por mi salud. Tiene un corazón de oro, la verdad.

—Sí, eso fue justamente lo que dijo —respondió Killian—. Seguro que regresará otro día.

El joven escocés había decidido no tentar más la suerte. Por el momento pospondría todo intento de seguir buceando en aquella cuestión, aunque sabía que se encontraba aún muy lejos de llegar a la verdad. Había allí muchas cosas que debía averiguar. Conocer los secretos de la señorita Van Sandt era solo uno de sus objetivos.

Sin más comentarios, Killian regresó a la oficina y a sus cuentas.

Los documentos más importantes de la oficina se guardaban en una caja fuerte, junto con el dinero en efectivo. Al cabo de un rato de trabajo, el señor Holm pidió a Killian que buscara allí un contrato que deseaba revisar. La caja tenía una sólida cerradura, de la que solo Fergusson y Holm poseían llave. El asistente principal dejó la suya a Kinross y se marchó a hablar con uno de los estibadores empleados en el almacén.

Killian no tuvo dificultad en abrir la caja. Sin embargo, le llevó cierto tiempo encontrar el mencionado contrato y tuvo que rebuscar entre la mayoría de los papeles que se guardaban allí. Guiado por un súbito impulso, les echó una rápida ojeada, para comprobar si había algo de interés. De entre todos ellos, se sintió intrigado por unos documentos

de aspecto oficial, relativos a compras de casas. Daba la impresión de que Fergusson estaba adquiriendo propiedades inmobiliarias en Gotemburgo. ¿Pretendía incrementar sus ingresos ofreciendo aquellas viviendas en alquiler? Era probable, aunque habían sido adquiridas a nombre de la compañía.

Hasta el momento Killian no había visto, entre todos los recibos que le daban a diario para registrar en el libro de contabilidad, ninguno correspondiente a rentas por alquiler de viviendas. El joven se preguntó si los dineros irían a parar directamente a los bolsillos del señor Fergusson. Desde luego aquello era algo que debería investigar. Memorizó las direcciones de los propietarios en cuestión, para poder efectuar discretas averiguaciones más adelante.

Killian entregó a Holm el contrato que había pedido.

—Gracias —dijo este—. Ya puede volver a guardar el resto de los documentos. No queremos que los demás trabajadores puedan ver su contenido.

Killian los metió en la caja, la cerró y volvió a su sitio. Por alguna razón, la señorita Van Sandt regresó a sus pensamientos. Decidió tratar de sonsacar a Holm algo, solo para ver hasta dónde podía llegar.

—Señor Holm —empezó, con aire de mera curiosidad inocente—, ¿posee la señorita Van Sandt acciones de la compañía?

El sueco alzó la mirada y entrecerró los ojos.

—No —dijo—. ¿Por qué lo dice?

—Simplemente me lo preguntaba —repuso Killian—. He oído ciertos rumores sobre ella y acerca de cierto joven aristócrata que iba tras su dote. Pensé que tal vez era el control de la empresa lo que él buscaba. No es que no sea una joven muy hermosa...

Había añadido esto último porque sabía lo mucho que la apreciaba Holm.

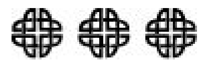
—Bueno, en realidad no habría obtenido nada —respondió el sueco, obviando el comentario de su interlocutor sobre el atractivo de la señorita Van Sandt—. La empresa es propiedad del señor Fergusson. La señora Van Sandt recibió la totalidad en herencia al fallecer su marido y, como es natural, cuando el señor Fergusson se convirtió en su esposo, entró en posesión de la misma.

—¿Vio usted el testamento? —quiso saber Kinross, que intuía que había allí gato encerrado, aunque no estaba seguro de lo que se trataba.

—No —respondió de nuevo Holm—. ¿Cómo iba a verlo? El señor Fergusson lo entregó al magistrado local, tal y como es preceptivo. ¿Por qué tiene tanto interés en esas cosas? —añadió en tono inquisitivo— ¿Aspira usted a casarse con la señorita Van Sandt?

—¿Yo? —respondió el joven—. No, no, en absoluto. No tengo tiempo para pensar en el matrimonio en estos momentos. Hay demasiadas cosas que debo hacer antes.

Holm asintió con la cabeza, aparentemente satisfecho. Killian decidió no hacerle más preguntas. Al menos no de un modo tan abierto.



Kinross había pasado una tarde en el almacén, donde uno de los capataces le había explicado cómo y dónde se guardaban las mercancías. Cuando subía de vuelta a la oficina, oyó voces bastante fuertes —o, más bien, la voz de alguien que hablaba alto y algunas réplicas en un tono mucho más bajo. Continuó subiendo de puntillas, se detuvo junto a la puerta y escuchó con atención.

—Debo haberle dicho más de cien veces que no anime a la muchacha a entrometerse en asuntos sobre los que no tiene derecho a saber ni una palabra. La han visto entrando en este edificio y no pienso tolerarlo ¿me oye? Esta es ahora mi empresa. No consiento que las mujeres hagan otra cosa que ocuparse del hogar. No me importan nada los disparates que le haya podido enseñar su padre. El hombre era un pobre tonto que no podía aceptar el hecho de no haber tenido ningún hijo varón. Nadie en sus cabales esperaría que una mujer entendiera algo sobre cómo llevar un negocio, por mucho que lo hubiera heredado, y ese no es precisamente el caso. Además...

La voz airada de Fergusson se oía con claridad a través de la delgada puerta de madera y continuó en la misma línea durante bastante tiempo. De vez en cuando, Holm trataba de intercalar algún comentario. Alegaba que la señorita Van Sandt solo había pasado a hacerle una visita de cortesía, en razón de la amistad que lo había unido a su padre. Sin embargo, Robert acallaba a gritos cada uno de sus intentos, de manera que al final permaneció en silencio.

—A partir de ahora, si vuelvo a sorprenderla aquí, o si me entero de que se ha acercado hasta un kilómetro de distancia del almacén, la enviaré de nuevo a lo más profundo del bosque y esta vez para no volver. No voy a hablar con ella de este asunto, porque conoce muy bien cuál es mi postura, así que lo dejo en sus manos. Sin duda a usted le escuchará con mayor atención, ya que no hace ningún caso de lo que yo le digo.

Fergusson se dirigió hacia la puerta de la oficina a grandes zancadas y Killian tuvo el tiempo justo de descender rápidamente las escaleras. Al abrirse la puerta, el joven aparentó que se disponía a subir en aquel momento. Abrió la boca para saludar a su patrón, pero este pasó junto a él sin decir palabra y lanzando chispas por sus oscuros ojos. Al salir del almacén, Robert dio un portazo con todas sus fuerzas. Killian miró en su dirección y sacudió la cabeza. Al subir de nuevo por las escaleras se encontró con el señor Holm, que miraba desde arriba con el ceño fruncido.

—¿Lo ha oído? —preguntó, tenso. Su habitual expresión tranquila había desaparecido para transformarse en una de profunda preocupación.

—Algunas palabras —admitió Killian, que no podía negarlo, ya que los gritos de Fergusson debían de oírse en un kilómetro a la redonda.

—En ese caso, guárdelo para usted ¿de acuerdo? —dijo.

Killian asintió.

—No diré ni una palabra —prometió—. Sin embargo ¿qué pasa con la muchacha? ¿Piensa advertirla?

—*Ja* —confirmó Holm—. Ya se lo he dicho en la iglesia, pero es muy testaruda, así que no sé si servirá de algo. Olvidémoslo ahora. No es nuestro problema —concluyó con un suspiro.

Killian lo siguió hacia el interior de la oficina. Sabía que Holm tenía razón, pero intuía que aquella no era la última palabra en todo aquel asunto.

Capítulo 12

La escueta nota de Albert que Jess recibió aquella misma tarde casi hizo que sus dientes rechinaran de frustración. Le decía en términos inequívocos que se mantuviera alejada del almacén por el momento. ¿Cómo iba a averiguar nada entonces sobre las actividades de Robert? Necesitaba respuestas.

El domingo anterior, a la salida de la iglesia, se las había arreglado para mantener con él una breve conversación y sus sospechas se habían visto reforzadas.

—Por lo que yo sé, la empresa nunca ha estado en apuros —había dicho Holm, con el ceño fruncido de preocupación—. Cuando murió su padre, todo estaba en orden y el negocio iba viento en popa. No entiendo por qué el señor Fergusson ha podido decir lo contrario, a menos que fuera para disuadir a ese joven aristócrata de que la cortejara a usted. A veces los padres dicen pequeñas mentiras para proteger a su hijos.

Jess no creía ni por un segundo que la intención de Robert hubiera sido protegerla, pero no podía demostrarlo.

—¿Está haciendo inversiones importantes? —inquirió—. ¿Se cuece algo en la empresa, algo que él no querría que yo supiera?

—No he visto ni oído nada fuera de lo normal —respondió Albert, sacudiendo la cabeza—. Además, es su empresa. ¿Por qué le iba a preocupar que supiera usted algo, si no tiene nada que decir en estas cuestiones?

Aquello era justamente lo que irritaba a Jess, pero sabía que Holm tenía razón.

—En fin, de todos modos le agradecería que se mantuviera vigilante —le dijo.

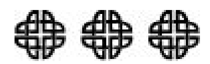
—Muy bien —respondió el hombre—. Mantendré los ojos y los oídos bien abiertos, pero por favor tenga presente que el hecho de que su padrastro no le caiga bien no quiere decir que tenga que ser deshonesto. No sé muy bien qué espera usted que encuentre.

Jess tampoco lo sabía. Tan solo intuía que Robert la había engañado y debía llegar hasta el fondo del asunto.

Ahora la cuestión era cómo iba a conseguirlo, si ya no le permitían

siquiera ver a Albert. Había tomado mil precauciones en todas sus visitas al almacén, a las cuales había ido acompañada solo por una doncella. O bien la muchacha había sido sobornada para que informara a su empleador sobre las idas y venidas de Jess, o bien Robert había encargado a alguien más que la vigilara. La enfurecía comprobar que no podía hacer nada sin que su padrastro lo supiera. Por otro lado ¿no confirmaba Robert, con su actitud, que tenía algo que ocultar? Si no era así, no debería tener ningún motivo para que sintiera la necesidad de observar cada paso de su hijastra.

En todo caso, Jess no permitiría que aquel obstáculo se interpusiera entre ella y la verdad. Simplemente tendría que ser más cauta.



A medida que el otoño avanzaba y el frío se hacía más intenso, los extranjeros que vivían en Gotemburgo tendían a congregarse con mayor frecuencia en la taberna de Murdoch. Killian tenía entendido que Suecia era un lugar triste y sombrío durante la mitad del año, pero, por lo que iba descubriendo, no le parecía muy diferente a Escocia. La llegada del invierno no le inquietaba. Siempre le habían gustado los inviernos en el castillo de Rosyth, con sus borrascas y sus repentinas tormentas de nieve, y anticipaba con alegría los meses fríos que se avecinaban.

Los días se hacían más cortos y la acogedora atmósfera de la taberna era un auténtico refugio de luz y de diversión —entendiendo como diversión, entre otros, el juego—. Killian había tenido buen cuidado de no excederse con los dados y las cartas en Gotemburgo. Sin embargo, sabía que necesitaba más dinero si quería comprar mejores cargamentos para su barco. Por tanto, aunque él no invitaba nunca a nadie a jugar una partida, tampoco rechazaba una invitación, si se la hacían. A base de limitar con mucho cuidado el capital con el que partía y no perder más, consiguió acumular una nada despreciable reserva de dinero. Como siempre, la diosa Fortuna estaba de su lado. Tanto que su reputación se extendió rápidamente y se vio obligado a redoblar sus precauciones para no arruinar a nadie.

Hasta qué punto sus habilidades se habían hecho famosas le quedó claro a Killian una mañana, cuando una vez más tropezó con la señorita Van Sandt. La joven bajaba por las escaleras de la oficina en el momento en que él entraba en el almacén. Killian la miró, sorprendido de verla allí tan temprano y alarmado ante la evidencia

de que había hecho caso omiso de la petición de Holm de que se mantuviera alejada. Sin duda el asistente principal tenía razón: Jess era testaruda y también imprudente.

—Señorita Van Sandt, *god morgon* —dijo con una inclinación de cabeza y esperó a que ella descendiera por las escaleras. Jess vaciló durante un instante, pero después devolvió el saludo y pronunció un frío «buenos días», mientras pasaba junto a Killian en dirección a la puerta. Él no pudo resistirse a hacer un comentario, que era también una sutil advertencia.

—Salude de mi parte a su padrastro, por favor —dijo.

Jess se detuvo en seco y se volvió lentamente hacia su interlocutor, al que dirigió una mirada llena de cólera y desconfianza a partes iguales. Killian sonrió mientras ella volvía sobre sus pasos y se encaraba con él.

—Pensaba que le había «pagado» para que no revelara mis visitas aquí —dijo con un siseo.

—Aquello valía solo para la última vez —respondió él—. De todos modos, al final lo ha averiguado, aunque no por mi boca, puedo asegurárselo.

Ella cerró el puño, como si quisiera golpearle. Killian se limitó a mirarla tan tranquilo y a alzar las cejas cuando ella comenzó a tartamudear de rabia.

—¿Por qué...? Usted... ¡Oh!

El joven sintió lástima y movió la cabeza.

—No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo —dijo—. Si encontró el «pago» tan horrible, no lo haré más, si usted no quiere.

—¿Para qué querría yo el beso de un ludópata? —replicó ella con las mejillas ligeramente enrojecidas—. Usted no es precisamente lo que podría llamarse «un buen partido».

—¿Un ludópata? Exagera usted, señorita Van Sandt —respondió Killian, aunque le molestaba sobremanera que el rumor de su afición al juego hubiera llegado a oídos de ella. Debía redoblar sus precauciones en el futuro. No dejó sin embargo traslucir aquellos pensamientos y permaneció imperturbable.

—Eso no es lo que se rumorea —insistió ella—. He oído que está usted en racha.

—No debería prestar oídos a todo lo que se dice —repuso Killian—. ¿No sabe que, con cada persona que repite una historia, esta se exagera diez veces más?

—¿No es cierto, entonces? —preguntó Jess, retadora, con una mano en la cadera. Él sonrió de nuevo. Le gustaba su carácter. Era obvio que trataba de desviar la conversación del tema que les había ocupado en un principio y lo estaba consiguiendo.

—De vez en cuando juego una partida de cartas con mis amigos, como todo el mundo —se justificó Killian, encogiéndose de hombros—. Que la fortuna me favorezca más que a otros no es culpa mía, pero no soy un ludópata.

—Oh, sí, claro, solo una partida de cartas de vez en cuando —replicó ella, con tono irónico.

—Bueno, es usted muy libre de creer lo que quiera, señorita Van Sandt —arguyó él—. La verdad es que no apuesto por encima de mis posibilidades ni a lo loco. Si esto me convierte en lo que usted ha denominado «ludópata», de acuerdo. ¿Con qué se divierte usted? ¿Borda? ¿Cotillea? ¿Mete su preciosa nariz en asuntos en los que le han advertido que es mejor que no se meta? La verdad, creo que prefiero una partida de cartas.

—Es usted imposible —murmuró ella y se volvió para retirarse.

—Ejem ¿no olvida algo? —preguntó Killian. Jess se detuvo y lo miró por encima del hombro, consternada.

—No, nada —respondió, firme, aunque sus pies seguían clavados en el suelo.

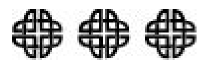
Él aprovechó la ocasión y se acercó, no sin antes comprobar con un rápido vistazo que no había nadie alrededor. Se inclinó y la besó, esta vez en la mejilla, aunque durante un segundo más de lo que debería.

—Por favor, no vuelva por aquí —le susurró—. Hablo en serio. Es demasiado peligroso para usted. Confíe en mí.

Jess alzó la mirada, pero Killian se dio la vuelta y subió veloz las escaleras, antes de que le venciera la tentación de hacer algo más que besarla. El carácter de la muchacha le había inflamado la sangre, pero

sabía que ella no era para él y no tenía tiempo para aventuras en aquel momento.

Solo esperaba que la joven hiciera caso de su consejo.



Jess se topó con su madre nada más entrar en casa, así que no tuvo ocasión de refugiarse en su habitación para pensar sobre lo que acababa de oír.

—Por fin apareces, Jess —dijo Katrijna—. ¿Dónde te habías metido? La señora Forbes ha estado buscándote por todas partes.

La señora parecía distraída, como de costumbre.

—Ah, creía que había dicho que se iba a quedar en cama esta mañana porque le dolía la cabeza —repuso Jess.

La señora Forbes nunca decía no a una copa de *whisky* en las ocasiones en que se la ofrecían, que no eran muchas. Añoraba su Escocia natal y decía que la bebida le traía gratos recuerdos. La noche anterior había sido una de esas ocasiones. Robert había traído una botella para celebrar la firma de un contrato que había cerrado durante el día, pero no le gustaba beber solo. Katrijna no soportaba aquel «líquido diabólico», como lo llamaba, así que Robert solía invitar a su prima a que lo acompañara. La bebida le provocaba invariablemente un fuerte dolor de cabeza a la mañana siguiente, por lo que Jess pensaba que permanecería en cama hasta la hora del almuerzo.

—No, hace un rato que se ha levantado —dijo su madre—. Está disgustada contigo, claro. ¿Y quién puede culparla?

—Siento mucho oír eso. Fui al mercado a buscar hilo para bordar, que me hacía falta —dijo Jess, que había tomado la precaución de comprar el hilo de camino a casa, no fuera que alguien la interrogara sobre lo que había estado haciendo—. No fui sola. Margit vino conmigo.

Aquella doncella era sobrina de Albert y por tanto Jess no temía que se fuera de la lengua.

—Ah, eso está bien —asintió Katrijna—. De todos modos, ve a verla. No quiero oír más quejas esta mañana.

Jess hizo lo que le decían y por una vez la señora Forbes aceptó sus explicaciones sin cuestionarlas. La prima de Robert hacía guiños con los ojos cada vez que un rayo de sol se filtraba entre las nubes y entraba en la habitación, por lo que Jess dedujo que aquel viejo dragón aún se encontraba mal. Por ese motivo, lo más probable era que no se sintiera tan inclinada como de costumbre a pensar en lo que hacía o dejaba de hacer Jess.

—¿Te has enterado de algo nuevo mientras estabas fuera? —preguntó la guardiana, siempre interesada en cotillear, ya que en su propia vida no sucedía gran cosa. De husmear y enterarse de cosas de los demás había hecho lo que se dice su profesión. Y que así fuera era un aspecto de su personalidad que no contribuía precisamente a que Jess la quisiera.

—No de gran cosa —respondió—. Se habla de un posible compromiso entre la señorita Vallgren y un tal señor Forslund, pero no hay anuncio definitivo.

La señora Forbes asintió con la cabeza.

—Sí, lo oí ayer —confirmó—. Al parecer el señor se ha visto obligado. Había sobrepasado, digamos, los límites del decoro.

—¿De verdad? —repuso Jess, que se preguntaba si aquella sería también una posible solución para ella, aunque de alguna manera sospechaba que no funcionaría. Quedarse embarazada a propósito sería una apuesta muy arriesgada. Sin duda Robert encontraría la manera de desacreditarla, en lugar de hacer que el implicado respondiera por sus acciones. Ahogó un suspiro...

—También se habla sobre la racha de suerte del señor Kinross en las mesas de juego —añadió Jess, con la intención de comprobar qué reacción provocaba aquel asunto. La señora Forbes era la primera que la había puesto al corriente de todo aquello.

—No me sorprende —gruñó la guardiana—. Ese tipo no es trigo limpio, créeme. No se quedará mucho tiempo en la empresa. Se nota que ha nacido en la holganza y lo más seguro es que no haya movido un dedo en toda su vida.

Unas cuantas semanas atrás Jess habría estado de acuerdo, pero aquella mañana Albert le había comentado que estaba muy contento con el trabajo del señor Kinross, cuyos rápidos progresos se hacían notar. Aquello no encajaba con la imagen de un jugador disoluto.

Aun así, podía ser un granuja.

Jess se estremeció al recordar una vez más la forma en que Killian la había hecho pagar por su silencio. Sin embargo, no podía negar que había tenido la oportunidad de marcharse y, sin embargo, no lo había hecho. ¿Por qué? Su honestidad innata la obligó a reconocerse a sí misma que había deseado que la besara de nuevo. Necesitaba saber si un beso de él tendría el mismo efecto que la primera vez.

Bien, ya no cabía duda alguna al respecto.

De hecho, el roce de sus labios aquella mañana la había dejado medio atontada, incapaz casi ni de protestar, aunque las palabras que él había pronunciado acto seguido la habían hecho olvidar todo lo demás. Albert ya le había suplicado que no volviera a aparecer por el almacén, pero ella había tomado sus palabras como habría hecho con las de un tío cariñoso y demasiado protector. Con el señor Kinross la cosa era diferente. ¿Estaría al corriente de algo que ella ignoraba?

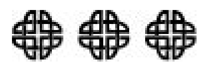
Resultaba desconcertante que el joven pareciera saber tanto sobre sus asuntos. Solo llevaba unas pocas semanas en Suecia. ¿Cómo había averiguado tantas cosas? Incluso si hubiera prestado atención a los rumores con tanta avidez como la señora Forbes, no se habría enterado de nada, salvo de la vieja historia entre ella y Karl, por supuesto. De nuevo se preguntó si Albert podría haberse ido de la lengua, pero lo cierto era que no lo creía capaz de traicionar su confianza. No era un hombre que hablara sin pensar y le parecía muy leal. Además, había jurado ayudarla, aunque por supuesto tenía que ser prudente si quería conservar su empleo.

Los pensamientos de Jess volvieron a Kinross. Su mente conjuró la perturbadora imagen del joven que se inclinaba sonriente para besarla, con sus extraordinarios ojos azules clavados en ella. Se estremeció de nuevo. Estaba claro que el hombre llevaba escrita en la frente la palabra «problemático» y, a pesar de sus protestas y de que no dejaba de declararse inocente frente a sus acusaciones, ella no terminaba de creerle. Tal vez no fuera un ludópata, pero sí un jugador un tanto temerario. Y temerario en muchas cosas. Él mismo afirmaba que se atrevía a cualquier cosa y Jess estaba segura de que acabaría mal.

En todo caso, no era asunto suyo. A partir de aquel día, se cuidaría mucho de volver a quedarse a solas con Kinross. Lo que él hiciera o dejara de hacer por su cuenta no era de su incumbencia. Sin embargo, un pensamiento la asaltó de pronto. Quizá debía averiguar lo que él

sabía. Por el momento no podía permitirse realizar otra visita al almacén, pero había otro lugar en el que lo veía regularmente y donde él había asegurado que procuraría sentarse siempre a su lado: la iglesia.

Jess sonrió para sus adentros. Hasta el momento había frenado todos los intentos de Killian por acercarse a ella, pero ya era hora de abrir un poco la mano.



Killian seguía acudiendo a la iglesia todos los domingos, ya que no quería enemistarse con nadie antes de ser independiente. Hasta el momento la señorita Van Sandt había evitado sentarse junto a él y había tenido que soportar los plomizos sermones sin nada que le distrajera. Y el hecho de que ahora ya entendiera buena parte de lo que decía el pastor tampoco le ayudaba. Habría preferido no enterarse.

Más de una vez había intentado colarse con habilidad en el banco donde se sentaba Jess, pero de un modo u otro la joven siempre acaba encontrando una excusa para cambiar de sitio —su madre necesitaba ayuda con los niños, la señora Forbes estaba haciéndole señas para que se sentara junto a ella, el asiento tenía un clavo, o lo que fuera—. Todos parecían motivos más que convenientes y la verdad era que no podía quejarse, ya que, de haberlo hecho, se le habría considerado sospechoso. Por eso, Killian tuvo que admitir su derrota y cesar en sus intentos.

Así las cosas, Kinross se llevó una buena sorpresa el domingo siguiente, cuando entró en la iglesia y encontró a Jess sentada al extremo de un banco. Incluso, al verlo llegar, pareció apartarse para hacerle sitio. El joven alzó las cejas, sorprendido, pero ella hizo como si no supiera de qué iba la cosa y se concentró en pasar las páginas de su libro de salmos.

—Buenos días —dijo Killian y se sentó junto a Jess, intrigado por su nueva actitud. Ella correspondió distraída, con una leve inclinación de cabeza, y se volvió hacia la señora Forbes. Killian decidió tener paciencia. No había duda de que pronto se sabría lo que la joven se traía entre manos.

Los hermanitos de Jess se revolvían inquietos, como de costumbre. El

más pequeño no tardó en caerse del banco y arañarse en el codo. Sin embargo, por sus gritos, cualquiera habría dicho que se había roto el brazo. La señora Fergusson trató de calmarlo, al darse cuenta de que el pastor miraba en su dirección. Como no lo lograba, levantó al niño en brazos y salió a la calle.

Así las cosas, la señora Forbes se vio obligada a moverse junto al mayor de los niños, que parecía disgustado por la salida de su madre. Ramsay comenzó a patear el respaldo del banco en frente de ellos, a pesar de las sucesivas regañinas de su padre y de la señora Forbes. «Que venga mamá», susurraba el niño entre un puntapié y otro.

El resultado de toda aquella agitación fue que Killian y Jess acabaron por quedar apartados de los demás, en el extremo del banco.

—Tengo que hablar con usted. Por favor, finja que está leyendo los salmos, o algo así… —le susurró ella cuando él se disponía a aprovechar aquella oportunidad.

Kinross lanzó una mirada fugaz a su interlocutora, pero hizo lo que le decían.

—¿De qué se trata? —inquirió.

—De lo que dijo el otro día —respondió Jess—. ¿Por qué insistió tanto en que no apareciera por el almacén? No he hecho nada malo.

—Su padrastro no parece ser de la misma opinión —dijo Killian—. El otro día le oí discutir con el señor Holm. Creo que la enviará de nuevo al campo, y esta vez para siempre, si no se mantiene a distancia. Parecía muy decidido en ese aspecto.

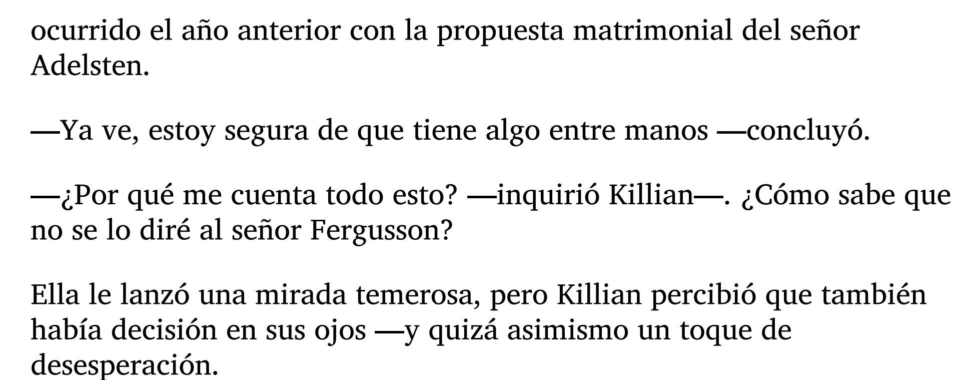
Jess dejó escapar un leve resoplido de frustración y Killian se sintió tentado de agarrarle la mano para tranquilizarla.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella, angustiada— ¿Qué es lo que esconde?

—¿Cree que está escondiendo algo? —preguntó a su vez Killian— ¿De usted?

El joven ni se había imaginado tal posibilidad. Daba por hecho que la hostilidad entre ambos se debía al hecho de que el señor Fergusson había usurpado el lugar del padre fallecido.

Jess asintió con la cabeza y le relató en pocas palabras lo que había



ocurrido el año anterior con la propuesta matrimonial del señor Adelsten.

—Ya ve, estoy segura de que tiene algo entre manos —concluyó.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —inquirió Killian—. ¿Cómo sabe que no se lo diré al señor Fergusson?

Ella le lanzó una mirada temerosa, pero Killian percibió que también había decisión en sus ojos —y quizá asimismo un toque de desesperación.

—¿Qué tengo que perder? —dijo—. No se me ocurre otra forma de buscar respuestas, así que tendré que confiar en que no me traicionará. Usted al menos me advirtió, así que pensé... pero tal vez me haya equivocado. ¿Se lo dirá usted?

—No, no lo haré, pero tampoco puedo darle las respuestas que busca —respondió Killian—. Hasta ahora la única prueba que tengo de algo ilícito son algunas propiedades inmobiliarias de la compañía, cuyas rentas parecen estar yendo a parar directamente a los bolsillos del señor Fergusson. Esto no tiene nada que ver con su situación. Por otra parte, aunque el señor Holm debe de estar al corriente, no ha dicho nada, así que supongo que no será un delito. La empresa va bien y él no debería tener ningún problema para proporcionarle su dote.

Kinross sintió la desesperación de Jess y vio como sus hombros se encogían bajo el peso de la derrota.

—Entonces no sé qué hacer —dijo—. Es que me da la impresión de que oculta algo. Si no fuera así ¿por qué tanto empeño en mantenerme alejada?

—No se rinda todavía —la animó Killian—. Yo la mantendré al corriente de todo lo que averigüe, pero no se acerque al almacén. Es demasiado peligroso.

—Si usted lo dice...

—¿Ha considerado usted la posibilidad de mirar en su estudio? —sugirió él—. Si yo tuviera algo que esconder, lo guardaría cerca de mí, donde vivo, y no en mi lugar de trabajo.

—Tiene razón —respondió ella—. Quizá debería, pero... ¿y si me sorprende?

—Asegúrese de hacerlo cuando él no se encuentre en casa —dijo Killian—. Está fuera casi todos los días ¿cierto?

Jess asintió con la cabeza y Kinross vio cómo cerraba los puños, decidida.

—Sí, tengo que intentarlo —dijo.

—Muy bien. El próximo domingo vuelva a sentarse junto a mí para que podamos hablar. Me gustaría saber si ha encontrado algo.

—De acuerdo —dijo ella, aliviada—, y gracias. Ha sido usted de gran ayuda, aunque me temo que no podré pagarle lo que está haciendo por mí.

—Bueno, no sé —replicó él sonriente—. A mí sí se me ocurre algo...

Killian la miró a los ojos y vio que había captado el mensaje y que se había escandalizado.

—¿Cómo? Usted...

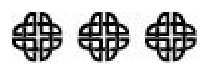
—Sssssh —susurró él mientras cubría con disimulo la mano de la joven con la suya, moviéndola bajo sus ropas—. Solo estaba tomándole el pelo. Se deja usted provocar con una facilidad que resulta deliciosa.

Jess se relajó un tanto e incluso sonrió.

—¿De verdad? —preguntó—. Entonces tendré que reforzar la guardia.

—Inténtelo —le retó él, siempre sonriente, y, solo para demostrarle que no tenía nada que hacer, mantuvo su mano agarrada durante lo que quedaba de la misa, a pesar de los intentos de ella por liberarse. Al final Jess terminó por aceptar su derrota y miró a Killian con una cara que a él casi le hizo echarse a reír. Si no hubieran estado en la iglesia, se habría sentido tentado de besarla. En lugar de ello, se contentó con acariciarle la palma de la mano con el pulgar, lo que hizo que ella se sonrojara.

Killian ya estaba deseando que llegara el siguiente domingo.



El *Lady Madeleine* no era difícil de localizar y Farquhar se aproximaba por el atestado malecón que ya dominaban las sombras del crepúsculo, un tanto aturdido ante el enorme tamaño del buque. Desde que Allan le informara del regreso del navío a Edimburgo, no había dejado de tramar posibles maneras de inutilizarlo. Se le habían ocurrido varias ideas, pero ninguna le parecía viable, ahora que veía el barco con sus propios ojos.

—Maldición —murmuró.

Aún había mucho movimiento en el *Lady Madeleine*, con estibadores entrando y saliendo por la pasarela para llevar un nuevo cargamento a sus bodegas. Farquhar los observó durante un rato. Daba la impresión de que su primo había emprendido un negocio de exportación de mercancías escocesas a Suecia. Ese era justo el tipo de actividad que lord Rosyth aprobaría y, por tanto, había que impedir que continuara.

Solo quedaba una opción y era golpear allí donde más podía doler: en el cargamento. Si Killian no tenía mercancía para comerciar, no obtendría ningún beneficio. En la mente de Farquhar surgió un plan, al principio nebuloso, pero que poco a poco empezó a concretarse.

—Sí, hay que destruir el cargamento —se dijo—. Sin dejar nada.

Vigiló durante un rato más y después marchó a buscar lo necesario. Esta vez lo haría solo, con sus propias manos, y así evitaría tener que pagar a alguien por su silencio. Sería esa misma noche. No debía de resultar muy complicado.

Farquhar sonrió para sus adentros. Estaba tan absorto en sus planes que no se percató de la oscura silueta que lo seguía a todas partes y vigilaba cada uno de sus movimientos. Nunca se le habría ocurrido que fueran dos los que estaban jugando al mismo juego.

Capítulo 13

Capítulo 13

Gotemburgo (Suecia)

La puerta del estudio de Robert estaba entreabierta y Jess se detuvo de camino a la cocina. La tentación de entrar era irresistible. Sabía que Fergusson había salido y que no se le esperaba hasta la hora de la cena. Parecía una oportunidad que no podía desaprovechar. Echó un vistazo a su alrededor, para comprobar que nadie la veía, se deslizó dentro de la estancia y entornó la puerta.

El corazón le latía con fuerza. Atenta al ruido más leve, se acercó de puntillas al escritorio de su padrastro. Como de costumbre, todo estaba en orden, con los papeles perfectamente apilados y en su sitio. Los ojeó rápidamente, pero no halló más que la habitual correspondencia comercial y listas de precios y mercancías. Al terminar, se aseguró de colocarlos de nuevo en su sitio, tal cual los había encontrado.

«Oh, Dios, oh Dios, por favor, ayúdame», rogó para sus adentros, aunque no sabía muy bien para qué pedía ayuda. El eco de las palabras de Kinross reverberaba en su mente: «Si yo tuviera que esconder algo, lo mantendría cerca de mí, donde vivo...». Tenía sentido y sabía que Killian debía de estar en lo cierto, pero ¿dónde buscar?

De pronto, un ruido procedente de la entrada la hizo quedarse clavada en el sitio. El corazón de la joven parecía haberse detenido durante un instante. Sin embargo, después oyó con mayor claridad pasos que se dirigían hacia el otro extremo de la casa. Respiró con alivio, temblando de la cabeza a los pies, pero redobló su decisión de continuar buscando. Se había arriesgado demasiado como para retroceder ahora.

Jess fue abriendo los cajones del escritorio, uno por uno, pero no encontró nada, hasta que llegó a uno que había en el medio. Una carta a medio terminar llamó su atención. Rápidamente leyó:

Estimado señor:

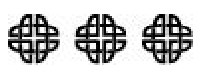
Le escribo en relación al delicado asunto que discutimos hace unos años acerca del fallecimiento de mi socio empresarial. Estoy seguro de que no necesito recordarle que mantenga nuestros acuerdos en secreto. Sin embargo, debo advertirle de que podría haber personas que intentaran

averiguar la verdad y, como sabe, eso no beneficiaría a nadie, ni a mí ni a usted. Por consiguiente, le aconsejo que mantenga la máxima discreción en caso de que alguien le plantee alguna pregunta. Mientras tanto...

Ahí terminaba la carta y Jess sintió un enorme alivio, pero mezclado con una acuciante curiosidad y también frustración. Por fin tenía delante una prueba tangible, pero ¿a quién iba dirigida la carta? ¿Y qué más pretendía escribir Robert? Dio la vuelta al papel, pero no vio escritos ningún nombre ni dirección, tan solo las letras AM. Aquello podía referirse casi a cualquiera. Le dio tanta rabia que sintió ganas de gritar.

Sin embargo, al alzar la carta para observarla mejor, notó que había otra hoja pegada a ella, sobre la cual atisbó la débil huella de las palabras escritas por Robert. Dedujo que su padrastro debía de ser una de esas personas que aprietan con fuerza al escribir y al hacerlo dejan la marca en los papeles que están debajo. Aquello le venía muy bien a Jess, que se guardó la hoja en blanco en el bolsillo. Más tarde podría hacer que las letras fueran legibles, frotando el papel en el polvo o sobre cenizas. Dado que no se atrevía a sustraer la carta original, aquella era la mejor opción.

Al domingo siguiente, se la enseñaría a Kinross para ver qué le parecía y él a su vez podría mostrársela a Albert. De esa manera, tal vez dejarían de pensar que todo aquello era solo producto de su imaginación.



—Capitán Craig, cómo me alegro de verle —dijo Killian—. ¿Qué tal fue el viaje?

La señora Ljung había acompañado al marino hasta la salita que ocupaba Kinross y el joven lo saludó alegremente. La tarde era sombría, pero esperaba buenas noticias que la alegrasen.

—El viaje en sí, sin novedad —explicó Craig—, pero tuvimos un problema al salir de Edimburgo.

Killian sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué clase de problema? —inquirió.

—Un incendio en el cargamento —respondió el capitán.

—¿Qué? Oh, diablos —exclamó Killian, apretando los puños—. ¿Cómo pudo ocurrir?

El joven comerciante sintió un escalofrío de inquietud y también cólera en su interior. ¿Es que nunca le permitirían prosperar?

—Fue provocado, eso es seguro —respondió Craig—. No había linternas encendidas a bordo en aquel momento, y desde luego no en la bodega. Está prohibido y mis hombres jamás desobedecen mis órdenes.

Killian se levantó de repente y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación. Si no había sido un accidente, en su opinión quedaba claro quién era el responsable. Farquhar. ¡Maldito! Cómo habría averiguado su primo que él era el dueño del barco era algo de lo que no tenía la menor idea. Supuso que alguno de los presentes durante su partida con McGrath habría hecho correr la voz.

—¿Así que ha tenido que venir de vacío? —preguntó.

—No —indicó el capitán, sacudiendo la cabeza—. Yo estaba dormido en mi camarote, pero por suerte había allí un joven que me alertó de lo que estaba ocurriendo. Juntos apagamos el fuego, antes de que pudiera causar mucho daño. Solo perdimos algunos sacos de trigo.

Killian respiró aliviado.

—Fue una suerte —comentó.

—Desde luego —corroboró Craig—. Cuando di las gracias al joven, me dijo que era amigo suyo, de nombre Adair.

—Ah, gracias a Dios —dijo Killian—. Eso quiere decir que está haciendo su trabajo. Tenía mis dudas, ya que solía ser un holgazán y un pícaro.

Killian se alegró mucho al oír que Adair no había vuelto a su vida de maleante. Al menos no de manera que le impidiera continuar vigilando a Farquhar, como le había encargado.

—¿Su trabajo? —inquirió el capitán con cara de extrañeza. Killian le puso al corriente de la enemistad entre él y Farquhar y de la tarea que había encargado a Adair.

—Debería haberme advertido antes —dijo el capitán—. Habría dejado vigilancia, algo que desde luego haré a partir de ahora. Todo el mundo sabe que duermo a bordo y eso siempre había bastado para garantizar la seguridad del cargamento.

—Sí, lo siento —dijo Killian, mientras asentía con la cabeza—. Debía haber imaginado que mi primo no me dejaría en paz, incluso estando fuera del país.

—¿Por qué le odia tanto, si no le molesta que se lo pregunte? —dijo Craig.

—Creo que quiere ocupar mi lugar como heredero de mi abuelo y por ello ha estado metiéndome palos en las ruedas durante años —respondió Kinross—. Ignoraba que estuviera al corriente de lo del barco. En caso contrario, le habría advertido. Le agradecería que redoblara la vigilancia a partir de ahora. No se quedará satisfecho hasta que no me haya destruido por completo.

—Hum, en lo que se refiere a eso, tendrá que buscar otra manera de hacerlo —respondió el capitán—. No va a ocurrirle nada más al barco, tiene mi palabra.

—Gracias, capitán, gracias por todo —le dijo Killian, sonriente.

—No hay de qué darlas —respondió este—. Le he traído los ingresos por la venta de la mercancía y no nos ha ido mal, de hecho creo que ha sido excelente.

El capitán extrajo una bolsa tintineante y se la tendió a Killian. Era mucho más pesada de lo que había esperado.

—¡Ya lo veo! —exclamó el joven. Volcó el contenido de la bolsa sobre la mesa, contó las monedas y silbó bajito—. Creo que tenía usted razón. Veo se puede hacer dinero con el comercio entre Suecia y Escocia.

—Por supuesto —corroboró Craig—. Solo hace falta comprar las mercancías adecuadas y mantener buenas relaciones con ciertos comerciantes, sin olvidar mantenerse a distancia de algunos otros, como por ejemplo su empleador. Es demasiado tacaño.

El capitán sonrió y Killian no pudo evitar hacerlo a su vez.

—¿Ha pagado a la tripulación? —quiso saber y Craig asintió—. Bien, entonces dígame cuánto necesita para mantener el barco en buenas

condiciones y para comprar más mercancía. Lo que sobre, lo repartiremos entre usted y yo, mitad y mitad.

—¿Mitad y mitad, señor Kinross? Eso no puede ser —dijo el capitán, alzando las cejas de sorpresa.

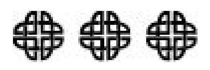
—Por supuesto —afirmó Killian—. Usted hace el trabajo duro, así que merece la mitad de los beneficios.

—Bueno, muchas gracias —dijo Craig—. Es muy generoso de su parte. Nunca habría esperado tanto.

—Es simplemente lo justo —zanjó Killian—. Ahora, vamos a planificar el próximo viaje.

Killian sabía que estaba siendo muy generoso con el capitán y que le daba mucho más de lo que cualquier otro, en su posición, hubiera soñado. Era consciente de que, si el hombre quedaba muy, pero que muy satisfecho, tendría un poderoso incentivo para tratar de incrementar los ingresos y aquello le beneficiaría a la larga. Por el momento se contentaba con obtener un flujo constante de efectivo, aparte del magro salario que le pagaba Fergusson. Aquello era mucho mejor que preocuparse por cuánto ganaría en la siguiente partida de cartas o de dados.

Más tarde, cuando el capitán se hubo retirado, Killian añadió su parte de los beneficios a la bolsa de dinero que guardaba escondida. Unos cuantos viajes más como aquel y podría establecer su negocio de manera independiente —y entonces, adiós al señor Fergusson, que tendría que buscarse otro empleado.



—Ejem, señor Holm ¿podría hablar con usted un momento?

Era lunes por la mañana y Killian había llegado antes de su hora, con la esperanza de encontrar solo a Holm en la oficina. Llevaba en el bolsillo la hoja de papel que Jess le había entregado a escondidas en la iglesia el día anterior y ardía de impaciencia por enseñársela al asistente principal.

—Sí ¿de qué se trata? —dijo Holm mientras levantaba la cabeza del libro de cuentas en el que estaba trabajando—. Ha madrugado mucho esta mañana. ¿Se encuentra bien?

—Sí, perfectamente, es solo que deseaba hablar con usted a solas —dijo y señaló con la cabeza hacia la zona del almacén adonde pronto llegarían los estibadores para comenzar el trabajo de la jornada—. Se trata de la señorita Van Sandt.

El ceño fruncido de Holm se transformó en una mirada de enfado en toda regla.

—Pensaba que le había pedido que la olvidara —dijo—. Si se trata de su visita aquí, ya le advertí que no debía volver y no lo ha hecho.

—No, no era eso de lo quería hablarle —repuso Killian—. La cuestión es que con frecuencia nos sentamos juntos en la iglesia. Por alguna razón, ella ha decidido confiarme sus preocupaciones por la situación entre ella y el señor Fergusson.

Holm chasqueó la lengua con impaciencia y movió la cabeza a un lado y a otro.

—Cabeza de chorlito —murmuró y a continuación suspiró y miró fijamente a Killian—. Le diré algo. Es mejor que no se inmiscuya usted en esto. No puede salir nada bueno. Ella pronto aceptará que su padrastro tiene el control sobre todo y, cuando esté preparado, la casará con alguien. Es todo lo que puede esperar. Lo siento mucho por ella, pero su padre fue muy poco inteligente al darle falsas esperanzas.

Fue el turno de Killian de sacudir la cabeza.

—No creo que ella esté en desacuerdo con eso, señor Holm —replicó—. Sin embargo, considera que el señor Fergusson no ha sido precisamente sincero y ayer me trajo algo que parece confirmar sus sospechas. Eche un vistazo a esto.

Entregó la hoja de papel a Albert y los ojos del hombre se entrecerraron al examinarla.

—¿Esto es una copia de una carta real? —inquirió.

—Sí —respondió Killian—. Ella, ejem, la encontró por casualidad en el estudio del señor Fergusson.

—La encontró por casualidad ¿eh? —dijo Holm con una sonrisa triste—. *Envisa flickebarn* —murmuró—. ¿Y se la dio en la iglesia? ¿Seguro que nadie la vio?

—No —aseguró Killian—. Nos cambiamos «por error» los libros de

salmos y la carta estaba dentro del suyo. No lo abrí hasta que no llegué a mis aposentos.

—Hum. Bien, esto parece indicar que hay algo extraño, pero no prueba nada concreto, en realidad.

—Jess dijo que no había ninguna dirección, pero en el dorso hay escritas dos letras, AM —explicó Killian—. ¿Sabe a quién podrían referirse?

—Podría ser cualquiera —respondió el asistente principal—. Está Axel Månsson, el herrero; Adolf Morgren, el comerciante; Anders Milner, el magistrado; Arne Matisson, el...

—Un momento —interrumpió Kinross—. ¿Un magistrado? Sería un buen aliado, sin duda.

Holm se encogió de hombros.

—Es un viejo amigo de la familia —dijo—. Estoy seguro de que nunca haría algo que pudiera perjudicarles.

—Tal vez no voluntariamente, pero... ¿y si le obligaran?

Killian había pasado suficiente tiempo con su primo como para no ignorar que el chantaje era muy tentador cuando todo lo demás fallaba. Había perdido la cuenta de las veces que su primo había hecho que los criados y otras personas se sometieran a sus caprichos porque los había espiado y sabía algo sobre ellos que no deseaban que fuera revelado.

Holm parecía confuso, pero sacudió la cabeza.

—No, no lo ceo —dijo por fin—. Nunca ha habido rumores que lo impliquen en aceptación de sobornos ni nada parecido. A diferencia de otros.

Killian paseaba arriba y abajo por la oficina. Ahora que se había implicado en los asuntos de la señorita Van Sandt, quería respuestas. Era frustrante tener una prueba tan pequeña pero sugerente como la copia de aquella carta y no poder avanzar más.

—Déjemelo a mí —dijo Holm, después de un silencio—. Usted debería mantenerse al margen o se arriesga a perder su posición. Jessamijn nunca debería haberlo metido en esto.

—Pero yo quiero ayudar —replicó Killian—. No soporto las injusticias.

El joven recordó la forma en que lo trataba su abuelo y aprobó mentalmente el coraje con el que Jess defendía lo suyo.

—¿Le parece bien que guarde yo el papel por el momento? —preguntó por fin, tras una pausa—. Tal vez sea lo más seguro.

—Muy bien —aprobó Holm—. Guárdelo en sus habitaciones y no se lo enseñe a nadie.

—Si usted averigua algo ¿me lo dirá? —inquirió Killian—. Puedo decírselo a Jess en la iglesia.

—*Ja*, lo haré —confirmó el asistente—, pero dígale que no espere mucho. Y, *för Guds skull*, dígale que basta de fisgonear. Es muy peligroso.

Killian tenía que contentarse con esto, por el momento.

Capítulo 14

—Kinross, le presento al señor Colin Campbell, un escocés de pura cepa, como nosotros.

Killian había sido invitado una vez más a cenar en casa de los Fergusson, pero en esta ocasión se trataba más bien de una comida de negocios. En el inhóspito salón se hallaba reunido un grupo bastante numeroso de señoras y caballeros. Killian había visto a unos cuantos de estos últimos por la ciudad, o en la taberna de la posada, y sabía que eran todos marinos o comerciantes, pero nunca le habían sido presentados formalmente. Parecía claro que algunos eran conocidos de Fergusson. Colin Campbell era uno de ellos.

Un par de inteligentes ojos azules escrutaron con interés a Killian desde debajo de las cejas, tupidas y cenicientas. Campbell no debía de haber sido muy agraciado físicamente, ni siquiera de joven. Su nariz le parecía más bien grande, de largo caballete y punta rosácea y bulbosa. La boca, aunque curvada en una agradable sonrisa, era más fina de lo habitual. Sin embargo, aquello quedaba compensado por sus maneras joviales y por la elegancia de su atuendo —llevaba un chaqué de terciopelo color marrón rojizo, un chaleco de satén a juego, calzas de ante y camisa y cuello de lino blancos y almidonados hasta la perfección, lo que no pasó desapercibido a Killian. Su peluca gris y rizada combinaba a la perfección con sus cejas.

—Encantado de conocerle, señor —dijo Killian con una inclinación, a la que el caballero que le presentaban respondió con un movimiento de cabeza y una sonrisa—. Tengo entendido que acaba de llegar de Escocia. ¿Cómo siguen las cosas por allí?

—En general, sin novedad —respondió Campbell—. Sin embargo, estoy muy contento de estar aquí de nuevo, ya que nuestros grandes planes empiezan a fructificar.

—¿Grandes planes? —preguntó Killian y aguzó bien los oídos, aunque sin parecer demasiado inquisitivo. Fergusson nunca le comentaba nada sobre los contratos que firmaba. Holm era el único que le informaba de algunos de los proyectos en marcha.

—Esos dos caballeros —respondió Campbell mientras señalaba con la cabeza hacia dos hombres que se habían acercado para charlar con el señor Fergusson y con su mujer— son Henrik König y Niclas Sahlgren, dos exitosos comerciantes. El pasado mes de junio recibieron permiso de Su Majestad el Rey para fundar la Compañía Sueca de las Indias

Orientales. Dado que tengo cierta experiencia en estas cuestiones, me han propuesto que forme parte de la primera expedición en calidad de sobrecargo y asesor y la verdad es que no veo el momento de zarpar.

Por entonces Killian ya sabía que el sobrecargo era la persona responsable del cargamento de los barcos enviados a puertos extranjeros. Entre otras cosas, tenía la misión de vender las mercancías en el lugar de destino y de adquirir nuevas en condiciones ventajosas, para transportarlas en el viaje de vuelta. Era un puesto que requería experiencia y una cabeza bien despierta. Campbell parecía poseer ambas.

—Supongo que habrá viajado mucho, señor Campbell —comentó Killian—. Debe de haber sido una experiencia fascinante.

—Oh, sí, joven, he vivido ya unas cuantas aventuras —respondió el comerciante—. Navegué durante varios años con la compañía de Ostende, aunque actualmente se encuentra en trámites de liquidación. Lo cierto es que he recalado en bastantes puertos extranjeros.

Campbell comenzó a relatar algunos de sus viajes por el mundo y Killian escuchaba con la máxima atención. Una idea acababa de tomar forma en su mente y, a la primera oportunidad que se le presentó, el joven planteó a su interlocutor algunas preguntas de tanteo.

—¿Tiene ya un barco para la primera expedición?

—Ahora mismo me están preparando uno en Estocolmo —respondió Campbell—. Se trata del *Friedericus Rex Sueciae*, en honor al rey Federico I. Tenía que ser construido o al menos equipado en este país. Es una de las condiciones que debe cumplir la compañía. De no ser por eso, podríamos haber adquirido fuera uno que resultara adecuado.

—Tiene sentido, supongo —comentó Killian.

—Sí, porque así los suecos se benefician —corroboró Campbell—. Por otra parte, el rey ha sido verdaderamente magnánimo en muchas cosas. Todos los extranjeros que viajen con nosotros recibirán de forma automática la nacionalidad sueca, en aras de nuestra protección durante el viaje. Además, la compañía tiene los derechos exclusivos para comerciar durante quince años.

—Parece muy generoso.

Killian se preguntaba qué obtendría el monarca sueco en todo aquel asunto, pero no se atrevió a expresarlo en voz alta. Estaba seguro de

que algún incentivo habría para tantas concesiones.

—Desde luego, pero eso no es todo —aseguró Campbell—. Hay también ventajas en lo que se refiere a derechos de aduana e impuestos indirectos, siempre que zarpemos de Gotemburgo y regresemos aquí. No estoy seguro de que a los habitantes de la ciudad les guste, ya que ellos seguirán pagando sus impuestos como siempre, pero ese no es nuestro problema. Además, ellos también se beneficiarán a largo plazo. Al fin y al cabo, venderemos sus mercancías en el extranjero y les traeremos otros bienes para consumir.

—¿Y cree que será muy rentable? —preguntó Killian.

—Mi querido muchacho, no tiene usted ni idea —respondió su interlocutor—. En el comercio con las Indias Orientales pueden ganarse sumas fabulosas, créame, aunque también pueden perderse, como yo mismo he comprobado. Sí, es un negocio arriesgado, pero cuando una operación resulta exitosa, las ganancias son enormes.

—¿En serio? —dijo Killian—. ¿Y cree que sería posible invertir en esta primera expedición, señor Campbell?

—Por supuesto —respondió este—. Todo el mundo está invitado, con tal de que aporte un mínimo de quinientos táleros de plata. Hemos visto que hay un considerable interés. ¿Por qué lo pregunta, está pensando en invertir usted mismo? No imaginaba que los jóvenes oficinistas tuvieran tantos recursos.

Campbell acabó su frase entre risas, pero era obvio que no había ninguna intención ofensiva en sus palabras. Killian sonrió a su vez.

—No, por supuesto que no los tengo, pero mi abuelo es lord Rosyth y él sí puede permitírselo —repuso—. Si hay beneficios a la vista, quizá la inversión le parezca atractiva. O tal vez podría prestarme a mí la suma necesaria, a cambio de un interés.

Aquello era falso de cabo a rabo, ya que Killian no tenía la menor intención de implicar a su abuelo. Aún no había dicho a nadie que era el dueño del *Lady Madeleine*, y prefería que así siguiera siendo por el momento. El título de su abuelo solía hacer que la gente prestara atención y Campbell no fue una excepción a la norma.

—Así que es usted pariente de lord Rosyth —dijo Campbell, quien de pronto parecía mucho más interesado por Killian—. Lo conocí en una ocasión. Un buen hombre, justo, así me pareció.

—Sí, lo es —corroboró Killian, que no pensaba confesar que su abuelo había sido todo menos justo con él.

—Bien, si usted puede conseguir que le dé dinero, habrá beneficios a manos llenas —aseguró Campbell—. Si el barco regresa intacto, cualquier inversión se multiplicará por diez, como poco.

—¿Tanto? —dijo Killian, que sentía que la emoción crecía en su interior—. En ese caso, le agradecería mucho que me mantuviera informado sobre la expedición.

Kinross indicó a Campbell dónde vivía y el hombre prometió informarle si se producían noticias interesantes. Entonces, un nuevo pensamiento asaltó al joven.

—No habrá alguna posibilidad sumarse a la expedición ¿verdad? —dijo—. Estoy tratando de aprender todo lo que puedo sobre el comercio y tengo la impresión de que esta es una oportunidad que no puedo perderme. Esto es, si el señor Fergusson me autoriza, naturalmente.

—Pues sí, no veo por qué no —respondió Campbell—. Hay sitio para cuatro sobrecargos y creo que todos los puestos están ya cubiertos, pero necesitaremos asistentes. Por lo general son jóvenes que desean aprender de lo que hacen sus superiores. La paga es reducida, pero recibiría una parte de los beneficios, y además está el *pacotill*, por supuesto.

—¿El qué? —preguntó Killian, intrigado.

—El *pacotill* —respondió su interlocutor—. Significa que todos los que viajen en el barco tienen derecho a transportar una pequeña cantidad de mercancía para comerciar con ella por su cuenta. También se les permite comprar mercancía en China y traerla aquí para venderla. Desde luego, no queda mucho espacio libre para almacenar cosas, pero si uno es listo y compra mercancía que ocupe poco espacio y se venda bien por aquí se pueden obtener beneficios muy interesantes.

Killian recordó que había oído algo sobre aquella costumbre y concluyó que era una excelente manera de conseguir un beneficio extra.

—Me parece justo —comentó Killian—. En fin, si está usted dispuesto a considerar la posibilidad de incluirme en la expedición en calidad de asistente de sobrecargo, plantearé mañana mismo el asunto al señor Fergusson. Tal vez podamos llegar a algún acuerdo. Presumo que él

también es uno de los inversores ¿cierto?

—Oh, sí, por eso estamos aquí hoy. Quería saber más sobre el asunto —confirmó Campbell y guiñó el ojo a su interlocutor—. Los escoceses tenemos que apoyarnos los unos a los otros ¿no cree, muchacho? Me complacería mucho tenerle a bordo durante el viaje. Hablaré con Fergusson al respecto.

Killian sonrió y asintió con la cabeza.

—Gracias, señor —dijo, sin mencionar que Fergusson probablemente no sería de la misma opinión. Hasta el momento solo le había dado tareas menores para realizar, algo que nunca le permitiría ganar ningún dinero extra. Tampoco le había ofrecido la posibilidad de invertir en el negocio. De hecho, apenas le informaba. Aquello irritaba sobremanera a Killian, ya que no había venido a Suecia para convertirse en un empleado de baja cualificación, aunque debía admitir que estaba aprendiendo mucho de Holm.

El joven observó cómo Campbell se dirigía hacia el grupo que se encontraba en el otro extremo de la habitación.

—¿Qué está tramando ahora, señor Kinross? —le susurró alguien a su lado, lo que le pilló por sorpresa.

Al darse la vuelta, topó con la señorita Van Sandt, que permanecía de pie en la penumbra, no lejos de la puerta. Por una vez iba ataviada de forma adecuada, con un vestido azul claro de seda que Killian consideró que le sentaba muy bien e iba de maravilla con la blancura de su piel. El joven se preguntó si habría oído su conversación con Campbell.

—Nada que pueda interesar a una simple fémina —respondió en tono de chanza. Sabía que se estaba comportando de un modo deliberadamente provocador, ya que nunca había sido propio de él subestimar la inteligencia de las mujeres, pero era como si un demonio le impulsara a tratar de sacar a Jess de sus casillas. La respuesta de ella no le defraudó tampoco aquella vez.

—No soy una simple «nada», que lo sepa —le espetó—. Estoy segura de que mi cerebro es en todo tan bueno como el suyo. Así me lo enseñó mi padre.

Los ojos le brillaban, como siempre que se enfurecía, y Killian sonrió.

—Debería estar enfadada todo el tiempo, señorita Van Sandt —le dijo

—. Está usted adorable cuando echa chispas por los ojos.

—¡De verdad...! —exclamó Jess, falta de palabras por la indignación. Al no saber qué más replicar, no se le ocurrió mejor idea que lanzar un puñetazo al hombro de Killian. Horrorizada al darse cuenta de lo que había hecho, miró a su alrededor para ver si alguien la había visto. Killian hizo lo propio, pero por suerte el dragón guardián estaba charlando con otras mujeres junto a la estufa y nadie miraba en su dirección. Alzó las cejas, inquisitivo.

—¿Quiere pelear? Me parece que hay otras formas mejores de gastar las energías. Encima de que le he dedicado un cumplido... ¿No le han enseñado a aceptarlos con gracia?

—No ha hecho usted nada de eso —replicó ella, apretando los dientes —. Lo único que hace es meterse conmigo y ya estoy harta.

—¿De verdad? —respondió Killian a su vez—. Será por eso por lo que me ha permitido besarla ya en dos ocasiones.

—Yo no le he permitido nada —dijo Jess.

—¿Ah no? —insistió él—. Pues no recuerdo haber tenido que obligarla.

Killian sabía que la estaba irritando más todavía, pero lo que decía era la pura verdad y podía ver por la expresión de la joven que ella también lo sabía. En la última ocasión, él había acercado los labios para besarla y ella no había hecho ningún gesto para detenerlo ni se había apartado.

—Yo... yo... es usted imposible —dijo Jess, al límite de su paciencia.

—Me lo han dicho muchas veces —replicó Killian, sonriente—. Ahora ¿quiere usted saber de qué hablábamos Campbell y yo o ya se ha enterado?

—¿Quiere hablar de ello conmigo? —preguntó la muchacha con un parpadeo de sorpresa. Su cólera se había evaporado en un instante.

—No veo por qué no, si su cerebro es tan bueno como asegura —respondió Killian—. De todos modos, seguro que será el tema de conversación después, durante la cena.

—Entonces sí, por favor —imploró ella—. Me gustaría que me contara más.

Killian la satisfizo, pero no pudo evitar preguntarse a qué venía tanta curiosidad. Se habría dicho que Jess estaba tan emocionada como él mismo ante la perspectiva de la expedición a las Indias Orientales. Aquello era como mínimo llamativo. Una chica no tenía la menor posibilidad de partir a un viaje de ese tipo y, si Fergusson se resistía incluso a darle su dote, desde luego jamás le proporcionaría el dinero necesario para invertir en algo así.

—¿Por qué le interesa tanto? —preguntó al fin, deseoso de penetrar en el funcionamiento de aquella mente.

—Me parece que esta puede ser una de las razones por las que mi padrastro desanima a todos mis pretendientes —dijo con vehemencia y Killian pensó que era así como ella debía de ser siempre. Jamás recatada ni tímida.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Si Robert desea invertir en esta empresa, necesitará tanto dinero como sea capaz de reunir —respondió Jess—. Por eso no le interesa entregar una suma importante a quienquiera que sea mi futuro marido.

Killian sacudió la cabeza.

—Dudo que sea ese el caso —dijo—. Probablemente tenga dinero para ambas cosas o, en caso contrario, siempre podría tomar un préstamo. No, opino que la expedición no tiene nada que ver con lo que le atañe a usted.

—Tal vez tenga usted razón, pero no lo sabemos a ciencia cierta y es necesario explorar todas las posibilidades —repuso ella—. Estoy decidida a averiguar qué se trae entre manos, sea como sea.

Killian sonrió. Desde luego era obstinada, quizá demasiado para su propio bien, pero él no podía evitar que le gustara su determinación y sus maneras expeditivas. Sería una fantástica esposa y quizás algún día… pero no, ni pensar por el momento en atarse a alguien. Tenía cosas mucho más emocionantes en perspectiva.



Killian se había equivocado en una cosa. El asunto de la expedición a las Indias Orientales no volvió a salir a relucir hasta que los hombres

no quedaron aparte en la sala, con una botella de *whisky* y copas. Durante la cena, la conversación había tratado de asuntos aptos para las damas. El joven se preguntó por qué hacía falta tanto secreto. Esperaba que la señorita Van Sandt mantuviera la boca cerrada, ya que se suponía que no debería haberle dicho nada sobre la cuestión.

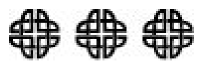
Durante el resto de la velada no se habló de nada nuevo respecto a lo que había comentado Campbell, excepto el hecho de que los buques de la compañía tendrían derecho a utilizar la fuerza si se veían amenazados por los de otros países en sus expediciones.

—Así que necesitaremos algunos cañones en ese barco —comentó Niclas Sahlgren a su socio—. Cuantos más mejor, si me apura.

—Oh, sí, ahí fuera impera la ley del más fuerte —aseveró Campbell—. Todos contra todos, en este caso cada país contra todos los demás. Los ingleses y los holandeses no aceptan bien la competencia, como no lo hace ningún país en realidad. No va a ser fácil esta expedición, la verdad. Ni lo sueñen. Yo intentaré evitar a los holandeses siempre que me sea posible. Es lo mejor, no dar pie a la menor provocación.

—Estoy seguro de que se desenvolverá a las mil maravillas, amigo mío —dijo Henrik König, mientras palmeaba la espalda de Campbell—. Tenemos fe en usted.

—Bien, muchas gracias —respondió el aludido—. Trataré de estar a la altura de lo que se espera de mí.



Killian fue el último en retirarse y el señor Fergusson lo detuvo en el recibidor, justo cuando estaba poniéndose los guantes para salir.

—Un momento, Kinross —le dijo—. Quiero advertirle de que no comente nada acerca de esta expedición por el momento. No es que se trate de un secreto, pero cuantas menos personas estén informadas sobre ella, mejor. Quiero decir, hasta que los posibles inversores no sean invitados formalmente.

—No, no hablaré de ella con nadie que no esté informado —aseguró el joven—. ¿Es el caso del señor Holm?

—Él si está al corriente, por supuesto —respondió Robert—. Le he informado de mis intenciones y las respalda sin reservas. Ah, por

cierto, Campbell me ha hecho saber que ha estado hablando con usted sobre los diferentes aspectos de este negocio e incluso de la posibilidad de que se incorpore a la expedición en calidad de asistente de algún sobrecargo. Tenemos que hablarlo, pero en principio no me parece mala idea.

—¿Ah no? —respondió Killian, sorprendido, ya que había esperado encontrarse con una avalancha de objeciones.

—No —corroboró el señor Fergusson—. Voy a invertir una suma considerable en esta expedición y sería muy conveniente tener a bordo a una persona que vele por mis intereses.

Robert clavó en su interlocutor una mirada de ave rapaz, como si tratara de ponerlo en su sitio. Killian apretó un puño dentro de su guante, pero mantuvo su expresión inalterable.

—Oh, sí, ya veo —dijo—. Por supuesto, haría todo lo que estuviera en mi mano.

—Excelente —aprobó Fergusson—. Ya hablaremos más adelante. Buenas noches, Kinross.

—Buenas noches y gracias por invitarme.

Killian cerró la puerta tras él y emprendió el camino por la calle adoquinada, en dirección a su alojamiento. Sin embargo, antes de haber podido avanzar unos cuantos metros, una sombra surgió de la puerta que daba al patio trasero de la casa de los Fergusson.

—Espere, por favor —le susurró.

—¿Señorita Van Sandt? ¿Qué hace aquí fuera tan tarde? —preguntó mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que no había nadie. A continuación siguió a la joven en dirección al patio, hasta donde se filtraba la débil luz procedente de las ventanas de la cocina. Jess tiritaba en una esquina, vestida solo con su camisón y un chal por encima de los hombros.

—Tenía que hablar con usted y esta era la única manera —dijo.

—¿Sí?

—Quería darle las gracias por no tratarme como a una tonta, como hace mi padrastro —dijo—. Y por ayudarme con la carta y todo lo demás. Me… me temo que no le juzgué del todo bien cuando le

conocí. Le pido disculpas.

—No tiene por qué pedirlas ni tampoco darme las gracias —respondió Killian—. Ha sido un placer poder ayudarla. Lo único, le agradecería que guardara para sí los detalles sobre la expedición a las Indias Orientales. Al parecer yo debería haber mantenido la boca cerrada, ya que no es aún del dominio público.

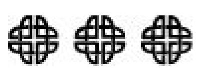
—Por supuesto —aseguró ella—. De todos modos, confieso que oí parte de su conversación con el señor Campbell, así que usted solo añadió algunos detalles.

Killian observó aquel rostro de expresión tan seria, al que iluminaba la luz de la luna, y percibió la poderosa inteligencia que brillaba en su mirada. Tenía razón, estaba ante una mujer fuera de lo común. Kinross había conocido a muchas que eran auténticas cabezas huecas, pendientes solo de sus vestidos y de sus reuniones sociales, pero esta era muy diferente. Tenía la impresión de que no le iría a la zaga a él mismo en cualquier desafío intelectual que pudiera plantearse.

—Será mejor que entre antes de que la echen de menos o de que se quede congelada —le dijo sonriente—. *God natt, fröken* Van Sandt.

Ella dudó unos instantes, como pendiente de algo, y Killian se dio cuenta de que estaba esperando a que la besara. Él lo deseaba, no cabía ninguna duda. Sin embargo, se dio cuenta a tiempo de que no sería una buena idea. La oscuridad, la luz de la luna y la quietud a su alrededor constituían una poderosa combinación, capaz de arrastrarles a ambos hasta la locura. Killian no confiaba en que fuera capaz de contenerse y no aprovecharse de la inocencia de la joven, así que permaneció en el sitio, sin mover un músculo. Cuando Jess comprendió que él estaba esperando a que se retirara, giró sobre sus talones y se fue a casa. Antes de entrar por la puerta trasera, se detuvo y dirigió a Killian una última mirada confusa.

Killian sacudió la cabeza y dejó escapar un largo suspiro. Nunca se había sentido tan tentado por una «intocable», pero era demasiado lo que estaba en juego. No podía permitirse arruinar su futuro en un acto irreflexivo. Por una vez en su vida, haría las cosas bien.



Jess estaba furiosa consigo misma, pero tampoco podía negar que se

sentía muy decepcionada por el hecho de que Killian no hubiera dado el paso de besarla en la oscuridad. La ocasión era perfecta y por primera vez estaba dispuesta, había olvidado el trato que él le había dispensado anteriormente. Sin embargo, se había quedado quieto. ¿Por qué? Nunca se las había visto con una criatura tan contradictoria.

Le irritaba reconocerlo, pero había deseado su contacto. Era un hombre que no la miraba con condescendencia, a pesar de sus constantes provocaciones. Saber que alguien la valoraba como persona, y no como si se tratara de una mercancía, era un poderoso afrodisíaco. Si la hubiera besado aquella noche, ella le habría correspondido sin reservas. Se llevó los dedos a los labios, que le hormigueaban solo con pensarlo.

La verdad era que no habría sabido muy bien cómo actuar. Aparte de los besos robados por Killian, solo había vivido aquella experiencia un par de veces con Karl. En dos ocasiones, su antiguo pretendiente la había arrastrado hasta un rincón oscuro y allí había apretado los labios contra los suyos sin más, al tiempo que trataba de agarrarla por detrás. Ella se había sometido al beso, pero le había apartado las manos con firmeza de cualquier otra parte de su anatomía, ya que no deseaba aparentar que era una chica fácil.

—Pero si estamos prácticamente comprometidos —había protestado él en susurros y con una voz gutural que la había asustado un tanto—. Nadie pensará mal de nosotros.

—No importa, preferiría que no hicieras eso —le había dicho, mientras hurtaba su cuerpo con un movimiento grácil—. Oh, la señora Forbes me está buscando. Tengo que irme.

No era cierto, ya que no se veía a nadie desde el lugar donde se encontraban. Sin embargo, él no objetó nada más y la dejó marchar. Aquella había sido la última vez que había visto a Karl antes de su exilio. ¿Lo había ofendido tal vez con sus reticencias? No era probable y además ella sabía bien a quién se debía el súbito cambio de opinión del joven.

Jess regresó a sus anteriores pensamientos. Los besos de Kinross eran diferentes. La hacían estremecer de pies a cabeza, aunque él no intentara ponerle las manos encima. La joven se preguntaba por qué. Era un misterio y, obviamente, no iba a resolverlo aquella noche. Con un suspiro, se retiró a dormir.

Capítulo 15

Capítulo 15

Pasó un mes, durante el cual Kinross mantuvo frecuentes conversaciones con Fergusson y con Campbell acerca de la expedición. Finalmente se tomó la decisión de que participaría en el viaje a China como asistente de sobrecargo. Le esperaba un trabajo duro, pero también tendría la oportunidad de aprender todo lo que Campbell pudiera enseñarle. A Killian le parecía un acuerdo razonable, pero sin saber por qué Fergusson empezó a arrastrar los pies, a pesar de su entusiasmo inicial. Trató incluso de dar marcha atrás y de retirarle el permiso, pero Campbell consiguió dar la vuelta a la situación en cuanto se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Aquello irritó más a Fergusson, porque detestaba dar su brazo a torcer, pero a Killian no le importó.

—Es una oportunidad demasiado buena —gruñía Robert cada vez que el asunto salía a colación, como si estuviera celoso de Killian. Los ojos le brillaban de furia bajo sus cejas encrespadas, como si se tratara de un tejón acorralado que lucha por salir de la trampa. —Ya me había acostumbrado a contar con otro par de manos en la oficina —protestaba con frecuencia—. Ahora Holm estará otra vez desbordado de trabajo. Supongo que tendré que encontrar a alguien que asuma sus funciones y eso implica más gastos, que no puedo permitirme.

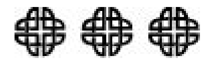
Aquella última afirmación era patentemente falsa, como atestiguaban las gruesas bolsas llenas de dinero que Killian había visto en la caja fuerte. No dijo nada, sin embargo, aunque cambió una mirada con Holm a espaldas de Fergusson. El sueco se había alegrado mucho por él y le había felicitado por su rápida reacción al pedir empleo a Campbell.

—No está nada mal —le había dicho, lo que viniendo de él era un gran elogio—. Si no fuera por la edad que tengo, le acompañaría...

Holm alzaba ahora sus ojos hacia el techo, mientras Fergusson continuaba con sus protestas, pero también el sueco permaneció en silencio.

—Espero que ponga todo su empeño en cuidar de mis intereses —decía Robert—. Si cree que va a obtener un gran beneficio de esto, piénselo dos veces. Su parte será moderada, pues lo que aprenderá ya es una compensación suficiente. Por supuesto, deberá utilizar a mi cuenta la mayor parte de su *pacotill* y, dado que soy yo quien le envía, intente cerrar un buen acuerdo para vender mis mercancías.

Killian se juró a sí mismo que Fergusson solo vería un porcentaje ínfimo de aquello que pudiera obtener con el comercio de sus propias mercancías y estaba decidido a obtener el máximo. Con la idea de encontrar los mejores productos para llevar en el viaje, habló con toda persona que, según su información, hubiera tenido algo que ver con el comercio con China. Holm le hizo algunas sugerencias. Al final, decidió comprar relojes de orfebrería finamente trabajados, binoculares y otros artilugios mecánicos que los chinos apreciaban mucho. También compró lujosas tabaqueras de oro y plata, que según le dijeron eran muy valoradas, y desde luego esperaba que fuera así.



Killian pidió a Campbell que no comentara que él mismo pretendía invertir en la expedición. «A mi abuelo tal vez no le guste que se sepa», le había dicho. El recuerdo de la conexión con lord Rosyth parecía obrar milagros. Campbell prometió no decir ni palabra, sobre todo a Fergusson, a quien, por lo que veía, no apreciaba demasiado.

Aparte de los ya mencionados, la única persona a la que Killian puso al corriente de sus planes fue el capitán Craig, que había regresado de Escocia.

—Siento dejarle aquí con todo el trabajo durante tanto tiempo. ¿Podrá seguir manteniendo la ruta mientras yo esté fuera? —le dijo.

El marino no pareció sorprenderse, ni siquiera un poco.

—Por supuesto, continuaré lo que hemos empezado —dijo—. Habrá una bonita suma esperándole cuando regrese. Todo ha ido sobre ruedas hasta ahora y no hay razón por la que no deba continuar así. No se preocupe de nada, su dinero y su barco están seguros conmigo.

—¿No le dirá a nadie que es mío, a menos que no regrese? —preguntó Killian.

—Le juro que mantendré el secreto, si eso es lo que quiere —aseguró el capitán.

—Bien —aprobó Killian—. Escribiré un documento para dejarle a usted la mitad de su valor en caso de que yo falleciera. La otra mitad será para mi abuelo. Así el viejo cascarrabias verá que no soy el granuja que él cree.

Craig rió con ganas.

—Sería toda una sorpresa para él, ¿cierto? —dijo—. No se preocupe, en caso necesario me encargaré personalmente de que así sea, pero estoy seguro de que regresará sano y salvo.

Killian daba gracias por tener un aliado tan sólido y estaba seguro de que el capitán era una persona en quien se podía confiar. El *Lady Madeleine* estaba en buenas manos.

Sin embargo, consciente del enorme beneficio que podía deparar el comercio con China, Kinross redobló sus esfuerzos para tratar de incrementar su capital y subió drásticamente las apuestas en las mesas de juego. Pronto su reputación creció tanto que incluso algunos de los jóvenes aristócratas suecos de la ciudad comenzaron a solicitarlo. Uno de ellos llegó un día al *Ciervo Blanco* y se acercó sin dilación a la mesa de Killian.

—He oído decir que no juega usted como los muertos de hambre de sus compatriotas —declaró el hombre a modo de introducción y se sentó sin esperar a ser invitado—. Esto es, si es usted Kinross, naturalmente.

El recién llegado se había dirigido a él en sueco, pero por suerte Killian ya había llegado a un nivel en el que entendía la mayor parte de lo que le decían. Aunque su gramática y su pronunciación no eran perfectas, no tenía problema para unirse a una conversación informal. Ante el comentario despectivo sobre sus compatriotas, apretó la mandíbula, irritado, pero optó por guardar silencio.

—Sí, lo soy —respondió mientras miraba al individuo de arriba a abajo. No le gustó lo que veía.

Alto y bastante atractivo, el sueco transmitía un aire de vanidad y arrogancia que resultaba chirriante y que despertó la hostilidad de Killian desde el primer momento. Llevaba un chaleco bordado en color carmesí, con una cantidad desproporcionada de botones de oro que debían de haberle costado una pequeña fortuna. Las hebillas de plata de su zapatos eran mucho más grandes de lo necesario. Killian concluyó que el tipo tenía desde luego bastante más dinero que inteligencia, lo cual al él le convenía, sin ninguna duda. Los hombres así solían ser imprudentes al extremo y, por consiguiente, eran los rivales perfectos para la mesa de juego.

—¿Y usted es...? —preguntó Killian, inclinándose, educado, sin dejar de lado la imagen que tenía en mente del recién llegado.

—Karl Adelsten.

Aquel nombre hizo sonar una campana en la memoria de Killian y se dio cuenta de inmediato de quién era su interlocutor: nada menos que el antiguo pretendiente de la señorita Van Sandt. Observó a Adelsten con mayor detenimiento y se preguntó qué habría podido ver ella en semejante zoquete. Lo cierto es que, a ojos de una mujer, debía de parecer un buen partido y su posición social era sin duda un factor a tener en cuenta. Aun así, le sorprendía que la señorita Van Sandt hubiera podido verse atraída por Adelsten. Quizá el joven solo le había mostrado su lado más atractivo, un lado que, desde luego, no estaba a la vista aquella noche.

—Encantado de conocerle —mintió Killian—. Entiendo que desea jugar una partida de cartas conmigo. ¿O tal vez prefiere los dados?

—De cartas. Los dados son para los marineros y ese tipo de escoria —contestó el individuo.

Kinross alzó los ojos ante semejante grosería, pero no dijo nada. Adelsten miró a los acompañantes de Killian, James McEvoy y Graham Frazer, los mismos que conoció en su primera noche en Suecia.

—¿Y ustedes? —les preguntó—. ¿También quieren jugar?

Ambos negaron con la cabeza.

—No, el señor Kinross ya nos desplumó ayer. Ahora tenemos que esperar a nuestra próxima paga.

Killian maldijo para sus adentros. No necesitaba que nadie hiciera mayor reclamo de su suerte, cuya fama ya estaba suficientemente extendida. Por suerte Adelsten no pareció arredrarse en lo más mínimo ante tal declaración. Su única reacción fue dejar escapar una sonora carcajada, como si acabara de escuchar una broma graciosísima.

—Muy bien. ¿A qué está esperando? —dijo—. Pida otra baraja, Kinross.

Killian lo hizo y dio comienzo la partida. Le complacía que Adelsten hubiera escogido las cartas y no los dados, ya que así podría poner en juego la astucia y la memoria, en lugar de limitarse a confiar en la diosa Fortuna. Al principio procuraba no arriesgar demasiado, ya que buscaba inducir a Adelsten a una falsa sensación de seguridad. Pidió

vino y ofreció a su rival la parte del león. El sueco estaba tan concentrado en la partida que no se dio cuenta. Su cara, ligeramente hinchada debido a la indulgencia que se permitía en asuntos culinarios, se iba enrojeciendo por el calor reinante en la taberna y el intenso esfuerzo de concentración que estaba haciendo. Cuando empezó a perder de forma continuada, su rostro se le fue poniendo aún más colorado.

—Maldita sea, hombre, es imposible que tenga usted tanta suerte —comentó llegado un punto.

Killian se encogió de hombros.

—No siempre es así, no —respondió—. ¿Preferiría tal vez continuar en otro momento? De todos modos, tendré que marcharme dentro de poco.

Kinross no mencionó que los errores de su rival habían tenido mucho más que ver en el resultado de la partida que su propia suerte. Adelsten lo miró fijamente.

—Oh, no, no puede irse todavía. Tiene que quedarse hasta que tenga alguna posibilidad de recuperar ese pequeño montón de dinero —respondió mientras indicaba con la cabeza las monedas que se acumulaban en la mesa junto a Killian.

—Muy bien, como quiera —respondió este.

Kinross jugó entonces con descuido unas cuantas manos y permitió que su rival recuperase una pequeña parte de lo perdido, pero solo para concentrarse a continuación y ganarle mucho más. Cuando la sala estaba ya casi vacía, Adelsten estampó sus cartas contra la mesa con un bufido de frustración y se levantó de la silla, tambaleándose ligeramente.

—¡Que el diablo lo lleve! —maldijo—. Está claro que no es mi día, pero ya me desquitaré. No me negará la revancha ¿verdad?

—Por supuesto que no —respondió Killian—. Vengo aquí casi todas las noches y estaré encantado de jugar con usted cuando quiera.

—Entonces será mejor que me vaya a casa a ser bueno con mi mujer, a ver si me da un pico de su dinero —concluyó Adelsten con una sonrisa despreciativa—. Es para lo único que vale en estos momentos.

Por aquel comentario, Killian dedujo que la esposa de Adelsten estaba

esperando un hijo y que su única función en la vida sería, obviamente, cuidar a la prole y compartir su fortuna familiar con su marido. Aquella forma de referirse a una persona a la que debía querer y proteger aumentó el rechazo que Adelsten despertaba en Killian. Sintió lástima por aquella mujer y no pudo evitar alegrarse por la señorita Van Sandt, que podría considerarse afortunada por haber escapado a semejante destino.

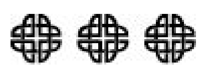
—Espero entonces verle en alguna otra ocasión —mintió Killian con una sonrisa pintada en el rostro y esperó hasta que Adelsten hubo salido tambaleante de la taberna, antes de recoger sus ganancias. McEvoy, que era el único que había permanecido en el sitio hasta el final de la partida, resopló y sacudió la cabeza.

—¡Menudo cretino! —exclamó sucintamente—. Me sorprende que haya podido usted mantener la calma. Yo le habría roto la nariz de un puñetazo a la mitad de la partida, si no antes.

—Creo que le he hecho mucho más daño desplumándole —repuso Kinross con una amplia sonrisa—. Me da la impresión de que tendrá los bolsillos vacíos durante cierto tiempo. No le hará demasiado feliz verse obligado a arrastrarse ante su mujer para que le dé más dinero.

McEvoy lanzó una carcajada y palmeó a Killian en la espalda.

—¡Oh, sí! Lo más seguro es que esté en lo cierto —dijo y alzó el brazo para llamar la atención de Murdoch, que bostezaba ostensiblemente, a la espera de que los últimos clientes se marcharan. Como de costumbre, se resistía a perder un solo penique en posibles ganancias —. ¡Posadero! Por favor, tráiganos un trago para celebrar la sabiduría de mi amigo.



—¿Ha estado alguna vez en Suecia, Allan?

Farquhar estaba sentado junto a su espía en el rincón más oscuro de una sórdida taberna. Se había asegurado de que no hubiera nadie alrededor que pudiera escuchar su conversación. Aquella precaución era esencial, dada la gravedad de lo que tenía que decir. Incluso se había puesto una peluca para procurar que nadie lo reconociera por su cabello pelirrojo, aunque en realidad no era de un tono que resultara especialmente llamativo.

—¿Suecia, señor Kinross? —respondió el maleante—. No, claro que no. ¿Por qué querría yo ir allí?

—Tal vez le resultara interesante… —respondió Farquhar e hizo una pausa para permitir que el mensaje calara en su interlocutor.

—Ah, sí, por supuesto —asintió este—. He oído que es un país muy bonito.

—Así es —confirmó su patrón—. Si está dispuesto a viajar allí, tengo un trabajito para usted. La paga sería sustanciosa.

Farquhar se metió la mano en el bolsillo e hizo tintinear las monedas que llevaba, para enfatizar sus palabras. Los ojos de Allan brillaron de codicia.

—Por supuesto, señor Kinross, cuando quiera. Estoy a su disposición —dijo—. ¿Qué desea que haga?

—La cuestión es que mi primo Killian parece haberse instalado por allí —explicó Farquhar— y estoy muy contento de no tenerlo cerca. Edimburgo es un lugar mucho más tranquilo sin él. La verdad es que sería mucho más feliz si Suecia fuera su último destino, no sé si me explico.

Farquhar miró fijamente a Allan para comprobar si el hombre vacilaría ante la idea de cometer un asesinato. Ya se había encargado antes de comprobar si corrían rumores en el sentido de que el individuo pudiera haber tomado parte en algo así. La respuesta había resultado afirmativa.

—Oh, claro, ya sé a qué se refiere —indicó el malhechor—. A veces ocurren accidentes ¿verdad? Especialmente en suelo extranjero. No se puede confiar en lo que hay por allí, son todos un hatajo de paganos.

—Justo lo que quería decir —aprobó Farquhar, mientras sacaba una bolsa llena de dinero y se la entregaba a Allan—. Me alegra ver que nos entendemos. Mi primo anda por la ciudad de Gotemburgo. No es muy grande, a juzgar por lo que he oído, así que no deberá ser difícil localizarle. Aquí está la mitad de la suma que le pagaré por sus servicios, más gastos para el viaje. La otra mitad la recibirá cuando haga el trabajo.

—De acuerdo —dijo Allan mientras se guardaba el dinero con una prisa casi indecente—. Buscaré un barco entonces.

—Muy bien. Por cierto…

—¿Sí, señor Kinross?

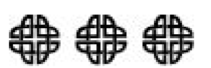
—Actuará usted con discreción ¿verdad? —dijo Farquhar—. No quiero que levante la menor sospecha.

—Puede confiar en mí —aseguró Allan, asintiendo con la cabeza—. Nadie se olerá nada de nada, se lo juro.

—Bien —aprobó su empleador—. En marcha, pues, y manténgame informado siempre que pueda.

Farquhar observó cómo el hombre avanzaba entre las mesas en dirección a la puerta y salía del antro sin mirar atrás. Nunca había dado un paso tan drástico en su vida y sintió cómo el sudor le corría espalda abajo y el miedo le pesaba en el estómago. Para su sorpresa, también experimentaba un vago remordimiento. De alguna manera, siempre había esperado que Killian resolvería su problema quitándose él solo de en medio, falleciendo joven, lo mismo que sus hermanos. Con el tipo de vida que llevaba, parecía una opción muy probable, pero ya no podía esperar más. Se confirmó en su decisión. No era momento de vacilar. Debía librarse de Killian y, como había dicho Allan, a veces ocurrían accidentes.

—Vamos, te estás volviendo un sentimental —se dijo a sí mismo. Aquello no le llevaría a ninguna parte. Había llegado la hora de tomar decisiones y no cabía echarse atrás.



—¿Jess? ¿Jessamijn? ¿Dónde estás?

Al oír cómo su madre la llamaba desde el piso de arriba, Jess salió rápidamente de la cocina. Había estado ayudando a la cocinera a preparar la lista de la compra, para ir al mercado al día siguiente.

—Estoy aquí. ¿Pasa algo? —dijo.

—James aún se encuentra mal y hasta parece que está empeorando —dijo Katrijna, que se frotaba las manos. Arrugas de preocupación surcaban su frente y podía leerse el frenesí en sus ojos de intenso color azul—. ¿Puedes enviar a alguien a buscar al boticario? Diles que se den prisa. James está tan caliente como si lo hubieran metido en un

horno y necesita que lo vea alguien que entienda de esto.

—Oh, sí, ahora mismo, madre —dijo Jess, tragándose un gesto de impaciencia. Katrijna era un manojo de nervios en cuanto el menor síntoma de enfermedad se manifestaba en sus pequeños, ya que había perdido tres hijos con anterioridad, sus hermanos menores. Seguramente, una vez más se estaba preocupando por nada, pero Jess sabía que no habría paz hasta que un profesional garantizara a su madre que James no sufría ninguna dolencia mortal. Jess envió a una de las doncellas con instrucciones para que fuera a buscar al boticario inmediatamente. A continuación, subió al piso superior para tratar de calmar a su madre durante la espera.

Jess se encontró con el caos al entrar en la habitación de los niños. Ramsay lloraba a gritos, sentado en su cama, mientras una nerviosa doncella corría de un lado a otro, tratando de seguir las instrucciones de Katrijna, que sostenía a James en sus brazos. El pobrecillo tenía el rostro enrojecido y lloraba entre arranques de tos. Ríos de mocos le chorreaban hasta la boca. No tenía un aspecto muy agradable, a decir verdad.

—¿Quieres que lo tenga yo en brazos, madre? —dijo Jess, que siempre la ayudaba con los pequeños. Había llegado a querer a James tanto como adoraba a Ramsay y el más pequeño ya se había acostumbrado a acercarse a ella sin reticencia.

—No, no va a quedarse más que conmigo —respondió Katrijna—. ¿Puedes encargarte de Ramsay? No para de llorar. ¿Dónde se mete la señora Forbes cuando la necesito?

—Voy a ver —dijo Jess. A continuación, levantó a Ramsay y salió de la habitación con él a cuestas, mientras lo acunaba y le cantaba para tranquilizarlo. También el mayor de los niños estaba resfriado y no paraba de toser y de estornudar, pero se agarró a su hermanastra y se tranquilizó un poco. Jess suspiró. Parecía claro que la noche iba a ser larga. En la escalera se encontró con la señora Forbes, que llevaba una bandeja con bebidas calientes y otras cosas que le había pedido Katrijna.

—Mi madre la estaba llamando —le dijo Jess—. Parece que tiene un pequeño ataque de pánico.

—Bueno, como si no lo supiera —dijo la señora, con aire sombrío—. Nada nuevo bajo el sol. No puedo ir más rápido.

—Sí, lo sé —respondió Jess—. Creo que voy a llevarme a Ramsay a mi

habitación, porque de otro modo no pegará ojo. El boticario debe de estar de camino.

—Está bien.

Ramsay se calmó en cuanto Jess lo acostó en su cama. Escuchaba con ojos entrecerrados el cuento que ella le iba contando mientras se desvestía y se cepillaba el cabello. Bastante antes de que llegara el final del cuento ya estaba profundamente dormido. Jess se tumbó junto a él y escuchó el sonido de las pisadas que iban y venían por el pasillo.

Ramsay roncaba, porque su nariz obstruida le impedía respirar con fluidez, pero Jess no creía que estuviera muy enfermo, pues al tocarle en la frente se dio cuenta de que no estaba demasiado caliente. Rezaba por que todo fuera bien con James también. El menor era particularmente enfermizo y por eso Katrijna sufría tanto por él. Jess sabía que su madre se hundiría si le ocurriera algo a cualquiera de sus pequeños. Aquella era una posibilidad que ella misma no quería ni contemplar, pero mucho se temía que el menor de sus hermanos no gozaba de buena salud.

—Dios mío, por favor, haz que se salve —rezaba—. Es demasiado pequeño e inocente.

Jess se quedó dormida, pero al poco rato la despertó la tos de Ramsay, cuyos pequeños pulmones parecían a punto de estallar. Al principio fue una tos rápida y violenta, pero después el niño comenzó a inspirar profundamente, como si se ahogara, emitiendo un extraño silbido. Poco después se reanudó la tos, hasta provocarle arcadas.

—¡Ramsay! Oh, Ramsay, cariño —exclamó Jess, que sentó al niño e hizo que se inclinara hacia delante para tratar de aliviar su congestión, al tiempo que le masajeaba la espalda con movimientos tranquilizadores—. ¿Qué vamos a hacer contigo?

El niño rompió a llorar y a quejarse de dolor de estómago, lo cual no era de extrañar, pensó Jess. Seguramente estaba utilizando todos los músculos de su abdomen para toser y aquel era un trabajo duro para un cuerpo tan pequeño. Jess le acarició el sedoso y oscuro cabello y lo atrajo hacia sí para darle consuelo.

—Ya sé, te traeré un poco de leche caliente con miel —le dijo—. ¿Te apetece? Eso te suavizaría la garganta y te ayudaría a dormir.

—Sí, por favor —respondió el niño.

—Bien, quédate acostado. Volveré enseguida ¿de acuerdo? —dijo Jess y metió su propia almohada bajo la cabeza del niño para alzársela un poco más. Sabía que aquello aliviaba cuando una persona era presa de una tos violenta. A continuación lo abrigó bien con las mantas y besó su delicada mejilla. Ramsay asintió con la cabeza. Parecía agotado y muy pálido a la luz de la luna. Jess se arrebujó en su chal y salió a toda prisa hacia la cocina. Ramsay era un niño vigoroso. Aunque ya sospechaba con bastante certeza que se trataba de la tos ferina, no estaba demasiado preocupada por él. James era diferente, sin embargo. ¿Cómo resistiría un cuerpecillo como el suyo una tos semejante? Ella recordaba haber padecido la enfermedad cuando tenía ocho años. Había durado semanas y la había dejado exhausta. Sacudió la cabeza, intentando no pensar en ello. Por el momento, lo único que podía hacer era cuidar de Ramsay hasta la mañana siguiente.

Capítulo 16

En la oscuridad de la mañana de diciembre, Killian se encaminaba como de costumbre en dirección al almacén. El frío se había intensificado en la última semana y el aire helado hacía que le doliera la garganta si respiraba profundamente. A su alrededor danzaban gruesos copos de nieve. El suelo se iba cubriendo de un espeso manto blanco que cedía al pisar y que hacía brillar los adoquines, habitualmente sucios.

El joven se arrebujó en su capa de lana y agradeció el grueso jersey de lana que la señora Ljung le había hecho aceptar como regalo. Ella dedicaba mucho tiempo a tejerlos para los pescadores locales y para sus familias. Al encontrar a Killian todos los días junto a la estufa y envuelto en su mantilla escocesa, había decidido regalarle el último de los que había confeccionado.

—Aquí se va a morir de frío si no se abriga como es debido —le había dicho con gesto severo.

—Llevo varias capas de ropa, señora Ljung, igual que hago cuando estoy en las Tierras Altas —fue su respuesta. Sin embargo, no hacía tanto frío en Escocia. Seguramente era debido a que Gotemburgo se encuentra en la costa y por tanto sometida a la constante brisa marina, o tal vez porque Suecia se sitúa más al norte. En todo caso, la áspera prenda que llevaba bajo el abrigo era una auténtica bendición.

Killian abrió la puerta del almacén con las dos manos, que sentía heladas a pesar de los guantes. Casi al instante oyó voces airadas en el interior y frunció el ceño al ver junto a la escalera a la doncella que solía acompañar a la señorita Van Sandt. La muchacha se removía y mantenía la mirada clavada en el suelo, inquieta. Killian no hizo caso de su presencia y subió rápidamente a la oficina, decidido a darse a conocer esta vez. Al entrar vio que Fergusson estaba reprendiendo a gritos a la señorita Van Sandt, que sostenía la mirada de su padrastro, desafiante, aunque el color parecía haber escapado de su rostro. El de Robert en cambio estaba incandescente de rabia y su oscuro cabello se erizaba como si hubiera tirado de él hacia arriba con los dedos. Sus ojos ardían. Holm se encontraba junto a la ventana, tratando como podía de pasar desapercibido, con su enjuto cuerpo casi invisible entre los objetos que lo rodeaban. La mirada del sueco, sin embargo, transmitía preocupación, lo mismo que las arrugas que surcaban su frente.

—Además, deberías estar en casa, ayudando a tu madre, que está al

límite de sus fuerzas con los dos niños enfermos, en vez de deambular en la oscuridad y andar metiéndote donde no te llaman. Ya te había advertido sobre este punto y conocías las consecuencias. Ahora ve y prepara tu equipaje. Saldremos mañana a primera hora.

Killian los miró alternativamente, dudando si hacer notar o no su presencia, y justo en aquel momento Fergusson reparó en él.

—Ah, Kinross, está usted ahí —dijo—. Mi hijastra ya se iba. ¿Sería tan amable de acompañarlas, a ella y a la criada, hasta mi casa? Eso sí, asegúrese de que no da ningún rodeo. Si no fuera porque tengo cosas que preparar aquí antes de reunirme con el señor Campbell, iría yo mismo.

—Sí, por supuesto —dijo Killian mientras abría la puerta para que pasara la señorita Van Sandt. Ella salió sin decir una palabra, la cabeza alta y las mejillas ardiendo. Se volvió para lanzar una mirada de odio a su padrastro antes de comenzar a descender las escaleras, pero él se había dado la vuelta y no la vio. Killian observó cómo Holm sacudía la cabeza mientras la miraba y se preguntó qué habría ocurrido.

No era momento para preguntas, sin embargo, así que no dijo nada. En lugar de eso, se concentró en acompañar a la señorita Van Sandt fuera del almacén. Una vez en la calle, le ofreció el brazo caballerosamente y los dos se encaminaron juntos hacia la casa de la joven. La doncella los seguía en silencio a varios metros de distancia, desde donde no podía oír su conversación. La señorita Van Sandt estaba aún muy irritada y al principio parecía reacia a aceptar la ayuda de Killian. Al comienzo se limitó a apoyar la mano enguantada en la manga del abrigo de él, un simple roce de telas, pero después, cuando resbaló en el hielo y estuvo a punto de caer, lo agarró con mayor firmeza.

—Cuidado, señorita Van Sandt —dijo—. La nieve oculta placas de hielo, que son muy traicioneras.

Ya le parecía que era seguro hablar, aunque mantuvo el tono de su voz suficientemente bajo como para asegurarse de que la doncella no pudiera oír nada.

—Lo sé, pero no tanto como algunas personas que podría mencionar —respondió ella, con la mandíbula apretada en un gesto de resolución.

—Puede ser, pero creía que habíamos acordado que no volvería usted

a aparecer por el almacén —repuso él—. ¿Puedo preguntarle por qué lo ha hecho esta mañana?

Jess permaneció en silencio durante unos instantes y Killian pensó que tal vez se negaría a responder. Sin embargo, al final suspiró y dejó salir lo que llevaba dentro.

—Está bien, sé que no fue una buena idea por mi parte y que no debería haberlo hecho, pero actué por impulso. Anoche encontré algo ¿sabe? Necesitaba decírselo a Albert. Como mis hermanos están enfermos y en casa todo está patas arriba, resultaba fácil escabullirse durante un rato, sobre todo porque la señora Forbes tampoco se encuentra muy bien y no me presta mucha atención. ¿Cómo iba a imaginar que mi padrastro saldría de casa, estando mi madre tan alterada? Normalmente, cuando está así, se queda para tranquilizarla, pero por supuesto yo no sabía que tenía esa reunión tan importante. Me sorprendió en la oficina y... bueno, ya sabe el resto.

—¿La encontró a usted hablando con el señor Holm? —preguntó Killian.

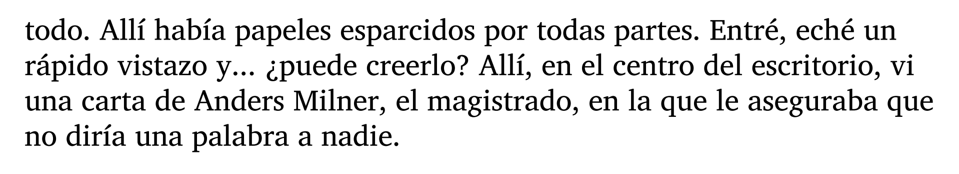
—No —contestó ella—, por suerte Albert había bajado un momento cuando entré. Estaba hojeando uno de los libros de cuentas que tenía en su escritorio, solo para pasar el tiempo. Quería saber si me acordaba de cómo se hacían, tal y como me enseñó mi padre. Robert pensó que estaba fisgando.

—Ya veo —comentó Killian—. Si de verdad tiene algo que esconder, entiendo que se enfadara al encontrarla ahí.

—Es que lo tiene —aseguró Jess—. Anoche estaba yo cuidando a Ramsay y empezó con una tos muy fuerte. Bajé a prepararle algo caliente y, al pasar junto al estudio de Robert, vi que la puerta estaba abierta. Debía de haber olvidado cerrarla antes de subir a su habitación. Bueno, tal y como está mi madre, no me extraña que tuviera que interrumpir su trabajo y salir corriendo.

—¿Tan mal está?

—Sí, mis hermanos están enfermos de tos ferina. El pobre Ramsay parece que va a echar los pulmones y James... bueno, se encuentra muy mal y estoy muy preocupada por él —dijo Jess e hizo una breve pausa para enjugarse las lágrimas que habían escapado de repente de sus ojos, tras lo cual respiró hondo—. En fin, al entrar en el estudio, vi que Robert había dejado su escritorio muy desordenado, cosa muy poco frecuente en él. Ya debe de saber usted lo cuidadoso que es con


todo. Allí había papeles esparcidos por todas partes. Entré, eché un rápido vistazo y… ¿puede creerlo? Allí, en el centro del escritorio, vi una carta de Anders Milner, el magistrado, en la que le aseguraba que no diría una palabra a nadie.

—¿Sobre qué exactamente? —preguntó Killian.

—Bueno, no lo mencionaba —respondió Jess—. Solo decía que no necesitaba que le recordaran sus obligaciones y que, siempre que Robert mantuviera su parte del acuerdo, podría contar con su discreción. Me da la impresión de que el recordatorio no le había hecho ninguna gracia. El tono era picajoso, si entiende lo que quiero decir.

—Hum, eso es muy interesante —dijo Killian—. Encajaría con mi teoría del chantaje.

—¿Chantaje? —preguntó Jess—. ¿Cree que Robert tiene algún tipo de poder sobre el señor Milner?

La joven se había detenido sobre sus pasos y miraba fijamente a Killian, que asintió con la cabeza.

—Sí, el señor Holm me dijo que Milner tiene reputación de ser un hombre íntegro y que ha sido muy amigo de su familia durante largo tiempo. Por tanto, la única posibilidad de que él pueda perjudicarle a usted es que haya sido obligado a hacer algo. Al menos es como yo lo veo.

—Estoy totalmente de acuerdo —asintió Jess—. Lo que dice tiene todo el sentido del mundo.

Caminaron en silencio contemplativo durante un rato.

—¿Tuvo entonces oportunidad de decírselo al señor Holm? —preguntó Killian, rompiendo entonces el silencio.

—No, solo le dije que había encontrado algo, pero no el qué —respondió ella—. A él le pareció haber oído un ruido, fue a comprobar qué era y en ese momento entró Robert. Pobre Albert…

—No se preocupe —la tranquilizó Killian—. Hablaré con él en cuanto pueda.

—Gracias —dijo Jess con un profundo suspiro—. Quería preguntarle algo más a Albert, pero ya es demasiado tarde. He estado pensando en

esa expedición a las Indias Orientales en la que va a embarcarse usted.

—Oh, sí. ¿Por qué le interesa?

—Me preguntaba si Albert podría de alguna manera hacerse con una suma similar a mi dote e invertirla en la expedición. Sé que mi padrastro jamás consentiría algo así, pero es una oportunidad que no puede desperdiciarse. Quizá sea la única manera de incrementar mi capital y por tanto mis posibilidades de conseguir un buen matrimonio.

—Sí, me parece razonable —repuso Killian—, pero ignoro cómo podría el señor Holm hacer algo así sin que alguien lo note.

—Yo también, pero ¿podría usted pedírselo por mí? Tal vez haya una manera —rogó Jess. La joven se detuvo y miró a su interlocutor, esperanzada—. Por favor… así al menos sabré que lo he intentado.

—No veo por qué no —respondió él—. Déjelo de mi cuenta.

—Es usted muy amable —dijo Jess, con expresión sombría—, aunque allí donde voy no necesitaré mucho dinero.

—¿Y a dónde va exactamente? —preguntó Killian—. Ya oí que le ha mandado hacer las maletas, así que imagino que será bastante lejos.

—Me envía de nuevo a Askeberga y por mucho tiempo, tal vez para siempre —respondió con tono amargo y aceleró el paso, en lugar de caminar con delicadeza, lo que dejaba ver a las claras lo nerviosa que estaba.

—¿Y qué es Askeberga, o dónde está?

—Es nuestra mansión de Småland, una comarca bastante alejada de aquí, hacia el interior —respondió ella—. ¿Recuerda que le conté cómo me enviaron lejos una vez, después de la proposición del señor Adelsten? Pues bien, fue allí, y aunque en realidad es un sitio precioso, no quiero quedarme sola toda la vida en ese lugar. Y yo que siempre pensé que algún día sería mía… pero ahora es de Robert, como todo lo demás.

—¿De veras la retendrán allí como prisionera? —inquirió Killian—. Quiero decir ¿no puede marcharse sin más si lo desea?

—Supongo que sí, pero ¿adónde iría, sola y sin dinero? —respondió ella—. Además, la señora Forbes me acompañará de nuevo, estoy

segura. No es que vaya a sentirse precisamente feliz de regresar a Askeberga, ya que odia el lugar. Ahora que está enferma, tal vez se libre de ir durante un tiempo.

Habían llegado por fin a casa de los Fergusson. Jess se dio la vuelta en los escalones y dudó durante unos instantes.

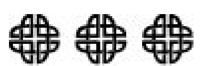
—Gracias por acompañarme a casa y por prometer que hablará con Albert en mi nombre —dijo—. Yo... supongo que no volveremos a vernos, al menos durante cierto tiempo, así que le deseo suerte en su viaje a China.

Killian frunció el ceño. Deseaba consolarla de alguna manera, pero no sabía qué decir y, en presencia de la doncella, no podía hacer nada más que inclinarse para despedirse.

—Gracias —dijo por fin—. Espero que su exilio sea breve.

Ella dejó escapar una risa quebradiza.

—No creo que eso sea muy probable. *Adjö,* señor Kinross.



Jess corrió hasta su dormitorio y se dejó caer sobre la cama. Sentía deseos de llorar, pero las lágrimas estaban tan heladas en su interior como el tiempo que hacía fuera. Todo lo que pudo emitir fueron gritos de rabia, amortiguados contra la almohada, a la que golpeaba una y otra vez con los puños, presa de frustración.

Nunca habría imaginado que Robert saldría de casa en un día como aquel, cuando tanto lo necesitaban. Ramsay se había quedado dormido por fin y ella había pensado que nadie se daría cuenta si salía durante un rato. ¿Cómo iba a saber que Robert tenía una reunión con el señor Campbell que no podía ser pospuesta? Debería haber imaginado que Robert nunca permitiría que su familia se interpusiera entre él y sus planes.

—¡Maldito! —exclamó mientras continuaba golpeando la almohada e imaginaba que era el rostro de Fergusson lo que machacaba con sus puños.

El grito de alguien que la llamaba se introdujo en sus furiosos pensamientos y Jess corrió a contestar a su madre.

—Sí, madre, ya voy —dijo. Respiró hondo y se dirigió a la habitación de los enfermos, que parecía un horno, ya que la chimenea permanecía constantemente encendida. Los dos niños estaban acostados en sus camas, bien tapados, ardiendo de fiebre y tosiendo de forma intermitente. Su dolencia era seria y por una vez su madre había tenido razón en preocuparse.

A la tos persistente de James se unían los largos pitidos que dejaba escapar Ramsay con cada acceso y que eran frecuentemente seguidos de vomitonas. Su madre estaba arrodillada junto a él y trataba de hacerle beber algo, pero el niño volteaba la cara y gemía. Katrijna miró a Jess con ojos enrojecidos de desesperación.

—Por fin —dijo—. Llevo horas llamándote. Por favor ¿puedes hacer que Ramsay tome un poco de caldo? No me hace el menor caso y no puedo dejar a James solo mucho rato.

Jess hizo lo que pudo y consiguió que su hermano tomara algunas cucharadas. Parecía exhausto y se quedaba dormido entre un acceso de tos y otro, así que le dejó tranquilo al cabo de un rato.

—Madre —arrancó Jess, sin saber muy bien cómo anunciar que partiría al día siguiente—, he tenido una ligera desavenencia con Robert esta mañana y, hum, va a llevarme a Askeberga mañana. ¿No podrías convencerle de que debo quedarme para ayudarte con los niños?

—¿Qué? ¡Oh, no! ¿Qué has hecho esta vez? —clamó Katrijna—. ¿No te dije que fueras respetuosa con él? De verdad, Jessamijn, tienes que aprender a mantener la boca cerrada. ¿Por qué precisamente ahora? Te necesito, ya lo sabes.

—Bien, pues dile que no puede enviarme —repuso la joven—. No he hecho nada malo. Tan solo fui a ver a Albert. Era amigo de papá, ya lo sabes. ¿Qué hay de malo en hablar con él?

—¿Saliste sola? ¿Y tenía que ser justo hoy?

—Llevé conmigo a una doncella, por supuesto.

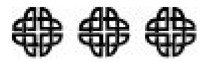
—De acuerdo, pero ¿por qué ahora? —repitió Katrijna—. No era el momento, Jess. No me extraña que Robert esté furioso contigo.

Jess solo podía admitir que su madre tenía razón, por mucho que Robert tuviera motivos ocultos para reaccionar como lo había hecho. No había reflexionado bastante. El descubrimiento de la carta la había

llevado a actuar de una manera impulsiva. Ahora se daba cuenta de que su decisión había sido muy poco sensata. Abatida, dejó caer la mirada.

—Hablaré con él —dijo su madre con un suspiro—, pero si se trata de uno de sus cambios de humor, dudo que pueda hacerle revisar su postura. Honestamente, Jess, la has hecho buena. Como si no tuviera bastantes preocupaciones...

Jess quería defender su posición, pero se daba cuenta de que todos los pensamientos de su madre estaban en los niños en aquel momento, y era comprensible. Concluyó que lo mejor sería marcharse en silencio y dejar que se ocupara de sus dos pequeños pacientes. No podía esperar ayuda de ella. Quizá cuando los niños se encontraran mejor, Katrijna podría persuadir a Robert de que permitiera regresar a su hija. Tragó saliva con esfuerzo y se dirigió a su habitación para comenzar a hacer el equipaje.



A Killian le sorprendió que lo llamaran de casa de los Fergusson aquel mismo día. Cuando le acompañaron hasta el estudio de su empleador, pudo ver que este todavía se encontraba alterado.

—Gracias por venir, Kinross —dijo—. Tengo un favor que pedirle y quería hacerlo en persona.

—Estaré encantado de ayudarle —respondió Killian—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Es una cuestión que tiene que ver con mi hijastra —explicó Fergusson, que vacilaba al hablar, como si no tuviera claro cómo plantear su petición—. Ella y yo... bueno, no nos llevamos precisamente bien y ya he llegado al límite de mi paciencia en cuanto a su comportamiento, como sin duda habrá podido colegir esta mañana.

Killian asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—Jessamijn tiene que aprender la lección —continuó Fergusson—. He decidido enviarla a mi propiedad en Småland, para que pase una temporada en el campo con la señora Forbes. Pensaba llevarla yo mismo, pero el boticario acaba de estar aquí y nos ha dicho que

nuestros hijos están enfermos de tos ferina, que puede ser una enfermedad peligrosa para los más pequeños. Naturalmente, mi mujer y yo estamos muy preocupados y no puedo dejarla sola en estos momentos.

—Siento oír eso —dijo Killian, compadeciendo a la señora Fergusson—. Ahora bien ¿no sería de gran ayuda la presencia de la señorita Van Sandt para cuidar a los pequeños?

—Apenas, en realidad —repuso Robert—. Lo único que hace es enredar e irritar a mi esposa. No, la quiero fuera de aquí y por eso me he decidido a pedirle que las acompañe usted mañana, si no le importa. No quiero que viajen dos mujeres solas sin escolta masculina, aunque el cochero es bastante capaz, a su manera. Askeberga queda bastante lejos, así que está usted invitado a permanecer allí uno o dos días para recuperarse antes de emprender el camino de vuelta.

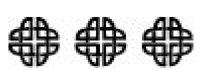
—Iré con mucho gusto —dijo Killian—. ¿Cuándo partimos?

—En cuanto amanezca. ¿Tiene inconveniente?

—Por supuesto que no. Aquí estaré.

—Gracias —concluyó Robert—. Me quita usted un peso de encima. No lo olvidaré.

Killian abandonó la casa, preguntándose por qué Fergusson estaría tan empeñado en librarse de la señorita Van Sandt. Tal vez sus intrigas no marchaban tan bien como había esperado. O quizá lo que él había interpretado como fisgoneo por parte de ella le había sacado de sus casillas. Fuera lo que fuese, Killian estaba contento ante la perspectiva de pasar un tiempo más junto a la señorita Van Sandt. Tenía la sensación de que no se aburriría.



—¿Ha dicho que va a Småland? ¿Con este tiempo? —dijo la señora Ljung—. Se congelará vivo antes de llegar.

La casera de Killian le había traído la cena y lo había encontrado empaquetando las pocas cosas que necesitaba para el viaje.

—No importa, *Fru* Ljung —respondió él—. Tengo que irme. Mi empleador me ha pedido que vaya, así que no puedo negarme. ¿Qué

sugiere? ¿Debo llevar también algunas mantas, o tal vez un edredón?

La mujer quedó pensativa durante un momento y después sonrió.

—No, tengo justo lo que necesita —dijo y salió de la habitación. Al cabo del rato regresó con lo que parecía un corpulento animal de color pardo—. Aquí está. Esto perteneció a mi difunto marido. Era un verdadero hombretón, el muy bruto, pero eso nos viene bien ahora. Si esto no lo mantiene abrigado, nada lo hará.

La señora Ljung enseñó a Killian un enorme abrigo de piel de oso, suficiente como para abrigar a dos hombres. El joven trató de imaginar cómo habría sido el marido de aquella mujer.

—¿Qué clase piel es esa? —preguntó mientras observaba la enorme prenda y trataba de no romper a toser por las partículas de polvo que danzaban a su alrededor.

—Piel de oso. Tan abrigada como pueda imaginarse. Tenga, lléveselo, con mi bendición.

Fru Ljung sentía debilidad por su inquilino, a quien cuidaba como habría hecho una gallina con su único polluelo. Al haber sido privado durante tanto tiempo del cariño de su madre, Killian lo apreciaba y nunca le ponía freno.

—No puedo llevármelo como si tal cosa —dijo—. Le pagaré por él.

—No es necesario.

—Insisto.

—Bien, págueme a la vuelta, no hay prisa —concluyó ella—. Lo único, prométame que se lo pondrá mañana o no me quedaré tranquila. No me gustaría que pillara usted una pulmonía.

—Muy bien, lo prometo.

A la mañana siguiente, cuando vio el coche abierto con el que iban a cubrir la primera etapa del viaje, Killian dio las gracias para sus adentros a la señora Ljung. Sabía que tenía razón y que, si no fuera por el abrigo de piel de oso, correría el riesgo de morir congelado.

Capítulo 17

Capítulo 17

Småland (Sur de Suecia)

La señora Forbes, vencida por el empeoramiento de su enfermedad, roncaba sonoramente. Llevaban tres jornadas de viaje, que había comenzado en barco corriente arriba del río Göta y después había continuado por tierra, en trineo. Solo paraban para comer y para dormir.

Hacía tiempo que se habían quedado sin temas de conversación, al menos de los que se podían sacar a colación en presencia de la señora Forbes. La guardiana de Jess, además, interrumpía con quejas constantes, lo cual hacía casi imposible cualquier intercambio de palabras. Al tercer día, sin embargo, se encontraba tan mal que ya no tenía fuerzas para hablar, lo cual resultaba una bendición.

La señora Forbes sufría constantes accesos de tos desde que salieron de la última posada en la que habían pernoctado. Cada ataque la dejaba exhausta y eso era seguramente lo que la había hecho sumirse en un profundo sopor. Jess podía ver su rostro enrojecido, que sobresalía entre el chal y la bufanda con que se abrigaba. Ambos daban varias vueltas alrededor del cuello y de la cabeza de la señora, para desaparecer entre los pliegues de su capa, en la que iba estrechamente arrebujada. Además, se había cubierto con una manta que casi hacía desaparecer de la vista todo el conjunto. A juzgar por su aspecto, no despertaría en las próximas horas, si es que sobrevivía a la cabalgada.

Al observarla, Jess sintió un arranque de lástima por su carcelera, pero recordó de inmediato que la señora Forbes era aliada de Robert y su conmiseración dio paso a la cólera. A pesar de los ruegos de Jess, la mujer se había negado en redondo a tratar de convencer a Robert de que les permitiera quedarse, al menos hasta que ella misma se hubiera repuesto de su dolencia.

—Si te envía lejos de nuevo, es sin duda porque te lo mereces —le había dicho—. Dios sabe que preferiría no viajar en estos momentos, pero por otro lado no lamentaré ausentarme de aquí durante algún tiempo. No me vendrá mal un poco de paz y tranquilidad. Tu madre es una buena persona, Jessamijn, pero vuelve loco a todo el mundo con sus preocupaciones y sus constantes exigencias.

—Yo diría que esta vez están justificadas —respondió con rabia Jess —. Los niños tienen la tos ferina y eso puede ser peligroso.

—Solo para los recién nacidos —repuso la señora Forbes—. Los niños se pondrán bien.

Jess no quedó convencida, pero rezó por que la señora Forbes tuviera razón.

—No parece estar muy bien ¿verdad?

La voz perezosa que llegaba desde atrás recordó a Jess que no estaba a solas con su guardiana esta vez. Al menos no por el momento. Se volvió para mirar a Kinross, cuya llegada para acompañarlas en la mañana de su partida la había sorprendido. Al volver la cabeza, se topó con el rostro del joven, que se asomaba por encima de su hombro para observar a la durmiente. Su cercanía la desconcertaba, pero el trineo en el que viajaban era muy estrecho, así que no cabía la posibilidad de apartarse mucho. Jess se movió para hacerlo, pero solo consiguió rozarse contra él y aquello le provocó un estremecimiento a lo largo del brazo. Presa de una extraña agitación, respondió en tono malhumorado.

—Pues no, pero no merece mucho más.

Una de las doncellas le había dicho que era la señora Forbes quien había alertado a Robert sobre su ausencia el día en que fue sorprendida en el almacén y aquello hacía que su compasión hacia la mujer se redujera al mínimo.

Killian alzó una ceja en gesto de interrogación y Jess lo miró extrañada, antes de darse cuenta de que su respuesta había sido algo desabrida.

—Al menos eso nos libra de sus constantes quejas —comentó él, con el esbozo de una sonrisa en la comisura de los labios.

—Supongo que sí —respondió Jess y miró en otra dirección, reacia a dejarse arrastrar por el encanto del joven. Tal vez él la había tratado mejor de lo que lo habían hecho la mayoría de los hombres, le había confiado el secreto de la expedición a las Indias Orientales y había prometido hablar con Albert en su nombre, pero aun así no podía confiar en él. Parecía otro Karl, un apuesto granuja que hacía presa en mujeres inocentes. Sin duda las seducía con palabras elocuentes y ojos que lo prometían todo, pero no daban nada. Por supuesto no tenía pruebas, pero el hecho de que Kinross fuera tan atractivo era en sí un factor que la convencía de su teoría, por no mencionar la forma en que la provocaba sin cesar.

Jess miró de nuevo a la señora Forbes y después al paisaje de bosque nevado que pasaba borroso ante sus ojos. Sintió un escalofrío y trató de arrebujarse más en su capa. Era muy insuficiente para protegerla

del frío, a pesar de que iba abrigada además con dos chales y una mantilla de lana de oveja que se había echado sobre las piernas. Maldijo la tacañería de su padrastro. Bien se podía permitir comprarle un abrigo de piel, pero se había negado en redondo. Por su culpa ella sentía las manos y los pies entumecidos de frío, y ya hacía rato que no sentía las mejillas. Jess se preguntaba si volvería a entrar en calor alguna vez.

—¿Tiene frío? —preguntó Killian. Jess iba a decir que no, cuando un violento escalofrío la hizo estremecerse de la cabeza a los pies. Él sonrió de nuevo y sus ojos brillaron de tal modo que ella se sintió de encandilada otra vez. Desde luego, eran unos ojos extraordinarios, de un color azul tan intenso que no parecía real, enmarcados por pestañas largas y tan oscuras que parecían pintadas.

—Deberíamos darnos calor mutuamente —comentó en voz tan baja que ella pensó que no le había oído bien.

—¿Perdón? —dijo Jess.

Killian señaló el grueso abrigo de piel de oso que llevaba puesto.

—Si se mete usted aquí, los dos estaremos más calientes —dijo.

—¿Cómo espera que haga algo así? —exclamó ella y lo miró fijamente para comprobar si hablaba en serio, pero no percibió ni rastro de su sorna habitual.

—¿Por qué no? —respondió Kinross—. Es una de las reglas básicas de la supervivencia. Compartir el calor corporal es el segundo mejor método que existe para no helarse de frío. Entre, vamos.

Killian desabotonó la enorme prenda y la abrió para que Jess pudiera acomodarse en su interior.

—Señor Kinross… —empezó a protestar, pero antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría, el joven la había alzado en vilo como si pesara menos que una pluma y la había depositado junto a él. O aquel hombre era muy fuerte o ella estaba más agarrotada por el frío de lo que suponía, lo que le había impedido oponer una resistencia que no iba más allá de lo testimonial. En todo caso, una vez envuelta por la piel de oso, ya no le quedaban ganas de oponerse en absoluto.

—Por favor, llámeme Killian —dijo él—. Estamos juntos en esto, así que creo que deberíamos tutearnos.

—No, la verdad, no creo que sea una buena idea —repuso ella, que sentía que debía llevarle la contraria, aunque por nada del mundo habría abandonado la bendición de aquel cálido refugio. Killian la estrechó contra su pecho con un brazo, mientras con el otro abotonaba el abrigo, para así envolverse bien con ella en su suave protección. Jess concluyó para sus adentros que no podía haber nada de malo en una breve sesión para entrar en calor con aquel frío atroz. Nadie miraba, después de todo.

—Si se relaja un poco, aún notará menos el frío —le aconsejó Kinross con aire divertido.

Jess cayó en la cuenta de que, efectivamente, con tanto debatirse contra su propia conciencia, estaba más tiesa que una vara. En realidad lo que le decían tenía sentido, así que cedió y se apoyó en el pecho de Killian. Él a su vez descansó la barbilla sobre la cabeza de ella, lo que le resultó extrañamente reconfortante. La nariz de Jess era la única parte de su anatomía que sobresalía del abrigo. Por primera vez en varias horas, sintió que el calor regresaba a sus miembros.

Jess permaneció en aquella posición un buen rato, sintiéndose culpable pero también a gusto, lo suficiente incluso como para empezar a disfrutar del trayecto en trineo. Era suave y agradable, a diferencia de los viajes en carruaje por las carreteras llenas de baches, que eran lo habitual durante la mayor parte de año. Bañados por el crepúsculo, los árboles del espeso bosque que atravesaban parecían encantados, con sus ramas inclinadas bajo el peso de gruesos mantos de nieve que brillaban a la luz de las linternas del trineo. Solo se oía el sonido de los patines al deslizarse, el ulular del viento entre los árboles y el tintineo de los arneses de los caballos. Los cascos de los animales tan solo producían crujidos amortiguados al hundirse ligeramente en la capa blanca que cubría la pista. Toda aquella experiencia resultaba de alguna forma irreal. Jess se arrebujó un poco más en la piel de oso, olvidándose de con quién se encontraba. En aquel momento, la barbilla de Killian se movió suavemente, le rozó la coronilla en una afectuosa caricia y la hizo volver de golpe a la realidad. Estar allí sentada y apretada contra él en silencio resultaba demasiado íntimo, así que intentó encontrar un tema de conversación.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó por fin en referencia al abrigo, que era varias tallas mayor de lo que Killian necesitaba.

—Se lo gané a un caballero al que había abandonado la diosa Fortuna —respondió él.

—¿Ha vuelto a jugar? —inquirió ella.

—En realidad, no —repuso Killian—. Era solo una partidita de cartas para matar el tiempo, pero el caballero en cuestión estaba algo achispado e insistió en que apostáramos. Para su desgracia, le gané.

El joven dejó escapar una risa bastante fuerte y Jess la sintió retumbar en su oído. Era un sonido perturbador.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

—No —dijo Killian con una sonrisa—. En realidad me lo dio mi casera. Era de su marido, pero como ya ha fallecido, no lo necesita. Habría sido una tontería rechazarlo ¿no cree?

—Oh, por supuesto —aprobó ella y se apretó más contra el cuerpo de Killian. A continuación le miró a los ojos, recordando algo—. Ha dicho que este es el segundo mejor sistema para mantenerse caliente. ¿Cuál es el primero?

Killian adoptó una sonrisa de apariencia malévola.

—¿De veras quiere saberlo? —dijo

—Bueno, yo, ejem... sí —tartamudeó Jess, que ya no estaba tan segura.

—Bien, se lo diré —murmuró Killian, acercando los labios al oído de ella—. Hacer el amor.

Jess dio un respingo, pero antes de que tuviera tiempo de replicar a Killian por atreverse a decirle algo semejante, él se inclinó y la besó en los labios, moviendo suavemente la boca, como si la saboreara. La joven se envaró y abrió mucho los ojos, pero enseguida comprendió que habría sido mejor mantenerlos cerrados. Killian sostuvo su mirada y algo en lo profundo de aquellos ojos azules la hipnotizó y la mantuvo allí clavada. Justo antes de despegarse de ella, Killian le recorrió el labio inferior con la punta de la lengua e hizo vibrar todo su cuerpo, de la cabeza a los pies.

—¡Killian! —protestó Jess, tan escandalizada que lo llamó sin pensar por su nombre de pila. Intentó liberarse, pero los brazos del joven la mantenían firmemente sujeta contra él. Kinross rió de nuevo.

—Está bien, está bien —susurró—, no pretendía más que provocarla un poco. Lo siento, pero era demasiado tentador. No volveré a

hacerlo, si usted no quiere.

—Por supuesto que no quiero —dijo Jess, cuyo pecho se agitaba con lo que ella pensaba debería ser indignación, pero más bien era otra cosa. Los besos de Karl nunca le habían hecho sentir ni una chispa de deseo. En ellos la lengua no había desempeñado ningún papel. Sin embargo, aquí estaba aquel granuja que despertaba en ella sensaciones que no sabía que existieran. Era demasiado.

—¿Está segura? —preguntó Killian.

Jess percibió la nota socarrona en su voz y no pudo evitar mirarle de nuevo, aunque sabía bien que no era seguro.

—Admítalo, le ha gustado —añadió él.

—Jamás —respondió ella.

—Es una pena. Tendré que seguir intentándolo, entonces —dijo Killian mientras se inclinaba hacia ella para volver a besarla.

—No, yo... —intentó protestar ella, pero sus palabras se perdieron en un torbellino de sensaciones. Killian hizo un trabajo más a fondo esta segunda vez. Jess quedó paralizada al recibir una rápida serie de besos en los labios, hasta que abrió la boca y permitió que la besaran más profundamente. La conmoción interna que le provocó sentir la lengua de Killian la dejó sin aliento. A pesar de ello, se dejó arrastrar y un instinto que no sabía que tenía hizo que su propia lengua entrara también en el juego.

De pronto Jess se dio cuenta de que Killian sonreía de nuevo y estuvo a punto de apartarse. Sin embargo, las ondas que sacudían su cuerpo tan solo con aquel juego de lenguas eran tan intensas y agradables que no quería que terminara todavía. Al principio sentía sobre todo curiosidad, pero después quedó atrapada e incapaz de liberarse.

Cuando Killian se detuvo finalmente para respirar, el corazón de Jess cabalgaba sin freno y cada una de las fibras de su cuerpo estaba al rojo vivo. Él la miró con rostro satisfecho y asintió con la cabeza.

—Te lo dije ¿no es cierto? Ya no tienes frío —dijo.

—Eso no ha sido hacer el amor —respondió ella, deseosa de poner coto a la excesiva seguridad en sí mismo de que él hacía gala. Sin embargo, sus palabras no sonaron convincentes ni para ella misma. Dado que nunca lo había hecho, no podía estar segura. En todo caso,

le parecía que Killian tenía mucha práctica en las artes de la seducción, pero hacer de verdad el amor debía de significar implicar al corazón tanto como al cuerpo.

—Bueno, lo llames como lo llames, funciona —señaló él—. Yo, por lo menos, tengo mucho menos frío que antes. Ahora, si pudiéramos librarnos de la vieja y tener más espacio, te calentaría de la cabeza a los pies.

Jess sintió que se ruborizaba y agradeció que la oscuridad hubiera caído ya del todo sobre ellos.

—Ya lo has hecho —murmuró y era cierto, pues sentía perfectamente incluso los dedos de los pies.

—Eso era solo el principio —susurró él mientras le mordisqueaba el lóbulo de una oreja que le había quedado al descubierto fuera del chal —. En realidad eres virgen ¿verdad?

—Killian, no, por favor, déjalo —dijo Jess—. No debería haberte permitido…

—¿Qué? —cortó él con ojos que brillaban de malicia—. Apenas te he tocado. ¿No quieres que te enseñe otras maneras de mantenerse caliente?

—Pues no —respondió, tajante. Él no debería hablarle así. Si la señora Forbes hubiera oído la mitad de lo dicho, le habría dado un ataque de apoplejía. Sin embargo, tenía que reconocer que, al permitir tantas libertades a Killian, ella misma había provocado la situación y ahora trataba de dar marcha atrás—. Debes saber que soy una muchacha respetable y… además ¿que vas a hacer en un trineo?

—Empuja fuera a la vieja y te lo enseñaré —dijo él. La voz y la mirada de Killian resultaban tan cautivadoras que durante un instante enloquecedor Jess estuvo a punto de hacer lo que le decían. Sin embargo, volvió a sus cabales.

—¡Por amor de Dios! —exclamó—. Eso sería un asesinato.

—Oh, sí, por supuesto —dijo Killian, poniendo cara de remordimiento, para sonreír a continuación—. Bueno, es igual, tendremos que confiar en que siga durmiendo como un tronco.

Killian levantó la barbilla de Jess con los dedos y se inclinó para besarla de nuevo. La conciencia de la muchacha le gritaba que se

apartara, que le dijera a él que se detuviera, que hiciera algo, pero su mente se negaba a obedecer aquellas órdenes. En lugar de eso, se sometió a una nueva serie de besos ardientes y disfrutó de ella segundo a segundo. «Debo de ser una libertina», pensó mientras las manos de Kinross empezaban a explorar bajo sus vestiduras, lo que también le agradaba. Él le recorrió los hombros y la espalda con las manos y después se atrevió a llegar hasta los senos. Jess dio un respingo y le pidió que se detuviera.

—Está bien —le susurró él—. No haré nada que no quieras que haga, por tentador que sea.

Jess agradeció que no le preguntara qué era lo que realmente deseaba, porque le habría suplicado que continuara. En lugar de eso, Killian volvió al juego de los besos. Así ella se sentía más segura, aunque solo con aquello sus miembros se convirtieran en fuego líquido.

Algo más tarde, a través de una niebla de deseo, Jess se dio cuenta de que los caballos iban aminorando el paso y volvió de golpe a la realidad.

—Killian, ya basta —susurró—. Estamos a punto de llegar. Tengo que salir de tu abrigo, rápido.

—¿Hum? —respondió él, que parecía tan absorto como ella y respiraba también de forma agitada. Pasaron unos instantes hasta que reaccionó a sus palabras y siguió sus instrucciones. Justo a tiempo. En el preciso momento en que Jess se acomodaba junto a él, ya fuera de su abrigo, el cochero se dio la vuelta.

—*Nu är vi strax framme, frun* —anunció el hombre.

Su voz estentórea hizo despertar a la señora Forbes, que regresó a duras penas a la vida entre sus chales y miró a su alrededor, confusa. A continuación estalló en un ataque de tos tan violento que hizo que Jess arrugara la nariz y se arrimara más a Killian.

—Ya te dije que deberíamos haberla echado del trineo —le susurró él al oído—. De todos modos, parece que no va a tardar en pasar a mejor vida.

Jess le dio un codazo en las costillas sin atreverse a mirarle a la cara, no fuera que le diera un ataque de risa. No era algo para reírse, desde luego, pero en aquellos momentos se sentía feliz y despreocupada. Ni siquiera el pensamiento de su inminente reclusión la desanimaba. Era algo increíble que unos pocos besos bastaran para provocar semejante

cambio de humor, pensó.

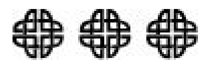
Con un fuerte siseo de los patines sobre la profunda capa de nieve, el trineo se detuvo junto a las escaleras que conducían al porche de la mansión de Askeberga. Killian saltó del trineo y se volvió para ayudar a Jess a descender. En lugar de tomarle las manos, la agarró por su esbelta cintura, la alzó sin esfuerzo y la depositó en el segundo escalón. A continuación ofreció la mano a la señora Forbes y la ayudó a salir y a recuperar el equilibrio una vez fuera. Mientras la mujer se volvía para dar las gracias al cochero, Killian siguió a Jess hacia el interior de la casa.

—Espero que se vaya directa a la cama —murmuró él desde detrás—. Así podré enseñarte cómo mantenerse caliente en una mansión helada. Es mucho más divertido.

—¡Killian, no te atrevas...!

Jess cruzó el umbral muy erguida, para dar a entender que de nuevo había recuperado el dominio de sí misma. Sin embargo, un escalofrío le recorrió la columna vertebral y comprendió que necesitaría toda su fuerza de voluntad para no ceder y aceptar el ofrecimiento.

Nunca nada le había parecido tan tentador.



Killian siguió a Jess al interior de la mansión. También él respiraba hondo para tratar de recobrar la compostura.

—Por todos los demonios... —murmuró para sus adentros. ¿Quién habría podido pensar que Jess era un auténtico volcán latente? Por fuera parecía de hielo, altiva como una reina, pero en su interior había profundidades desconocidas. Él lo había pasado bien provocándola de vez en cuando con sus besos, pero no imaginaba que ella tuviera la capacidad de hacerle hervir la sangre como lo había hecho en el trineo. De hecho, estaba sorprendido de lo fuerte que era su deseo por ella, un deseo de alguna manera diferente y más poderoso que nada de lo que hubiera experimentado anteriormente. No lo entendía, pero intuía que sería peligroso seguir adelante con aquel juego.

Nada de aquello debería haber ocurrido. Killian se había prometido a sí mismo que no iría más allá de sus habituales duelos verbales con

Jess. Sin embargo, tres días sentado junto a ella habían sido demasiados. El joven sonrió para sus adentros al recordar lo fácil que había sido tentarla a meterse dentro de su abrigo y después a lo que siguió. Aunque ingenua, respondía muy bien, de eso no cabía ninguna duda. Sería sencillo llevarla hasta el punto de ignición desde el cual ya no cabría el retorno.

Killian agitó la cabeza para sacudirse aquellos pensamientos. Era una locura. Tenía que olvidarse de todo aquello. Pronto estaría navegando hacia la lejana China. Aunque eso le salvaría temporalmente de cualquier consecuencia derivada de seducir a Jessamijn, sabía que tendría que volver para afrontar lo que un acto así le deparara.

Además ¿podía comportarse de ese modo con ella? Ya tenía bastante como para merecer que también él la maltratara.

No, era ya hora de dejarla en paz. Debía ser fuerte por los dos.

En todo caso, un poco de flirteo no haría mal a nadie y tenían que matar el tiempo de alguna manera. No permitiría que la cosa fuera demasiado lejos. Tenía que ser capaz de manejar una situación así.

Killian cerró los oídos a la vocecilla dentro de su cabeza que le decía: «eres un sinvergüenza».

Capítulo 18

Capítulo 18

Askeberga (Småland)

—Hombre, arenque marinado, qué bueno. No hay nada como una dieta variada ¿verdad?

Killian mordió un pedazo de pan con sus dientes perfectos y se llevó a la boca el tenedor con un trozo de pescado. Jess se sorprendió a sí misma mirándolo fijamente y volvió a concentrarse en su propio plato. La risa creció en su interior y trató de convertirla en tos, pero no lo consiguió del todo. No podía evitar adorar la sorna de Killian y suscribía al cien por cien su sarcástico comentario acerca del arenque. La monotonía en la alimentación de la familia seguía sin variaciones.

—El señor Fergusson cree que no se debe comer carne más de una vez por semana, a menos que haya invitados —informó la señora Forbes con voz ronca—. El pescado es mejor para la salud.

—Y más barato —murmuró él.

—¿Cómo dice? —preguntó la señora, que al estar sentada en el extremo opuesto de la mesa no había entendido las palabras de Killian. Jess en cambio sí lo había hecho y se atragantó con el pan. Después de calmar su tos, dirigió al joven una mirada implorante para que se comportara.

—Decía que este arenque es particularmente sabroso —dijo Killian en voz más alta—. Sin embargo, en mi experiencia resulta mejor aún cuando va acompañado de un vaso de aguardiente.

—¿Alcohol? ¡Oh, no creo...! —dijo la señora Forbes—. En fin, ustedes los hombres parecen tener cierta preferencia por esas cosas ¿me equivoco?

—Usted debería probarlo también, señora Forbes —repuso Killian—. He oído que es la mejor cura para los resfriados y previene la congestión de los pulmones. Después del trayecto en trineo, debe de estar usted helada hasta los huesos...

El joven dedicó a la mujer su sonrisa más encantadora y ella parpadeó.

—¿Lo dice en serio? —inquirió.

—Por supuesto —corroboró Killian—. Estoy seguro de que lo habrá oído decir, mi querida señora. De hecho creo que es el señor Fergusson quien me lo comentó.

—¿De verdad? —dijo ella—. Bueno, en ese caso tal vez debería probar. Solo un poquito, por supuesto.

Jess miró fijamente a Killian. ¿A qué jugaba ahora? No tenía duda de que su actitud respondía a una intención oculta. Jess nunca había visto a la señora Forbes beber otra cosa que su *whisky* de vez en cuando y siempre había renegado de la costumbre de beber aguardiente. Sin embargo, ahí estaba, dispuesta a probarlo.

Pidieron la bebida y la trajeron de la cocina, junto con dos pequeñas copas de fino cristal. A Jess no le ofrecieron, aunque ella tampoco lo esperaba. Killian tomó su copa y mantuvo la mirada fija en la señora Forbes mientras la vaciaba de un solo trago. Ella lo imitó sin pensárselo dos veces, dio un respingo y resopló con fuerza. Inmediatamente fue presa de un nuevo y violento ataque de tos.

—¡Santo Dios! —consiguió articular, abrumada por lo fuerte que era la bebida, casi alcohol puro.

—No se preocupe —la tranquilizó Killian—. El sabor es malo, pero enseguida sentirá sus efectos beneficiosos, se lo prometo. Solo uno más, para estar bien seguros.

—No, no, no podría… —dijo. Sin embargo, y para estupefacción de Jess, en cuanto se le pasó la tos bebió otra copa llena, tras lo cual le entró un fuerte hipo.

—Bueno, ya va entrando en calor ¿me equivoco? —le dijo Killian y ella sonrió por primera vez en toda la semana. Jess los miraba primero al uno y luego a la otra, sin salir de su asombro. Él se lo estaba pasando en grande, estaba claro. Aquella mirada malévola que tenía había aparecido de nuevo en sus ojos y ella achicó los suyos al mirarle. Trataba de lanzarle una muda advertencia, pero él no le hizo ningún caso. Lo que siguió le pareció increíble: había logrado convencer a la señora Forbes para que se tomara una tercera copa y después una cuarta. Obviamente, no resultó nada difícil convencer a la mujer de que se retirara temprano a descansar, para poder así reponerse del viaje.

—No se preocupe por la señorita Van Sandt —la tranquilizó Killian mientras la acompañaba hasta las escaleras—. Yo la cuidaré. Usted váyase tranquila a la cama y recupérese de esta odisea. La verdad, no sé en qué estaba pensando el señor Fergusson cuando la envío hasta aquí, en su estado y con el frío que hace. Un gesto nada caballeroso por su parte, todo hay que decirlo.

La señora Forbes asintió con la cabeza, le dio las gracias y no dijo nada más. Se encaminó hacia el dormitorio con paso vacilante y sin apenas mirar a Jess. Esta la vio marcharse, sacudió la cabeza y volteó los ojos hacia Killian con expresión acusatoria.

—Usted, señor, es un perfecto granuja —le dijo. Él se inclinó y sonrió.

—Bien, muchas gracias. Me alegro de que mis esfuerzos hayan sido dignos de su aprobación —respondió Killian, que se acercó por detrás de la silla de la muchacha y se inclinó para besarle el cuello—. Y ahora ¿por dónde íbamos, Jessamijn?

—Ya habíamos terminado —respondió ella con firmeza, mientras lo apartaba.

—Ah, no creo. Ni siquiera nos hemos aproximado —repuso él y reanudó sus besos a lo largo del cuello de Jess y hacia los hombros. Aunque los tenía cubiertos, ella sintió de todos modos el ardor del contacto de los labios de Killian a través de la gruesa ropa de lana.

—¡Killian, por el amor de Dios! —siseó ella—. Te verán los criados.

El joven suspiró profundamente y se detuvo por fin, para regresar a su silla.

—Es triste decirlo, pero tienes razón —concluyó—. Supongo que tendré que comportarme aún durante cierto tiempo.

Tras decir esto, tomó de nuevo su copa y volvió a llenarla de aguardiente.

—¿De verdad te gusta eso? —no pudo evitar preguntar Jess.

—No, es una porquería —repuso él—. Preferiría beber *whisky* o vino, pero es lo único que hay. Al menos quita el sabor del pescado.

Jess reprimió una sonrisa. Aquel hombre era incorregible. Ella sabía que debería desaprobar su comportamiento, pero le encantaba. Quizá fuera eso lo que él pretendía. Pues bien, si imaginaba que ella iba a ser una víctima fácil, se llevaría una buena sorpresa. Encantador o no, Jess no estaba dispuesta a permitirle ir más allá en sus intentos de seducción. Ningún hombre le subiría las faldas antes de haber metido en su dedo un anillo de compromiso y no tenía la impresión de que aquello fuera a suceder en breve.

Suspiró, melancólica. Cómo desearía que un hombre como Killian se

casara con ella, aunque solo fuera para fastidiar a su padrastro y para forzarle a entregar su reducida dote. Le estaría bien empleado. Desde luego, no se negaría casarse con él por otras razones, si se lo pidiera, pero de todos modos aquello no iba a ocurrir. Estaba segura.

Su mirada permanecía fija en los restos de pudín que le quedaban en el plato. Había perdido totalmente el apetito y sintió el impulso de echar mano ella también la licorera del aguardiente. Tal vez le quitaría algo del mal sabor de boca que sentía al pensar en lo que estaba haciendo su padrastro. Si pudiera impedírselo. Si pudiera encontrar un pretendiente sin que él se enterase...

Miró a Killian, que parecía sumido en sus propios pensamientos. Mientras observaba cómo él se bebía un nuevo trago de aguardiente, Jess tomó conciencia de una idea que acababa de formarse en su cabeza. Le dio vueltas durante un rato y la idea se convirtió poco a poco en todo un plan. Podía funcionar o no, evidentemente, pero no había duda de que merecía la pena intentarlo.

La licorera del aguardiente estaba casi vacía.

—¿Quieres un poco más? —le dijo a Killian—. Puedo decirles a los criados que vuelvan a llenarlo.

Él la observó con expresión inquisitiva, pero Jess le respondió abriendo mucho los ojos para aparentar inocencia.

—Supongo que me ayudaría a pasar el rato —dijo Killian por fin.

Jess levantó la campanilla que estaba en el lado de la mesa en el que se sentaba habitualmente la señora Forbes y la hizo sonar. Una de las doncellas vino corriendo y enseguida llenó la licorera hasta el borde.

—¿Algo más, señorita? —dijo.

—No, gracias, eso es todo —respondió Jess. Siguió con la mirada a la mujer hasta que salió del comedor y se volvió hacia Killian.

—¿Podría probar un poco yo también, por favor? No me importaría librarme del sabor a pescado.

Killian alzó las cejas, pero no dijo nada. Se limitó a llenar su propia copa y se la pasó. Ella bebió un sorbito y sintió que se ahogaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas, mientras hacía esfuerzos desesperados por respirar.

—¡Dios, esto es horrible! —dijo—. ¿Cómo podéis beberos una copa entera de un solo trago?

—Ya te lo dije. Te acostumbras —respondió él. Tomó la copa que ella había dejado y se la bebió, antes de volver a llenarla. Jess calculó que debía de ser la sexta que se tomaba y se preguntó si estaría ya ebrio. Era difícil de precisar en el caso de Killian. No se balanceaba ni arrastraba las palabras, como hacía su padrastro cuando se pasaba con el *whisky*. Sin embargo ¿cómo podía alguien beberse semejante cantidad y continuar sobrio? Le parecía imposible. Tan solo el pequeño trago que se había tomado ella había hecho que las rodillas le temblaran.

Jess se dedicó a charlar de cosas intrascendentes mientras Killian vaciaba otras dos copas. A continuación lo observó con detenimiento, en busca de síntomas de embriaguez. Al mirarlo directamente a los ojos, comprobó que transmitían cierta expresión de aturdimiento. No focalizaban la mirada igual que antes, pero ella no estaba del todo segura, así que decidió hacer una prueba.

—¿Pasamos un rato a la sala de estar? —sugirió—. Así dejamos que las criadas recojan la mesa. ¿O tal vez prefieres irte a la cama?

—¿Es una invitación a acompañarte? —preguntó él, con la expresión maliciosa de nuevo bailándole en los ojos. Jess sintió rubor en sus mejillas.

—No era eso lo que pretendía decir y lo sabes —respondió mientras se levantaba y se dirigía hacia la puerta. Al avanzar, se dio la vuelta y observó cómo Killian atravesaba el comedor. ¿Había alguna señal de que le faltara el equilibrio? Para su satisfacción, el joven tropezó con la alfombra y tuvo que agarrarse al respaldo de la silla más cercana para mantenerse erguido. Jess ocultó una sonrisa y se dirigió a la siguiente habitación.

La sala de estar era una hermosa estancia, muy bien proporcionada, con altos ventanales que daban a un lago. Sin embargo, sus dimensiones ya indicaban que en invierno sería heladora. No parecía que la chimenea hubiera sido encendida desde la última vez que alguien visitara la casa y un denso olor a madera húmeda impregnaba el ambiente. Jess hizo caso omiso y se arrebujó en su chal para calentarse. A continuación se acercó a los ventanales y corrió las cortinas para amortiguar las corrientes de aire que se filtraban silbando desde el exterior. Hecho esto, se sentó en un pequeño canapé que había en uno de los extremos de la sala. Deseaba quitarse los

zapatos y colocar los pies en el asiento, ya que el aire se filtraba también entre los gruesos tablones de madera de roble que cubrían el suelo.

Killian se dejó caer a su lado. Aunque se encontraba demasiado cerca como para que ella se sintiera cómoda, no hizo ningún comentario. Cuando él le apoyó la cabeza en el hombro y cerró los ojos, lo apartó con mucha suavidad e hizo que se reclinara cómodamente en el asiento.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Como nunca —respondió él—. La habitación da vueltas, pero no demasiado deprisa. Si no te importa que cierre los ojos durante un rato, pronto parará.

Jess lo observó para comprobar si el aguardiente manifestaba algún otro efecto. Había oído que a veces tardaba un poco, pero que en cuanto el alcohol se repartía bien por el torrente sanguíneo, la persona que había estado bebiendo quedaba virtualmente incapacitada. Con frecuencia se daba el caso de que no recordara nada al día siguiente. Aquello era justo lo que ella necesitaba, pensó, aunque al mismo tiempo se sintió traspasada por sentimientos de culpa ante lo que estaba planeando.

—¿Por qué estás siendo tan atenta conmigo? —preguntó Killian, desconfiado y con mirada inquisitiva.

—Solo soy educada —respondió ella—. No estaría nada bien decirle a un invitado que no se apoyase contra mí, si no se encuentra bien ¿no te parece?

—Tonterías...

Killian se irguió hasta quedar cara a cara con Jess. El aliento le olía a alcohol. Normalmente, una cosa así le habría parecido repugnante, pero por alguna razón no fue el caso esta vez. Cuando él sonrió y le frotó la punta de la nariz con la suya, Jess sintió un escalofrío. Se estremecía al anticipar lo que vendría a continuación. Abrió los labios y no quedó defraudada.

Aquella vez el beso que le dio fue mucho más intenso y el sabor del aguardiente lo volvía aún más embriagador para los sentidos. El alcohol resultaba mucho mejor de esta manera que bebido directamente de la copa y Jess correspondió con entrega a los avances de Killian.

—Estás aprendiendo muy deprisa —le dijo este, complacido, y le puso la mano detrás de la cabeza para atraerla más hacia sí, al tiempo que le acariciaba la nuca. Aquel simple gesto lanzó una andanada de diminutos dardos placenteros por la espalda de Jess, que extendió las manos y hundió los dedos en el espeso cabello castaño de Killian. Ella desató la cinta que le sujetaba la coleta y el rostro masculino quedó enmarcado por sedosos tirabuzones. Jess, extasiada, se abandonó por entero a las maravillosas sensaciones que él creaba con su boca al besarla, al mordisquearle el labio inferior y al juguetear con su lengua.

De pronto, la risa de una de las criadas, procedente del comedor, hizo que Jess volviera a la realidad y apartó la boca.

—Espera. ¡No! Para, por favor.

Apenas pudo reconocer su propia voz, ronca como estaba de deseo. Experimentaba una verdadera conmoción al darse cuenta de lo cerca que había estado de sucumbir a los encantos de Killian. Él se detuvo, pero no la soltó, sino que la mantuvo sujeta hasta que la respiración de ambos se fue calmando. Jess trató de pensar de manera racional y se concentró en el plan que había trazado, aunque solo imaginarlo la hacía morir de vergüenza.

—¿Killian?

—¿Hmm?

Él tenía los ojos cerrados y la frente apoyada contra el pecho de ella.

—¿Te casarás conmigo?

El joven alzó veloz la cabeza, con ojos muy abiertos, y parpadeó varias veces.

—¿Qué has dicho? —preguntó al tiempo que la soltaba y clavaba en ella su mirada.

Jess tragó saliva con esfuerzo, temerosa de haber cometido un error. Obviamente Killian no estaba tan bebido como ella había esperado, pero notó que el joven se tambaleaba un poco, lo cual la tranquilizó un tanto y la animó a continuar.

—Te... te he preguntado si te casarás conmigo —dijo—. Esa es la única posibilidad de que te permita continuar con este... con este juego.

—Tal vez me equivoque —respondió él, arrastrando las palabras—, pero pensaba que debía ser yo el que hiciera la proposición.

Jess se sintió enrojecer hasta la raíz del cabello y miró hacia otro lado. Aquella había sido una mala idea. Una idea muy mala. Nunca se había sentido tan avergonzada en toda su vida.

—Lo sé, pero estoy desesperada —susurró. Era la verdad, pero los sentimientos de culpa se le clavaban en las entrañas. No debía implicar a Killian en sus problemas, y menos de aquella forma tan torticera.

—¿Tanto te gusto? —dijo él—. Vaya, es muy agradable oír eso.

La nota sarcástica estaba de nuevo presente en su voz, pero al menos hizo que Jess recuperara en parte la compostura. Killian no se mostraba abiertamente escandalizado por la propuesta y aún no la había rechazado.

—No, no, claro que no te lo he pedido por eso, me gustas mucho, pero... la verdad es que necesito un marido —explicó ella trabucándose al hablar, ya que era consciente de que lo que decía no sonaba muy halagador. Killian dejó escapar una carcajada.

—A ver si me aclaro —dijo—. Quieres casarte conmigo porque necesitas un marido, no porque quieres que lo sea yo precisamente...

—Ejem... algo así —vaciló ella—. Lo siento, sé que no debería haber dicho nada. Es solo que estoy desesperada.

—¿Por qué? —inquirió Killian—. ¿Esperas un niño?

—¡No! Ya te lo he dicho, no soy esa clase de chica. Quiero decir, nunca he...

—Cálmate —cortó él—. Te creo y sé que no lo has hecho. Solo quería asegurarme. Entonces ¿qué es lo que pasa?

—Me temo que mi padrastro no permitirá nunca que me case —respondió Jess—. Ya te conté lo que pasó cuando el señor Adelsten hizo su proposición, pero no te dije que Robert había rechazado antes a otros dos pretendientes en mi nombre. Ahora voy a quedarme encerrada aquí hasta Dios sabe cuándo, tal vez para siempre.

—Así que quieres que me case contigo y te saque de aquí...

—Bueno, sería la única manera de escapar a su control —dijo—. Tengo que casarme con alguien, con quien sea. Si no lo hago, él encontrará pronto algún nuevo uso que darle a mi dote y me veré obligada a quedarme soltera para toda la vida. Tú... tú me has hecho entender que no podría soportar eso.

Killian cerró los ojos, como si aquello fuera más de lo que podía asimilar. Sin embargo, cuando volvió a abrirlos, lo que le pareció fue que estaba viendo demasiado. Jess se había dado la vuelta, aún más avergonzada que antes. Había pensado que sería sencillo persuadir a Killian de que se casara con ella, aprovechando que se encontraba bajo los efectos del alcohol. Según parecía no era el caso y se daba cuenta de que era espantoso el mero hecho de haberlo contemplado.

—¿Jessamijn? —dijo Killian mientras le apoyaba los dedos en la mejilla y hacía que volviera la cara para mirarle—. ¿Cómo sabes que yo no malgastaría el dinero? Pensabas que yo era un jugador empedernido. Como marido tuyo, tendría derecho a hacer lo que me viniera en gana con él.

—Bueno, pensaba pedirte que firmaras un documento por el que me cederías la mitad de mi dote —respondió ella—. Tal vez podría invertir mi parte en la expedición a China. No me habría importado lo que hubieras hecho con el resto. Me da igual lo que le ocurra al dinero, con tal de que no se lo quede mi padrastro. ¡Lo odio!

Killian guardó silencio durante unos instantes.

—Muy bien. ¿Por qué no? —dijo después.

—¿Cómo dices? —dijo Jess, confusa. Killian se balanceaba suavemente y asentía con la cabeza. De pronto, se le escapó una carcajada.

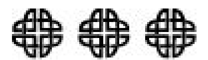
—Acepto tu propuesta —dijo—. Ve a buscar papel y escribe tu documento. Lo firmaré.

—¿Lo... lo firmarás? —dijo Jess, que era ahora la que parpadeaba de sorpresa. Killian no le prestaba atención. Se limitó a cerrar los ojos y a reclinarse en el asiento, sonriente, como si no tuviera ninguna preocupación en la vida. Jess lo miró y recordó que estaba bebido, al fin y al cabo, y quizá no sabía lo que decía. El plan había tenido éxito. La joven vaciló durante unos instantes, desgarrada entre la culpa por aprovecharse de un hombre en tal estado y la urgencia de atrapar aquella oportunidad mientras le fuera posible. De pronto, sintió un fuerte impulso en su interior y se levantó del sofá, decidida.

Realmente aquel era su último recurso. Si no actuaba ahora, estaría condenada a convertirse en una solterona. Lanzó una última mirada a Killian y fue él quien terminó de tomar la decisión por ella.

—Ve —dijo mientras agitaba la mano perezosamente hacia ella y sonreía—. Te espero aquí. La habitación está dando vueltas otra vez.

Jess salió corriendo, antes de que cambiara de opinión.



Killian la vio salir con ojos entrecerrados. Tan pronto como se encontró a solas, se irguió en el asiento, se frotó la cara con las manos y respiró hondo. Siempre había tenido muy buena cabeza para el alcohol y no estaba en absoluto tan ebrio como Jess parecía creer. Pero le convenía más dejar que ella lo pensara.

—Bueno, esto sí que es toda una sorpresa —murmuró para sus adentros. Se había dado perfecta cuenta de que ella tramaba algo cuando se puso a ofrecerle aguardiente sin darle respiro y él le había seguido el juego para comprobar dónde acababa. Sin embargo... ¿una proposición matrimonial? Eso desde luego era lo último que esperaba.

Matrimonio. Nunca en su vida lo había considerado en serio. Desde luego no por dinero, pero la verdad era que en este caso no podría ser más oportuno. Su mitad de la dote le vendría de maravilla para poder incrementar su inversión en la Compañía Sueca de las Indias Orientales. Por cómo se había sentido durante las últimas horas pasadas junto a ella, estaba claro que el matrimonio con Jess no sería precisamente un purgatorio. En realidad, si tarde o temprano había que casarse, ¿por qué no con Jessamijn?

Ella era bastante guapa, su figura resultaba elegante, más de lo que había considerado en un principio, y se trataba además de una mujer inteligente y con iniciativa. En resumen, sería una esposa admirable. Por otra parte, despertaba en Killian sentimientos caballerescos que no sabía que tenía. Por alguna razón, deseaba protegerla y hacer pagar a Fergusson por la forma en que la maltrataba.

Sacudió la cabeza y sonrió. Había sido una muestra de coraje por parte de Jessamijn el haberse atrevido a proponerle el matrimonio. Le sorprendía que ella estuviera dispuesta a llegar tan lejos para impedir que su padrastro continuara dominándola. Solo podía esperar que

estuviera dispuesta a aceptar de mejor grado el control por parte de un marido, aunque él por su parte preferiría siempre una esposa con carácter.

Killian frunció el entrecejo y se preguntó como reaccionaría Fergusson ante semejante plan. Si de alguna manera había engañado a Jessamijn y utilizado dinero que por derecho pertenecía a su hijastra, no estaría muy contento. Sin duda Killian perdería su empleo, pero, dado que pronto se marcharía con Campbell, tampoco importaba demasiado.

Los pensamientos del joven volvieron a Jess y a su drástica decisión de casarse con un hombre del que no estaba enamorada. Sonrió para sus adentros. Al menos estaba bien claro que lo deseaba y aún no sabía bien cuánto. Killian sintió de pronto que el deseo crecía también en su interior, pero lo reprimió. No era aquel ni el lugar ni el momento. Aunque había disfrutado mucho durante sus escarceos con Jessamijn, no iba a seducirla aquella noche. Ahora bien, cuando estuvieran casados...

No tardaron en oírse pasos que se acercaban a la sala. Killian se recostó de nuevo en el canapé y fingió dormir. Jessamijn se acercó a él y lo sacudió un poco por el hombro.

—¿Killian? Despierta, por favor. Quiero que firmes esto y después te puedes ir a la cama —dijo.

—Hum ¿qué es? —repuso Killian mientras la miraba con ojos pretendidamente miopes—. Oh, eres tú. ¿Qué es lo que tienes ahí?

—Solo un papel —respondió ella—. Prometiste firmarlo ¿recuerdas?

Jess parecía muy ansiosa y Killian disimuló una sonrisa. ¿Pensaba que estaba tan bebido que iba a firmar un documento importante sin leerlo siquiera? Debía de ser ingenua hasta el extremo. Kinross se incorporó trabajosamente y leyó el documento con ojos entrecerrados. Lo examinó rápido, aunque fingía encontrar dificultosa la letra. Jess había escrito una serie de disposiciones que le otorgaban un control pleno sobre la mitad de su dote, mientras que él sería libre de disponer de la otra mitad como mejor le pareciera.

Según los términos del contrato, Killian accedía a contraer matrimonio con Jessamijn y a permanecer casado con ella durante un plazo de tres años. También estipulaba que el matrimonio solo sería consumado si ella accedía. Killian alzó las cejas al leer aquello, pero disimuló su momentáneo desagrado. Así que pensaba que podría mantenerlo a distancia ¿eh? «Al infierno con eso», pensó. No tardaría en persuadirla

por sus propios medios y no merecía la pena perder el tiempo discutiendo en aquellos momentos. Por otra parte, aquel contrato no valía ni lo que el papel en donde estaba escrito, ya que no estaba firmado por testigos. Él estaba dispuesto a cumplir la mayor parte de sus términos, porque le parecían justos, pero en cuanto al resto… Acabada la lectura, tomó la pluma de la mano de Jessamijn.

—Muy bien. ¿Dónde tengo que firmar? —dijo.

—Aquí, por favor —respondió ella, señalando la parte de abajo de la hoja. Killian firmó y rubricó.

—Aquí tienes —dijo y le tendió el papel—. ¿Ya podemos ir a acostarnos?

Ella agarró el documento y se retiró con un grácil movimiento de bailarina.

—Enviaré a la doncella para que te acompañe a tu habitación —le dijo por encima del hombro—. Buenas noches.

Killian sacudió la cabeza y sonrió al verla marchar.

—Buenas noches, mi pequeña prometida —murmuró para sus adentros—. Que tengas dulces sueños.

Capítulo 19

Capítulo 19

Killian despertó con un terrible dolor de cabeza y maldijo el aguardiente sueco. La bebida no le había embriagado en exceso, pero el efecto al día siguiente era terrible. Para colmo de males, su habitación estaba tan fría que el agua del aguamanil se había congelado, así que tuvo que machacar el hielo para poder lavarse, una experiencia no demasiado agradable. Se vistió tan rápido como pudo, tiritando, y bajó al primer piso en busca de calor.

Encontró a Jessamijn en el comedor, hecha un manojo de nervios.

—*God morgon* —saludó alegremente—. ¿Cómo está mi prometida esta mañana?

—Entonces te acuerdas... —dijo ella mientras miraba a su alrededor, como si le preocupara que alguien pudiera escuchar su conversación.

—Por supuesto —repuso él—. ¿Qué pasa? ¿Has cambiado de opinión?

—Ejem, no, pero la cuestión es... creo que debemos mantener el asunto entre nosotros, por el momento.

Killian se sirvió un vaso de cerveza y dio un buen trago, con la esperanza de que aliviara su resaca.

—¿Por qué? —preguntó.

—Sabes bien que, si Robert se entera, se pondrá furioso y hará lo que pueda para impedir que nos casemos —contestó Jess mientras clavaba la mirada en su plato de gachas—. No podemos correr ese riesgo.

—Es verdad, pero él no está aquí y me parece que sería un poco difícil casarse sin decírselo a nadie —replicó Killian—. Por otra parte ¿no necesitamos el permiso de tu padrastro?

—En teoría sí, pero por lo que yo sé, el matrimonio sería legal incluso sin su consentimiento —explicó Jess—. Sin embargo, podría retener mi dote. He oído hablar de casos parecidos y los novios no han podido hacer nada. Si eso llega a suceder, te habrás casado a cambio de nada.

Killian caviló durante unos instantes.

—Presentémosle un hecho consumado —dijo por fin—. Si monta un escándalo, le amenazaremos con propagar al mundo entero que pretende quedarse con todos los activos que pertenecían a tu padre.

Podemos decir que ahuyentó a tus anteriores pretendientes ofreciéndoles solo una fracción de la dote que te corresponde por herencia. No le resultará agradable que en su círculo comenten que ha intentado arrebatarte lo que es tuyo.

—¡Pero eso sería un chantaje! —exclamó Jess.

Killian se encogió de hombros.

—¿Y qué? No es peor que lo que te ha hecho él.

—Supongo que es cierto —dijo Jess y comenzó a caminar ensimismada de un lado al otro de la habitación, mordiéndose el labio inferior. Killian se sorprendió al sentir de pronto una fuerte atracción por ella y un perentorio deseo de cubrirla de besos para tranquilizarla. En aquel momento se dio cuenta de la emoción que le despertaba el proyecto de casarse con Jessamijn, aunque al tiempo se sentía algo abrumado ante la idea de dar un paso tan importante y trascendental.

Jess se detuvo junto a él, que continuaba sentado, y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Y qué pasará si aun así se niega? —dijo—. Estarás atado a mí, pero sin dote de ninguna clase.

Killian la tomó de la mano y la obligó a acercarse, para mirarla directamente a los ojos.

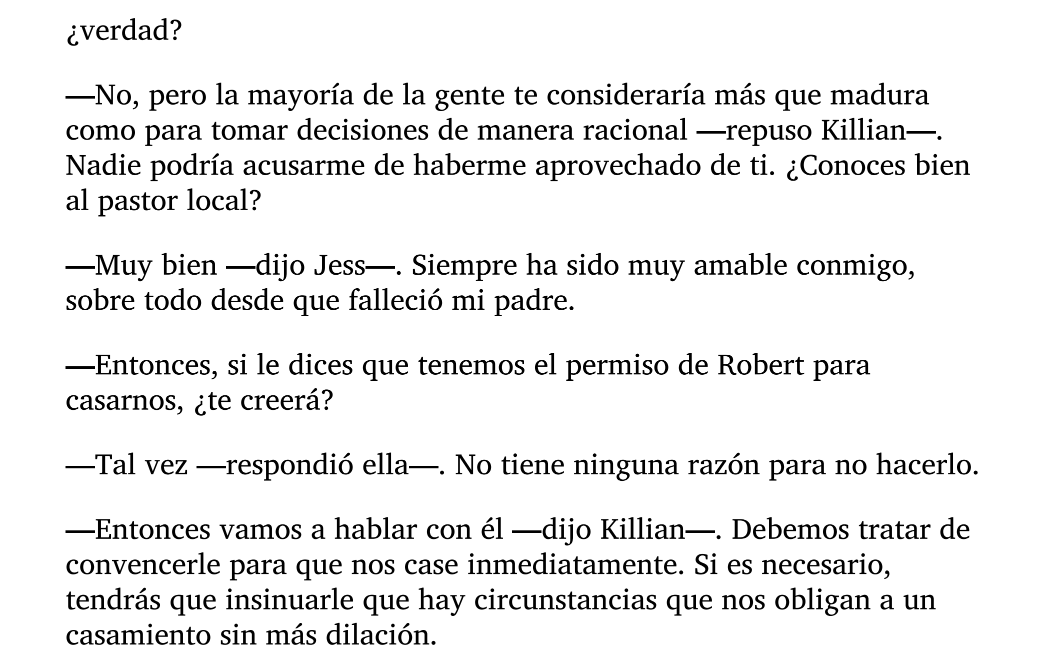
—No soy un completo menesteroso —le dijo—. Eso significaría simplemente que tendríamos menos dinero para invertir en la expedición a China, pero estoy seguro de que sería suficiente. Creía que tu principal objetivo era escapar a su control. Sin duda, no dejaría de resultar irritante no poder obligarle a entregar tu dote, pero no sería el fin del mundo. Y ahora deja de preocuparte. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Jess no parecía convencida. Se soltó de la mano que la sujetaba y comenzó de nuevo a recorrer la habitación de un extremo a otro.

—De todos modos, esto no resuelve el problema de cómo evitar que Robert se entere de nuestros planes —dijo. Killian volvió a dar vueltas a las opciones que se le planteaban.

—¿Cuántos años tienes exactamente? —preguntó por fin.

—He cumplido veintiún años hace dos semanas, pero no es suficiente



¿verdad?

—No, pero la mayoría de la gente te consideraría más que madura como para tomar decisiones de manera racional —repuso Killian—. Nadie podría acusarme de haberme aprovechado de ti. ¿Conoces bien al pastor local?

—Muy bien —dijo Jess—. Siempre ha sido muy amable conmigo, sobre todo desde que falleció mi padre.

—Entonces, si le dices que tenemos el permiso de Robert para casarnos, ¿te creerá?

—Tal vez —respondió ella—. No tiene ninguna razón para no hacerlo.

—Entonces vamos a hablar con él —dijo Killian—. Debemos tratar de convencerle para que nos case inmediatamente. Si es necesario, tendrás que insinuarle que hay circunstancias que nos obligan a un casamiento sin más dilación.

Jess se detuvo en seco y se quedó mirando a Killian con ojos como platos.

—¿Qué? ¡No! —exclamó.

Killian le sonrió de oreja a oreja.

—No es infrecuente que las parejas se vean forzadas a... ejem, anticipar sus votos —dijo.

Las mejillas de Jess se tiñeron de un interesante color rosado. Se sentó en una silla y apartó la mirada de Killian.

—Pero, incluso si lo conseguimos, ¿que hay de las amonestaciones? —dijo ella—. La señora Forbes va a misa todos los domingos. Aunque no domina precisamente el sueco, creo que se dará cuenta si el señor Ekman lee nuestros nombres en la iglesia durante tres semanas seguidas.

Killian suspiró.

—De acuerdo, entonces tendremos que regresar a Gotemburgo y embarcarnos —dijo.

—¿Y de qué serviría eso? —preguntó ella.

—He oído que, en alta mar, un capitán tiene la potestad de oficiar

como ministro religioso, si no hay ninguno a bordo —explicó Killian —. Conozco a un capitán que estaría dispuesto a casarnos.

—Hum, supongo que podría funcionar, aunque no me parece lo ideal —objetó Jess—. Si pretendemos reclamar mi dote, necesitaremos papeles en regla.

—Entonces mi primera sugerencia es la única opción que nos queda —dijo él—. Debe de haber alguna manera de ponerla en práctica.

Jess se disponía a responder, pero en aquel momento entró en el comedor una de las doncellas y se inclinó.

—Disculpe, señorita —dijo—. La señora Forbes pregunta por usted. No se encuentra nada bien.

—Oh, Dios mío, será mejor que vaya a verla —dijo Jess.

—Seguramente son las consecuencias del aguardiente —comentó Killian con una mueca de asco—. Tenías razón, es una porquería.

Jess sacudió la cabeza.

—No, no creo —dijo—. Está de verdad enferma, peor que ayer. Quería mandar llamar a la curandera local, aunque la señora Forbes no está de acuerdo. La verdad, no sé si la vieja Edith accedería a salir con este tiempo.

—¿No hay un médico cerca? —preguntó Killian.

—La ciudad más cercana está a una hora de camino y ni siquiera estoy segura de que haya uno allí —respondió Jess, quien se detuvo en el umbral de la puerta y miró a Killian—. Yo... no te vas todavía ¿verdad?

Él miró hacia la ventana y observó los gruesos copos de nieve que arrastraba el viento en una enloquecida danza.

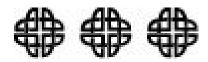
—En estas condiciones, no voy a ninguna parte —afirmó—. Tu padrastro me ha dado permiso para quedarme aquí uno o dos días antes de regresar.

—Ah, te veré luego, entonces —dijo Jess—. Tenemos que seguir hablando sobre nuestros... ejem, planes. Por favor ¿los mantendrás en secreto por el momento?

La joven parecía verdaderamente inquieta y Killian asintió con la

cabeza.

—Por supuesto. ¿A quién iba a contárselo?



Jess estaba muy preocupada por la señora Forbes, que la retuvo en su asfixiante dormitorio durante más de media hora para ponerla al corriente de todos sus dolores y achaques. A pesar de ello, se negó en un principio a permitir que llamaran a nadie para atenderla, aunque era evidente que estaba muy enferma. Sin embargo, al final tuvo que ceder.

—Creo que esa vieja bruja no debe de saber nada de nada —gruñó—. Esta gente de provincias está muy atrasada en todo, pero en fin, supongo que no se puede pedir más.

La señora Forbes tenía un aspecto lamentable, tan menuda como era y enferma, que había hecho que Jess olvidara toda su hostilidad hacia ella. No tenía bueno color y sí tos, muy profunda, y la voz, ronca. Sus ojos color avellana parecían hundidos en su pálido rostro y la mirada chispeante y combativa que la caracterizaba se había apagado. No cabía duda de que los niños le habían contagiado la tos ferina, pero ese no parecía ser el único mal que la aquejaba. Tenía fiebre y muy alta, y seguramente le había subido más por el horno en que había mandado convertir su habitación, a base de echar más y más leña a la chimenea. Le costaba mucho trabajo respirar, incluso cuando remitían por poco rato los ataques de tos. A pesar de ello, rechazaba todos los ofrecimientos de tisanas y otros preparados.

La curandera llegó finalmente, examinó a la enferma y se mostró de acuerdo con Jess. Cuando se dirigían a la puerta, la vieja Edith dijo con expresión seria:

—Debo decirle, señorita Van Sandt, que su estado es grave. Teniendo en cuenta su edad, no me atrevo a garantizarle que saldrá de esta. La he sangrado para hacer que le baje la fiebre. Intente que beba agua y que tome algún caldo nutritivo. A ver si alguien puede refrescarle la frente con una esponja y agua fría hasta que se note menos caliente. Si el tiempo lo permite, volveré mañana, pero no hay nada más que pueda hacer por el momento.

—¿Es solo la tos ferina? —preguntó Jess—. El ruido que hace es

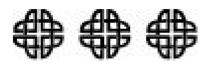
mucho peor que en el caso de mis hermanos, aunque tal vez sea debido a la edad.

—No, me temo que puede tener también congestión en los pulmones, aunque es difícil saberlo —respondió la mujer—. Simplemente haga lo que le he dicho y rece. Es todo lo que podemos hacer.

—Gracias. Ha sido muy amable por venir.

Jess pagó a la vieja Edith e insistió en darle una manta para que se abrigara durante el regreso. Parecía increíble que una mujer de edad tan avanzada hubiera podido venir caminando desde el pueblo, pero su carácter era en verdad indomable. Jess le había quedado muy agradecida.

La señora Forbes, sin embargo, era harina de otro costal. No estaba por la labor de cooperar y se negaba en redondo a comer y a beber. Tampoco permitía que la refrescaran, aduciendo que le dolía la frente. Al final, lo único que pudo hacer Jess fue dejar a una criada al tanto para que velara el sueño intermitente de la mujer.



Jess vio a Killian algo más tarde, en la sala de estar. Se encontraba ocupado en alimentar la chimenea con leña para tratar de ahuyentar el frío de la habitación. Había arrastrado un sofá hasta situarlo frente al hogar e invitó a Jess a que se sentara junto a él.

—Pareces exhausta —le dijo, agarrándole la mano con gesto cariñoso —. ¿Te ha dejado agotada el viejo dragón?

—No es eso, es solo que se niega a dejarse ayudar —respondió ella con un suspiro de derrota y encogiéndose de hombros—. He intentado seguir las instrucciones de la vieja Edith, pero la señora Forbes no quiere saber nada. ¿Qué puedo hacer? No voy a obligarla...

—Estás haciendo todo lo que puedes —la animó él.

Durante un buen rato contemplaron en silencio las llamas crepitantes que parecían querer ascender por la chimenea. Alrededor de la casa aullaba furiosa la ventisca. Jess rezaba por que la vieja Edith hubiera llegado sana y salva a su casa.

A pesar del olor a cerrado que todavía reinaba en la habitación, se

sentía segura en aquel confortable refugio y en compañía de Killian. Daba las gracias al destino por haber hecho que ambos coincidieran en aquellas circunstancias. Le daba la impresión de que todo había sido organizado de alguna manera, quizás era la respuesta de Dios a sus oraciones, tal vez, aunque aún no podía comprender cómo había podido ser tan atrevida para plantear su proposición la noche anterior. Qué suerte que él la hubiera acogido tan bien como lo había hecho. Ahora todo lo que necesitaban era encontrar una manera de casarse sin que nadie se enterara.

Los pensamientos de Killian discurrían por el mismo derrotero.

—He estado pensando sobre el asunto del matrimonio —dijo—. ¿Conoces el dicho de que no hay mal que por bien no venga?

—Sí —respondió ella—. ¿Qué tiene que ver?

—Bueno, si la señora Forbes está realmente enferma, no podrá ir a misa durante cierto tiempo.

Jess se dio la vuelta para mirarle a los ojos

—¿Quieres decir...?

—Exactamente —cortó Killian—. Si podemos asegurarnos de que nadie le diga nada, no hay razón por la que debamos preocuparnos de que se anuncie el casamiento durante las próximas semanas. Aunque se encuentre bien dentro de tres semanas, no podrá evitar que nos casemos.

—Pero eso significa que tendrías que quedarte aquí —repuso ella—. Los dos debemos estar presentes para llevarlo a cabo. ¿Qué hay de tu viaje a China?

—El señor Campbell dijo que no zarparíamos hasta mediados de enero y de todos modos, como te comenté esta mañana, no parece que vaya a ser posible viajar durante algún tiempo —dijo Killian mientras señalaba con la cabeza hacia la ventana—. Ni siquiera en trineo llegaría demasiado lejos. A menos que tu padrastro venga a buscarme, creo que imaginará que el tiempo me ha impedido viajar y que regresaré en cuanto me sea posible.

—Podría funcionar, supongo —asintió Jess—. Tal vez si le digo a la cocinera que es un secreto y que queremos sorprender a todo el mundo, ella les pedirá a las demás que mantengan la discreción.

—¿Y lo harán?

—Creo que sí —respondió ella—. Siempre han sido muy amables conmigo y el año pasado, cuando estuvimos aquí, no se llevaron demasiado bien con la señora Forbes. La verdad es que es un tanto autoritaria. Además, solo hay mujeres en la casa. Si les digo que estamos enamorados, pensarán que todo esto es muy romántico y por supuesto adoran las historias de amor con final feliz. Muchas tardes les he oído contarse cosas así en la cocina.

—No debe de ser demasiado difícil pretender que se está enamorado —dijo Killian, con una amplia sonrisa en el rostro—. Todo lo que tienes que hacer es mirarme arrobada cada vez que una de ellas nos sorprenda juntos.

—¿De verdad? —repuso ella—. Yo creía que era al revés. Son los hombres quienes cortejan a las mujeres, al fin y al cabo.

—Oh ¿es así ahora? —dijo él con una mirada de sorna que recordaba a Jess su iniciativa de la víspera. La joven sintió que sus mejillas ardían, pero él la rescató de la situación.

—Está bien, prometo comerte con los ojos en cada ocasión que se presente —dijo—. ¿Bastará con eso?

Jess le dio un puñetazo en el hombro y esta vez sintió que tenía todo el derecho.

—No hace falta pasarse de la raya —dijo.

Killian se inclinó para rozarle el cuello con los labios.

—También podemos hacer que nos sorprendan besándonos. Puedes fingir que no puedes mantener las manos lejos de mí —susurró.

Jess lo empujó, rogando que él no hubiera notado el escalofrío por todo el cuerpo que le provocó la caricia. De alguna manera intuía que no tendría que fingir demasiado y aquello la asustaba.

—Compórtate —le amonestó—. Hablemos de esto como es debido.

Killian adoptó una postura pretendidamente seria, aunque la risa brillaba en su mirada.

—Muy bien, mi querida señorita —dijo—. Soy todo oídos.

—¡Killian!

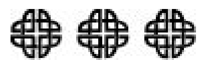
—De acuerdo, de acuerdo —respondió él—. Pensemos, entonces. ¿Qué hay de los otros criados, los hombres? ¿No nos traicionarán? Está el caballerizo, el jardinero y el cochero. ¿Alguien más?

—No —repuso Jess y respiró hondo—. Además, como te decía, ellos nunca entran en la casa, donde solo hay mujeres. Mientras la señora Forbes esté en cama, no tendrán ninguna oportunidad de hablar con ella. Podría funcionar ¿sabes? ¿Lo probamos?

—¿Qué tenemos que perder? —respondió él, sonriente.

—Muy bien —dijo Jess—. Iremos a la iglesia el domingo, temprano por la mañana, y hablaremos con el señor Ekman. Creo que podré conseguir que nos guarde él también el secreto, incluso si la señora Forbes lo manda llamar.

La joven sintió un estremecimiento de miedo, pero no le hizo caso. No era un plan perfecto, pero podía funcionar. Tenía que hacerlo. Podría ser su última oportunidad.



Jess y Killian pasaron aquella tarde jugando a las cartas y al ajedrez, tratando de no reír entre ellos, ya que dadas las circunstancias parecía inadecuado. Sin embargo, a pesar del ambiente de circunspección que reinaba en la casa, ella disfrutó de veras durante aquella velada. Aunque seguía considerando a Killian un granuja, se daba cuenta de que estar casada con él no sería ningún martirio, con tal de que no esperara fidelidad por su parte. Por alguna razón, dudaba de que fuera capaz de ello.

«Me meto en esto con los ojos abiertos», pensaba para sus adentros. «Los dos nos casamos por conveniencia, pero ¿qué hay de malo si lo pasamos bien juntos de vez en cuando?». La suya sería una relación en pie de igualdad, eso lo tenía muy claro. No permitiría a su marido tomar ninguna decisión sin tenerla a ella en cuenta y jamás caería bajo su hechizo como le había ocurrido a su madre con Robert. Jess no era una mujer débil, como Katrijna, que parecía incapaz de vivir sin un hombre. Si Killian iba a llevarla al tálamo, sería bajo sus condiciones y no bajo las de él.

Con tal de que los anhelos de su propio cuerpo no la traicionaran...

Capítulo 20

A la mañana siguiente, la borrasca había dado tregua por fin y los dos jóvenes se encontraron ante un paisaje encantado al mirar por la ventana. Los rayos de sol rebotaban con fuerza en los cristales de nieve que se amontonaban todo alrededor y casi les cegaban. Parecía que un gigante hubiera decidido desprenderse de su vasta colección de diamantes y hubiera cubierto con ellos el mundo entero. Jess y Killian estaban entusiasmados.

—¿Quieres salir? —preguntó él, antes incluso de que ella hubiera tenido tiempo de sentarse a la mesa—. Es una maravilla. Me siento como si el espectáculo me arrastrara hacia la calle.

—Sí, es irresistible ¿verdad? —respondió ella con una amplia sonrisa —. Solo tengo que ir a ver un momento a la señora Forbes, para comprobar que no le hace falta nada. En cuanto acabe, voy contigo.

Al cabo del rato se reunieron en el recibidor. Se habían puesto encima toda la ropa que habían podido encontrar, sobre todo calcetines, ya que mantener los pies calientes era lo más problemático. Kerstin, la doncella que atendía en el piso de arriba, pasó junto a ellos justo cuando Killian se estaba poniendo su abrigo de piel de oso. La criada se detuvo, observó el chal y el abrigo mucho más fino de Jess y frunció el ceño.

—Perdone, señorita, pero ¿no sería mas prudente que usted también llevara un abrigo de piel? —dijo con una leve inclinación. Miraba a Killian de reojo, como si dudara entre salir corriendo o quedarse boquiabierta.

—Sí, por supuesto, Kerstin —respondió Jess—, pero me temo que el del señor Kinross es el único que hay por aquí. Aunque me lo prestara, sería inútil, ya que no podría caminar llevando semejante prenda encima. Mira lo largo que es.

La enorme prenda llegaba hasta el suelo cuando la llevaba Killian y él le pasaba una cabeza en altura a Jess.

—No creo que el abrigo que perteneciera al antiguo señor sea tan largo como ese —dijo Kerstin, que se ruborizó al ver que Killian le sonreía con amabilidad.

—¿Te refieres a mi padre? —dijo Jess y la criada asintió—. No sabía que tuviera un abrigo de piel. De hecho, nunca estuve con él aquí en

invierno. Solo veníamos en verano.

—Un año vino en enero —explicó Kerstin— y se compró un abrigo de piel, porque fueron las Navidades más frías que se recuerdan y él llegó justo después. ¿Quiere que se lo traiga? Sé dónde está.

—¿De verdad? Sí por favor —repuso Jess y Kerstin se retiró rápidamente. La joven se volvió hacia Killian—. Espero que me esté bien, o no podré quedarme fuera tanto rato como tú.

No tuvieron que esperar demasiado, ya que Kerstin apareció corriendo al poco rato con un abrigo de piel en los brazos, aunque de un tipo diferente al de Killian, de un color mucho más claro.

—Es piel de lobo —dijo jadeante mientras trataba de sacudir el abrigo y creaba una nube de polvo a su alrededor—. Está algo apolillado, pero casi no se nota. Tenga, pruébeselo, señorita.

Jess arrugó la nariz.

—No huele muy bien, pero en fin, no podemos permitirnos escoger. A caballo regalado… —dijo y se quitó la capa para ponerse el abrigo. Por suerte, había sido confeccionado para un hombre de talla mediana, y no para un gigante—. ¡Oh, es fantástico! Qué suavidad.

La joven acarició la piel de arriba a abajo. Era de color gris, crema y negro, con largos pelos como los de un perro lanudo, pero mucho más suaves.

—Seguro que el olor desaparecerá en cuanto esté un rato fuera —dijo Kerstin.

—Así lo espero —repuso Jess—. En todo caso, gracias. Con esto no pasaré ningún frío.

Salieron a caminar, al principio lentamente, tratando de rodear los montones de nieve apilados en el camino que pasaba bordeando la casa y en la rotonda, que tenía un grueso roble plantado en el centro. El aire frío era vivificante y formaba penachos de vapor cuando lo exhalaban.

—Este olor es maravilloso ¿no crees? El aire está tan limpio…

—dijo Jess mientras aspiraba profundamente, con los ojos cerrados. Siguiendo un repentino impulso, se agachó, recogió un poco de nieve y se la metió en la boca. Dejó que se derritiera poco a poco y sintió el

sabor levemente metálico que acompañaba a la sensación de frío—. ¡Y también sabe bien!

—Mira qué profundidad. No creo que pueda marcharme todavía, pasará algún tiempo —comentó Killian y Jess se mostró de acuerdo. Todo indicaba que las carreteras permanecerían impracticables durante varios días.

Cambiaron de dirección y doblaron la esquina de la casa, para continuar su paseo a través de los prados cubiertos por el manto blanco de la nieve. A Jess le resultaba complicado avanzar arrastrando los largos faldones del abrigo, así que marchaba sobre las huellas de Killian, lo que le facilitaba la tarea. Al darse cuenta, él se volvió y le dio la mano para ayudarla a mantener el equilibrio.

Aunque en un principio se trataba solo de un paseo tranquilo, no pasó mucho tiempo antes de que Killian lanzara a Jess la primera bola de nieve y, acto seguido, los dos jóvenes se vieron enzarzados en una auténtica batalla campal, entre risas y alegres gritos. Jess pensó para sus adentros que la señora Forbes parecía haber ingerido una dosis de láudano como para dormir a un caballo aquella mañana. Si no, no se explicaba que no se hubiera asomado ya a la ventana para regañarla por lo inadecuado de su comportamiento. Sin embargo, no se entretuvo mucho tiempo en tales pensamientos, ya que se lo estaba pasando demasiado bien.

—¡Espera, granuja, te vas a enterar ahora! —gritó a su oponente, que acababa de lanzarle una gruesa bola de nieve. Killian hacía gala de muy buena puntería y había acertado a Jess justo encima de la oreja, cubriéndola de una espesa catarata de nieve. Aunque llevaba su chal anudado bajo la barbilla, la joven sintió que el frío le penetraba hasta el cuero cabelludo y se lanzó a perseguir al causante de su infortunio. Ambos descendieron a todo correr hacia el estanque, hasta que Killian tropezó en una gruesa piedra que cubría la nieve y rodó hasta quedar boca arriba. Jess llegó hasta él segundos después, jadeante, con un gran puñado de nieve en las manos. Sin embargo, antes de que pudiera lanzarlo, Killian le atrapó las rodillas con un rápido movimiento de piernas y la arrastró encima de él.

—¡Killian! —protestó ella— ¡No, no lo hagas!

Él sostenía un puñado de nieve a pocos centímetros del cuello del abrigo de ella, mientras la sujetaba con el otro brazo para impedir su huida. Se reía con tantas ganas que estuvo a punto de soltarla.

—¿Y qué harás para impedírmelo? —preguntó mientras acercaba aún más el puñado de nieve.

—¡Te... te pegaré! ¡Te daré una patada! —amenazaba Jess, lo que hacía que Killian redoblase sus carcajadas—. ¡No, espera, ya sé!

La joven había dado con lo único que podía distraer la atención de su captor. Inclinó la cabeza y juntó sus labios con los de él en un beso ardiente. Killian dejó de reír y abrió mucho los ojos. Su azul era tan intenso bajo los rayos del sol que Jess sintió por un momento que se ahogaba en sus profundidades. Él dejó caer la nieve que sostenía en la mano y la besó a su vez. La maniobra de diversión se había convertido en algo mucho más serio. Pasó un buen rato antes de que Jess bajara a la realidad y despegara su rostro para mirar a Killian.

—Yo... lo siento. No pretendía...

Él le dedicó una amplia sonrisa.

—No pasa nada —dijo—. Estamos comprometidos, al fin y al cabo ¿no es cierto?

—Sí, pero no de esa forma...

—Eso ya lo veremos —replicó él y giró sobre sí mismo para que ella quedara debajo—. Probémoslo solo una vez más, para no quedarnos cortos.

La besó de nuevo y Jess no pudo contenerse. Su boca respondió como si hubiera sido creada solo para eso y perdió la noción del tiempo. Su corazón latía más rápido que durante la lucha en la nieve. Killian dibujó lentamente en sus labios aquella sonrisa que la hacía estremecer, la liberó de su abrazo y ella se dio la vuelta para apartarse lo más rápido que pudo.

—Creo que ya estás a salvo —le oyó decir, entre risas—. Al menos de la nieve.

Jess se puso en pie por fin y trató de sacudirse todo el polvillo blanco que se había quedado adherido a su abrigo. No quería mirarle para no caer en la tentación de lanzarse sobre él. Era increíble la forma que tenía su cuerpo de reaccionar a algo tan sencillo como un beso. Y terrorífica también. Miró en dirección a la casa, para comprobar si alguien los había visto, pero no había nadie en los alrededores y la distancia era considerable.

Killian se levantó a la vez que ella y ambos se ayudaron a sacudirse la nieve que llevaban pegada a la espalda.

—Ven, vamos a ver si podemos caminar sobre el hielo del estanque —dijo él mientras la agarraba de la mano y salía corriendo en dirección a la orilla.

—Puede ser peligroso —objetó ella, pero sin oponerse.

—No iremos lejos —prometió Killian—. Si es suficientemente espeso, luego podemos ir a pescar. Yo lo hacía cuando era pequeño en el lago que hay cerca de nuestro castillo.

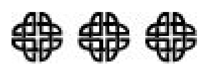
—¿Vivías junto a un lago? —preguntó Jess, intrigada. Nunca le había oído hablar de su hogar antes.

—Sí, pero fue hace mucho. Aquella ya no es mi casa.

El tono de su voz había cambiado y ella se dio cuenta de que no se sentía a gusto con el recuerdo.

—Podemos preguntar al jardinero —sugirió Jess, cambiando de tema —, a ver si tiene lo que necesitamos.

—Buena idea —aprobó Killian—. Por el momento vamos a comprobar el grosor del hielo.



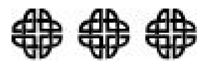
La capa de hielo era espesa y sólida. Después de conseguir los aparejos que necesitaban y un poco de pan para usarlo de cebo, pasaron la tarde pescando en el hielo. Atraparon diez grandes percas, unos cuantos gobios y dos pequeños lucios. Devolvieron los gobios al estanque inmediatamente, ya que no son comestibles, pero se llevaron a casa el resto de la captura para que Britta, la cocinera, la preparara.

—Vaya, vaya, no os ha ido mal —comentó esta, sonriente. Jess le había confiado el secreto de su compromiso con Killian y Britta había prometido no decir una palabra a nadie. Parecía muy contenta por la señorita Van Sandt—. ¿Les gustaría que les preparara los lucios para la cena? Tienen muchas espinas, pero si uno se toma el trabajo de quitarlas, bien merece la pena.

—Sí, por favor —dijeron los dos al unísono y a continuación se

miraron y rompieron a reír. Killian tomó a Jess de la mano y salieron juntos de la cocina. Antes de salir, besó a Jess en la mejilla delante de Britta y de la doncella que la ayudaba, que fingieron no ver nada.

—¡Killian! —protestó Jess y él se limitó a alzar las cejas con cara de inocencia. Ella no tuvo corazón para regañarle.



—Por favor, cuéntame algo de ti, Killian —rogó Jess—. Tú conoces a mi familia, pero yo no sé nada de ti.

Estaban sentados junto a la chimenea, unos días después, y aunque ella se daba cuenta de que a él no le gustaba hablar de sí mismo, le pudo la curiosidad.

Killian se encogió de hombros.

—¿Qué quieres saber? Soy el nieto de lord Rosyth, de la casa de los Rosyth, que puede decirse me ha desheredado. Recibiré el título algún día, pero todo lo demás será seguramente para mi santo primo Farquhar —gruñó—. He aquí a alguien que podría dar un par de lecciones a tu padrastro sobre maquinaciones siniestras. Está casado con una mujer, que se llama Ailsa, y tiene dos hijas, pero no conozco a ninguna de ellas. Eso es todo, más o menos.

—¿Y tus padres? ¿No tienes hermanos o hermanas? —preguntó Jess. La expresión de Killian se endureció.

—Mi madre vive, pero hace tiempo que no nos hablamos —dijo—. Me dejó con mi abuelo cuando yo tenía diez años, poco después de la muerte de mi padre.

—¿Por qué? —preguntó Jess, mirándole fijamente. «Qué crueldad que una madre pueda hacer algo así», pensó.

—¿Quién sabe? Ella y mi abuelo no se llevaban bien —respondió Killian—. Me dijo que él insistía en que yo no debía ser criado entre algodones y que debía ser educado para convertirme en un terrateniente como debe ser. No me creo ni una palabra.

—Pero ¿te trataba bien ella? Quiero decir que no sería una madre desnaturalizada… —dijo Jess. «Como la mía», habría querido añadir, pero no lo hizo porque sabía que no era justo. Estaba segura de que

ella le importaba mucho a su madre, pero en aquellos tiempos estaba muy preocupada por sus dos pequeños.

—Yo diría que era una auténtica madraza. No es algo que los niños de esa edad aprecien —dijo Killian sonriente, aunque a continuación volvió a ponerse serio—. Sin embargo, pasar de eso a nada resulta un tanto chocante.

—Me da la impresión de que fue obligada a marcharse —comentó Jess —. ¿Tenía tu abuelo algún poder sobre ella?

—No, que yo sepa —repuso él—. Me lo he preguntado muchas veces, pero, dado que consiguió ganarse la vida después de su marcha, no veo ninguna razón que justifique su comportamiento.

—Bueno... ¿le preguntaste alguna vez? —preguntó ella.

—No —contestó Killian—. Estuve a punto de hacerlo justo antes de venir a Suecia, pero finalmente me di cuenta de que ya no tenía sentido. Olvídalo, no debí mencionarlo. Tal vez algún día me dé una explicación, pero por ahora prefiero olvidarme del asunto.

La mirada del joven se perdió en las llamas de la chimenea y Jess entendió que aquel tema de conversación había tocado a su fin.

—Háblame de Escocia —pidió en cambio—. Me encantaría viajar allí alguna vez. La señora Forbes no para de hablarme de las Tierras Altas. ¿Son tan hermosas como asegura? Me parece que tal vez es un poco parcial...

Killian sonrió.

—Ay, jovencita, —empezó a decir, exagerando su acento escocés— no existe ningún lugar en el mundo tan bello como las Tierras Altas.

—Vamos, en serio —dijo ella.

—No bromeo —aseguró él—. Es hermoso y salvaje, un poco como tú, de hecho. Y rugoso...

Killian se acercó y le besó la punta de la nariz.

—¿Insinúas que tengo una nariz rugosa? —dijo ella, tratando de parecer ofendida, y él rompió a reír.

—No, no, lo que es, es... preciosa —respondió él—. Quería decir que tienes el mismo aspecto lozano que mi país y que tus ojos son del

color del agua fresca que alimenta sus lagos.

La miró fijamente, como si se sintiera de veras arrobado ante la belleza de los ojos de Jess, y por un momento ella casi le creyó. Sin embargo, recordó de pronto que estaba ante un experto en el arte de la seducción. Eso se lo habría dicho ya a docenas de chicas antes que a ella. Aun así, siempre era agradable recibir un piropo.

—Gracias, eres demasiado amable —dijo, sonriente.

—En absoluto, es la verdad —repuso él—. Ahora, si ya tiene bastante de las Tierras Altas, ¿quiere la señorita que le cuente un poco de Edimburgo? Hay allí un lugar que tiene que visitar algún día...

Capítulo 21

Al final todo resultó mucho más sencillo de lo que Jess y Killian habían anticipado. Aunque se vieron obligados a desplazarse todos los domingos hasta la iglesia, abriéndose camino entre montones de nieve, no tuvieron problema para convencer al señor Ekman de que entrara a formar parte de su particular conspiración. Jess conocía desde pequeña a aquel anciano de carácter afable, cuyo rostro orondo parecía irradiar felicidad. El pastor la llevó aparte y le preguntó si aquello era lo que realmente deseaba.

—No me gustaría que se viera usted coaccionada de alguna manera, señorita Van Sandt —le dijo.

—Oh, no, señor Ekman, no tiene por qué preocuparse —dijo—. Estoy totalmente de acuerdo con el señor Kinross en esto y sé muy bien lo que hago.

«Al menos creo que lo sé», se dijo para sus adentros. La verdad, había momentos en los que se preguntaba si habría hecho realmente lo correcto.

Para su satisfacción, la borrasca había regresado, así que casi daban por hecho que nadie cuestionaría la larga permanencia de Killian en Askeberga. Lo cierto era que no había otra manera de regresar que no fuera a pie, ya que ningún cochero se arriesgaría a que sus caballos se rompieran las patas en una nieve tan profunda. Por eso mismo, no había posibilidad de que nadie llegara hasta allí y ni siquiera tenían noticias de Gotemburgo.

La pobre señora Forbes continuaba enferma y al principio Jess se temía que no saldría de aquella. Sin embargo, una segunda visita de la vieja Edith surtió efecto. Esta vez la curandera no se mordió la lengua y le dedicó un largo sermón sobre los males derivados de su testarudez y de su negativa a aceptar lo que se hacía por su bien. Como resultado, la señora permitió que le refrescaran la cara con agua fría y también accedió a tomarse sin demasiada oposición los caldos nutritivos que le traían a la cama.

—No soporto el caldo —murmuraba, pero lo sorbía de todas formas. Jess y las doncellas hacían caso omiso de sus protestas y se limitaban a alimentarla en silencio. Al cuarto día, su perseverancia dio fruto. La señora Forbes empezó a mejorar un poco e incluso dijo «gracias» un par de veces o tres.

—Parece que va mejor —murmuró Kerstin—. Pronto sonreirá. ¿No es un milagro?

Jess disimuló ella misma una sonrisa y le dijo a la señora Forbes que todos se alegraban de que se estuviera recuperando.

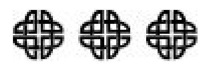
—Oh, tal vez pronto podré levantarme y te ahorraré el trabajo de cuidarme —respondió ella—. Ya sé que todos estaréis deseando verme camino del cielo.

La vieja Edith, que seguía por allí, se dio la vuelta.

—Ni hablar de levantarse por el momento —le espetó—. Se quedará en la cama hasta que yo lo diga. Si pone un pie fuera, se las verá conmigo. Está tan débil como un cachorrito, por Dios

No había duda de que la curandera estaba en lo cierto. La señora Forbes aún sufría violentos ataques de tos, que consumían hasta el último resto de sus fuerzas. Incluso era posible que le hubieran provocado la rotura de una costilla, ya que sentía un agudo dolor en el costado cada vez que tosía. Hasta sostener una cuchara le costaba trabajo.

—No nos importa cuidarla —le aseguró Jess—. Concéntrese solo en recuperarse y tómese todo el tiempo que necesite.



Al tercer domingo, que era el día 23 de diciembre, la señora Forbes se encontraba mucho mejor.

—Me gustaría ir a la iglesia —dijo—. Ya casi estamos en Navidad.

Jess sintió que el corazón luchaba por ecapársele del pecho y que le faltaba el aire.

—¡No puede! —exclamó y se dio cuenta de inmediato de que tanto énfasis resultaba un poco sospechoso—. Es imposible que camine toda esa distancia, señora Forbes, y el cochero dice que todavía hay demasiada nieve como para sacar a los caballos.

Aquello era mentira, pues ya se había derretido buena parte de la nieve. Sin embargo, aunque la señora Forbes podía comprobarlo si se asomaba por la ventana, no alcanzaría a ver cuál era el estado de los

caminos que se extendían más allá de la propiedad, así que Jess se sentía segura de poder mantenerla engañada.

—Además —añadió—, querrá usted estar lo suficientemente repuesta como para poder celebrar la Navidad ¿cierto?

No es que fueran a organizar una gran celebración, pero Britta había estado preparando platos especiales toda la semana. Jess sabía que les servirían una comida elaborada y que seguramente resultaría algo pesada para la señora Forbes.

—Está bien —dijo—, esperaré al menos hasta la semana que viene. Salude de mi parte al señor Ekman.

—Por supuesto —contestó Jess y dejó escapar el aliento que había estado reteniendo. Mientras los latidos de su corazón recuperaban el ritmo normal, dirigió hacia lo alto una silenciosa plegaria de agradecimiento.

Sin embargo, cuando ella y Killian salían de la casa en dirección a la iglesia, un escalofrío de aprensión le recorrió la columna vertebral y él lo notó, porque la llevaba del brazo. Killian le acarició la mano con suavidad, para tranquilizarla.

—No te preocupes —le dijo—. Seguro que todo irá bien. Si nadie le ha dicho nada a la señora Forbes hasta ahora, estamos seguros.

—Lo sé —respondió ella—. Es solo que tengo todo el rato esa visión de alguien que llega a la iglesia justo cuando vamos a casarnos y detiene la ceremonia. Sería tan humillante...

Killian sonrió.

—Aquí nadie nos conoce lo suficiente como para objetar y no creo que vaya a llegar alguien desde Gotemburgo en mitad del servicio religioso. Si vinieran, irían directos a la casa y esperarían allí. Cálmate, todo irá bien.

Jess asintió con la cabeza e intentó apartar de su mente los recelos que sentía.

—¿No... no te arrepentirás de esto? —preguntó con voz apagada, sin poder evitarlo—. Quiero decir, mil quinientos táleros de plata no suponen una gran suma. Podrías haber conseguido mucho más.

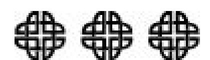
Killian se detuvo para que los criados, que caminaban detrás de ellos,

pudieran adelantarles. Entonces tomó a Jess por ambas manos —podía sentir su calor incluso a través de los guantes— y la miró a los ojos.

—Jessamijn, si no quisiera casarme contigo, créeme, no estaría aquí ahora —dijo—. Ahora bien, si te está entrando miedo, dilo y podemos cancelar nuestro plan. Si no es así, prosigamos nuestro camino.

—Yo... sí, Killian. Lo siento. Solo quería estar segura.

—Tienes que dejar de preocuparte —la tranquilizó él—. Todo irá bien. Confía en mí.



Killian ofreció el brazo una vez más a su prometida y se maravilló de que hubiera podido aparentar tanta seguridad, cuando en realidad era a él a quien por momentos no le llegaba la camisa al cuerpo. Al despertar aquella mañana, le había asaltado la pregunta: ¿qué demonios hacía casándose con una muchacha sin el consentimiento de su familia y encima una que podía traerle muchos más problemas que beneficios? Y encima justo cuando se disponía a embarcar en un viaje largo y peligroso.

Debía de estar loco.

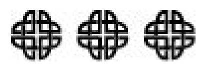
Sin embargo, le bastaba con poner los ojos en Jess para recuperar la certeza de estar haciendo lo correcto. En cuanto percibía la menor huella de angustia en el rostro de ella, un poderoso impulso de protegerla surgía de su interior. Fergusson la había maltratado y él representaba su única esperanza de escape. ¿Cómo iba a defraudarla, cuando tanto le necesitaba?

Por otra parte ¿qué le importaba a nadie con quién se casara o dejara de casarse? No permitiría que su abuelo escogiera una novia para él y, dado que nunca había bebido realmente los vientos por nadie, Jessamijn era un partido tan bueno como cualquier otro. Eso sí, al menos no podría ser acusado de casarse por interés material. Como ella bien había dicho, mil quinientos táleros de plata no suponían una suma astronómica —él, de hecho, había ganado bastante más con el juego.

Al llegar a la iglesia, Killian se detuvo para esperar a que todos los demás fieles entraran antes que ellos, tal y como le había indicado el

señor Ekman que debía hacer. El joven tomó la temblorosa mano de su prometida y se inclinó, sonriente, para besarla en los labios. Tanto como a ella, quería convencerse a sí mismo de que aquello no era un terrible error.

—¿Preparada? —preguntó y entraron juntos en el templo.



Fuera había empezado a nevar otra vez. Eran copos grandes, no muy numerosos, y caían despacio, en silencio, acariciando con su fría suavidad todo lo que encontraban, hasta posarse en el suelo. Jess había dejado las cortinas del dormitorio entreabiertas, para verlos brillar a la luz de la luna. Era una visión tan hermosa que no quería perdérsela y, de todos modos, sabía que no podría conciliar el sueño después de todo lo que había vivido durante aquel día.

Era una mujer casada. La señora Kinross.

No parecía real, pero lo era. Solo para asegurarse, tocó el anillo que Killian le había puesto en el dedo. Era el anillo con el cuño que el joven utilizaba para sellar los documentos, un poco demasiado grande para ella —el único que había podido conseguir en aquellos momentos.

—Te compraré uno mejor en cuanto regresemos a Gotemburgo —le prometió—. Por el momento, me temo que tendrás que arreglártelas con este.

A Jess no le importaba. Tener o no un buen anillo de casada era la menor de sus preocupaciones.

Aquella mañana, de pie junto a Killian y frente al señor Ekman, se había sentido dichosa, como si todo hubiera sido planificado por el destino de alguna manera. No entendía la razón de su estado de ánimo, en realidad. Aquello era un puro acuerdo de intereses, no había nada romántico en ello, a pesar de los besos que él le había dado, antes y después de la ceremonia. Sin embargo… una parte de ella deseaba que hubiera más. Mucho más.

«No seas ñoña», se dijo a sí misma. Killian quería su dinero, tanto como ella quería escapar de Robert, y juntos podían conseguir sus objetivos. Nada más… y nada menos. Solo los idiotas se casaban por

amor. ¿Acaso no le habían demostrado claramente lo que ocurría cuando uno se enamoraba? Creer en las palabras bonitas de bribones como Karl no proporcionaba más que lágrimas y dolor de corazón. No, era mucho mejor casarse por razones prácticas, sin implicar en ello ningún sentimiento.

Jess suspiró y cerró los ojos para intentar que el sueño la venciera por fin. Estaba claro que la vida nunca era como uno preveía, pero ser la esposa de Killian sería, al menos, interesante. Tenía la impresión de que no iba aburrirse.

Las maderas de la casa crujían, tratando de acomodarse al frío que se filtraba a través de sus numerosas grietas y aberturas. Los tablones del suelo gemían como si sintieran el peso de los cientos de pies que los habían pisado desde hacía años. El edredón que la cubría en la cama, encima de las mantas y las sábanas, la mantenía resguardada de las frías corrientes de aire. Jess se arrebujó más, disfrutando del calor y la comodidad. Estaba acostumbrada a los sonidos de Askeberga. La familiaridad con ellos pronto la llevó a ese estado de duermevela en el que uno ya no sabe lo que es real y lo que no. Por tanto, cuando una tabla crujió junto a la cama, se limitó a suspirar de satisfacción. Segundos más tarde, sin embargo, un soplo de aire frío entró hasta su santuario, seguido por un cuerpo que se introdujo en su cama tan rápidamente que no tuvo tiempo de protestar. Abrió la boca, pero una mano se la cubrió y sofocó su grito antes de que pudiera escapar. Sus ojos se abrieron como platos.

—Sh, soy yo.

Las palabras de Killian eran innecesarias. A Jess le asustó comprobar que reconocía su perfume al instante y que se le antojaba embriagador. Su cuerpo reaccionó a la presencia de él con un súbito hormigueo y apretó los dientes, furiosa consigo misma. Adiós su decisión de guardar las distancias.

Killian le retiró la mano de la boca, confiado en que no gritaría, y ella estalló en un furioso susurro.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No era esto un matrimonio de conveniencia?

Podía verlo, claramente iluminado por los rayos de luna que entraban por el hueco entre las cortinas, y trató de apartarse hacia el lado opuesto de la cama. Sin molestarse en responder a su pregunta, él la rodeó con los brazos para detenerla y la besó a fondo. Jess, casi sin

aliento, trató de reprocharle de nuevo su comportamiento, pero Killian le selló los labios con el dedo.

—Tenía que venir —susurró a su vez—. Tenemos que terminar lo que empezamos esta mañana o no será legal.

—¿Qué? Pero... ¡no! Firmaste el contrato ¿recuerdas? —replicó ella.

Killian sonrió y le lanzó una lluvia de besos sobre las mejillas, la nariz y la boca.

—Lo sé, lo sé, pero debes darte cuenta de que, si no consumamos el matrimonio, Fergusson puede hacer que lo declaren nulo —murmuró en tono tranquilizador—. No querrás eso ¿verdad? No hay que dejarle ninguna salida que pueda utilizar para retener tu dote. Con una vez será suficiente, ya no podrá hacer nada.

—Supongo que tienes razón, pero...

—Además, si no recuerdo mal, el contrato estipula que puedes consumar el matrimonio, si así lo deseas —argumentó Killian. Acto seguido, sus dedos se deslizaron lentamente bajo el camisón de Jess, que había quedado suelto por la parte de arriba, y le acarició el pecho. Ella sintió una corriente de excitación que descendió hacia su estómago y continuó hasta las piernas.

—¿Estás segura de que no es lo que deseas? —volvió a susurrar él, mientras se inclinaba hacia la zona sensible para rozarla a través del sutil tejido, primero con los labios y después con la lengua. Ella sintió que sus pezones ardían y que el resto de su cuerpo se disolvía, como si sus miembros hubieran escapado a su control. La mano de Killian descendía ahora, mientras la boca masculina continuaba obrando su magia en la zona del pecho. Jess olvidó rápidamente todas sus razones para no querer consumar el matrimonio, excepto una.

—No, espera, Killian, por favor —rogó—. No podemos hacerlo. ¿Y si me quedo embarazada? ¿Y si te ocurre algo en el viaje? No quiero acabar viuda y con un hijo a mi cargo. Sería demasiado.

—No ocurrirá tan rápido —respondió él—. Además, hay cosas que puedo hacer para evitar el embarazo. Confía en mí.

Dicho esto, la besó de nuevo en los labios para impedir que pudiera reanudar sus protestas, pero la verdad era que ella no deseaba prolongar la resistencia. Su cuerpo pedía a gritos algo que no podía terminar de definir, pero que sabía que solo él podía darle. Lo deseaba

desesperadamente. Aquellas últimas semanas pasadas en estrecha compañía, con él tentando sus sentidos a cada ocasión, la habían dejado hambrienta de algo más y aquí estaba por fin la ocasión de averiguar lo que era. No podía resistirse.

Los dedos de Killian le habían levantado el camisón sin que lo notara y le acariciaron la cara interna de los muslos. Cuando encontró su punto más sensible, ella estuvo a punto de gritar, sobrepasada por la intensidad de las sensaciones que brotaban en su interior. Los dedos iban y venían y con ellos la excitación, que se disparaba y después se desvanecía, mientras él le susurraba al oído palabras de deseo y de amor. Ahora sí, ella las creía sin reservas.

—Eres preciosa —le decía—. Relájate, así, déjame darte placer. No hay nada de qué asustarse. Sabes que lo ansías tanto como yo. Te deseo, te deseo solo a ti

Con un suspiro que era mitad de placer y mitad de protesta, Jess se entregó de lleno al disfrute. Permitió al que ya era su marido hacer todo lo que quiso, hasta que finalmente él se colocó encima y entró en ella con un rápido movimiento. Como si anticipara que iba a gritar, Killian le cubrió la boca con la mano. La joven abrió mucho los ojos y sintió cómo el embrujo se desvanecía, a medida que el dolor se abría paso a través de la niebla de placer en que flotaba.

—Killian, yo...

—Shhhh, amor, espera solo un momento, pasará rápido —le dijo él y se quedó inmóvil. A continuación, insertó un dedo entre ellos y encontró el punto que antes le había provocado a ella el éxtasis. Poco a poco regresaron las sensaciones placenteras y, cuando él reanudó sus movimientos, suavemente, el dolor había desaparecido por completo.

De alguna manera, el cuerpo de Jess sabía lo que tenía que hacer y ella se limitaba a dejarse arrastrar por una poderosa marea de sensaciones. Al llegar al final de aquel *crescendo*, sintió que su mente estallaba en mil fragmentos diferentes. Quiso gritar de nuevo, esta vez de placer, pero Killian le cubrió la boca con la suya y ambos ahogaron así sus propias voces.

Cuando todo hubo terminado, Killian tomó a Jess en sus brazos, se envolvió entre las sábanas con ella y permaneció así, inmóvil, hasta que la respiración de ambos volvió al ritmo normal. Al principio Jess se sintió en la gloria, relajada y feliz de estar allí, pero a medida que volvía a su estado normal, también regresaban sus inquietudes.

Acababa de ocurrir justo lo que no deseaba. Había caído bajo el hechizo de un hombre y era totalmente incapaz de resistirse. Killian había hecho lo que había querido con ella y ella se había sometido sin reservas a su voluntad, con tal de que no parara ni un segundo de hacer lo que estaba haciendo. En resumidas cuentas, se había sentido inerme, tanto como lo estaba su madre ante Robert. Ahora entendía el poder que su padrastro tenía sobre Katrijna. Si le hacía lo mismo que Killian le había hecho a ella, era evidente que una mujer tan débil como su madre sería incapaz de negarle nada. Sin embargo, Jess era de otra pasta y aquello no debía volver a ocurrir.

—Ahora debes irte, Killian —dijo

—¿Qué? —respondió él. Estaba adormilado y se sentía feliz. Ella casi podía sentir la sonrisa de satisfacción en su voz. Había ganado la partida. Solo por una vez, se prometió ella.

—He dicho que tienes que volver a tu habitación —dijo ella—. Ya hemos terminado. Nuestro matrimonio ya es legal a todos los efectos, así que no hay ninguna necesidad de que te quedes aquí.

Killian frunció el ceño.

—¿No te gustaría repetir? —preguntó—. Siempre mejora con la práctica ¿sabes?

El joven acercó la mano y le tocó el pecho, pero ella lo apartó, a pesar del placer que esa simple caricia le había proporcionado.

—No, no me ha gustado y no quiero hacerlo más —le espetó ella—. Dijiste que una vez era suficiente. Si no te vas ahora mismo, gritaré.

Killian se incorporó y la miró fijamente.

—Eso de que no te ha gustado no lo crees ni tú —dijo—. Estás mintiendo.

Ella también se incorporó sobre la cama y no hizo caso del escalofrío que recorrió todo su cuerpo al entrar en contacto el frío aire nocturno con sus hombros desnudos.

—No tienes manera de saber lo que he sentido, así que solo te queda aceptar mi palabra —arguyó—. Ahora, por favor, vete y no vuelvas a acercarte a mí. Hemos firmado un contrato. Sé tan amable de atenerte a él.

Killian la miró fijamente a los ojos, como si pudiera escrutar su alma... y Jess mucho se temía que, en efecto, podía.

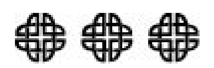
—La verdad, no sé qué mosca te ha picado —dijo él—, pero sí sé a ciencia cierta que me estás mintiendo y podría demostrártelo. Aun así, jamás me quedo allí donde no me quieren, así que será como prefieras. Eso sí, la próxima vez que desees que te haga gozar, tendrás que pedirlo. Yo no vendré a suplicarte.

El joven agarró su camisa con un movimiento enérgico y se la metió por la cabeza. Al hacerlo, oyó cómo se rasgaba, pero no pareció que le importara o que se hubiera dado cuenta. Después de dirigir a Jess una mirada penetrante, se encaminó hacia la puerta y desapareció tan silenciosamente como había entrado.

Jess se arropó con las sábanas y se tumbó, temblando de emoción y de frío. En las comisuras de sus ojos se formaron lágrimas, pero las enjugó con dedos impacientes.

¿Y qué si él estaba en lo cierto? ¿Y qué si había disfrutado inmensamente haciendo el amor? No podía permitir que él tuviera aquel ascendiente sobre ella. Solo sería el primer paso y, antes de que pudiera darse cuenta, él lo controlaría todo, igual que Robert. Era necesario que permaneciera firme.

Entonces ¿por qué sentía que se le desgarraba el corazón?



Killian estaba furioso consigo mismo.

Debería haber sido menos impaciente y haber dado a Jess más tiempo para que se acostumbrara a tener a un hombre en su cama —ella era virgen, después de todo, una muchacha completamente inocente. En lugar de eso, había irrumpido sin delicadeza y la había tratado como habría hecho con cualquier otra mujer. De la manera en que hacía gozar a las más experimentadas.

—¡Maldita sea! —murmuró para sus adentros mientras golpeaba su almohada, furioso.

Podría jurar que ella había disfrutado, pero ¿no había sido un poco avasallador? Para alguien que seguramente nunca había visto antes a un hombre desnudo, lo que acababan de hacer podía parecerle

asqueroso, inmoral o… quién sabe qué.

Sin embargo, no era así. Ella estaba feliz al terminar. Solo al cabo de un rato, después de tener tiempo para pensar en todo el asunto, Jess le había pedido que se marchara. Algo la había asustado. ¿O era sin más que él no le gustaba?

Killian estuvo a punto de echarse a reír. Vaya, sería la primera vez. Valiente ironía si la única mujer que no lo deseaba se había convertido en su esposa. Afortunado en el juego, desafortunado en amores. La estúpida frase le vino a la cabeza y frunció el ceño en la oscuridad. Qué tontería.

De cualquier manera, ahora estaba unido a una mujer que no lo quería en su cama. Antes de casarse había dado por hecho que no tendría ningún problema para persuadirla de que olvidase los términos de aquel ridículo contrato que le había obligado a firmar, pero todo indicaba que se había equivocado. No tenía sentido quedarse más tiempo en Askeberga. Era hora de ir a Gotemburgo y enfrentarse cara a cara a sus suegros para reclamarles el dinero que le debían. Bueno, que le debían a él y a Jessamijn. Él tendría su parte y su mujer, la suya.

Killian apretaba los dientes de frustración. No había imaginado así su noche de bodas, pero, como había dicho a su mujer —su mujer, al pensar en la palabra respiró hondo—, nunca se quedaba allí donde no le querían. Se marcharía a la mañana siguiente, con o sin nieve.

Capítulo 22

Capítulo 22

Gotemburgo (Suecia)

—¡Señor Kinross, qué alegría verle! Temía que le hubiera ocurrido algo —exclamó con sonrisa radiante la señora Ljung e invitó a entrar a su «protegido»—. Tiene usted visita. Ha estado esperándole varios días y ya no sabía qué decirle.

—¿Visita? —Killian estaba exhausto por el viaje, que había completado a la carrera, dado que esta vez no había damas de las que ocuparse. No estaba de humor para ponerse ahora a hacer relaciones públicas—. ¿De quién se trata?

—Un muchacho muy joven —repuso ella—. Como no habla sueco, no he podido comunicarme mucho con él, pero creo que me entendió cuando le dije que esperara. Le he alojado en sus habitaciones y le he dado de comer. Espero haber hecho bien…

Killian sonrió con aprobación.

—Sí, señora Ljung, gracias, ha sido usted muy amable —dijo—. Creo que ya sé quién es y, aunque no tengo ni idea de qué está haciendo aquí, es como de mi familia.

El joven subió de dos en dos los escalones hasta el segundo piso y, tal y como esperaba, encontró a Adair sentado frente a la estufa y absorto ante las llamas. Al oír que la puerta se abría, el adolescente se dio la vuelta. Una sonrisa de oreja a oreja iluminó su delgado rostro y sus ojos resplandecieron de alegría.

—¡Señor Kinross, está aquí! —exclamó—. Ya pensaba que había muerto.

—Todavía no, pequeño bribón —respondió Killian—, aunque allí de donde vengo hacía un frío como para morir congelado. Bueno ¿qué estás haciendo aquí? No te he dado permiso para venir y creía que habíamos acordado que esperarías a…

—Lo sé —interrumpió el muchacho—, pero tenía que venir. Una tarde que deambulaba por el puerto oí que uno de los hombres de su primo se embarcaba para Suecia. Se lo comenté a su amigo y él me dijo que era mejor que viniera a advertirle. No estamos seguros de qué quiere hacer, pero no puede ser bueno. Vi cómo su primo le daba una bolsa con dinero.

—Ya veo —dijo Kinross, con cara de fastidio. ¿Es que nunca se cansaba Farquhar? Era necesario poner las cartas boca arriba con su primo y acabar de una vez por todas con sus intrigas… si es que

regresaba de China, claro está. Con un suspiro, fue a sentarse junto a Adair y extendió las manos hacia el reconfortante calor de la estufa. Hacía rato que había dejado de sentir los dedos y ahora volvían a la vida con un desagradable hormigueo.

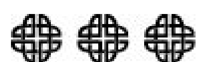
—En tal caso, gracias —dijo por fin Killian—. Ahora al menos podré estar en guardia. Me pregunto si ese hombre ha venido con la intención de obstaculizar mis planes o de ir más allá y atacarme físicamente.

—Si me pregunta, tiene pinta de sicario —dijo Adair—. Su nombre es Allan. He preguntado acerca de él y es un tipo con el que no me gustaría juntarme. He oído que ha hecho cosas muy feas.

—Justo lo que necesitaba —murmuró Killian—. Como si no tuviera bastante en estos momentos...

—¿Problemas, señor Kinross? —preguntó Adair con los oídos bien abiertos, seguramente porque el causante de los problemas solía ser él.

—Podría decirse que sí —respondió Killian—. Te contestaré en un minuto, pero, antes que nada, aquí viene la encantadora señora Ljung con algo para cenar. Si se trata de su delicioso potaje de guisantes, creo que la querré para siempre.



A la mañana siguiente, Kinross marchó al almacén por un camino diferente al que solía tomar. Como medida de precaución adicional, Adair lo seguía a cierta distancia, vigilante como siempre. No parecía probable que el tal Allan fuera a atacar a pleno día, pero dado que ignoraba cuáles podían ser sus planes, mejor ser precavidos.

Era muy temprano y el almacén estaba vacío. Al entrar en la oficina, Killian vio a Holm con sus magros hombros inclinados sobre un libro de cuentas.

—Ah, buenos días —saludó el joven—. Debía haber imaginado que sería usted más madrugador que yo.

—¡Kinross! —exclamó el asistente—. ¿Dónde se había metido? Oímos que había nevado muchísimo en el interior, pero ¿no podía haber regresado antes?

Holm lo miraba con aire de reproche, como si diera por hecho que Killian había incumplido sus obligaciones y sin importar que fuera por una causa justificada.

—No, me ha sido imposible viajar hasta ahora —respondió él—. Lo siento, pero así es… aunque había además otras razones que retrasaron mi llegada.

—¿Otras razones?

—Sí, hum, bueno… —vaciló Killian—. ¿Va a venir el señor Fergusson esta mañana? Necesito cambiar un par de palabras con él. Es acerca de su hijastra. Ah, y también sobre la señora Forbes. Ha estado muy enferma.

—¿Jess está enferma? —inquirió Holm.

—No, ella no, solo la señora Forbes —respondió Killian—. Contrajo la tos ferina y después le derivó en pulmonía, pero ya está mejor, aunque sigue convaleciente.

—Gracias a Dios —dijo Holm—. Por un momento pensé que tendríamos que lamentar otra pérdida.

—¿Otra? —preguntó a su vez Killian, con el ceño fruncido.

—Oh, claro, no sabe nada ¿verdad? —respondió—. El pequeño James… me temo que no ha podido superarlo. Una desgracia. Se ve que no era bastante fuerte.

Holm sacudió la cabeza y miró al suelo, apesadumbrado.

—Oh, no, Jessamijn quedará destrozada —comentó Killian—. Sé lo mucho que quiere a sus hermanos.

—Si, por supuesto, aunque no es nada comparado con lo de su madre —dijo Holm—. La pobre mujer está hundida y al señor Fergusson también le ha afectado mucho. De hecho, lleva dos semanas sin aparecer por el almacén. Respondiendo a su pregunta, no creo que le vea usted hoy.

Killian se sentó, pensativo. Anunciar la noticia de su matrimonio con Jessamijn sería aún más difícil de lo que anticipaba. Al día siguiente de la boda y en una fría conversación, los recién casados habían acordado que él sería el primero en regresar a Gotemburgo para anunciar la noticia a la familia, antes de volver a buscarla. Dado que

la señora Forbes no se encontraba todavía repuesta, Jess había preferido darle más tiempo para que se recuperara. ¿Cómo podía comunicar ahora semejante novedad, cuando sus suegros se encontraban postrados por su infortunio?

Holm se había levantado de la silla sin que Killian lo notara y se había acercado por detrás para ponerle una mano en el hombro.

—¿Qué le ocurre? —dijo—. Parece usted muy afectado, aunque supongo que apenas habría tenido contacto con el niño.

—¿Qué? —dijo Killian—. Oh, no, no es eso. La cuestión es... bueno, iba a informar primero al señor Fergusson, pero no importa que lo sepa usted antes. Jessamijn y yo nos hemos casado.

—¿Casado? —se sorprendió Holm—. Pero si dijo usted que no estaba interesado en ella...

—No lo estaba... bueno, no de esa forma, pero ella me pidió ayuda. Dijo que era la única manera de que pudiera escapar del señor Fergusson, ya que él no estaba dispuesto a permitir que se casara. Como la señora Forbes se encontraba tan enferma, no hubo nadie que pudiera impedírnoslo —dijo el joven y comprobó que Holm tenía los ojos fijos en él—. No me mire así. Le juro que no me casé por su dinero. Por todos los santos, soy el heredero de la casa de Rosyth. ¡No necesito su exigua dote!

Holm pareció considerar la cuestión durante unos instantes.

—Le pido disculpas —dijo por fin—. Sé que no es usted tan frívolo como podía parecer al principio. Le confieso que había empezado a apreciarle, y mucho. Sus palabras me sorprendieron, eso es todo. Por un momento temí que me hubiera equivocado al juzgarle.

Killian sacudió la cabeza, cerró los ojos y se echó hacia atrás los cabellos con los dedos.

—No, por favor, no se justifique. No soy un santo. En realidad no puedo siquiera explicármelo a mí mismo. Simplemente... ocurrió. Y ahora tenemos que decírselo al señor Fergusson.

—¿Podría esperar un poco? —le dijo Holm, pensativo—. Quiero decir... a menos que Jessamijn haya regresado con usted.

—No, está aún en Askeberga —respondió el joven—. Acordamos que regresaría a buscarla cuando las cosas se hubieran calmado un poco

por aquí.

—Eso puede significar bastante tiempo —dijo Holm con sonrisa triste, aunque enseguida adoptó de nuevo su expresión seria—. La verdad es que he estado investigando un poco. ¿Recuerda que me habló del señor Milner antes de marcharse? Pues bien, parece que, efectivamente, tiene algo que ocultar. Una amante y varios hijos ilegítimos, para ser exactos.

—¿Cómo lo ha averiguado? —preguntó Killian, con un parpadeo de sorpresa.

—Espiando —respondió Holm, encogiéndose de hombros—. No es algo que haga habitualmente, pero la ocasión parecía importante. Tan solo me dediqué a seguirlo cada vez que tuve oportunidad. De hecho, me sorprende que haya podido guardar el secreto tanto tiempo, pues no es lo que se dice muy discreto.

—Entonces ¿nadie más lo sabe?

—No creo —respondió Holm—. Excepto el señor Fergusson, por supuesto.

—Claro —dijo Killian—. Así que estábamos en lo cierto, pero ¿en qué se han puesto de acuerdo? Eso es lo que todavía no entiendo.

—Yo tampoco —afirmó Holm—. Es una pena que no podamos registrar como es debido el estudio del señor Fergusson, pero es imposible pedirle a Jessamijn que asuma semejante riesgo. Debe de tener algún escondrijo secreto ahí, donde puede que haya más pistas.

—Oh, no necesitamos implicar a Jess en algo así, porque tengo a la persona indicada para ello —dijo Killian, sonriente—. Permítame que se la presente.

Killian se retiró y regresó al instante en compañía de Adair. Al principio Holm recelaba, pero al cabo del rato se dejó persuadir y aceptó que el muchacho los ayudara. Como demostración de sus habilidades, Adair sacó de pronto de su bolsillo el reloj del señor Holm, que había sustraído por indicación de Killian en cuanto se le había presentado la oportunidad.

—¿Lo ve? —dijo Kinross, mientras daba empujoncitos a su criado para que devolviera el botín—. Es rápido como el rayo. Si alguien puede hacerlo, ese es Adair.

—No debería permitirle asumir ese riesgo —objetó Holm—. ¿Qué pasaría si el señor Fergusson lo sorprendiera con las manos en la masa? Con toda seguridad entregaría al muchacho a la Justicia y el castigo sería muy severo.

—No se preocupe, señor, nadie me atrapará —repuso Adair, muy seguro de sí mismo—. Si noto que alguien se acerca, saltaré por la ventana. Siempre la dejo abierta para poder escapar.

Holm sacudió la cabeza, pero finalmente dio su brazo a torcer y acordaron que Adair lo intentaría aquella misma noche.

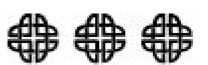
—Mejor será que se mantengan lejos de la vista de todos hasta la noche —dijo Holm—. Vayan a casa de la señora Ljung y quédense allí. Iré a verles mañana por la mañana y, si han encontrado algo, me lo enseñan entonces.

—De acuerdo —dijo el muchacho. Él y su señor se dirigieron a la puerta para retirarse, pero Killian recordó algo y se volvió.

—Ah, por cierto, señor Holm, si algún escocés se presenta y pregunta por mí, dígale por favor que ya zarpé rumbo a China.

—Bien, lo haré si así lo desea, pero ¿por qué? —inquirió el sueco.

—Es una larga historia —repuso Killian—. Se la contaré en alguna otra ocasión. Le quedaré muy agradecido si me hace ese favor. Bueno, hasta la vista.



Era una noche sin luna ni estrellas y tanto Adair como Killian se habían vestido con ropas de tonos oscuros para fundirse entre las sombras y pasar lo más desapercibidos que les fuera posible. Apenas circulaba nadie por las calles a aquellas horas. Tan solo vieron al pasar a unos cuantos noctámbulos que cantaban a pleno pulmón y a una pareja de jóvenes, sirvientes de alguna casa, abrazados bajo un soportal. Kinross y su criado llegaron hasta la casa de los Fergusson sin ser vistos. Adair caminaba cincuenta pasos por detrás de Killian y se reunieron en el patio, justo tras la verja de la entrada, que saltaron sin dificultad.

—¿Nos ha seguido alguien? —preguntó Killian mientras miraba a su alrededor.

—No —respondió Adair—. Ya le dije que vi al tal Allan medio dormido en la posada. Ha estado bebiendo y no irá a ninguna parte en una noche tan fría como esta.

Killian, intranquilo, notó cómo un escalofrío le recorría la espalda de principio a fin.

—Espero que tengas razón —dijo—. Ahora ¿seguro que recuerdas lo que te expliqué acerca de la distribución de la casa?

—Oh, descuide, señor Kinross —respondió el adolescente—. Me las arreglaré bien. Usted espere aquí, junto a la ventana, y si salto de repente, eche a correr como el viento.

La cosa parecía sencilla, pero Killian tenía más dudas de las que había dejado entrever al señor Holm. En una situación normal nunca hubiera encargado a Adair entrar en casa de nadie, tan solo seguir a la gente y mantener los ojos abiertos, pero este caso era diferente, pues su futuro estaba en juego.

El joven se agachó junto a la ventana del estudio de Fergusson y vio cómo Adair se dirigía hacia la puerta trasera de la casa. Una vez allí, el pilluelo se apresuró a forzar la cerradura, que probablemente era de un mecanismo muy sencillo. Acto seguido, desapareció dentro de la vivienda y cerró la puerta tras de sí, sin el menor ruido. Killian apretó los dientes y rezó por que saliera de allí sano y salvo. Si algo le ocurriera al muchacho, sería culpa suya y no podía soportar ni siquiera pensarlo.

A Killian le pareció que había transcurrido una eternidad cuando, de pronto, la ventana que se encontraba encima de su cabeza se abrió justo una rendija y Adair siseó desde dentro.

—Tenga, eche un ojo a esto —dijo, mientras tendía a su señor un manojo de papeles—. Yo no entiendo el sueco, pero parece importante.

Killian echó mano de los documentos con manos impacientes.

—Espera ahí, a menos que aparezca alguien. Tardaré un poco —susurró, antes de dirigirse a la letrina que había en el patio. Una vez dentro, trató de no pensar en el olor nauseabundo del lugar y se concentró en alumbrar un pequeño farolillo que había llevado consigo. Hecho esto, examinó lo más rápido que puedo los papeles. La mayoría eran contratos firmados por Fergusson con diversos mercaderes, todos ellos plenamente legales, por lo que Killian podía

ver. La verdad, no sabía con exactitud qué era lo que estaba buscando —algo que incriminara a Fergusson en asuntos turbios, con Milner— y por ello sentía cierta decepción al avanzar en su rastreo, pero no sorpresa. Sin embargo, al final del legajo encontró algo infinitamente más interesante, tanto que sintió cómo la respiración se le entrecortaba y los latidos de su corazón comenzaban a galopar.

Se trataba de un documento de aspecto oficial, escrito en sueco, y con un encabezamiento que rezaba:

Testamente. Aaron Vilhelm Van Sandt. Anno Domini 1725.

Killian ya entendía lo suficiente el idioma sueco como para enterarse de la mayor parte de las cosas. Aunque aquel documento estaba escrito en complejo lenguaje jurídico, consiguió captar la esencia de lo que decía. Hojeó por encima la primera parte del testamento, que parecía contener las frases habituales sobre las plenas facultades mentales del testador y demás detalles similares, y pasó a la parte verdaderamente importante que venía a continuación, en la que se detallaban los términos de la herencia.

«…och till min Dotter Jessamijn Katrijna Van Sandt överlåtes härmed full kontroll av Messrs. Van Sandt & Fergusson, på villkor att hon låter sig tillrådovigas av Herr Robert Fergusson i den mån hon behöver tills dess hon når en ålder av tjugo-fem år eller ingår giftermål. Vid sådant tillfälle skola halva denna firma tillhöra henne hoch halva hennes make och de två skola råda över allt gemensanmt…».

Killian sintió que la cabeza le daba vueltas. Si entendía aquello correctamente, la empresa pertenecía por entero a Jessamijn y, en caso de que se casara, la mitad pasaría a propiedad de su marido, es decir, a él. Ajeno por unos instantes al lugar donde se encontraba, se dejó caer sentado.

—Dios mío —murmuró—. No me extraña que el hombre tuviera prohibido a Jessamijn ir a fisgar por el almacén.

El testamento continuaba con una larga serie de estipulaciones, pero, por lo que Killian pudo entender, no se mencionaba a Fergusson más que en calidad de asesor, sin ningún derecho de propiedad.

Aquella idea sorprendió a Killian, que ahora lo entendía todo

demasiado bien. De alguna manera, Fergusson se las había arreglado para mantener oculto el testamento y se había apropiado del control de la compañía. ¿Cómo podía haber ocurrido algo así?

La única explicación que podía imaginarse era que el testamento nunca hubiera sido verificado, o tal vez que Fergusson hubiera entregado uno falso al magistrado Milner y le hubiera chantajeado para que lo declarara legal. Nadie excepto Jess había cuestionado las acciones de su padrastro. Todo el mundo pensaba que tenía derecho a controlarlo todo como le viniera en gana. Casarse con la viuda había sido, desde luego, una jugada maestra.

O más bien un atropello.

Killian recordó de pronto que se encontraba en una pestilente letrina y que el pobre Adair esperaba aún en el estudio. Después de guardarse el testamento en un bolsillo del abrigo, recogió a toda prisa el resto de los papeles, salió del excusado y cruzó el patio hasta llegar de nuevo a la ventana.

—¿Estás ahí? —susurró.

—Sí —respondió Adair.

—Coloca estos papeles en el mismo lugar en que los encontraste y asegúrate de no dejar ninguna huella de tu visita —indicó Killian.

—Por supuesto —se apresuró a asegurar Adair.

Los papeles desaparecieron en el interior de la casa y la ventana se cerró con un suave chasquido. Al poco rato, Adair apareció por la puerta trasera y llegó a paso rápido hasta donde lo esperaba Killian.

—¿Algo interesante? —preguntó.

—Te lo diré luego —respondió Killian—. Vamos.

Abandonaron el patio uno detrás de otro, con movimientos tan sigilosos como los de dos depredadores en busca de sus presas. A continuación se dirigieron por caminos separados hacia la casa de la señora Ljung y se reunieron en su puerta principal. Una vez dentro, Killian suspiró de alivio y se dejó caer en una silla.

—Gracias, Adair —dijo—, bien hecho. Nunca volveremos a repetir algo así de manera tan precipitada. Me siento como si me hubieran exprimido por dentro. La tensión era insoportable.

Adair le dedicó una amplia sonrisa.

—Pero ¿mereció la pena? ¿Encontró algo?

—Oh, sí —respondió Killian—. Creo que al señor Holm le va a parecer interesante, muy interesante.

Capítulo 23

Capítulo 23

Askeberga (Småland)

Habían pasado varias semanas desde la partida de Killian y Jess sentía que se hundía más y más en la tristeza. Echaba de menos su compañía, la forma en que le acariciaba el pelo, su sonrisa traviesa... en definitiva, su presencia. Por añadidura, ella tenía la culpa de que él se hubiera marchado tan de repente.

La joven era consciente de que había asuntos que resolver en Gotemburgo y de que su madre y su padrastro debían recibir la noticia de su matrimonio. Sin embargo, había esperado que Killian permanecería junto a ella unos cuantos días más para que ambos pudieran acostumbrarse a su nueva situación y hacer planes. Por ejemplo, ella no tenía ni idea de dónde viviría mientras durara el viaje de Killian o de qué debía hacer ahora que era una mujer casada.

Casada. La palabra misma le parecía una broma.

¿Qué clase de esposa era ella, que prácticamente había echado a su marido a patadas de la cama en la noche de bodas? «Una esposa prudente», se había repetido a sí misma varias veces, pero una vocecilla interior le susurraba que se había comportado como una idiota. ¿De verdad quería un matrimonio de conveniencia? Él se había conducido como si lo suyo fuera un matrimonio de verdad y no simplemente un arreglo por interés. Aunque todavía dudaba de la capacidad de aquel hombre para serle fiel, ahora se daba cuenta de que prefería aquello a un casamiento por contrato, tuviera o no que compartir a su marido con otras mujeres.

Sin embargo, ya era demasiado tarde y no tenía esa posibilidad.

¿Regresaría a por ella, como le había prometido? ¿O permanecería en Gotemburgo, disfrutando de su parte de la dote, antes de marcharse a China? ¿Y si no volvía a verlo nunca y todo lo que le quedaba de él era su apellido? Señora Kinross. Aún le sonaba extraño.

Jess clavó la mirada en el fuego de la chimenea frente a la que tanto rato habían pasado juntos, ella y Killian, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Impaciente, se las enjugó con un brusco movimiento de las manos. ¿De qué servían las lágrimas? No, tenía que saber capear la situación de la mejor manera posible y rezar a Dios para que protegiera a Killian. Si regresara sano y salvo de su viaje, aún sería posible corregir los errores y empezar de nuevo. O no...

Kerstin, la doncella, entró en la habitación con aire furtivo y Jess frunció el ceño.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

—Britta me ha pedido que le pregunte si puede usted pasar a la cocina para ver una cosa, señorita, quiero decir, señora —dijo.

—¿De qué se trata ahora? —repuso Jess—. Es muy tarde. Britta ya debería haber terminado su trabajo por hoy.

—Es poca cosa —repuso la criada—. No le llevará más que un momento.

—Oh, de acuerdo.

Jess no estaba de humor para hablar de las compras o de planes para las comidas. De hecho, hacía varios días que había perdido el apetito. Con un suspiro, siguió a Kerstin hasta la cocina y, al llegar al umbral, se detuvo en seco.

—Buenas tardes.

Como si sus anteriores pensamientos lo hubieran conjurado, allí estaba Killian, en la puerta trasera, con su abrigo de piel de oso, aún más apuesto de lo que ella recordaba, a pesar de que la miraba con el ceño fruncido. El recién llegado se limitó a hacer una inclinación formal, sin dar un paso para saludar a su esposa de ninguna otra manera. Jess sintió que se le encogía el corazón.

—Killian, yo… ¿qué estás haciendo aquí? —articuló—. ¿Has venido a recogerme?

El joven asintió.

—Sí, pero me temo que tendremos que dejar atrás a la señora Forbes.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Aún está muy débil, pero creo que, si vamos despacio, podrá aguantar el viaje.

—No, lo siento —dijo Killian—. Nos vamos los dos solos y nadie debe saberlo.

Jess lo miró, confusa.

—No entiendo —dijo—. ¿Ocurrió algo después de que anunciaras la noticia de la boda a mi madre y a Robert?

—No se lo he dicho aún. Lo cierto es que ni siquiera los he visto —repuso él y miró al suelo. A continuación, carraspeó para aclararse la

garganta—. Me temo que traigo malas noticias. El pequeño de tus hermanos ha muerto. No fue lo bastante fuerte como para superar la tos ferina. Lo siento.

Jess oyó un grito que parecía venir de muy lejos y comprendió vagamente que había partido de ella misma. De repente, se cubrió la boca con la mano y sintió un zumbido en los oídos. Parpadeaba, tratando de aclarar su visión, ya que le parecía que había motas negras bailando ante sus ojos. Le daba la impresión de que el suelo se movía bajo sus pies.

—¡Oh, no, Dios mío, no! James, mi niño...

Jess rompió a sollozar, incapaz de asimilar aquel desastre. Killian se adelantó, la abrazó y le palmeó la espalda.

—Lo siento mucho —repetía en voz baja, tratando de consolarla. Jess se apoyó en su hombro y dejó que sus lágrimas fluyeran.

—Yo... yo... sabía que no era fuerte, pero como el médico dijo que solo los recién nacidos se morían. Dijo... dijo...

La joven no pudo continuar, ya que las palabras se le quedaban agarrotadas en la garganta.

—Normalmente eso es lo que ocurre, pero James estaba débil, al parecer a causa de otras enfermedades —explicó Killian—. Eso fue lo que me dijo el señor Holm. Los niños son seres frágiles. El médico no pudo hacer nada. De verdad lo siento. Sé lo mucho que lo querías.

Jess se sentía reconfortada por la presencia de Killian y él la tranquilizaba pacientemente, con palabras de consuelo, hasta que cesó su llanto. A pesar de ello, se percibía entre ellos una tirantez que no existía antes de su noche de bodas. Tan pronto como controló su llanto, Jess se separó de él.

—Pobre mamá. ¿Cómo lo soportará? —se preguntó apesadumbrada, mientras recordaba cómo Katrijna sufría por sus retoños.

—No lo sé —respondió Killian—. Sin duda el tiempo aliviará su pena y además tiene que ocuparse de Ramsay.

—Sí, por supuesto —dijo Jess, barriendo las lágrimas de su cara con el dorso de la mano—. Debe de estar totalmente desconcertado. Para un niño es muy difícil entender una situación así. Entonces... ¿no los has visto, a ninguno?

—No y creo que es mejor que mantengamos nuestro matrimonio en secreto por el momento —repuso Killian—. El señor Holm lo sabe y aprueba nuestra decisión. Hay sin embargo otras cuestiones que debemos discutir, aunque no ahora. Tenemos que irnos al amanecer. ¿Puedes preparar el equipaje? Escríbele una nota a la señora Forbes para decirle que te has ido porque no podías soportar más tu destierro y quieres empezar una nueva vida en otro sitio. No le digas adónde vas, para que no pueda informar a nadie. Estoy seguro de que Fergusson enviará a alguien a buscarla, a su tiempo.

—Pero ¿por qué no puede venir? —insistió Jess.

—Mañana te lo explicaré todo —respondió Killian—. No nos conviene que nadie sepa que estás en Gotemburgo y tampoco le digas a ella que yo estoy aquí. Dormiré con los caballerizos esta noche —ya les he pagado para que no digan ni una palabra. ¿De acuerdo?

—Muy bien. Si crees que es necesario....

—Sí, así es —concluyó Killian—. Hasta mañana, entonces.

Dicho esto, salió de la casa y Jess lo siguió con la mirada, tratando desesperadamente de poner orden en sus pensamientos.

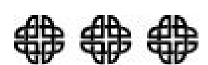
Britta entró en aquel momento en la cocina.

—¿Ha oído algo de lo que se ha dicho? —le preguntó Jess.

—Sí, algo, pero no diré nada a nadie —respondió—. Creo que el señor Kinross sabe lo que hace. ¿Quiere que le ayude a hacer el equipaje?

—Sí, por favor —dijo Jess con un suspiro—. Aunque la señora Forbes ya está durmiendo, procuremos no hacer ruido.

Jess deseó tener tanta fe en su marido como la que Britta demostraba. ¿Por qué todo aquel secretismo?



—Así que ya lo ves, la empresa nos pertenece, a ti y a mí, a excepción de una participación del diez por ciento que tu padre cedió a Fergusson cuando se convirtió en socio minoritario. Podemos hacer lo que queramos con ella. Es toda nuestra.

Viajaban de nuevo en el trineo, aunque esta vez separados por dos buenos palmos de distancia. Jess rememoraba con nostalgia el anterior viaje, cuando Killian la había mantenido tan caliente en sus brazos, pero apartó aquellos pensamientos de su mente para concentrarse en las importantes noticias que acababa de recibir.

—¡Sabía que ocultaba algo! —exclamó la joven, traspasada de furia, al tiempo que golpeaba el asiento con el puño—. Y estaba segura de que mi padre nunca habría dejado la empresa a mi madre. Aun así, Robert hizo que sonara tan plausible que llegué a dudar de mí misma.

Jess se sentía anonadada por el efecto de las revelaciones de su marido. Por una parte estaba exultante, pero por otra deseaba arrancarle los miembros a Fergusson, uno a uno.

—Pues bien —corroboró Killian—, tu instinto no te engañaba. Albert, pues el señor Holm ya me ha dicho que puedo llamarle así, ha ido a ver al señor Milner. Entre los dos van a trabajar los aspectos legales, para que no quede ninguna duda de quiénes son los dueños de la compañía. Fergusson tenía cierto poder sobre él, pero ahora que hemos averiguado de qué se trataba, el magistrado se ha dado cuenta de que otros podrían también destapar su secreto y por tanto ya no vale la pena seguir ocultándolo.

—Me alegro —comentó Jess—. Pobre hombre. No me gustaría que Robert me chantajeara, eso desde luego.

—Ni a mí —repuso Killian—. En todo caso, ahora tenemos que planificar lo que vamos a hacer. Albert cree que debemos proceder con cautela y no dejar que Fergusson se entere de lo que hemos averiguado, al menos no hasta que todos los documentos legales estén preparados. Por otra parte ha dicho que, dado que pronto me embarcaré rumbo a China, podríamos intentar reunir la mayor cantidad posible de capital de la compañía e invertirlo en la expedición. Sin embargo, no cree que debamos vender ninguna propiedad. Así, si la expedición fracasa, quedará algo en lo que poder apoyarse. ¿Qué te parece?

Jess se sintió muy complacida al ver que Killian la consultaba. Resultaba evidente que él estaba todavía enfadado con ella y no se había referido ni una vez a la circunstancia de su matrimonio. Sin embargo, la trataba como a un igual en todas las cuestiones relativas al negocio. Era maravilloso que tuvieran en cuenta su opinión, así que pensó con detalle sobre la cuestión antes de responder.

—Sí, creo que es una buena idea —respondió—. ¿De cuánto dinero cree que disponemos?

—No está del todo seguro, pero dice que en torno a los cinco mil táleros, ya que hay algunos pagos pendientes —dijo Killian—. Si los documentos legales no están listos para la fecha en que vamos a zarpar, y Fergusson se da cuenta de que falta el dinero, Albert dijo que podríamos fingir que tú lo habías robado. Por eso quería que escribieras una nota para la señora Forbes sobre tu supuesta nueva vida. Eso debería llevarle a buscar en Småland, y no cerca de casa. Así, cuando se dé cuenta de la verdad, ya será demasiado tarde.

—Pero seguro que alguien me verá...

—Tendrás que quedarte recluida en mis aposentos hasta que todo esté preparado y Albert y tú podáis enfrentaros a Fergusson en compañía de Milner —dijo Killian—. No quiero ni imaginar lo que haría si te descubriera mientras tanto. Lo siento, pero tendrás que esconderte durante algún tiempo.

—Supongo que tiene sentido —aprobó Jess—. ¿Cuándo te vas? ¿Han fijado una fecha para zarpar?

La idea de verlo partir la hizo sentir de nuevo que algo punzante le atravesaba el corazón.

—Estaré a bordo del barco dentro de una semana —respondió él—. El señor Campbell espera zarpar a más tardar el 20 de febrero.

—¿Y qué ocurrirá si hay hielo? —preguntó Jess.

Killian se encogió de hombros.

—Me han dicho que es posible abrirse camino hasta que el barco salga a mar abierto, pero lo más seguro es que no haga falta llegar a eso. El tiempo ha sido más suave en las últimas semanas —dijo y miró fijamente a su mujer—. ¿Estás de acuerdo entonces con lo que Albert ha sugerido? Tal vez esté extremando mucho las precauciones, pero hay otros motivos que hacen recomendable mantener la discreción.

—¿Qué quieres decir?

—Un muchacho que tengo a mi servicio, Adair, ha venido hace poco de Edimburgo —explicó Killian—. El motivo de su viaje era advertirme de que mi primo ha enviado a un sicario de nombre Allan a Gotemburgo, con la probable intención de causarme daño. Es

posible que ya se haya marchado, puesto que Albert tiene instrucciones de decirle que zarpé rumbo a China si pregunta por mí. Sin embargo, en caso de que decida investigar un poco más a fondo, tal vez descubra que no me he zarpado todavía.

Killian ya había puesto al corriente a Jess acerca de la enemistad entre él y su primo, así que a ella no le sorprendió demasiado que Farquhar hubiera enviado a un matón a sueldo.

—Pero ¿qué tiene todo esto que ver conmigo? —preguntó, confusa.

—Si Allan descubre que estoy casado, tal vez podría ir contra mi mujer —respondió Killian—. ¿Quién sabe? Farquhar no se alegraría precisamente si se enterase de que ya no soy soltero. Le daría igual que lo nuestro sea tan solo un arreglo de conveniencia. Si yo llegara a tener descendencia, él la vería como un nuevo obstáculo para sus propósitos.

—Pues quería hablarte de eso —dijo Jess después de respirar hondo. Trataba de armarse de valor para explicar a Killian que había cometido un error al querer imponer su contrato matrimonial al pie de la letra. Sin embargo, este la cortó en seco con un gesto de la mano.

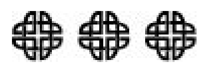
—No te preocupes, ya has dejado muy claro tu postura y no te molestaré para nada en Gotemburgo, si es eso lo que te quita el sueño —dijo, cortante.

—No, no se trata de eso... —trató de replicar Jess, mordiéndose el labio.

—En el lugar donde resido hay dos habitaciones —interrumpió de nuevo Killian— y ya lo he dispuesto todo para que Adair y yo nos acomodemos en una y tú en la otra. Como ves, no hay nada más que discutir, así que, en lo que respecta a la empresa...

El joven continuó hablando de negocios y, aunque a Jess le complacía que tuviera en cuenta sus opiniones, hubiera preferido que la conversación derivara hacia su problema matrimonial. Sin embargo, le daba la impresión de que él ahora lamentaba su noche de bodas tanto como ella creía haberla lamentado en un principio y por tanto no había vuelta atrás.

Jessamijn tragó saliva con dificultad para intentar deshacer el nudo de tristeza que le oprimía la garganta y se concentró en los asuntos económicos. Quizá encontraría otra ocasión para tratar de reconstruir los puentes entre ellos. Por el momento, era una causa perdida.



—Mi niña querida, es maravilloso volver a verla —dijo Holm mientras abrazaba estrechamente a Jess, algo muy inusual en él, y ella se obligó a reprimir una lágrima de emoción. No entendía lo que le ocurría, ya que no solía ser tan llorona.

—Me alegro mucho de estar de vuelta, aunque Killian me ha dicho que tengo que ocultarme durante algún tiempo —dijo.

—Sí, pensamos que será lo mejor —corroboró el sueco—. No sería prudente subestimar a tu padrastro y, si se entera de nuestros planes, no quiero ni imaginar lo que podría hacer para detenernos. Desde luego intentaría destruir la evidencia y podría llegar a atacarnos físicamente, a nosotros y a Milner. ¿Quién sabe? Toda su vida está a punto de derrumbarse.

—La verdad, creo que se lo tiene bien merecido, aunque estoy preocupada por lo que todo esto pueda suponer para mi madre —dijo Jess—. Sé que ya lo está pasando muy mal y desearía estar junto a ella en estos momentos.

Holm asintió con expresión triste.

—Sí, pobre mujer —dijo—. Sin embargo, ella ya sufrió la experiencia de perder hijos, sus otros hermanos fallecidos cuando eran pequeños, y entonces se recuperó. Espero que sea igual esta vez, aunque es una verdadera tragedia.

Jess se limitó a asentir con la cabeza, sin atreverse a hablar, ya que la emoción la embargaba.

—Bueno, hay motivos para la celebración también —dijo Holm—. Había olvidado darle la enhorabuena por su boda. Les deseo toda la felicidad del mundo. Creo que ha escogido a un buen esposo, querida.

Holm miró sonriente a Killian, quien se sintió muy azorado por aquel elogio.

—Oh… ¿de veras? —dijo Jess, sorprendida por las palabras del sueco. No se había dado cuenta de que Holm apreciaba tanto a Killian.

—Por supuesto —corroboró el asistente principal—. Ahora solo tiene que regresar sano y salvo de esa expedición a Extremo Oriente y hará

una magnífica aportación al desarrollo de esta empresa. Estoy seguro de que ustedes dos, juntos, la harán prosperar como nunca. Será un placer trabajar con ustedes, si es que siguen contando conmigo, claro está.

—¡Por supuesto! —exclamaron al unísono Jess y Killian, lo cual hizo reír a Holm.

—¿Lo ven? Piensan de la misma manera. Excelente —comentó.

«Qué pena que no pensemos de la misma manera en otras cuestiones», se dijo Jess para sus adentros, pero concluyó que de momento tendría que conformarse con su sintonía en los negocios. Debía estar satisfecha por el giro que las cosas estaban dando en cuanto a su situación respecto a Robert y por el hecho de que pronto se vería libre de su control. Y lo estaba... ¿o no?

—Bien, dígame entonces qué vamos a hacer exactamente —señaló por fin, tratando de dar tono de formalidad a su voz—. ¿Hay documentos que deba firmar?

—Sí, ya lo creo —respondió Holm—, y los he traído, así que podemos empezar.

Capítulo 24

Capítulo 24

Edimburgo (Escocia)

—¿China? ¿Habla en serio?

Farquhar miraba fijamente a Allan, incrédulo ante lo que acababa de oír.

—Sí, señor Kinross —afirmó Allan—. Me lo dijo en persona el hombre para el que trabaja su primo. Se ha ido por al menos un año y medio, así que me pareció que no tenía mucho sentido quedarme esperando por allí. Siempre puedo volver más adelante.

A regañadientes, el sicario colocó en la mesa la bolsa de dinero que le había entregado Farquhar, pero este la empujó de nuevo hacia él con un resoplido de frustración.

—No, no, quédese esto —dijo—. Creo que es lo mínimo que le corresponde después de las molestias. Pero... ¿China? ¿Qué demonios pretende hacer allí?

—He oído que el comercio da buenos beneficios —explicó Allan—. Pasé cierto tiempo hablando con los escoceses que se reúnen en una posada de Gotemburgo. Todos los que pueden permitírselo han invertido en la expedición y aseguran que esperan ver sus dineros multiplicados por diez, como mínimo.

—¿Tanto? Dios mío, hay que impedirlo —dijo alarmado Farquhar y después quedó pensativo—. Bien, parece que no queda otra salida. Tendré que viajar yo mismo a China. No puedo encargarle a usted una misión a un sitio tan lejano.

Allan se estremeció y pareció considerar la cuestión durante un instante, pero acto seguido negó con la cabeza.

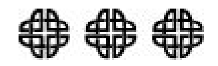
—No, lo siento, nunca me han atraído los países extranjeros —dijo—. No creo que pudiera sobrevivir a otro viaje por mar. Nunca había estado tan enfermo en toda mi vida.

—En ese caso, de acuerdo —asintió Farquhar—. Gracias por la información, en todo caso. Confío en que mantendrá la discreción, como siempre, y así podremos continuar con nuestra colaboración en el futuro.

—Por supuesto —respondió Allan—. Tiene mi palabra.

«Si es que vale algo», pensó Farquhar. En fin, si Allan le creaba dificultades, tendría que eliminarlo también. Las cosas se estaban

empezando a complicar de verdad. «Maldito Killian, he de verte en el infierno…».



Killian había sentido una gran aprensión ante la idea de pasar tanto tiempo con Jessamijn en un espacio tan exiguo como las estancias que ocupaba en casa de la señora Ljung. Le parecía imposible encontrarse en una habitación con ella sin verse acometido por el deseo más urgente. Sin embargo, para su gran alivio, el señor Campbell lo mantenía muy ocupado casi todo el tiempo, lo cual le ahorraba incontables horas de padecer aquella tortura. Enfrascado en los preparativos de la expedición, apenas veía a Jess.

—Tiene que ayudarme a controlar que todo lo que he encargado sea subido a bordo —le había dicho su nuevo empleador—. No puede faltar ni un solo artículo, o tendré problemas. He preparado con mucho cuidado esta expedición y, si algo se pierde, será mi responsabilidad.

—No se preocupe, señor Campbell —La seriedad de las palabras de Killian lo tranquilizó al instante.— Me aseguraré de que todo esté en orden.

El joven subió a bordo del *Friedericus Rex Sueciae* y supervisó el embarque del cargamento y de las provisiones. En primer lugar se cargó el mineral de hierro, en el nivel inferior de la bodega, para que sirviera de lastre. Este se cubrió con tablazones y el resto fue colocado encima: alquitrán, cobre, maderas, forjados y también innumerables toneles llenos de agua y comida. A Killian le pareció que la cantidad de provisiones que se necesitaban era verdaderamente ingente. Se cargaron casi doscientos sacos de galletas de barco, junto con barriles y más barriles llenos de carne de cerdo en salazón, pescado seco, guisantes y cebada, sin olvidar el queso y la mantequilla. Naturalmente no faltaba el ubicuo arenque salado y numerosos sacos de avena para preparar las gachas del desayuno.

El agua no era la única bebida a bordo. Cerveza de baja graduación, aguardiente para la tripulación y vino para la mesa del capitán y los sobrecargos: todo ello fue almacenado aparte del resto de las provisiones. Cuando todo esto estuvo correctamente almacenado, trajeron los animales vivos que deberían ser sacrificados durante el viaje. Las pobres criaturas —ovejas, cerdos, gansos, pollos e incluso

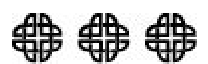
una vaca lechera— iban encerradas en jaulas. Los cerdos fueron colocados en la cubierta inferior y los demás en la de en medio. Ninguno de ellos parecía demasiado contento con su destino y protestaban a coro haciendo mucho ruido. Los carpinteros del barco anclaron firmemente los habitáculos para que estuvieran seguros en caso de que hubiera marejada. Killian se sorprendió a sí mismo preguntándose si también los animales se marearían con el oleaje.

Cuando ya pensaba que era imposible meter nada más en el barco, llegaron nuevos suministros.

—¿Qué es todo esto? —preguntó a Campbell, que trabajaba junto a él revisándolo todo una y otra vez.

—Alquitrán, madera y materiales de construcción, por si hubiera que efectuar reparaciones —contestó el aludido, con un suspiro—. Munición para los cañones y otras armas. Velas para las linternas, leña para cocinar, pienso para los animales... La lista es interminable, pero pronto habremos acabado y zarparemos. Espero no haber olvidado nada.

Amén, pensó Killian.



Una corriente de aire frío que le alcanzó el rostro y la danza momentánea de las llamas en la chimenea alertaron a Jess de que alguien había abierto sigilosamente la puerta que se encontraba a su espalda. Se volvió y vio a Killian, que acababa de cruzar el umbral y la miraba con los ojos entrecerrados y la expresión inescrutable. El repentino de deseo ser abrazada por él se apoderó de ella y tuvo que reprimir un respingo.

—He venido a despedirme —dijo él—. Mañana zarpamos. Voy a pasar la noche en la posada, con los sobrecargos. Haré todo lo posible por conseguir el máximo beneficio para nuestra empresa y, en cuanto regrese, tendrás la mitad que te corresponde y podrás hacer con ella lo que desees.

Jess sintió el peso de un gran dolor en sus entrañas, como si Killian hubiera muerto. En todo caso lo había perdido, ahora sí lo tenía claro. Había pasado toda una semana y él la había mantenido a distancia, sin dejarle siquiera mencionar la palabra «matrimonio». Era ella

misma quien lo había apartado con su estúpido comportamiento y ahora no había vuelta atrás. Asintió, tratando de sobrellevar su destino con dignidad, pero el dolor la mordía por dentro y la obligó a cerrar los brazos alrededor de su cuerpo, como para protegerse.

—Ve con Dios —dijo en voz baja—. Espero... espero que regreses sano y salvo.

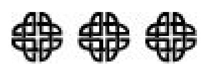
—¿Estás segura? Tal vez sería mejor para ti que no regresara —replicó él mientras extraía con lentitud de uno de sus bolsillos interiores un grueso haz de documentos y lo lanzaba sobre la mesa—. Aquí está mi testamento debidamente legalizado, en el que te nombro única heredera de todas mis propiedades, a excepción del barco, el *Lady Madeleine*. El capitán Craig sabe lo que hay que hacer con él. También he incluido una carta de despedida para mi abuelo en la que le hablo de ti. Si no vuelvo, me gustaría que le hicieras una visita y le dijeras que su nieto no fue en realidad el zángano que él creía que era. Quién sabe, tal vez a ti te crea.

—Yo... claro, por supuesto, si es lo que deseas —dijo Jess—. Aunque la verdad espero que no haga falta llegar a eso. Me daría mucha pena que no volvieras.

—Bueno, es reconfortante saberlo —repuso Killian con un tono que ella no supo si era de ironía o de amargura, pero que no le gustó de ninguna de las maneras—. Que Dios te guarde a ti también. Reza por nosotros.

Dicho esto se marchó y Jess quedó como paralizada bajo un enorme peso.

Lo había perdido para siempre.



—¿Jessamijn? Jess ¿estás ahí?

Los golpes en la puerta despertaron a Jess de un sueño muy profundo. Se levantó trabajosamente y fue a abrir, sin recordar que debía preguntar quién era. Por suerte se trataba de Albert, que la miraba algo azorado mientras se sacudía la nieve que le había caído en el cabello.

—Albert, no le esperaba aquí tan tarde —dijo—. ¿Hay alguna

novedad?

Habían pasado tres días desde que Killian se despidiera y marchara a embarcar, pero Jess apenas lo había notado, ya que el transcurso del tiempo había dejado de tener sentido para ella. Miro a Holm con el ceño fruncido, mientras se recogía el pelo en un moño detrás de la nuca y se alisaba el vestido.

—No, no, solo quería verla —respondió el sueco, que se apoyaba alternativamente en uno y otro pie, como si no supiera bien qué hacer.

—Está bien, entre —dijo por fin Jess—. Esto está bastante desordenado. No he tenido tiempo de recoger hoy.

Albert inspiró profundamente y caminó hasta la ventana. Allí permaneció, mirando a la oscuridad circundante. El aire fresco del exterior parecía haberlo acompañado hasta la habitación y Jess se dio cuenta de que echaba de menos salir de su encierro. Ya no podía faltar demasiado para que todo estuviera listo y estuvieran en condiciones de enfrentarse a Robert. De pie junto a la estufa, esperó pacientemente a que Albert se decidiera a hablar. Sabía que le gustaba pensar bien las cosas antes de decirlas, así que nunca lo apremiaba.

—No sé si lo sabe, pero las esposas de los sobrecargos y las de los oficiales de la tripulación pueden subir a bordo del barco para despedirse —dijo al fin, mientras se volvía hacia su interlocutora con mirada inquisitiva—. He notado que usted y su marido no están en buenos términos, pero va a partir a un viaje bastante peligroso. Tal vez quiera considerar la posibilidad de resolver sus diferencias con él antes de que zarpen, por si acaso…

Albert no completó la frase, pero Jess entendió su significado. Si Killian no regresaba, aquella sería su última oportunidad de reconciliarse con él.

—Lo sé —respondió ella, en voz baja y con un suspiro—, pero no creo que se alegre de verme a bordo. El malentendido entre nosotros es tal que… bueno, es complicado. La verdad, creía que el barco había zarpado ya.

—No, aún no —confirmó Holm—. Los vientos no han sido favorables estos días. La cuestión es que, si le ocurre algo, usted podría lamentarlo durante toda su vida. Lo sé, porque a mí me ocurrió.

Jess lo miró fijamente.

—¿De veras? ¿Cuándo?

—Mi hermano —dijo Albert, con la mandíbula rígida y la voz entrecortada—. Se fue en un barco. Nunca volvió. Nos habíamos peleado antes de su partida. Ojalá... ¡todo fue tan estúpido!

El hombre miró al suelo al decir aquellas últimas palabras.

—Entiendo —dijo Jess. No sabía qué más añadir, pero se daba cuenta de que Albert tenía razón. Debía pedir disculpas a Killian antes de que fuera demasiado tarde—. Muy bien, iré. ¿Cómo puedo llegar al barco?

—Debe estar al mediodía en el puente de *Stora Hamnen* —explicó Holm—. Las mujeres de los expedicionarios partirán en carruaje desde allí hasta Fiskebeck, en el fiordo de Rive, donde espera una lancha para llevarlas hasta el barco. Diga simplemente que es usted la señora Kinross. Nadie le preguntará nada. Ah, y abríguese bien. El trayecto puede durar una hora, si el viento es favorable.

Dicho esto, se dio la vuelta para marcharse, pero Jess lo retuvo por el brazo.

—Gracias, Albert —le dijo—. Es usted un amigo de verdad y espero que podamos solucionar pronto todo este asunto. No lamentará habernos ayudado, se lo prometo.

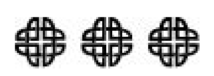
Holm sonrió, aunque la tristeza asomaba todavía a su mirada.

—Estoy seguro de que no lo lamentaré ni un solo minuto —respondió mientras cubría la mano de Jess con la suya y se la estrechaba—. Aaron era una buena persona. Considero que estoy en deuda con él y la mejor manera de pagarle es preocuparme por usted. Solo lamento no haber sospechado algo antes.

—No fue culpa suya —respondió Jess—. Le engañaron, como a todo el mundo.

—Tal vez, pero no debía haber permitido que ese canalla se hiciera con el control de la empresa tan fácilmente —dijo—. Debería haber hecho más preguntas. En fin, no importa, ahora tendrá su merecido. Me aseguraré de que así sea.

—Gracias —respondió Jess.



A Jess el trayecto hasta Fiskebeck le pareció una verdadera eternidad. La charla de las otras mujeres le daba dolor de cabeza. Todas parecían poseer una inagotable reserva de cotilleos y trivialidades con los que matar el tiempo, pero a ella toda esa cháchara la aburría mortalmente. Trataba de concentrarse en el paisaje, pero no había mucho que ver, excepto alguna casa o bosquecillo ocasionalmente. La nevada persistente impedía ver mucho más, así que pronto se cansó de mirar.

Tras embarcarse en la lancha, la joven se vio obligada a acomodarse con dificultad entre dos gruesas damas y estuvo a punto de gritarles que cerraran la boca. Por suerte el movimiento del barco pronto las hizo callar y no hubo necesidad de indisponerse con el resto del pasaje. La mar estaba picada y, aunque aquello no inquietaba en absoluto a Jess, la joven se arrebujó en su abrigo de piel de lobo para entrar en calor. Albert tenía razón, el frío en el mar era mucho más intenso, pero la maravillosa piel la protegía bien.

Jess, perdida en sus pensamientos, mantenía la mirada clavada en lontananza. Apenas reparaba en los fragmentos flotantes de hielo que dejaban atrás o en el viento cortante, que pronto hizo que el resto de las mujeres rompieran a protestar. ¿Qué iba a decirle a Killian? ¿Qué palabras emplearía para pedirle perdón? ¿Y cuál sería su respuesta? ¿Aceptaría siquiera su rama de olivo?

Tal vez lo máximo que podía esperar era que se despidieran como amigos. Sabía que nunca habían sido amantes en el sentido emocional de la palabra, pero una parte de ella ansiaba algo más que una amistad. Killian era su marido, unida a ella «hasta que la muerte los separara», y no podía soportar la idea de que aquello fuera a ocurrir más pronto que tarde.

A pesar de que los tripulantes de la lancha desplegaron una pequeña vela auxiliar, el trayecto les llevó cerca de dos horas y, cuando llegaron hasta el barco, ya había oscurecido. Jess se preguntó cómo encontrarían los remeros la ruta de regreso, pero dedujo que habría faroles en la costa para guiarlos. Al acercarse al *Friedericus Rex Sueciae*, Jess se maravilló de las dimensiones del buque. Sus tres mástiles se perdían en las alturas, como si quisieran alcanzar el cielo. El mascarón de proa era un león rampante que les mostraba los dientes, amenazador. El fuerte olor a alquitrán inundó de repente las fosas nasales de la joven y casi la obligó a volver la cabeza.

La lancha subía y bajaba junto al casco del navío y las mujeres iban

pasando a bordo, ayudadas por los marinos. Jess, deseosa de retrasar lo más posible su encuentro con Killian, se colocó a propósito al final de la fila. Al subir a la cubierta, oyó cómo el capitán preguntaba a cada una de las mujeres quién era su marido, para que un miembro de la tripulación las escoltara hasta él. Mientras esperaba, observó el bosque formado por los cordajes del barco. Algunas de las sogas colgadas por todas partes o enrolladas sobre la cubierta eran tan gruesas como sus piernas. Una vez a bordo, el barco ya no parecía tan grande, atestado como estaba de marineros que se movían de un lado a otro en un constante frenesí.

—Señora Kinross —murmuró cuando llegó su turno.

El capitán asintió.

—Abajo, segundo camarote a estribor —indicó al joven marinero que esperaba junto a él.

—Sí, señor —dijo—. Por aquí, señora.

Jess siguió al hombre, que descendió el corto tramo de escaleras que llevaba hasta la segunda cubierta y después hasta el camarote indicado por el capitán. El marinero llamó a la puerta y, al no obtener respuesta, abrió. El compartimento estaba vacío.

—Debe de estar en el camarote principal, señora —dijo—. Si quiere esperar aquí, iré a buscarle.

—Se lo agradezco, es muy amable por su parte —respondió.

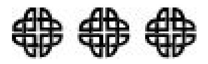
Jess cerró la puerta, apoyó la espalda contra ella y cerró los ojos, tratando de reunir fuerzas. ¿Qué podía decirle a Killian? «He venido a decirte que te mentí. Disfruté mucho cuando hicimos el amor, pero temía que tuvieras demasiado poder sobre mí si permitía que lo hiciéramos de nuevo.» Sonaba estúpido, pero era lo que había ocurrido en realidad. Necesitaba hacerle entender de alguna manera que debían alcanzar un compromiso.

El camarote era pequeño, con un estrecho camastro a cada lado y un ojo de buey de tamaño reducido. Jess se acercó para mirar al exterior, pero solo pudo atisbar agua y oscuridad. Tampoco había nada interesante en el camarote, así que se sentó en uno de los camastros y trató como pudo de calmar sus nervios.

Daba la impresión de que encontrar a Killian le estaba resultando tarea complicada al marinero y Jess empezaba a preguntarse si su

marido la estaría evitando a propósito. Tanto peor para él. No se marcharía sin verlo. Sin embargo, empezaba a aburrirse y tuvo que sofocar varios bostezos. Tras la visita de Albert el día anterior, había pasado la noche en vela, dando vueltas en la cama, y ahora sufría las consecuencias. Resignada a una larga espera, decidió tumbarse un momento y echar una cabezada. Tal vez así mataría mejor el tiempo.

Al pie de cada camastro había una pila de mantas cuidadosamente dobladas. Jess estiró las que se encontraban en el de la izquierda y se tumbó. Hacía mucho frío en el camarote y tiritaba a pesar del abrigo de piel que llevaba, así que se cubrió con las mantas hasta no dejar fuera más que su nariz. Por fin arropada y caliente, no tardó en quedarse dormida.



Killian no tuvo oportunidad de regresar a su camarote hasta tarde por la noche. Cuando Jess llegó al barco, estaba ocupado supervisando el almacenamiento de mercancías en las bodegas, donde ayudaba a Colin Campbell a comprobarlo todo por última vez. Cuando terminaron, el capitán pidió a los sobrecargos y a sus asistentes que cenaran con él en el camarote principal. No había tiempo para ir a cambiarse, aun si lo hubiera deseado, y no había sido el caso. Hacía tanto frío que había decidido no quitarse la ropa a menos que fuera absolutamente necesario. De hecho, llevaba encima el abrigo de piel de oso todo el tiempo, excepto cuando se encontraba en el camarote principal, caldeado con braseros.

—Levaremos el ancla al amanecer, en cuanto suba la marea —anunció el señor Campbell y alzó su copa—. Por el éxito en nuestro viaje, caballeros.

Los ojos azules del primer sobrecargo chispeaban de emoción y Killian sintió que se le contagiaba. Estaban a punto de emprender una aventura.

—¡Por el éxito en nuestro viaje! —corearon todos.

La suya fue una cena opípara, a base de filetes de ternera y otros platos deliciosos preparados por el cocinero del camarote principal, que guisaba solo para los miembros de la tripulación de mayor rango. Regaron la excelente comida con un vino tinto bastante aceptable y todos pasaron el rato muy animados. Killian apartó de sus

pensamientos a Jessamijn y la batalla contra Robert que debería afrontar sola. Aquel no era ya su problema. Había hecho todo lo que estaba en su mano. Su tarea ahora era sobrevivir y traer a casa el mayor beneficio posible, para evitar así que el matrimonio en el que se habían embarcado no hubiera sido en vano.

Entonces y solo entonces podría concentrarse amansar a su mujer. Estaba decidido a hacerlo. Quería permanecer en Suecia, hacer que la empresa prosperara, y prefería hacerlo con Jessamijn a su lado. Estaba seguro de que ella aportaría mucho al proyecto. Ya que estaba casado, respetaría los votos que había hecho «hasta que la muerte os separe». Para ello, tenía que conseguir que su matrimonio funcionara de alguna manera.

No dejaba de sorprenderle, sin embargo, la intensidad de sus emociones cuando pensaba en todo lo que había vivido en los últimos días. Ninguna mujer le había importado gran cosa en el pasado, simplemente iban y venían cuando las necesitaba. Estar casado con Jess, en cambio, era algo diferente. En la boda no había pronunciado sus votos a la ligera. Pasara lo que pasara, estaba decidido a serle fiel. Después de todo, pensó, él no era como Farquhar, que por lo visto trataba a su esposa de cualquier manera.

Completamente exhausto, Killian se dirigió a lo que sería su alojamiento durante al menos el próximo año y medio. Llevaba una linterna con una sola vela dentro, que colocó sobre el baúl de viaje que contenía sus pertenencias.

—Asegúrese de apagar la vela en cuanto llegue a su camarote, para evitar el riesgo de incendios —le había dicho Campbell y él siguió sus instrucciones al pie de la letra. Con el camarote sumido en una oscuridad total, Killian se sentó en el camastro de la derecha, se quitó las botas, se tumbó y se cubrió con el abrigo y después por encima con las mantas. El camastro era estrecho, duro e incómodo. El joven pensó que era una verdadera pena que no hubiera un solo camastro grande en lugar de dos pequeños, pero comprendió que seguramente el camarote tendría que ser compartido alguna vez. No tardaría en acostumbrarse.

Sumido en aquellos pensamientos, se quedó dormido en cuestión de segundos.

Capítulo 25

Al despertar, Killian vio la luz del día a través de la capa de hielo que cubría el ojo de buey. En el camarote hacía mucho frío y no sentía ningún deseo de abandonar su confortable refugio entre las mantas, pero tenía la sensación de que era tarde. El señor Campbell le estaría esperando. El barco se movía mucho, lo que le indicó que habían zarpado por fin. Tenían suerte de que el mar no estuviera congelado, algo muy frecuente en aquella época del año.

El joven sintió un escalofrío, giró sobre sí mismo y... se encontró cara a cara con su mujer.

Jess, tumbada en el otro camastro, asomaba poco a poco de entre una montaña de mantas y parpadeaba para tratar de ahuyentar el sueño. Las miradas se encontraron a la vez, ojos de azul intenso frente a gris plateado, y ambos se incorporaron de golpe.

—¡Oh, no! —exclamó Jess mientras miraba hacia la claridad que se filtraba del exterior—. ¿No será ya de día, verdad?

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —inquirió Killian, que se vio obligado a sujetarse con fuerza del borde de su camastro para tratar de conservar la calma. El joven no se molestó en responder a la pregunta de Jess, ya que hasta un tonto podía darse cuenta de que ya había amanecido. De todos modos, consultó su reloj de bolsillo y se sorprendió al comprobar que era cerca del mediodía. Se preguntó por qué nadie le habría avisado y pensó que tal vez lo hubieran hecho, pero él no se había despertado de lo profundo que era su sueño.

—Vine con las otras esposas para despedirme —empezó a explicar Jess— y también quería...

—Ya nos habíamos despedido —cortó en seco Killian— y, si no recuerdo mal, estabas deseando que me marchara.

—¡Eso no es cierto! —replicó Jess, que frunció el ceño, mortificada por aquel comentario—. Eras tú el que parecías tener mucha prisa.

—El hecho es que no me sentí precisamente bien recibido —replicó él —. Fue un alivio, la verdad, subir a bordo del barco.

Dicho esto, el joven se levantó, se puso el abrigo con movimientos enérgicos y se inclinó para calzarse las botas, sin mirar a Jess.

—No, Killian, yo... no es así —trató de explicarse ella.

—Entonces ¿qué es lo que pasa? —repuso él— ¿Te arrepientes de haberte casado conmigo y estás resentida por tener que darme la mitad de tu dinero? No te preocupes. Ya te he dicho que voy a multiplicar nuestro capital y, cuando concluya la expedición, te pagaré lo que te corresponde hasta la última moneda. Entonces podrás irte a vivir sola o con quien te dé la gana. Por ejemplo, con ese cretino rubio, cuya mujer tal vez haya muerto de parto para entonces, si tienes un poco de suerte. Tal vez yo regrese a Escocia y no me vuelvas a ver el pelo. ¿Qué tal te suena eso?

Ni siquiera Killian sabía por qué estaba diciendo todas aquellas cosas tan hirientes a Jess, pero tal era su furia que no le importaba mucho. Tan solo quería hacer que ella se sintiera tan mal como él. Ella, por su parte, lo miraba fijamente.

—Debería haber imaginado que no atenderías a razones —repuso Jess por fin—. Siempre retuerces mis palabras para hacer que signifiquen lo que a ti te conviene. Bien, de acuerdo, que sea como dices. De todos modos, estoy segura de que lo prefieres así.

La joven se dejó caer boca abajo en el camastro.

—Ve y averigua cuándo pasará un barco que pueda llevarme a la ciudad —añadió con voz ligeramente amortiguada por las mantas.

Killian la miró fijamente y respiró hondo para permitir que el significado de las palabras de ella se abriera paso entre la niebla de su cólera.

—¡Por todos los demonios del infierno! —gritó por fin y salió del camarote a grandes zancadas y dando un portazo. En cuestión de tres segundos subió la escalera hasta la cubierta, corrió hasta la borda y oteó en una y otra dirección.

Agua, solo agua alrededor. Nada más. Ni el menor rastro de tierra.

Maldijo de nuevo y agarró por el brazo a un marinero que pasaba junto a él.

—¿Dónde estamos? ¿Hay tierra cerca por algún lado? —dijo, con tal furia que el hombre lo miró sorprendido.

—¿Tierra? No señor —respondió—. Zarpamos con las primeras luces para aprovechar el viento fresco y las corrientes favorables. Creo que ya debemos de estar a medio camino de las islas Shetland.

—¡Oh, no! —gimió Killian.

El marino lo observó, preocupado.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó—. Si está mareado, lo mejor es que vaya a proa y mire fijo al horizonte. Eso le ayudará.

—No, no estoy mareado —repuso Killian—. Me encuentro perfectamente. Es solo que… oh, olvídelo. ¿Dónde está el capitán?

—En su camarote, supongo —respondió el marinero.

—Sí, claro, por supuesto. Gracias —dijo Killian y se dirigió hacia allí, todavía agitado. Aunque solía reaccionar con sangre fría ante cualquier situación, las escenas desagradables como la que acababa de vivir le disgustaban sobremanera. Ya se había dado cuenta de que el capitán Trolle era un hombre bastante temperamental e imprevisible. No quería ni imaginar lo que diría cuando se enterara de que había una mujer a bordo de su barco. Llevarla de vuelta a Gotemburgo significaría perder al menos un día.

Al llegar ante la puerta, golpeó con los nudillos sin obtener respuesta. Sin embargo, oyó voces en el interior que discutían en voz alta y distinguió la pronunciación gutural del capitán y la inconfundible manera escocesa de arrastrar las palabras que tenía el primer sobrecargo, Colin Campbell. Aunque no entendía de qué se trataba, se daba cuenta de que la discusión era bastante acalorada. Killian vaciló y se preguntó si no sería mejor regresar más tarde, pero finalmente concluyó que el asunto no podía esperar. Volvió a golpear, esta vez con más fuerza, pero tampoco respondió nadie, así que abrió la puerta, entró y carraspeó haciendo mucho ruido.

—Disculpen —dijo mientras cerraba la puerta, para asegurarse de que la conversación sería privada—. ¿Podría hablar un momento con ustedes, por favor?

Ambos hombres se interrumpieron a la mitad de la frase que habían empezado y se volvieron hacia Killian, visiblemente irritados.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —gruñó el capitán.

—Ejem… hay un pequeño problema —dijo el joven.

—¿Qué le ocurre, hombre? —inquirió Campbell impaciente. Parecía estar de muy mal humor y bastante nervioso, ya que llevaba torcida la peluca—. ¿No ve que estamos en mitad de una discusión?

—Sí y créame que lo siento, pero se trata de mi esposa, señor —repuso Killian—. Está en mi camarote.

—¿Qué? —dijeron a la vez los dos hombres con idéntica expresión de horror e incredulidad, que rápidamente se iba transformando en un enfado mayor aún.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Campbell—. Sabe muy bien que no se admiten mujeres a bordo.

—Sí, lo sé —repuso Killian, alzando la mano—. Créanme, no le pedí que viniera. De hecho nos separamos en términos poco amistosos y lo último que esperaba era que viniera a despedirse con las demás esposas. Sin embargo, parece ser que cambió de opinión y subió a bordo ayer. Como estuve con usted toda la tarde, no pude verla y esta mañana, al levantarme, me la he encontrado dormida en mi camarote. Alguien la acompañó hasta allí y después se olvidó de decírmelo.

—¡Que el demonio lo lleve, Kinross! —explotó el capitán—. ¿No se dio cuenta de que estaba allí al meterse en la cama?

—No, porque nada más llegar apagué la linterna, tal y como me dijeron que hiciera —respondió Killian—. Hecho esto, me quedé dormido. Ella ya debía de estarlo y no me oyó entrar.

—Que Dios nos asista —dijo Campbell y el capitán y él se miraron.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Trolle.

—No podemos hacer nada —replicó Campbell—. Tendrá que seguir a bordo. Tal vez en Cádiz podamos encontrar un barco que la traiga de vuelta.

—¿Sola? —dijo el capitán—. No, imposible. Tenemos que regresar.

Por alguna razón, Trolle parecía bastante contento al decir aquello y Killian se preguntó por qué.

—¡No vamos a volver y se ha acabado la cuestión! —dijo Campbell al capitán, casi a gritos—. Ya me harté de decirle esta mañana que el viento no será ideal, pero es viento de tierra y nos está sacando hacia alta mar. Para mí es suficiente. Soy el representante a bordo de la Compañía Sueca de las Indias Orientales y por tanto soy yo el que toma las decisiones. Ya hemos esperado demasiado.

—Pero no podemos navegar con una mujer a bordo —insistió el

capitán, testarudo—. Es imposible.

—La estúpida mujer puede permanecer en el camarote de su marido sin poner un pie fuera —replicó Campbell—. Nadie tiene por qué enterarse de nada.

—¿Durante siete u ocho meses? —dijo Trolle–. Eso es absurdo.

—Bueno, seguro que podrá hacer algo de ejercicio de vez en cuando —dijo el sobrecargo.

—¿Ejercicio? —intervino Killian, escandalizado al oír hablar de Jess como si se tratara de un animal al que había que sacar de la jaula para que correteara un poco, pero no le hicieron caso.

—¿Y qué hay del otro sobrecargo que debía compartir el camarote con Kinross a partir de Cádiz? —preguntó el capitán.

—Puede dormir en otro sitio —respondió Campbell, con su bulbosa nariz más roja de lo habitual—. Y ahora basta de excusas y concéntrese en llevar el barco hasta China. No quiero más dilaciones.

—Si esa es su última palabra, sea, pero le advierto que no llegaremos muy lejos con este viento —dijo el capitán, antes de salir del camarote con un violento portazo. Campbell lo siguió con la mirada y sus ojos lanzaban chispas.

—Mula testaruda —murmuró y después suspiró mientras se frotaba la cara con las manos, fatigado—. Kinross, la mujer es su responsabilidad. Asegúrese de que no nos cause ningún problema.

Killian decidió que no valía la pena discutir por el momento, pues resultaría inútil.

—Muy bien, así lo haré —se limitó a decir.

—Más le vale —dijo Campbell, que suspiró de nuevo, más tranquilo ahora que había conseguido imponerse al capitán—. Mujeres ¿eh? Son totalmente imprevisibles. Mejor será que le lleve algo de comer, antes de que sus chillidos de hambre hagan zozobrar el barco.

—De acuerdo —asintió Killian, que ya se encontraba junto a la puerta.

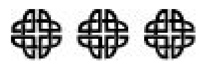
—Oh ¿sabe qué? —añadió Campbell—. ¿Por qué no la viste como a un muchacho y le dice a todo el mundo que es su hermano menor, que se ha colado como polizón porque quería viajar con usted? Podría

funcionar.

A Killian no le convenció demasiado la idea, pero no se le ocurría ninguna mejor.

—Puedo probar —repuso, inclinándose.

De camino a su camarote, no dejó de maldecir ni un solo segundo.



—¿Qué quiere decir que no podemos regresar?

Jess miraba a su furibundo marido con un nudo en el estómago y deseando con todas sus fuerzas encontrarse a cien millas de allí como mínimo. ¿Por qué, por qué había hecho caso a Albert? Debía haber sabido que sería inútil. Killian ni siquiera había querido escuchar lo que tenía que decirle.

—Exactamente eso —dijo él—, que no puedes regresar a Gotemburgo. Tendrás que continuar el trayecto con nosotros, al menos hasta Cádiz. Hemos zarpado al amanecer y el señor Campbell se niega a que demos la vuelta por tu culpa.

Jess se daba cuenta de que su marido a duras penas conseguía controlar su enfado. Agarraba con tanta fuerza el picaporte que se le habían puesto blancos los nudillos. Seguramente estaba tentado de darle unos buenos azotes, por mucho que hubiera jurado no ponerle jamás la mano encima. Al oír las novedades, ella tuvo que reconocer para sus adentros que esta vez habría estado en su derecho. Se había comportado de una manera del todo irresponsable.

—Dios bendito, nunca imaginé.... —dijo—. El caso es que el marinero dijo que iba a buscarte. Ni por asomo supuse que tardarías tanto. ¿Por qué no me dijiste nada al entrar?

—Porque nadie me informó de que estuvieras aquí —respondió Killian con un suspiro, mientras se sentaba en su camastro—. Ese borrico se distrajo seguramente con otras obligaciones y se olvidó por completo de mí. Nunca se me ocurrió que vendrías. En tal caso, te habría estado esperando. Menudo embrollo. En fin, tenemos que capear la situación lo mejor que podamos.

—¿Cuándo llegaremos a Cádiz? —inquirió Jess—. ¿Y cómo regresaré a

Suecia desde allí?

—Nos llevará un mes, más o menos, según me han dicho, pero no tengo ni idea de cómo vamos a devolverte a casa —respondió Killian —. Por ahora, el señor Campbell ha sugerido que te vistas como un muchacho y que digas que eres mi hermano.

—¿Qué? ¿Hablas en serio? Eso sería... sería... ¡escandaloso!

—No lo sería, si nadie averigua que eres una mujer —repuso él—. No es recomendable que nos enemistemos con el resto de la tripulación.

—¿Qué quieres decir? —dijo ella— ¿Qué puede importarles a ellos?

Killian alzó una ceja.

—No seas tan ingenua —dijo—. Mira, creerán que te he traído a propósito, porque no puedo estar sin una mujer durante el tiempo que dura el viaje. Imaginarán que me lo estoy pasando bien contigo en la cama mientras ellos duermen sin compañía femenina. No saben la verdad, claro está.

Jess sintió que enrojecía hasta la raíz del cabello. Por supuesto él tenía razón, pero aquello ni se le había ocurrido.

—No hace falta expresarse con tanta crudeza —comentó, cortante—. Bueno, en cualquier caso, nadie me tomará por un muchacho... ¿o crees que sí?

—Tal vez no, pero merece la pena intentarlo —respondió él—. Le pediré algo de ropa a Adair, que es más o menos de tu talla, y puedes ponerte alguno de mis chalecos. Al quedarte algo grande, disimulará tus formas. Tendremos que cortarte el pelo y recogértelo en una coleta. Es una pena, pero ya volverá a crecer.

Jess recordó cómo él había admirado su largo cabello, liso y rubio, y cómo se lo había acariciado después de hacer el amor. Se dio la vuelta para esconder el rubor que le provocaba el volver a evocar aquella noche.

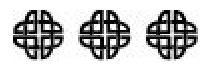
—Esto es ridículo —objetó—. Debe de haber alguna otra salida.

—Lo siento, pero no estás en posición de escoger —replicó él, aunque con un suspiro—. Tenemos que hacer lo que dice el señor Campbell. Su voluntad es la ley a bordo de este barco. Lo mejor será que permanezcas en el camarote durante el mayor tiempo posible. Le diré

a todo el mundo que me estás ayudando con el papeleo, en castigo por haberte colado como polizón. Te llevaré a cubierta cuando oscurezca, para que respires aire puro y puedas moverte un poco. ¿De acuerdo?

Jess asintió con la cabeza, consciente a su pesar de que debía agradecer que él resolviera aquel asunto, aunque era ella la culpable de la situación. «Gracias», susurró, pero Killian ya salía por la puerta y no la oyó —o tal vez había decidido no oírla.

Lo único que deseaba era tumbarse de nuevo en el camastro y morirse.



Para gran sorpresa de Jess, y tal vez también de Killian, nadie cuestionó su presencia en el barco, al menos no abiertamente. Cada vez que alguien preguntaba, la presentaban como el hermano de Kinross, un travieso polizón que había sido sorprendido a bordo demasiado tarde como para que lo devolvieran a tierra firme. Dado que solo abandonaba el camarote cuando ya había oscurecido, no le resultó difícil hacerse pasar por un muchacho. Solo abría la boca si le preguntaban algo directamente y, por suerte, su voz no era demasiado aguda.

—Supongo que debemos estar agradecidos por tu pequeña estatura —comentó Killian después de su primera salida a la cubierta—. Cuando vas así vestida, no hay ninguna diferencia entre Adair y tú y su idea de ensuciarte un poco la cara ha dado también buen resultado.

Jess se había resistido a hacerlo, en un principio, pero después había tenido que reconocer que funcionaba. La ropa de Adair no le sentaba nada mal y, tal y como había imaginado Killian, los chalecos de él ocultaban bastante bien las formas femeninas. Al principio se le había hecho muy extraño llevar ropa de hombre. La forma en que las calzas se ajustaban a sus posaderas y a sus piernas resultaba francamente indecente, pero poco a poco se acostumbró a ello y empezó a disfrutar de la libertad de movimientos que daba no llevar faldas. Casi nunca se quitaba su abrigo de piel de lobo, ya que no había calefacción en el camarote ni en ningún otro sitio. No podría prescindir de él hasta que no se encontraran mucho más al sur.

Killian puso a Jess a copiar diarios de navegación y balances, un trabajo que se suponía debía haber hecho él mismo. De vez en cuando, la joven recibía algún comentario elogioso por parte de su marido

—«sé que eres capaz de hacerlo igual que yo»— que la hacía sentir mejor, pero la mayor parte del tiempo tenía la moral por los suelos y pasaba las horas libres mirando al infinito.

Para empeorar las cosas, Jess sufría mareos por las mañanas, si bien al llegar la tarde su estómago parecía estabilizarse. Adair era el encargado de llevarle la comida, ya que Killian estaba siempre ocupado con Campbell y el resto de los sobrecargos, o bien en compañía del segundo de a bordo, quien lo instruía en cuestiones de navegación. Además, se había presentado voluntario para hacer un turno de vigía por la noche. Como asistente del primer sobrecargo, podría haber recibido dispensa de este servicio, así que Jess estaba segura de que lo hacía a propósito para reducir al mínimo el tiempo que pasaba con ella en el camarote.

—Por favor, no le digas a Killian que estoy mareada todo el tiempo —rogó a Adair—. Disgustado como está conmigo, seguramente me mirará aún peor si se entera de que soy un completo desastre para la navegación.

Adair se quedó observándola unos instantes, como si se dispusiera a comentar algo, pero se limitó a asentir con la cabeza. Aunque hacía muy poco tiempo que lo conocía, Jess había tomado gran afecto al muchacho, al que agradecía mucho que hiciera más llevaderas las relaciones entre su marido y ella. Cuando Adair estaba presente, no discutían y sus argucias de pícaro proporcionaban a la pareja un tema de conversación diferente a los problemas del día a día. Sin embargo, Killian se mantenía alejado del camarote la mayor parte del tiempo, así que no había lugar para casi ninguna conversación. Jess se decía a sí misma que debía estar contenta por ello, ya que lo mejor era no ver a Killian, pero al tiempo la indignaba que él la evitase.

De una u otra manera, el viaje se le haría interminable.

Capítulo 26

Capítulo 26

El comienzo del viaje no había sido prometedor. Los vientos desfavorables les obligaron a echar el ancla en un punto cercano a la costa de Noruega durante varios días. Campbell y el capitán no paraban de discutir sobre la conveniencia de esperar o reanudar el viaje. En realidad, el pulso entre estas dos fuertes personalidades era el único entretenimiento a bordo, aparte de leer.

—No sé si estos te interesarán, pero me temo que es todo lo que hay —dijo Killian una mañana mientras depositaba varios tomos de *Historia de la Roma Antigua* en el camastro de Jess—. A menos que prefieras leer sobre astronomía.

—No, gracias, los romanos están bien, siempre me ha gustado leer historia —respondió la joven. Le agradecía que se hubiera acordado de ella, aunque sospechaba que en realidad él solo pretendía acallar sus protestas de aburrimiento.

La comida era tan monótona como el tiempo. Jess tenía apetito solo cuando no estaba mareada y además lo que le ofrecían le resultaba insulso —estaba harta de gachas acuosas para el desayuno todas las mañanas. Adair la apoyaba.

—Es una pena que no podamos comer con el señor Kinross —comentó en una ocasión—. Los oficiales y los sobrecargos tienen comida diferente a la nuestra. Incluso se han traído su propio cocinero y un criado que les sirve.

—Sí, pero estoy segura de que su comida se pudrirá, igual que la de los demás, cuando llevemos meses en el mar —respondió ella.

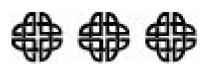
Era bien sabido que incluso el agua se echaba a perder durante los viajes largos y hacía falta colarla para retirar los gusanos y los insectos. Jess esperaba que aquello no ocurriera antes de que llegaran a Cádiz, ya que solo de pensarlo se le revolvía el estómago. En cuanto a la comida, consumía lo que le traían, sin preocuparse de si Killian se alimentaba mejor o no.

Atravesaron el canal de la Mancha, pero no vieron gran cosa, ya que era de noche, y después continuaron hacia el sur, rumbo a las islas del Canal. Hasta aquel momento no habían encontrado ningún barco en su ruta, pero al dejar atrás Alderney avistaron varios que parecían amenazadores.

—Podrían ser piratas marroquíes procedentes de Salé —dijo Campbell —. Será mejor que enarbolemos el pabellón inglés, ya que no suelen atreverse con ellos.

La estratagema surtió efecto y continuaron tan tranquilos su viaje, aunque no era tranquilidad precisamente lo que reinaba a bordo. Jess nunca había imaginado que un barco fuese tan ruidoso. Incluso de noche, con el cambio del turno de los vigías, la cacofonía de sonidos claramente audible desde los camarotes no daba ningún respiro. Artesanos de todas las especialidades —carpinteros, tejedores de velas, un herrero y un tonelero, entre otros—, reían, bromeaban y contaban historias mientras trabajaban. Los marineros también charlaban sin parar mientras se afanaban en sus labores, lanzaban juramentos, bromeaban entre sí y cantaban. Además estaban los animales, nada contentos de viajar encerrados en sus jaulas y que así lo hacían saber con un incesante concierto de balidos, mugidos, gruñidos y cacareos.

El propio barco hacía ruido cuando su quilla hendía el mar. Los tablones crujían, las velas daban trallazos cuando el viento las hinchaba, el aparejo y la arboladura protestaban y se estremecían y las olas golpeaban sin cesar contra el casco. Además, la campana sonaba con fuerza una vez al día. Aquel era el sonido favorito de los ocupantes del barco, ya que significaba el reparto de su ración diaria de aguardiente, algo que Jess declinó sin dudar. Todo aquel ajetreo la hacía añorar la paz y la quietud de los profundos bosques de Småland.



El viento favorable impulsó rápidamente el barco a lo largo de la costa de Portugal. Tras rodear el cabo de San Vicente, llegaron a Cádiz el 28 de marzo. Un práctico del puerto subió a bordo para guiarlos entre los arrecifes y otros peligros ocultos. Finalmente anclaron en la bahía, temprano por la mañana. Poco después, Adair trajo a Jess su desayuno, pero estuvo a punto de tirarlo al suelo cuando una poderosa detonación hizo que el navío se estremeciera de un extremo al otro. El cañonazo fue seguido por otros siete.

—¡Dios, qué estruendo! —exclamó Jess mientras se tapaba los oídos con las manos.

Adair sonrió, radiante. Sus ojos de color castaño claro bailaban de emoción.

—Son las ocho salvas de saludo a los otros barcos anclados —dijo—. Nunca pensé que serían tan potentes. Me encantaría haber ayudado con el cañón, pero el señor Kinross no me deja acercarme.

Jess sacudió la cabeza, sonriente. Adair aún era un niño en muchos aspectos, aunque en otros era mucho más maduro de lo que correspondía a su edad.

—Muy prudente por su parte —comentó—. Serías un verdadero peligro.

Nada más decir aquello, otras ocho salvas hicieron temblar el aire.

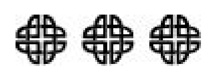
—¿No era bastante con ocho? —gritó Jess, con una mueca.

—Tenían que saludar a la ciudad también, pero creo que eso es todo —comentó Adair.

Jess no dejó de mirar por el ojo de buey mientras daba buena cuenta de su desayuno. La vista de la ciudad era muy hermosa, con sus elegantes casas rodeadas por las murallas, todo ello construido con el mismo tipo de piedra y bañado por la brillante luz del sol. La joven se preguntó si le permitirían bajar a tierra firme y explorar un poco antes de ser enviada de vuelta a casa. Hacia el sur había una fortaleza protegida por torres y bastiones y el campo a su alrededor estaba cubierto por árboles de una clase que Jess no había visto nunca y cuyas hojas de tono verde oscuro se agitaban en la brisa persistente.

De repente apareció un barco ante su vista y Jess sintió que se le encogía el corazón. Aunque estaba contenta de haber llegado a puerto, sentía inquietud por lo que pudiera sucederle a partir de entonces. ¿Acababa allí su periplo? ¿Venían a por ella? ¿Y cómo iba a viajar de vuelta a Suecia, completamente sola?

Era mejor no pensar en ello.



Killian observó cómo los marineros abarloaban el bajel recién llegado, más pequeño que el sueco, junto al *Friedericus Rex Sueciae.* Varios hombres subieron a la cubierta principal y Campbell acudió a recibirlos. Killian lo siguió, aunque se quedó un paso más atrás.

—Usted debe de ser el señor Graham —dijo Campbell afablemente al

primero de los visitantes—. Me han hablado muy bien de usted. Encantado de conocerle.

—Lo mismo digo —repuso el hombre—. Este es el señor Pike.

Graham, de rostro sonriente y agradable, presentó a su acompañante, un individuo tirando a grueso, con doble papada y aire más bien descontento. Campbell lo saludó también, pero de manera más reservada, y presentó a ambos a Killian como los dos últimos sobrecargos que se unirían a la expedición.

—Han sido muy puntuales, debo decir —comentó Campbell.

—Sí, pero me temo que traemos malas noticias —dijo Graham—. La corona ha decretado un embargo sobre todos los barcos mercantes que se encuentran aquí. Incluso hemos oído que algunos barcos extranjeros han sido obligados a prestar servicio a España en una expedición secreta por el Mediterráneo. Pensamos que lo mejor era informarle de inmediato.

—¿Obligados a servir? ¡Oh, Dios! —exclamó Campbell—. Tenemos que evitarlo a toda costa. Sería un verdadero desastre.

El sobrecargo pensó durante unos instantes y después hizo un gesto al capitán, que permanecía de pie a cierta distancia.

—Capitán Trolle ¿puede ordenar que desplieguen el estandarte de guerra inmediatamente? —dijo.

—¿Por qué? —inquirió el sueco.

—Porque vamos a dar a entender que no estamos aquí en calidad de comerciantes, por eso —respondió Campbell.

—Pero este es un barco mercante.

—Sí, ya lo sé, pero debemos aparentar que no lo es.

A Campbell le llevó cierto tiempo hacer que el capitán entendiera lo que quería, pero al final Trolle se retiró para dar cumplimiento a la orden. El sobrecargo sacudió la cabeza con exasperación, pero no comentó nada aquella vez.

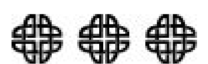
—Creo que es mejor que no dejemos que nadie suba a bordo ni que desembarque por el momento, aparte nosotros, por supuesto —dijo, volviéndose a los demás. Y prosiguió—: Así, con un poco de suerte

nadie cuestionará nuestro estatus. No descargaremos mercancía hasta que conozcamos mejor la situación. ¿Está todo dispuesto para nuestra llegada, señor Graham?

—Sí, por supuesto —respondió el aludido—. El señor Gough, nuestro contacto local, está a su disposición; todos nos alojaremos en su casa mientras estemos aquí. Ya tiene listas las piastras para pagarles todas las mercancías que le han traído de Suecia.

Campbell había informado a Killian de que los chinos se negaban a aceptar ningún pago que no fuera en monedas de plata de gran pureza y de que la mejor manera de obtenerlas era vender mercancías en España. Con sus ricas colonias de América, los españoles disponían de un suministro aparentemente inagotable de plata, a diferencia de países como Suecia. Cuando zarparan de Cádiz, los expedicionarios de la compañía sueca llevarían consigo decenas de cofres llenos de piastras o «piezas de a ocho».

—Excelente —comentó Campbell—. Le diré al capitán que nadie debe abandonar el navío y podremos desembarcar.



—¿Entonces Killian ha desembarcado?

Jess aún miraba por el ojo de buey, ya que no había nada más que hacer por el momento. Adair, tumbado en el camastro de Killian, aprovechaba la ausencia de su señor para haraganear.

—Sí —contestó—. Dijo que no sabía a qué hora regresarían, pero que debíamos esperar aquí hasta que volviera.

—Supongo que intentará organizarme un pasaje de regreso —dijo Jess. La idea le resultaba deprimente y la joven se dio cuenta de que una parte de ella quería continuar el viaje en lugar de regresar a Suecia. Después de haber llegado tan lejos, le parecía una lástima tener que dar la vuelta.

—No dijo nada, pero supongo que sí —dijo Adair con un suspiro—. Es una pena que no podamos desembarcar. Me gustaría volver a sentir tierra firme bajo los pies.

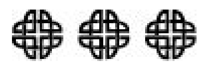
—Sí, a mí también, pero debemos ser pacientes —respondió Jess.

—¿Le apetece una partida de cartas? —propuso Adair—. No hay mucho más que hacer.

—Está bien, pero no voy a jugar con dinero —respondió ella—. Eso se lo dejo a Killian.

—Es porque tiene miedo de que le gane —dijo Adair con una sonrisilla de suficiencia—. Killian me ha enseñado un par de trucos, ya sabe.

—Ya veremos —cortó Jess—. Vamos, baraja y reparte.



Pasó una semana y no había ni rastro de Killian. El movimiento de barcos que iban y venían para descargar mercancías y traer provisiones era constante. Entre otras cosas cargaron animales vivos para reemplazar a los que habían sido sacrificados, frutas y verduras frescas, barriles de agua y sacos de grano. Aquello parecía no acabar nunca y Jess se preguntó cómo se las arreglaban para almacenarlo todo en la bodega del barco.

A medida que pasaban los días, los nervios iban haciendo mella en ella. Killian continuaba en la ciudad con los sobrecargos, presumiblemente enfrascado en su trabajo con Campbell, y no llegaba ningún mensaje para ella.

—¿Cómo puede tardar tanto? —se preguntaba en voz alta—. Todo lo que tiene que hacer es conseguirme un pasaje para un barco que vaya hacia el norte.

—Tal vez no haya ninguno que vaya a Suecia —dijo Adair.

—Bueno, en ese caso podría ir primero a Inglaterra, o quizás a Holanda, y desde allí tomar otro barco. No soy una muchacha desvalida —dijo, aunque no estaba muy segura de sus palabras. La verdad era que no le apetecía nada la perspectiva de tener que arreglárselas sola en un país extranjero.

Por fin, al acabar la segunda semana, Killian llamó a la puerta y entró en el camarote sin molestarse en esperar demasiado.

—¡Por fin! —explotó Jess al ver que él cruzaba el umbral—. No imaginaba que tardarías tanto.

—Lo siento, pero teníamos muchísimo que hacer —dijo mientras clavaba su mirada en Adair, que recogió rápidamente las cartas y se escabulló de allí a toda velocidad. Cuando el muchacho cerró la puerta a sus espaldas, Killian se sentó en su camastro, miró a Jess y fue directo al grano.

—Me temo que tendrás que venir con nosotros —dijo—. El señor Campbell y yo hemos sido incapaces de encontrarte un pasaje a Suecia. Lo siento.

—¿Qué? —dijo ella—. Pero seguramente habrá alguna manera de llegar, aunque sea haciendo escala en otro país.

—Bueno, sí, pero no hay nadie que pueda acompañarte, a menos que contratemos a una mujer local —respondió Killian—. El señor Gough ofreció recomendarnos a alguien, pero ¿cómo sabemos que no te abandonará en algún sitio por el camino? Cosa diferente sería embarcarte en un barco sueco, que sabemos que te llevaría directo a casa, pero no hay ningún compatriota tuyo por aquí ahora mismo y no podemos esperar.

—¿De verdad no hay nadie que pueda llevarme? —preguntó Jess.

—No —respondió Killian—. Estarías a merced de una desconocida que podría quedarse con el dinero y regresar tranquilamente desde el primer puerto que tocara el barco. Por supuesto, no puedes viajar sola. Sería demasiado peligroso. Lo he hablado con el señor Campbell y está de acuerdo conmigo.

Jess respiró hondo, tratando de calmarse.

—Pero la alternativa es igual de peligrosa, si no más —dijo.

—Lo sé, pero al menos no estarás sola entre desconocidos —argumentó Killian.

Jess necesitó un rato para asimilar todo aquello. Después se mordió el labio.

—Lo siento —dijo—. Debes de pensar que soy un gran estorbo, pero te juro que no pretendía causar problemas.

Killian se encogió de hombros con expresión sombría.

—Seguramente soy tan culpable como tú, pero no importa —dijo y guardó silencio durante unos segundos para después continuar—.

Créeme, preferiría enviarte de vuelta a casa para que estuvieras segura. Tienes razón, este viaje va a ser largo y muy duro. No hay ninguna garantía de que lleguemos a China. Tal vez debería olvidarme de ir y acompañarte de vuelta a Suecia.

Killian se frotó la cara con las manos y Jess pudo ver lo mucho que se preocupaba por ella, pues sabía cuánto deseaba participar en aquella expedición.

—No, estoy segura de que no me pasará nada —dijo, tratando de tranquilizarle—. Además, si algo ocurre, nos afectará a todos, así que da igual.

—Pero tú eres una mujer —objetó Killian.

—¿Y qué? —replicó a su vez Jess—. Estoy tan sana y soy tan vigorosa como cualquiera. Adair no es más robusto que yo. Si él puede soportarlo ¿por qué yo no?

Killian asintió con la cabeza.

—Cuando lo planteas así, supongo que tiene sentido —dijo.

—No soy una niña —insistió Jess—. No nos preocupemos por lo que podría pasar, pues tal vez nunca ocurra.

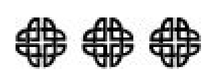
—Muy bien, adelante entonces —aprobó Killian—. Me alegro de que te lo tomes con tanta calma. Había esperado que montaras un buen escándalo.

—Entonces es que tal vez no me conoces tan bien como crees —dijo ella.

Killian la observó con una interrogación en la mirada.

—Tal vez —concedió—. En fin, si es así, tendremos tiempo para ponerle remedio ¿no crees? Bueno, por el momento tengo que ir a ayudar al señor Campbell a supervisar la carga de la plata.

En cuanto se quedó sola, Jess se dejó caer en su camastro y cerró los ojos. Temblaba, pero de alivio, no de miedo, y se sentía extrañamente en paz. Se quedaba junto a Killian y el corazón le decía que, aunque estuvieran peleados, allí era donde quería estar.



—Lo siento, señor, pero han zarpado ya todos los barcos con destino a China previstos para este año. No habrá otro hasta después de las próximas Navidades. Me temo que ha perdido usted el último.

Farquhar miraba incrédulo al empleado de la compañía naviera que tenía delante. No podía estar diciendo la verdad.

—¿Ni uno? —dijo—. ¿Habla en serio?

—Los barcos solo viajan en ciertas épocas del año, señor —explicó el hombre—. De lo contrario, se encontrarían con vientos contrarios y perderían muchos meses en el trayecto, así que no les merece la pena.

Farquhar apretó los dientes y sintió deseos de dar un puñetazo al diligente oficinista, que era de pequeña estatura. Aunque educado, parecía alegrarse de poder fastidiar los planes a su interlocutor.

—¿Y no hay ninguna otra manera de llegar a China? —preguntó—. ¿A través de la India, tal vez?

El empleado sopesó aquella posibilidad, pero sacudió la cabeza negativamente.

—No creo, y por tierra no hay opción, aunque… un momento por favor.

Dicho esto, el hombrecillo se retiró a consultar con el individuo bastante corpulento que ocupaba la mesa de al lado y regresó asintiendo con la cabeza.

—Sí, puede que haya una posibilidad —dijo.

—¿Cuál? —saltó Farquhar, cuya paciencia estaba a punto de agotarse, y el pequeño oficinista lo miró inquieto.

—Hemos oído que un par de barcos van a salir de Ostende con bastante retraso —dijo—. Tal vez pueda llegar a tiempo de embarcar antes de que zarpen.

—¿Ostende? Bien —dijo Farquhar—. ¿Y cómo llego hasta allí? Supongo que ahora va a decirme que tampoco hay más barcos para hacer ese viaje.

—En absoluto, señor —respondió el empleado—. Precisamente, el *Porpoise* está a punto de zarpar y su primera escala es Ostende. Si se

dirige al puerto, estoy seguro de que el capitán le permitirá subir a bordo.

—Voy ahora mismo —dijo Farquhar y añadió «gracias» de forma mecánica, aunque no sentía demasiado agradecimiento hacia el hombre.

Mientras se dirigía hacia el puerto de Londres, no cesaba de maldecir para sus adentros. Si no daba alcance a los mencionados barcos en Ostende, se vería obligado a regresar a casa y a esperar allí a Killian. ¿Por qué tenía siempre tan mala suerte? Sin duda era ya hora de que el destino se le mostrara favorable.

—Más me vale —murmuró.

Capítulo 27

Friedericus Rex Sueciae

Los expedicionarios de la compañía sueca zarparon de Cádiz al día siguiente, rumbo a las costas de Berbería. Allí esperaban verse impulsados por los vientos alisios del noreste y por las corrientes que llevaban rápidamente a los barcos hasta las islas Canarias. El tiempo era bonancible y la mar estaba en calma, relativamente. Por eso Killian se sorprendió al entrar en el camarote para recoger un libro de cuentas que había olvidado y encontrar a Jess inclinada sobre un cubo.

—Jessamijn ¿todavía no te has acostumbrado al mar? —preguntó, apoyándole una mano sobre el hombro. Ella lo miró con una expresión de profundo malestar en el rostro, muy pálida. Killian pensó que debía de ser terrible sufrir mareos durante tanto tiempo. La mayoría de las personas lo superaban en menos de una semana.

—Por lo que se ve, no —respondió ella, tratando de adoptar un tono despreocupado—. Tal vez la escala en Cádiz hizo creer a mi cuerpo que el viaje ya había terminado y ahora tengo que volver a acostumbrarme.

En aquel momento llamaron a la puerta y entró Adair con una bandeja.

—Le he traído un poco de pan y queso para después —dijo—. ¿Se lo dejo aquí?

—Sí, por favor. Gracias —dijo Jess y se tumbó en el camastro. Ya no le daban arcadas, pero seguía muy pálida. Killian miró fijamente a Adair.

—No seas zopenco —le dijo—. No creo que a mi mujer le apetezca ver comida en estos momentos. ¿Es que no ves que está enferma?

—Oh, no por mucho rato —replicó alegremente el muchacho—. En una hora o dos se encontrará bien y entonces tendrá hambre, créame.

—¿Cómo sabes que se recuperará con tanta rapidez? —inquirió Killian. Entonces miró primero a Adair y luego a Jess y ella evitó su mirada, clavó los ojos en el techo y después se estremeció y encogió el cuerpo sobre las mantas, como si estuviera asustada. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Tenía alguna enfermedad que quería ocultar? ¿Algo contagioso tal vez?

—Dime qué está ocurriendo aquí—exigió Killian, con un tono más áspero de lo que pretendía. Adair lo miró como si fuera medio lerdo.

—¿De verdad no lo sabe? —dijo.

—¿Saber qué? —inquirió—. No te entiendo, chico.

Killian empezaba a enfurecerse con la insensibilidad de su criado y sintió deseos de abofetearle.

—Dios, dame paciencia —dijo Adair por fin—. Está encinta. Su mujer va a tener un niño.

—¿Cómo? —exclamó Killian y se dejó caer sentado en su propio camastro. Ahora era su cabeza la que daba vueltas mientras trataba de asimilar lo que Adair acababa de decir. ¿Un hijo? ¿Cómo era posible? No podía ser. Quería protestar y decir que solo lo habían hecho una vez, pero se daba cuenta de lo ridículo del argumento. Era perfectamente posible y recordaba que en realidad no había tomado las debidas precauciones, inflamado como estaba por el deseo de hacer suya a Jessamijn. Observó a su esposa, pero ella continuaba absorta, con la vista fija en el techo, mientras jugueteaba con un mechón de sus cabellos, incapaz de mantener los dedos quietos.

—Adair, creo que es mejor que te retires —dijo con voz un poco temblorosa. El muchacho obedeció y los dejó solos, sumidos en un incómodo silencio. Killian no sabía qué decir y Jess tampoco articulaba palabra. La noticia lo había dejado anonadado, como si alguien le hubiera golpeado en el estómago, privándole de aire para respirar.

—Dios ¿por qué no dijiste nada? —exclamó por fin.

Jess se incorporó hasta quedar sentada en su camastro y miró a su marido con aprensión. Killian notó que ella temblaba de emoción y sintió un fuerte deseo de abrazarla y tranquilizarla. La joven desvió la mirada.

—No estuve segura hasta hace muy pocos días y, de todos modos, ¿cuál habría sido la diferencia si te lo hubiera dicho antes? —le espetó.

—¡Pues claro que habría habido diferencia! —respondió él—. Si lo hubiera sabido, habría...

—¿Qué? —cortó en seco Jess y lo miró fijamente, con el ceño fruncido— ¿Habrías sido capaz de encontrar un pasaje para que regresara a Suecia?

—¡Sí! No, quiero decir… —dijo, confuso, Killian—. ¡Maldita sea! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Para sorpresa de Killian, su mujer sonrió con cara triste.

—Supongo que esperar el nacimiento de nuestro hijo, como cualquier otra pareja —respondió—. En realidad no hay nada que podamos hacer ¿cierto? La naturaleza sigue su curso. Por favor, no te enfades —añadió, con mirada suplicante—. Iba a decírtelo ¿sabes? pero muchas veces las cosas van mal en los cinco primeros meses y no quería alarmarte por nada.

—No estoy enfadado, Jessamijn, pero… ¡vamos hacia China!

Jess se encogió de hombros y sus mejillas recuperaron algo de color.

—Las mujeres tienen hijos en todas partes y supongo que también en China —dijo—. Solo espero que el pobrecillo no nazca aquí, en el barco. Según mis cuentas, creo que vendrá en septiembre. ¿Crees que habremos llegado a nuestro destino para entonces?

—No tengo ni idea —respondió Killian—. Dios bendito, esto es un desastre.

Killian trataba de evitar pensar en todas las implicaciones de la noticia que acababa de recibir —una mujer encinta viajando miles de millas a través del océano, posiblemente dando a luz en un barco, rodeada de hombres que no sabrían qué hacer. Y después ¿qué pasaría con el bebé? Tan pequeño, tan vulnerable… Su imaginación se disparó y le trajo imágenes de sufrimiento que no quería contemplar. Se estremeció. Tantas cosas podían salir mal que era mejor no pensarlo. Por añadidura, resultaba imposible seguir fingiendo que Jess era un muchacho.

—¿No quieres ser padre? —replicó ella con aspereza, ya que había malinterpretado sus palabras—. Deberías haberlo pensado antes de nuestra noche de bodas.

—No, no es eso —aclaró él—. Es solo que estoy pensando en todo lo que puede pasar. ¿Cómo puedes estar tan tranquila?

Killian sabía que, en su lugar, se habría sentido aterrorizado. De hecho, le aterraba lo que pudiera sucederle.

—Los bebés no me asustan —dijo ella—. Mi madre ha traído al mundo al menos a ocho, que yo sepa, y nunca ha tenido problemas al dar a

luz. No hay ninguna razón para que yo los tenga. Por otro lado, sé cómo cuidar a un recién nacido, ya que tengo mucha experiencia. Si algo tiene que ir mal, también iría mal en tierra. Es la voluntad de Dios ¿no es cierto? Quiero decir, mira lo que pasó con el pobre James —añadió Jess y sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero sacudió la cabeza—. Sin embargo, no debemos pensar así. Tenemos que ser positivos.

Killian cerró los ojos y trató de pensar con lógica. Jess tenía razón, por supuesto, y él había perdido los nervios debido a la sorpresa. Si ella no estaba asustada, no había razón para que él lo estuviera... excepto por el hecho de que aquello implicaba sin duda una gran responsabilidad, para la que no sabía si estaba preparado. Iba a ser padre. Dios bendito...

Al mirar a su mujer, Killian se sintió de pronto traspasado por un acuciante deseo de protegerla. Tenía que mantenerla a salvo y también al bebé, ya fuera niño o niña. El joven se levantó de su camastro, se sentó junto a ella y la tomó por el brazo.

—¿Lo... lo sientes? —preguntó con la mirada fija en el vientre de ella, que permanecía oculto por el abrigo. No parecía haber cambiado.

—No, creo que aún es pronto —respondió ella—. Habrá que esperar aún unos meses.

Jess se acercó a él y le apoyó la cabeza en el hombro durante un instante. Sin pensar en lo que hacía, Killian la abrazó. Era agradable sentir el contacto con ella. Por una vez no lo rechazaba, sino que lo aceptaba, como si necesitara su apoyo. El joven comprendió en un instante que aquello era lo que quería, por mucho que lo asustara.

—Me lo contarás ¿verdad? —pidió—. Quiero decir, me gustaría participar en esto de alguna manera.

Ella le sonrió.

—Sí, por supuesto.

—Si hay algo que necesites, no tienes más que decirlo —afirmó él. Ella alzó las cejas.

—Bueno, no seas ahora tan blando conmigo, o no reconoceré al hombre con el que me he casado —dijo, en tono de broma.

—No te preocupes, no lo seré —respondió él con una sonrisa—. Voy a

ser muy severo contigo y, para empezar, te ordeno que no trabajes más esta mañana. Basta de escribir ¿me oyes?

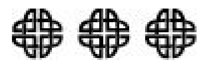
—No estoy enferma —replicó ella—. Las náuseas se me habrán pasado para la hora de comer, como dijo Adair.

—De acuerdo, pero no quiero que te fatigues en exceso —respondió Killian—. Ahora, túmbate, o tendré que obligarte.

—De acuerdo, de acuerdo, señor, lo que usted diga.

Killian se retiró para dejarla descansar. Aún se sentía como si le hubieran asestado un buen golpe, pero no podía evitar que sus labios dibujaran involuntariamente una sonrisa bobalicona.

Iba a ser padre.



A la mañana siguiente, Jess se sorprendió al darse cuenta de que la habían despertado más tarde de lo habitual y de que había sido Killian, en lugar de Adair, quien lo había hecho. Su marido colocó un plato con pan y queso en el arcón de viaje que separaba los dos camastros y a continuación se sacó del bolsillo una servilleta en la que llevaba envuelto un racimo de uvas.

—Buenos días —dijo—. ¿Se te han pasado ya las náuseas o prefieres que ponga esto en otro sitio, por el momento?

—Hum, no. Estoy bien, gracias —repuso—, pero... ¿de dónde las has sacado? —preguntó entonces, mientras señalaba las uvas.

Killian le guiñó un ojo.

—Sobras de la mesa del capitán, que han desaparecido misteriosamente —respondió.

—¡Killian! —exclamó ella mientras se incorporaba—. ¿Las has robado?

—Yo no lo llamaría así —dijo él—. No te preocupes, nadie las echará de menos y creo que te sentarán bien.

Jess sintió una reconfortante sensación en su interior al ver cómo

Killian se preocupaba por ella.

—Está bien, gracias, pero no quiero que te metas en líos por mí —dijo.

—No lo haré, descuida —la tranquilizó él.

Killian la sorprendió de nuevo al no retirarse inmediatamente, como tenía por costumbre. En lugar de eso, se sentó en su camastro y sacó de su otro bolsillo un pañuelo en el que llevaba algo envuelto. Jess lo observó mientras él desataba los nudos.

—Yo, hum, creo que te debo algo —dijo Killian con una leve tos para disimular su azoramiento, algo muy impropio de él.

—¿Ah, sí? —inquirió ella.

—Sí —corroboró él—. Te había prometido esto, pero nunca tuve la oportunidad de dártelo. Por otro lado, no sabía si todavía lo querías.

Dicho esto, Killian sacó del pañuelo un anillo de oro formado por varias hebras que se entrelazaban formando un intrincado patrón y producían un brillo trémulo.

—Sin embargo, dado que ya no hay vuelta atrás, pensé que te gustaría tenerlo. ¿Es así? —añadió, ofreciéndoselo a Jess.

Ella se quedó literalmente con la boca abierta y tuvo que hacer un esfuerzo consciente para cerrarla.

—Killian, yo… no sé qué decir. Es precioso, gracias —alcanzó a articular. A continuación se quitó del dedo el anillo con el sello que llevaba desde la boda y se puso el nuevo—. Ten, mejor te devuelvo este.

—Sí, gracias —dijo Killian—. ¿Estás segura de que te gusta? Si no, siempre podemos conseguir otro.

—No, es perfecto —dijo Jess mientras tragaba saliva varias veces para reprimir las lágrimas—. Gracias

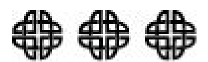
Él se levantó, sonriente.

—Es un placer —dijo y a continuación la agarró por las manos y la hizo levantar—. ¿Tregua, entonces?

Jess sintió que el corazón de Killian latía casi con tanta rapidez como el suyo.

—Sí, por supuesto —dijo.

Tras dar un rápido beso en la mejilla a su mujer, Killian salió del camarote. Jess se quedó inmóvil donde estaba y se llevó la mano al lugar que él había rozado con sus labios. Se preguntaba si la oferta de paz que le había hecho él se debía solo al bebé, pero en todo caso estaba contenta de que ya no estuvieran peleados. La amistad era mejor que nada.



Jess no dejaba de maravillarse ante el cambio de actitud que había experimentado Killian a partir del día en que tuvo noticia de su inminente paternidad. Mientras el barco continuaba su ruta hacia las islas Canarias, él pasaba todo su tiempo libre con ella en el camarote, hablando, jugando a las cartas o leyendo en voz alta. El joven había conseguido convencer —o tal vez sobornar— al cocinero del capitán para que le suministrara todo tipo de manjares para ella, como fruta fresca o pescado asado a la parrilla. En resumen, parecía otro hombre, aunque aún mantuviera la distancia física.

Más o menos una semana después de dejar atrás la península Ibérica, avistaron las Canarias y Killian acompañó a Jess en su habitual paseo vespertino por la cubierta. Estaban juntos, apoyados contra la borda, y contemplaban las manchas oscuras de las islas que iban dejando atrás. No había nadie alrededor y el único sonido que llegaba a sus oídos era el de las olas que rompían contra la quilla y el de las velas agitadas por el viento sobre sus cabezas. Jess se abanicó con la mano.

—Hace mucho más calor ¿verdad? —comentó—. Uno de los marineros le ha dicho a Adair que pronto será insoportable.

—Sí, yo también lo he oído —corroboró Killian—. El camarote pronto será un horno, pero no sé qué podemos hacer para remediarlo.

—Tal vez con dejar la puerta entreabierta y el ojo de buey abierto del todo conseguiremos que haya algo de corriente.

Jess observaba atentamente el antebrazo de Killian, que descansaba junto al suyo, y sentía el contacto de su piel tibia. Un escalofrío recorrió su cuerpo al notar que él se había movido un poco, rozándola, y sintió el impulso de estirar la mano y acariciar el musculoso brazo de él. Aspiró el aire cálido y húmedo, impregnado de aromas

vegetales, de limoneros, de casas de la costa y se sintió en paz, en compañía de su marido y con el hijo de ambos gestándose en su vientre.

De pronto, una especie de fogonazo apareció en el cielo y ambos dieron un respingo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jess.

—No lo sé, pero un marinero me ha dicho que en una de las islas hay un volcán, así que quizá sea eso —explicó Killian.

—No crees que vaya a entrar en erupción ¿verdad? —dijo Jess, que acababa de leer el relato de Plinio el Joven sobre la erupción del Vesubio que destruyó las ciudades de Pompeya y Herculano y tenía los horrores de aquella catástrofe frescos en su imaginación.

—No, no lo creo —respondió él—, y además, aunque lo hiciera, no llegaría hasta aquí.

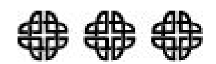
—Yo no estaría tan segura de eso.

—No te preocupes —dijo Killian, colocándose tras ella y rodeándola con los brazos en un gesto protector—. Pronto estaremos lejos. El viento sopla con fuerza.

Jess se apoyó contra él sin pensar en lo que hacía. Era maravilloso estar así, sentir que aquel era su sitio. La acuciaba el deseo de darse la vuelta y fundirse con Killian en un prolongado beso. Solo con que él la besara en la cabeza o le rozara el cuello con los labios, tal y como había hecho en Askeberga, ella no tardaría ni un segundo en arrastrarlo a la fuerza hasta el camarote y rogarle que le hiciera otra vez el amor. Sin embargo, no lo hizo. Se limitó a permanecer inmóvil, sosteniéndola en sus brazos, como si fuera una estatua de piedra. Jess no sabía cómo reaccionar, así que optó por hacer lo mismo, confusa y deseosa de algo más, pero sin atreverse a ser la primera en moverse.

La verdad era que no sabía qué hacer para atraer a su marido a la cama. Ni siquiera estaba segura de si él volvería a desearla. Después de todo, no era aquella la razón por la que él había dado el «sí, quiero». Seguramente estaba siendo amable con ella solo porque esperaba un hijo, pero al menos ya no estaba enfadado, y eso era un alivio.

Debía darse por satisfecha.



Killian percibía el aroma de Jessamijn, pequeña y frágil en sus brazos, y se sintió traspasado por una corriente de deseo. Nada habría necesitado más que hacerle el amor allí mismo, bajo el oscuro cielo nocturno, pero sabía que no era el momento. La tentación de besarla era muy fuerte, pero no podía confiar en que fuera capaz de detenerse después. Mejor no tentar al diablo.

Para empezar, se suponía que ella no era una mujer, aunque estaba seguro de que para entonces había ya varios hombres a bordo que sospechaban la verdad. En todo caso, aunque lo supieran, Killian no podía dejar que se viera que él disfrutaba del cuerpo de una fémina cuando ellos no tenían una allí. Simplemente sería una injusticia y causaría muchas complicaciones. Las paredes que separaban los camarotes eran muy delgadas y sin duda les oirían si hacían el amor, por mucho que se esforzaran en no hacer ruido. Aquello no era una opción.

Otro problema era que temía poner en peligro al bebé. Había comprendido claramente lo preciosa que era aquella nueva vida para él —y también la de su mujer, claro está. No quería correr el menor riesgo. Si algo llegara a ocurrirles por culpa de sus bajos instintos, jamás podría perdonárselo. Era así de sencillo.

Killian tenía que reconocer que los caminos de Dios eran realmente inescrutables. El día en que el barco zarpó de Cádiz, se había propuesto aprovechar los meses de viaje que tenía por delante para conquistar a su mujer como es debido, de forma que, al volver a Gotemburgo, su matrimonio ya no fuera una farsa. Aunque el embarazo había frustrado sus planes de hacer que se volviera loca de deseo por él, ahora la cortejaba de una manera mucho más sutil, que a ella parecía gustarle. Obviamente, aquella era la manera en que el Señor le mostraba que había estado equivocado del todo.

—¿Vamos a la cama? Es tarde y debes de estar cansada —dijo él, aspirando una vez más el cálido aroma de la piel de su esposa.

Jess emitió un murmullo de asentimiento. Mientras bajaban al camarote, Killian se dio cuenta de que se sentía feliz solo por dormir en la misma habitación que ella. Estar juntos era lo único que importaba.

Capítulo 28

Capítulo 28

Las altas montañas peladas de Tenerife se perdieron en la distancia y el *Friedericus Rex Sueciae* se internó en el Atlántico. Los vientos favorables lo impulsaban, primero rumbo a América del Sur y después hacia las regiones meridionales de África. El calor debilitaba a la tripulación y se volvía insoportable por momentos. Jess pasaba casi todo el tiempo intentando refrescarse con un tosco abanico que le había confeccionado el carpintero de a bordo a instancias de Killian, utilizando finas varillas de madera y un fragmento sobrante de vela. Así conseguía cierto alivio, pero no demasiado, y esperaba con impaciencia la caída de la noche, el momento en que Killian la acompañaba a cubierta para que la brisa marina refrescara su recalentado cuerpo.

—Es una gran cosa que tus mareos hayan remitido —comentó el joven. Estaban sentados en una esquina de la cubierta superior, disfrutando del frescor del aire nocturno—. ¿Estás segura de que por lo demás te encuentras bien?

—Sí, sí, estoy bien —respondió ella—. Es solo que tengo calor. No te preocupes.

—Por supuesto que me preocupo —replicó él—. Son tantas las cosas que podrían torcerse...

—¿Quieres decir con el bebé?

—No solo eso —dijo Killian—. La gente se muere de muchas cosas en estas latitudes. Ayer mismo dos marineros cayeron enfermos por algún tipo de miasma. Podría ser contagioso y el cirujano de a bordo no ha podido hacer nada.

Las fiebres no eran lo único que podía matar. En el barco las condiciones de hacinamiento eran tales que proporcionaban un campo abonado a otras enfermedades, como la disentería. Aunque la cubierta se refregaba con agua a diario y cada semana se hacía limpieza en la cubierta inferior, donde dormía la tripulación, mantener limpio el barco resultaba casi imposible. Con el paso del tiempo, la comida empezó a escasear y a ponerse mala. Los gusanos y el moho eran ya algo tan habitual en las galletas de barco que casi nadie protestaba por ello. La carne y el pescado en salazón estaban rancios y hasta el agua resultaba desagradable al sabor. Sin embargo, dado que la cerveza se había acabado, no quedaba más remedio que beber de aquella agua o morir de sed.

Por si fuera poco, estaban además las pulgas... Jess se rascó en una zona que le picaba con especial intensidad y trató de recordar algún momento en que se hubiera sentido a gusto. El viaje se le estaba haciendo interminable y no habían cubierto ni la mitad del trayecto.

—Me pregunto qué tal le irá a mi madre —dijo—. Ojalá Robert no me hubiera enviado lejos justo cuando más me necesitaba.

La joven pensó en su hermano más pequeño, al que no volvería a ver. La vida podía ser muy cruel a veces. Aunque había dicho a Killian que debían ser positivos, era difícil no temer por su propio bebé al pensar en lo frágil que había sido James.

Killian le tomó la mano y entrecruzó sus dedos con los de ella, presionándolos suavemente.

—El pequeño James siempre vivirá en su corazón —dijo Killian—, y aunque al principio sea duro, el tiempo acaba por aliviar la pena. Además, tiene que ocuparse de Ramsay y, a pesar de todos sus defectos, creo que Robert hará lo que pueda por consolarla. Albert dijo que estaba también muy afectado por la muerte de James. Juntos lograrán salir adelante.

—Espero que tengas razón —dijo Jess, aliviada por el cálido contacto de los dedos de Killian. Le transmitía sensación de seguridad, de que nada podría ocurrirle mientras estuviera a su lado—. Me pregunto qué estará haciendo Albert ahora mismo.

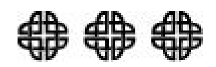
Había dicho aquello último para pensar en otra cosa que no fuera en lo cerca que Killian estaba de ella.

—Sí, yo también —respondió él—. Le envié una carta desde Cádiz en la que le explicaba lo ocurrido, pero no sé si la habrá recibido aún.

—Espero que Robert no le esté causando problemas —comentó Jess—. Con la ayuda del señor Milner, debería haber podido demostrar que la compañía nos pertenece. Firmé todos los papeles antes de partir. Albert lo mantendrá todo en marcha hasta que lleguemos ¿no te parece?

—Estoy seguro —respondió Killian—. Si hay un hombre en quien podamos confiar, ese es Albert.

Jess deseó poder estar igual de segura de que ellos regresarían de su viaje.



Diez días después de avistar las primeras gaviotas y otras aves marinas de El Cabo, como los majestuosos albatros, la tripulación del *Friedericus Rex Sueciae* empezó a sondear las aguas que los rodeaban, verdes y arenosas. Se trataba de evitar encallar en los bajíos que rodean al cabo de Buena Esperanza y a la punta más meridional de África, el cabo de Agulhas. Campbell no tenía intención de detenerse a repostar, ya que aquella parte del mundo estaba bajo el control de los holandeses. Ni siquiera se acercaron lo suficiente al continente como para avistar tierra.

—Ni pensar en revelar nuestra presencia —dijo secamente—. Sería demasiado arriesgado.

El tiempo se hizo de pronto más frío y tormentoso, lo que obligó a los expedicionarios a sacar de nuevo la ropa de invierno. Jess y Killian no eran los únicos que se abrigaban con pieles, ya que muchos de los marineros llevaban chalecos de oveja, que parecían mantenerse flexibles incluso cuando se mojaban. Jess pensaba que no podrían sobrevivir sin ellos.

Aunque el frío fue en muchos aspectos una bendición, la brusca caída de las temperaturas provocó no pocas bronquitis y resfriados. Una mañana, Jess se levantó y encontró a Killian todavía acostado, con el rostro enrojecido y la respiración irregular. Rápidamente se sentó a su lado y le sacudió el brazo.

—¡Killian! ¡Killian! ¿Te encuentras bien? —dijo.

Él abrió los ojos, enrojecidos y brillantes de fiebre. Su habitual color azul intenso parecía mortecino a causa del dolor.

—Me duele la garganta —dijo, con voz ronca—. Tengo mucho calor y parece como si la cabeza fuera a estallarme.

Jess, que hasta ese instante siempre lo había visto sano y en forma, se quedó aterrorizada.

—Espera —dijo—. Llamaré a Adair para que traiga un poco de caldo, agua fría y paños.

No hubo respuesta, lo cual aumentó la zozobra de ella, pero cuando Adair llegó con el caldo, Killian consiguió incorporarse y tomarlo, si

bien tragar parecía costarle un gran esfuerzo. Cuando hubo terminado, Jess comenzó a frotarle la frente con un paño empapado en agua fría para tratar de bajarle la fiebre. Aquello pareció dar resultado durante unos instantes, pero después empezó a tiritar.

—¡Que f-f-f-frío! —murmuró, dando diente con diente—. Traedme más mantas.

Jess ya le había arropado con todas las suyas y no pensaba que nadie tuviera alguna más de sobra. Miró a Killian y de pronto recordó sus palabras durante aquel viaje en trineo que ahora le parecía tan lejano: «compartir el calor corporal es el segundo mejor método que existe para no helarse de frío».

—¡Por supuesto! —exclamó y empujó a Killian hacia la pared—. Hazme sitio, voy a calentarte.

—¿Qué? —protestó él, pero Jess no le hizo caso, se tumbó a su lado y lo rodeó con ambos brazos y con una pierna. Apenas había sitio para los dos en el estrecho camastro. Jess podía sentir los violentos escalofríos que sacudían a Killian, pero al cabo de un rato se le fueron pasando y al final se quedó inmóvil.

—Qué bien me encuentro a tu lado —murmuró y sorprendió a Jess, mirándola de pronto a los ojos—. Creo que debería ponerme enfermo más a menudo.

La ronca voz de Killian provocó un estremecimiento en Jess. Su mirada se dirigió a la boca de su marido, que se encontraba a escasos centímetros de distancia de la suya, y sintió un deseo tan fuerte de besarle que casi dejó escapar un suspiro. Killian sonrió, como si pudiera leer la mente de ella, con aquella sonrisa juguetona que Jess tan bien conocía, pero recordó de repente que estaba ardiendo de fiebre y probablemente no sabía lo que decía.

—No te atrevas a enfermar de nuevo —le dijo con firmeza—. Mis nervios no lo soportarían.

—¿Y por qué? —inquirió él y la miró con atención, como si su respuesta fuera de veras importante. Jess quedó desconcertada y optó por encogerse de hombros y fingir indiferencia.

—No quiero quedarme en este barco con Adair como única compañía —dijo.

—¿Es esa la única razón? —preguntó él mientras sacaba una mano de

debajo de las mantas, rodeaba la cintura de Jess y la atraía aún más hacia sí. Ella torció la cabeza para evitar la mirada que la escrutaba.

—Bueno… no. No quiero perderte. Quiero decir, nuestro hijo debe tener un padre —aclaró por fin, y añadió en tono de broma—: No le deseo a nadie que tenga un padrastro, como ya te puedes figurar.

Killian mantuvo el brazo alrededor de su cintura durante un rato, como si esperara algo más, y después la soltó. Ella se quedó con la sensación de que su respuesta le había decepcionado. Se preguntó si debía decirle que había otra razón, mucho más importante, pero se sentía incapaz de desnudar así su alma, sin saber si aquella era la respuesta que él quería oír.

—No te preocupes —dijo Killian por fin y cerró los ojos—, no te vas a librar de mí tan pronto. Ahora, si no te importa, tengo mucho calor otra vez, así que puedes seguir dándome esas friegas infernales.

Jess se apoyó en un codo para erguirse y miró a su marido desde arriba, pero él no le devolvió la mirada. Entonces suspiró y se levantó.

¿Por qué era todo tan complicado?



Killian no tardó en recuperarse, aunque otros no fueron tan afortunados y varios miembros de la tripulación perdieron la vida antes de que el barco comenzara su larga travesía por el océano Índico, donde el clima cambió de nuevo.

A principios de julio avistaron la isla de San Pablo y navegaron bastante cerca de la costa, pero no llegaron a desembarcar.

—No podemos permitirnos perder más tiempo —dijo Campbell, enfatizando sus palabras—. Si no llegamos al mar de la China Meridional a principios de agosto, podríamos pasarnos seis meses inmovilizados a la espera de vientos favorables. Impensable.

En todo caso, la isla parecía bastante estéril y sin mayor interés para explorar, así que nadie protestó demasiado. Todo el mundo estaba ansioso por llegar a Java, donde sabían que harían escala durante varios días y podrían repostar.

La barriga de Jess aumentaba de tamaño día tras día, o al menos eso

le parecía a ella.

—Me estoy convirtiendo en una ballena —se quejaba a Killian, pero él no le hacía ningún caso, entusiasmado como estaba al notar las patadas que daba ya el niño. Apoyaba las manos en el vientre de su mujer cada vez que salían a pasear por la cubierta. Ambos estaban asombrados por la fuerza con que golpeaba el bebé.

—¡Qué salvaje! —comentaba Killian, sonriente—. Espero que sea niño, porque si es niña, será un auténtico marimacho.

Los pantalones de Adair ya no le entraban y su marido tenía que dejarle los suyos. Pronto resultó imposible seguir ocultando su estado y su sexo, pero, para su sorpresa, la gran mayoría de la tripulación reaccionó con absoluta tranquilidad. Lo mismo ocurrió con Campbell cuando supo lo del bebé, sobre todo porque Killian tuvo la feliz idea de subrayar que el capitán Trolle estaría en contra. Los dos hombres continuaban enfrentados y aquello encendió la chispa de nuevo.

—El capitán no tiene nada que decir al respecto —gruñó Campbell —. El barco está bajo mi mando y fui yo quien tomó la decisión de permitir que se quedara a bordo. Es un hecho desafortunado que esté encinta, pero si, como usted dice, fue algo que ocurrió tiempo antes de que embarcaran, nadie podía preverlo ¿cierto?

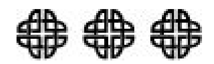
—Cierto y desde luego la habría acompañado yo mismo de vuelta a Gotemburgo si lo hubiera sabido —aseguró Killian.

—No tiene sentido pensar en eso ahora —dijo Campbell—. Ha ocurrido y ya está. Informaré a todo el mundo y dejaré muy claro que deben tratar con respeto a su esposa.

A pesar de sus eternas disputas con el capitán, que parecía incapaz de reconocer que Campbell tenía la última palabra en todo, el escocés dirigía el barco con mano firme, pero justa, y en general era obedecido sin que nadie rechistara.

Killian también se había hecho popular por su disposición a ayudar incluso en las menores tareas. Quería aprender todo lo posible sobre la navegación y el comercio y los hombres lo respetaban por ello. Así pues, fueron contadas las miradas de envidia que le dirigieron cuando finalmente se decidió a escoltar a Jess a la cubierta para descansar bajo un toldo a pleno día.

Esperaba que las cosas siguieran como estaban.



La última etapa del viaje se hizo eterna para Jess, que rezaba por que alcanzaran su destino antes de que le llegara el momento de dar a luz.

Sin embargo, le encantó todo lo que tuvo la oportunidad de ver en Java: las costas sin fin, bañadas en la luz radiante del sol y cubiertas por espesos bosques que se reflejaban en el mar, dándole su mismo color verde oscuro; las tortugas marinas que nadaban a su alrededor; los nativos, de pequeña estatura y cabello negro, que iban casi desnudos, cubiertos solo con taparrabos de algodón... Aun así, prefería que no se quedaran mucho tiempo y sintió alivio cuando Campbell ordenó zarpar después de haber llenado bien las bodegas de agua y víveres.

La leche de los extraños cocos que crecían en aquel país la refrescaba y revitalizaba. Su marido se aseguró de que cargaran una buena cantidad de ellos en el barco, así como otros tipos de frutas variadas, muchas de las cuales nunca habían visto antes.

—Estoy segura de que le vienen de maravilla al bebé —decía ella, chupándose los dedos.

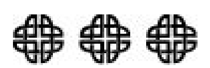
—Sí y además están deliciosos. Bueno, aparte de este, que sabe como a jabón —dijo Killian mientras señalaba un fruto de color verdoso. Jess rió.

—No me había dado cuenta de que estabas tan necesitado que tuvieras que comer jabón —dijo.

—Oh, hay muchas cosas que no sabes sobre mí —respondió él con una amplia sonrisa.

—Estoy aprendiendo —dijo ella y sonrió a su vez.

Era cierto, ya que tenían mucho tiempo para conversar bajo el sol y, aunque él no demostraba deseo por ella, Jess sentía que eran ya muy buenos amigos. Trataba de convencerse a sí misma de que debía contentarse con eso.



El día seis de agosto entraron en el mar de la China Meridional, la última etapa de su odisea.

—Gracias a Dios —dijo Campbell—. Si llegamos a retrasarnos más, nunca lo habríamos conseguido. Solo espero que no sea ya demasiado tarde.

Killian también lo esperaba. Día a día observaba cómo crecía el vientre de Jess y rezaba para que llegaran a su destino antes de que naciera su hijo.

Siete meses después de zarpar de Suecia arribaron por fin a las costas de China. Los temores de Campbell se demostraron fundados, sin embargo, cuando fueron sorprendidos por una tempestad que los desvió de su ruta. Empezó con viento fuerte, que se fue incrementando a lo largo del día y acabó en una devastadora lluvia torrencial.

—Es mucho más fuerte de lo que jamás haya visto en Suecia —comentó Jess, refugiada junto a su marido en el camarote. Miraba hacia el ojo de buey, que estaba cerrado, pero por el que de todas formas entraba agua de vez en cuando—. ¿Cómo puede un barco soportar semejante castigo sin irse a pique?

—A esto lo llaman *tai-fun* —dijo Killian—. Campbell me ha dicho que es frecuente en este país. Todo aquí sucede a una mayor escala.

Aquello parecía incluir a los relámpagos y truenos que reverberaban todo alrededor. Los dos jóvenes oían el fragor de las olas que rompían contra los costados del navío.

—¿Crees que los mástiles aguantarán? —preguntó Jess con voz ligeramente temblorosa. Killian se encogió de hombros.

—La tripulación ha hecho todo lo que ha podido —dijo—, ha recogido velas y ha amarrado bien todo aquello que puede moverse. Ahora solo podemos rezar.

El calor húmedo que reinaba en aquella región a principios de septiembre era terrible y los dos jóvenes sentían que se sofocaban dentro del estrecho camarote. A pesar de eso, Killian se sentó junto a Jess en el camastro y la rodeó con sus brazos. Ella no se resistió y se apoyó en él con un leve suspiro. Killian estaba feliz solo de tenerla así y pensó para sus adentros que, si debía morir aquella noche, estaría contento de que fuera junto a su esposa.

Sus oraciones fueron escuchadas, sin embargo, y al final de una larga

y agónica noche la tempestad remitió por fin. El tres de septiembre llegaron a Macao. Un piloto subió a bordo para guiarlos a través de la entrada al río de las Perlas y cuatro días más tarde anclaron ante la desembocadura del río que llevaba hasta Cantón.

—Así que este es el famoso *Bocca Tigris* —dijo Killian. Estaba en cubierta con Jess y Adair y los tres observaban los alrededores. Había allí dos pequeñas fortalezas, una a cada lado de la desembocadura, rodeadas de árboles. Las habían levantado para resguardar la entrada en el río, el estrecho corredor que se abría entre una península y una pequeña isla en medio de la corriente. Desde el barco podía verse a los soldados dentro de los fuertes, que los miraban a través de las aberturas por las que presumiblemente disparaban sus flechas. Aquello resultaba bastante intimidatorio.

—¿Qué significa ese nombre, lo sabes? —preguntó Jess. Le gustaba el sonido de las palabras y sentía curiosidad.

—He leído que significa «la boca del tigre» y se lo pusieron los portugueses, aunque no lo entendieron bien del todo, ya que el nombre que le dan los chinos es Puerta del Tigre.

Un barco se acercó y unos cuantos mandarines, altos jerarcas chinos, subieron a bordo. Jess se inclinó sobre la borda para observarlos con mayor detenimiento.

—¿Qué quieren? ¿No son hostiles, verdad? —dijo.

—No, pero los chinos exigen que todo el mundo respete sus normas —dijo Killian—. En caso contrario, prohíben ejercer el comercio. Creo que han venido a revisar el barco y a darnos pases que nos permitirán continuar río arriba. El señor Campbell me ha comentado que hay un montón de trámites burocráticos que es necesario realizar. Este no es nuestro país y tenemos que cumplir sus leyes —dijo el hombre, que se interrumpió un instante y miró sonriente a Adair—. Eso va también por ti, jovencito. No tengo ni idea de qué les hacen a los carteristas aquí, pero me da la impresión de que no debe de ser agradable, así que contrólate ¿de acuerdo?

Adair trató de parecer ofendido, sin conseguirlo.

—¿Cómo voy a intentar aquí nada parecido? —dijo.

—Mejor que ni se te ocurra —insistió Killian—. Hablo en serio, Adair. No quiero perderte.

Kinross agitó con la mano los rizos morenos del muchacho, tan revueltos como de costumbre.

—Yo tampoco —dijo Jess—. Vas a ser tío honorario de mi hijo ¿verdad? Así que no te metas en líos.

El chico sonrió, azorado, pero ella notó que se sentía complacido de que se preocuparan por él.

Capítulo 29

Capítulo 29

Finalmente, el *Friedericus Rex Sueciae* recibió permiso para continuar río arriba hasta Whampoa, su destino final. Avanzaba con lentitud, porque la corriente era fuerte, y tuvieron que ser remolcados a lo largo de la mayor parte del trayecto. Jess estaba sentada bajo el toldo y contemplaba el bello paisaje de la ribera. Todo era verdor hasta donde alcanzaba la vista, un paisaje de suaves colinas con árboles dispersos, prados y arrozales. Aquí y allá se veían pequeños poblados, fortalezas y unas altas torres con extraños tejados cuyas esquinas apuntaban hacia el cielo.

—Pagodas —dijo Killian, que se había situado a sus espaldas.

—Son fascinantes, aunque la verdad es que todo aquí lo es —repuso su mujer—. ¿Sabes? Estoy muy contenta de haber venido, después de todo. Esto es algo que recordaré durante el resto de mi vida.

Killian sonrió, pero lanzó una mirada de preocupación hacia el abultado vientre de su esposa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Como nunca —repuso ella—. No te preocupes, aún no es el momento. Nacerá en tierra firme.

—Me alegro de saberlo —dijo él—. El señor Campbell quiere que le acompañe a Cantón durante unos días. ¿Estarás bien aquí? Al parecer los chinos no permiten que las mujeres extranjeras entren en la ciudad.

Whampoa, donde estaba previsto que anclara el barco, se encontraba a un par de millas de distancia de Cantón, río abajo, pero los grandes buques europeos no podían llegar hasta allí porque el río no era suficientemente profundo. Los sobrecargos y demás miembros de la tripulación que querían llegar hasta Cantón tenían que cubrir el trayecto a bordo de juncos o sampanes. No era una distancia excesiva y Jess estaba segura de que podría hacer llegar un mensaje a Killian con suficiente rapidez, en caso necesario.

—Sí, estaré bien —respondió—. Tengo a Adair si necesito algo y por la noche atrancaré la puerta del camarote.

Killian era reacio a dejarla sola, pero por otro lado sentía un fuerte deseo de ver la ciudad, sobre la que Campbell le había contado tantas

cosas. Un gran junco de quilla plana y forma rectangular, elevado en proa y popa, los llevó corriente arriba. Killian observaba todo lo que le rodeaba con gran interés. Al aproximarse a la ciudad, el tráfico fluvial aumentó y se vieron rodeados por otros juncos y por sampanes, un tipo de embarcación similar, pero más pequeña y sencilla. Reinaba un ruido ensordecedor. Todos los tripulantes de los sampanes parecían vender algo y anunciaban sus mercancías con grandes voces y agitando mucho los brazos. Él estaba fascinado ante aquel gigantesco mercado flotante.

—Cantón es realmente como tres ciudades en una —explicaba Campbell mientras el junco atravesaba toda aquella algarabía—. Por un lado está la ciudad oficial, rodeada por murallas, que los europeos no pueden visitar a menos que sean invitados...

Killian fijó la vista en las altas murallas de arenisca con numerosas torres, tanto de planta cuadrada como circular, y varias puertas. Nada de lo que había dentro era visible, aparte de los tejados de algunas casas, más torres y una pagoda.

—Espero que nos inviten entonces —comentó el joven—. Me encantaría verla.

—Seguramente será así, pero nunca se sabe —dijo el sobrecargo—. Otra área es la de los suburbios, donde pasaremos la mayor parte del tiempo. Ahí es donde se encuentran las denominadas fábricas, que son los almacenes y alojamientos de los extranjeros. La mayoría dan al río y cada país tiene la suya. Nuestra primera tarea será alquilar una. Suecia nunca ha comerciado con China y por tanto no tiene una fábrica propia.

—¿Y la tercera área de la ciudad? —preguntó Killian.

—Ah, esa es la «ciudad flotante» —respondió su patrón—. Mira a tu alrededor. Hay casas construidas sobre postes junto a la orilla y los juncos y sampanes se disponen formando calles en el agua. En ellos viven familias enteras, aunque la humedad debe de ser terrible.

La mayoría de los barcos tenían construcciones parecidas a casetas o chozas sobre la cubierta. Algunas de ellas eran frágiles chamizos hechos de cañas de bambú, pero otras parecían más sólidas. Killian se maravillaba de que la gente pudiera sobrevivir en tales condiciones, pero supuso que de alguna manera tenían que arreglárselas. El joven se sentía abrumado por un aluvión de imágenes y sonidos totalmente nuevos para él. Sentía que entraba en un mundo ajeno, en el que no

encajaba. Sin embargo, estaba decidido a aprovechar al máximo la experiencia y a aprender todo lo que pudiera sobre el pueblo chino y sus costumbres.

—¿Dónde iremos en primer lugar? ¿Tiene alguna idea? —preguntó mientras seguía a Campbell a lo largo del embarcadero. Aunque había allí otros extranjeros, se sentía extraño vestido a la europea. El sobrecargo aún destacaba más, con su habitual peluca gris, pero a él no parecía importarle en absoluto.

—Por supuesto —respondió el sobrecargo—. Vamos a ver a Tin-qua, un importante y rico mercader con quien hice negocios la última vez que estuve aquí. Él podría alquilarnos una fábrica junto a la orilla del río.

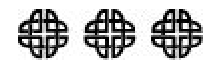
Así fue, en efecto, y el mercader se mostró muy contento de recibirlos. Él y Campbell se saludaron según la costumbre local, las manos juntas, una ligera inclinación y palabras que sonaban a algo como «haw-haw». Al parecer aquello significaba «le deseo todo bien», o algo parecido. A Killian le pareció un saludo extraño, pero imitó a Campbell. No hacerlo habría sido descortés.

Tin-qua llevaba un largo vestido de seda oscura, que le llegaba más abajo de la rodilla, abrochado con pequeños botones redondos y con solapas superpuestas a la altura del pecho. Las mangas eran muy anchas y tan largas que le cubrían las manos. Debajo de aquella prenda llevaba pantalones anchos y unas botas hechas de seda. Cuando se dio la vuelta para conducir a los recién llegados hasta la fábrica, Killian vio que a lo largo de su espalda pendía una coleta que le llegaba hasta las piernas. Como remate, el hombre adornaba su coronilla con un pequeño gorro redondo de seda. Aquello era más exótico que lo que Killian hubiera podido nunca imaginar y el joven tuvo que ocultar una sonrisa de pura felicidad. No podía creer que ya estuvieran allí.

La fábrica que les ofrecieron era una edificación alargada de dos plantas, que daba directamente al río por uno de sus extremos y por el otro, a una de las calles principales del suburbio.

—Es perfecta —dijo Campbell antes de concluir sus negociaciones con el chino, mientras Killian por su parte escuchaba con atención. Un animado regateo parecía ser parte integrante de cualquier acuerdo, al igual que sucedía en Europa—. Volveremos con hombres y suministros y... a empezar. No tenemos mucho tiempo, pero sí mucho que hacer. No podemos quedarnos más allá de cinco meses o ya no habrá

oportunidad de aprovechar los vientos que deben llevarnos de vuelta hacia el sur. ¡Adelante!



La tripulación había lanzado vítores al echar el ancla en Whampoa, pero, como Jess y Adair no tardaron en comprobar, allí no ocurría nada emocionante. Había una gran cantidad de barcos europeos anclados y cada uno tenía asignado un *bankeshall*. Esto era una especie de almacén de bambú, de gran tamaño aunque sencillo, construido junto a la orilla del río para uso de los marineros. En ellos guardaban los cargamentos y los equipos de los barcos, que se descargaban a tierra para mayor seguridad, y servían también como talleres. Algunos de los tripulantes dormían allí, ya que debían vigilarlo todo noche y día.

El barco debía ser descargado, limpiado y reparado, con el fin de que estuviera listo para el largo viaje de regreso a Europa. Aquello significaba muchos días de duro trabajo, especialmente para los artesanos. Las tareas parecían no acabar nunca —los aparejos debían ser reparados; el casco, calafateado; las velas, remendadas. Dado que en todos los barcos se estaban llevando a cabo los mismos trabajos, reinaba un ruido constante, ensordecedor, que enervaba a Jess. La joven procuraba no quejarse y daba gracias a Dios por haber llegado hasta China.

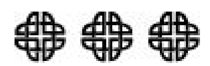
Al cabo de unos días, los sobrecargos y algunos miembros de la tripulación se marcharon a la fábrica de Cantón.

—Van a turnarse —dijo Adair a Jess—. Así todo el mundo podrá visitar la ciudad durante al menos unos días. ¡Estoy deseando ir!

A ella le habría entusiasmado visitar Cantón, pero Campbell interpuso su veto.

—En realidad no debería estar aquí, querida —le dijo, con firmeza pero sin acritud—. No permiten que entren mujeres extranjeras en el país, así que es mejor que nadie la vea.

Jess sabía que no podía discutir con aquel hombre. Había sido demasiado amable con ella y, aunque resultaba frustrante estar tan cerca y no poder entrar en la ciudad, no tenía más remedio que obedecerle.



Al tercer día, Killian regresó de Cantón y les dijo que un alto funcionario chino vendría a medir el barco.

—¿Medirlo? ¿Qué quiere decir? —preguntó Jess, extrañada.

—Tenemos que pagarles impuestos y la cuantía depende del tamaño del barco y del peso del cargamento que podemos transportar, si lo entiendo bien —explicó el joven—. Lo siento, pero tendrás que permanecer en el camarote y no hacer ruido. No sé exactamente qué marcan sus reglas respecto a las mujeres extranjeras —espero que su presencia aquí no esté prohibida por la ley—, pero en todo caso no podemos arriesgarnos. Seguramente no medirán los camarotes, así que quédate aquí hasta que yo te avise.

—Muy bien —dijo Jess, resignada a pasar otra tarde de aburrimiento. Se levantó para masajearse la espalda, que le dolía de manera intermitente desde el día anterior. El bebé estaba creciendo mucho y resultaba muy pesado para su pequeño cuerpo. Esperaba que no creciera mucho más, ya que temía que en ese caso no podría traerlo al mundo. Suspiró y pensó en el alivio que sentiría una vez que hubiera nacido.

Un mandarín vestido de manera muy elegante, cuyo título era al parecer Hou Pou, llegó al barco con gran pompa. Killian permanecía a un lado mientras Campbell y Graham daban la bienvenida al dignatario. Hou Pou —o «El Hoppo», como le llamaba la mayoría de los europeos— era el jefe de aduanas de la provincia y debía ser tratado con la mayor deferencia. Su visita transcurría con arreglo a un protocolo muy estricto, que incluía un intercambio de regalos entre él y los sobrecargos. A continuación, el mandarín era invitado a un refrigerio en el camarote del capitán, mientras sus hombres llevaban a cabo el trabajo de medición del barco.

Killian decidió permanecer en cubierta y seguir discretamente a los funcionarios chinos para evitar que se acercaran demasiado al lugar donde se encontraba Jess. Los observaba con atención mientras charlaban entre ellos y tomaban notas. Su lenguaje resultaba por supuesto incomprensible y Killian se preguntaba qué estarían diciendo. Le producía una impresión extraña no poder comunicarse con ellos y el joven escocés sintió un gran alivio cuando se le acercó un intérprete chino —un lingüista, como lo denominaba Campbell—,

y empezó a explicarle lo que se decía.

—El señor Li calcula la capacidad de carga —dijo—. Tenemos reglas especiales para la medición.

Killian había notado que allí tenían reglas especiales para todo. Aunque le parecía obvio que aquello debía facilitar la tarea a los gobernantes, el joven escocés se preguntó qué pensaría el pueblo de todas aquellas leyes que debían obedecer.

Arriba, sobre los mástiles, había marineros suecos que terminaban de arriar las velas para llevarlas al *bankeshall*. Killian los observó y, con un estremecimiento, admiró la sangre fría de aquellos hombres. En una ocasión había trepado hasta lo alto de uno de los palos del buque, solo para demostrarse a sí mismo que podía hacerlo, pero se le habían quitado las ganas de repetir la experiencia, una de las más terroríficas de su vida.

En el momento en que Killian miraba hacia arriba, uno de los hombres gritó y estuvo a punto de perder pie. Al hacerlo, golpeó accidentalmente uno de los palos menores, que se desprendió y cayó hacia la cubierta. Un rápido vistazo hizo comprender a Killian que el hombre llamado Li se encontraba justo en el lugar donde el madero tenía todas las probabilidades de aterrizar. Sus rápidos reflejos le impulsaron a saltar sobre él y a apartarlo de la zona de peligro. Ambos hombres rodaron por el suelo en el último segundo.

Alrededor de ellos estalló una fuerte conmoción. En un primer momento, Li miró furioso a Killian y comenzó a gritarle, pero guardó silencio en cuanto entendió lo que había pasado. Dijo algo al lingüista, que se acercó para ayudarles a incorporarse, y se volvió hacia Killian.

—El señor Li dice muchas gracias —tradujo—. Salvó la vida. Debe mucha gratitud.

—No ha sido nada especial. Me alegro mucho de que no haya resultado herido —respondió Killian, aún conmocionado, aunque trataba de no evidenciarlo. Había faltado muy poco para que se produjera un verdadero desastre, no solo para el señor Li, sino para toda la expedición. Estaba claro a quién habrían culpado los chinos de haberse producido un accidente con consecuencias graves.

Li juntó las palmas de las manos a la altura del pecho y se inclinó profundamente ante Killian.

—*Glacias* —dijo.

El joven respondió de la misma manera.

—Ha sido un placer —replicó en inglés y añadió, dirigiéndose al lingüista—: Me aseguraré de que los hombres interrumpan sus trabajos ahí arriba, para que no vuelva a suceder algo así.

Sin embargo, no fue necesario dar ninguna orden al respecto, pues los marineros ya habían descendido de los mástiles y se acercaban a toda prisa.

—¿Está herido, señor Kinross? Lo sentimos muchísimo, no sabíamos que esa pieza estaba suelta.

—Estoy bien, pero este hombre podría haber muerto —respondió—. Mejor será que interrumpan el trabajo hasta que él y los demás se hayan ido y asegúrense de que no haya nadie en cubierta cuando lo reanuden. Ahora tómense un descanso. Me parece que están tan conmocionados como yo.

—Muy cierto, señor —confirmó el que llevaba la voz cantante—. ¿Nos quitarán dinero de la paga por no haber tomado las precauciones suficientes?

—No —respondió Killian—. A veces ocurren accidentes. Estoy seguro de que lo hicieron sin querer.

—Gracias, señor Kinross —dijeron a coro y se retiraron, aliviados.

Killian regresó junto a los chinos, que proseguían con sus mediciones. Al cabo del rato, el señor Li se dirigió hacia las escaleras que llevaban a las cubiertas inferiores. Killian lo siguió e hizo una seña al lingüista, que se aproximó rápidamente.

—¿Adónde va? —le preguntó.

—Tiene que medir el lugar donde va el cargamento —respondió el intérprete.

—Ah, ya veo —dijo Killian. El hombre tendría que pasar junto a los camarotes, pero no entrar en ellos. El joven siguió al inspector por la escalera, pero su alivio no duro demasiado. Justo en el momento en que el señor Li llegaba al último escalón, todos oyeron un grito agudo procedente de su derecha. Era casi como el aullido de un animal dolorido. Antes de que Killian pudiera detenerlo, el señor Li abrió la puerta del camarote donde se encontraba Jess.

El chino se detuvo en seco y se quedó mirando fijamente al interior. Cuando Killian lo alcanzó, pudo ver por qué. Jess estaba de pie sobre un charco, apretándose el vientre con las manos y el rostro contraído de dolor. Adair le daba tímidas palmadas en el hombro obviamente confuso respecto a lo que debía hacer.

El señor Li se volvió hacia Killian con las cejas alzadas en ángulo agudo. Él asintió con la cabeza y apretó los dientes.

—Sí, es mi mujer —dijo. Era inútil pretender otra cosa, ahora que había sido descubierta.

Killian había olvidado por completo la presencia del lingüista, pero el señor Li se volvió hacia él y profirió varias frases hablando muy deprisa, al tiempo que Jess volvía a gemir, aunque no tan fuerte como antes.

—¿Estás bien, Jessamijn? —siseó su marido, mientras a sus espaldas estallaba lo que parecía ser una acalorada discusión en chino.

—Sí, sí, estoy… bien —trató de articular ella—. Me sorprendió, eso es todo. No… no lo esperaba tan pronto. Oh, es más fuerte de lo que pensaba.

—¿Y tu ropa? —preguntó él, mirando al charco bajo sus pies.

—He roto aguas —dijo Jess—. Tengo que cambiarme ¿Puedo ponerme tus calzas?

—Sí, por supuesto, pero deja que te ayude —dijo su marido y avanzó un paso, pero ella negó con la cabeza y los apartó, a él y a Adair, con gestos de los brazos.

—No, déjame —dijo—. Me las arreglaré sola.

Jess les cerró la puerta en la cara y Killian se volvió justo cuando el lingüista comenzaba a hablar:

—Señor Kinross, su mujer debe ir con el señor Li…

—¿Qué? ¡No! —le cortó en seco—. Quiero decir, no ha hecho nada malo. Nadie nos advirtió de que no podía llegar hasta aquí.

Killian sintió que el sudor perlaba su frente y estuvo a punto de dejarse llevar por el pánico. No podía permitir que se llevaran a su esposa en aquellos momentos, era algo impensable.

—No, no, nada malo —dijo el intérprete—, pero la mujer del señor Li acaba de tener un bebé. Ella puede ayudar a su mujer. Aquí no es seguro. Se quedará con el señor Li.

—¿Quiere decir como invitada? —preguntó Killian, parpadeando de sorpresa.

El lingüista y el señor Li asintieron al unísono y este último se inclinó de nuevo y añadió algo que el intérprete tradujo inmediatamente.

—El señor Li dice que le debe a usted la vida. Pagará cuidando a su mujer. Así estarán en paz.

—Ah, ya veo —dijo el joven, que empezaba a entender—. Muchas gracias, eso sería maravilloso. ¿Le importaría si le acompaño? Es solo para que mi mujer esté tranquila.

—Por supuesto —dijo el lingüista—. Ahora vámonos. El bebé no tardará en llegar.

Killian llamó a la puerta del camarote y, cuando Jess le dejó entrar, le explicó lo que había sucedido. Después de unos instantes de vacilación, ella accedió a ir con los chinos.

—Supongo que será bueno estar con otra mujer, aunque no podamos comunicarnos demasiado —dijo—. Al menos sabrá lo que hay que hacer, si ya ha pasado por esto. Muy bien, vamos.

Poco después avanzaban por el río a bordo de un junco. Killian dejó un mensaje para el señor Campbell en el que le explicaba lo que había ocurrido y el señor Li se excusó por abandonar sus obligaciones. El joven iba sentado junto a su mujer y le estrechaba la mano.

—Daría todo por poder estar a tu lado —dijo—. ¿Crees que estarás bien con esta gente?

Ella asintió.

—Claro que sí. No podrías hacer casi nada, de todos modos. Les diré que te avisen en cuanto todo haya terminado. No te inquietes si nos retrasamos. Algunos bebés tardan días en nacer, aunque espero que no ocurra con este.

—Amén —dijo él, mirándola fijamente a los ojos—. Rezaré por ti y por el bebé.

Sabía bien que su pérdida le destrozaría. Solo de pensarlo, sintió frío por todo el cuerpo.

Capítulo 30

Capítulo 30

La mujer de Li, de nombre Mei, echó un vistazo a Jess y la hizo subir rápidamente por una estrecha escalera que conducía a un dormitorio de reducido tamaño y con un balcón que daba a un patio. Un par de perrillos tan peludos que parecían ovillos de lana con patas saltaron de un cojín y se acercaron para olfatear a la recién llegada. Movían la cola, pero fueron ahuyentados por su dueña antes de que Jess pudiera hacerse amiga suya.

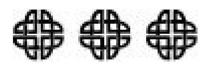
A continuación Mei sentó a Jess en un taburete, batió palmas y comenzó a lanzar órdenes al tropel de sirvientas que acudió corriendo a su llamada. Un suave aroma de incienso reinaba en la habitación y, en combinación con la fragancia de flores que entraba del exterior, creaba un ambiente muy agradable. Jess trataba de respirar lenta y profundamente, para ayudar a su cuerpo a que soportara mejor las oleadas de dolor que lo traspasaban a intervalos regulares.

La habitación era sencilla, con pocos muebles —el taburete donde se sentaba Jess, un par de armarios pequeños para ropa y una cama bastante grande. Las paredes estaban empapeladas en color blanco. «Al menos está limpia», pensó Jess. Miró agradecida cómo las sirvientas iban trayendo todo lo necesario para asistirla en el parto, toallas, paños y agua caliente. Se daba cuenta de que sabían lo que hacían y aquello la tranquilizaba.

—Gracias —dijo a Mei con una sonrisa cuando la mujer se volvió hacia ella y a continuación se levantó y se inclinó, tal y como Killian le había enseñado. «Es la costumbre aquí y demuestra respeto», le había susurrado. Mei le devolvió la sonrisa y le indicó con gestos que se sentara de nuevo y esperara un poco.

Poco después, una señora de edad avanzada entró en la habitación resoplando de fatiga. Estaba claro que había acudido a la carrera desde donde fuera que se encontrara su morada, para atender a la llamada de Mei. Una vez allí, escuchó atentamente mientras la dueña de la casa la ponía al corriente de la situación. Sus pequeños ojos marrones se abrieron mucho cuando vio que la parturienta era una extranjera, pero después asintió y se concentró en el bebé que estaba a punto de nacer. La anciana apoyó las manos en el vientre de la joven para sentir las contracciones, que cada vez eran más fuertes y más frecuentes. Jess se mordió el labio y trató de no gemir en voz muy alta, pero la mujer sonrió y exclamó «aaaaaah», como para indicar que era apropiado gritar.

Jess solo esperaba no tener que hacerlo.



Por fortuna el bebé, un varón, tenía prisa por venir al mundo y nació solo unas horas después. La joven madre, confusa por el dolor, sostenía a su hijo y repetía «gracias, gracias», dirigiéndose a las mujeres chinas. Ellas la miraban, radiantes, y charlaban entre ellas.

Las sirvientas de la casa la lavaron y recogieron la habitación, mientras Jess trataba de dar el pecho al niño, tal y como había visto hacer a su madre con el pequeño James. «Incluso si el bebé no recibe mucho alimento al principio, ayudará a que tu cuerpo produzca leche», le había dicho. La extraña sensación que le producía el bebé al mamar le hizo entender lo que aquello quería decir. Todo le parecía un milagro.

—Eres precioso —susurró al recién nacido y besó su blanda cabecita, cubierta de mechones de fino pelo rubio. En eso se parecía a su madre, pero sus ojos eran de un azul brillante. «Los ojos de Killian», pensó ella con una sonrisa.

—Y tú también —oyó decir a sus espaldas.

Miró y vio con sorpresa cómo su marido se inclinaba hacia ella con una expresión de alivio y también de reverencia en el rostro.

—¡Killian! —exclamó—. Pensaba que te habían enviado lejos hacía horas.

El joven sacudió la cabeza.

—No —respondió—. El señor Li parece decidido a recompensarme por haberle salvado la vida y me ha permitido esperar abajo, en una habitación. Le estoy muy agradecido, pero... ¿te encuentras bien? Y el bebé ¿está sano?

—Los dos estamos bien, creo —respondió la joven—. Toma ¿quieres sostenerlo?

Su esposa le entregó al niño y le mostró cómo debía sostenerle la cabeza. Killian se sentó en el suelo y miró fijamente al pequeño, que tenía los ojos cerrados y dormía.

—Es increíble —dijo—. De veras increíble.

Los ojos de ambos se encontraron y Jess sintió una poderosa conexión, como si estuvieran unidos por medio de la criatura que acababa de nacer. Ambos dibujaron en sus respectivos rostros una sonrisa ingenua y la joven madre sintió que la felicidad la invadía por dentro. El mundo era un lugar maravilloso.

—¿Cómo vamos a llamarlo? —preguntó después de unos instantes—. ¿Te gustaría que se llamara como tú, o como tu padre tal vez?

—No, creo que no —repuso Killian—. Preferiría que se llamara como mi hermano mayor, Brice. Siempre me trató bien, aunque debió de pensar que yo era un estorbo para él. Sin embargo, eres tú quien ha hecho todo el trabajo, así que deberías escoger el nombre. ¿Te gustaría que llevara el nombre de tu padre?

—¿Y qué tal los dos? Brice Aaron Kinross. Suena muy bien y Brice me gusta.

—Sí ¿por qué no? —respondió Killian—. Ten, sujétalo. Se me va a quedar dormido el brazo.

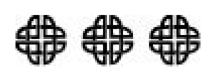
Jess tomó al niño y se acurrucó junto a él.

—Ahora creo que voy a descansar un poco —dijo ella—. Si va a ser tan animado fuera como lo era dentro, creo que pronto tendrá hambre otra vez.

Killian extendió la mano y acarició la mejilla de su esposa.

—Gracias —dijo—. Por darme un hijo.

Se levantó y, para sorpresa de ella, se inclinó y la besó en los labios antes de abandonar la habitación. Jess lo siguió con la mirada, más feliz de lo que jamás había estado. Segundos después, exhausta, se durmió por fin.



—Sin lugar a dudas, este es un lugar muy extraño —dijo Farquhar a John Ley, el primer sobrecargo del buque de Ostende *Hertogh Van Lorreynen*, en el que finalmente había encontrado pasaje para Cantón. Habían zarpado en abril, pero el tiempo les había sido muy favorable,

así que habían llegado poco después de que lo hiciera el barco sueco, para gran alivio de Farquhar. Ahora disponía de cuatro o cinco meses para encontrar una manera de eliminar a su primo.

—Desde luego no tiene nada que ver con aquello a lo que estamos acostumbrados —comentó Ley—, pero es curioso ¿no cree?

—No sé —respondió Farquhar—. Ni siquiera hay mujeres aceptables.

Las pequeñas féminas que había visto hasta el momento no le habían atraído en lo más mínimo. No comprendía cómo podían llamar la atención de ningún hombre, a no ser que estuviera desesperado, como los marineros. Aquello le contrariaba especialmente, ya que había concebido un plan para tender una trampa a su primo por mediación de una prostituta. Su idea era asesinar a la mujer y aparentar que el culpable había sido Killian, que sería acusado y condenado. Había oído que los chinos castigaban con gran dureza a sus criminales y de esta manera, esperaba, serían ellos quienes se encargarían de su primo de una vez para siempre.

—Oh, no estoy de acuerdo en eso —objetó Ley, riendo—. Las pequeñas damiselas chinas son muy dulces y complacientes, si se les paga bien. Le advierto que no es usted el único que piensa así. He oído que alguien ha traído a su mujer, quien de hecho se encuentra entre nosotros aquí.

—¿Qué? —dijo Farquhar—. ¿Quién haría algo así? Creía que estaba prohibido.

—Y lo está —repuso Ley—, pero ese hombre, Kinross, parece haber sorteado las normas de alguna manera y...

—¿Ha dicho Kinross? —dijo Farquhar, con un repentino vuelco del estómago.

—Pues sí. ¿Por qué? —repuso el sobrecargo.

—Oh, nada, es solo que el nombre me resulta familiar —contestó Farquhar, fingiendo indiferencia. En aquel momento se congratuló de haber viajado bajo un nombre falso, de forma que nadie pudiera relacionarlo con Killian—. Así que ha traído a su mujer, decía...

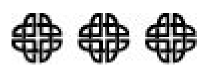
—Sí, como le comentaba, se ha alojado con un mercader local y ha dado a luz, al parecer a un niño, aunque no estoy seguro —le informó Ley—. Es el colmo ¿no le parece?

Farquhar se limitó a asentir con la cabeza, ya que era incapaz de decir nada en aquellos momentos, ahogado como estaba por la rabia. ¿Killian se había traído a una esposa? ¿De dónde la había sacado? ¿Y la infernal mujer había dado a luz a un hijo? Era mucho más que el colmo. La mujer de Farquhar había dado a luz a una hija justo antes de que él zarpara y se había puesto tan furioso que ni siquiera se había molestado en escoger un nombre para el bebé. Tres hijas ya y ahora llegaba su primo y tenía un varón a la primera. No iba a permitirlo. Intranquilo, se puso en pie.

—Voy a dar una vuelta —dijo. Tenía que encontrar a la mujer y a su retoño y hacer algo, lo que fuera. No podía consentir aquella situación, que para él era un completo desastre. Sin duda el desgraciado de su primo estaría pronto ocupado en hacerle otro hijo a su mujer, otro varón seguramente. ¡No!

—Muy bien. Que disfrute de las vistas —dijo Ley, algo sorprendido por la forma tan repentina que tuvo Farquhar de levantarse.

Sin embargo, él no estaba interesado en ninguna vista, como no fuera la de la esposa de su primo y preferiblemente muerta. Se disponía a encontrarla, aunque eso fuera lo último que hiciera.



Killian estaba siempre ocupado, ya que Campbell le hacía acompañarlo en su incesante búsqueda de mercancías al mejor precio. En primer lugar, contactó con un mercader de nombre Hunqua para adquirir sedas. Las telas tuvieron que ser encargadas de forma inmediata, para estar seguros de que los tejedores tuvieran tiempo para trabajar y las dejaran listas en cantidad suficiente antes de la partida. Campbell negoció también la compra de un material que los chinos utilizaban como lastre para los barcos y que llamaban *tutanego*, un metal de cuya composición exacta no estaba seguro, pero que resultaba suficientemente pesado como para estabilizar el navío. Hecho esto, dirigió su atención a la compra de porcelana por doquier, siempre que le pareciera de buena calidad.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo la pasaban en regateos en torno al precio del té. Killian aprendió más sobre los diferentes tipos de té de lo que nunca hubiera imaginado o incluso deseado. A finales de septiembre estaba ya realmente harto, como le confesó a Jess en uno de sus encuentros.

—Te juro que solo el olor ya me pone enfermo —le dijo—. El señor Campbell es de lo más puntilloso respecto a lo que compra y no duda en rechazar todo lo que no sea de calidad excelente. Es algo en verdad tedioso y los vendedores no están precisamente contentos. Sin duda están acostumbrados a engañar a los europeos, pero el señor Campbell no permite que le den gato por liebre.

—Parece que es muy listo —dijo Jess, sonriente—. Espero que escuches y aprendas, para que así sepas qué comprar en el futuro.

—Por supuesto.

Killian no podía apartar la mirada de su mujer y de su hijo, que para él formaban la imagen más preciosa que jamás había visto. Ahora que se había recuperado de su particular odisea, Jess estaba radiante y Killian tenía que contenerse para no tocarla en cada ocasión que se le presentaba. No era aquel ni el lugar ni el momento para tratar de atraerla a su cama, incluso si hubiera estado permitido. Sabía bien que las mujeres tenían que esperar al menos dos meses antes de poder volver a cumplir con sus deberes conyugales, pero deseaba besar los generosos labios de Jess cada vez que la veía.

—Es una pena que no pueda venir a verte más a menudo —le dijo con un suspiro.

—Sí —contestó ella—. ¿Has preguntado al respecto?

—Lo hice y, aunque Li me ha dado permiso para venir cuando quiera, el señor Campbell me ha recomendado que no lo haga —respondió Killian—. Quizá sea mejor que no vean que Li confraterniza demasiado con extranjeros. Para él podría suponer un descrédito.

—No importa —dijo Jess, sonriente—. El tiempo pasa rápido y pronto estaremos camino de vuelta a casa.

Nada parecía poder desanimarla en aquellos momentos y él estaba muy agradecido por que así fuera.

—Tienes razón —confirmó—. Siento que no puedas salir a dar un paseo.

Al parecer las mujeres chinas permanecían siempre en las casas, a menos que tuvieran que salir a trabajar. Era raro verlas, incluso en las casetas de sus familias. Killian había preguntado al intérprete si podía llevar a su mujer de paseo alguna vez, pero el hombre había sacudido la cabeza con aire de preocupación y él no había insistido.

—No pasa nada —dijo Jess—. El pequeño Brice me mantiene ocupada casi todo el tiempo.

—Te propongo una cosa —dijo él—. Necesito tu opinión sobre qué cosas comprar para llevarnos de vuelta. Te traeré muestras para que escojamos juntos. ¿Qué te parece?

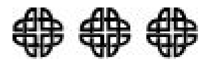
La joven sonrió de nuevo.

—Me encantaría —dijo.

—Puedo encargar que nos pinten una vajilla con nuestras iniciales —le propuso también—. Me han dicho que lo hacen con facilidad y es muy barato. En realidad pueden pintar todo lo que queramos. Tal vez tú podrías hacer el diseño.

—Intentaré dibujar nuestras iniciales entrelazadas, pero la verdad es que me gustan mucho los diseños chinos, así que no creo que debamos dárselo todo hecho. No parecería auténtico ¿sabes lo que quiero decir?

—Totalmente de acuerdo —asintió él—. Muy bien, entonces. Avísame cuando hayas terminado el dibujo.



Killian estaba fascinado por todo lo que veía a su alrededor y pasaba todo el tiempo que podía recorriendo las calles del barrio, pavimentadas con losas cuadradas de piedra y siempre limpias como una patena. Las aguas residuales se filtraban a través de pequeños desagües, aquí y allá, que según parecía iban a dar a una canalización subterránea. La basura era recogida por los habitantes más pobres de la ciudad. Algunas calles eran anchas, rectas y bastante vistosas, pero la mayoría eran estrechas, retorcidas y estaban siempre atestadas de gente.

Incluso a alguien que había vivido en Edimburgo le sorprendía la densidad de las aglomeraciones en Cantón. Se veía obligado a abrirse camino casi a empujones entre la masa de gente que se agitaba a su alrededor, por no mencionar a los cerdos, a los perros vagabundos y a los pollos que aleteaban entre los puestos. Por todas partes veía saltimbanquis, adivinadores del futuro e incluso barberos que trabajaban en plena calle.

Los chinos solían llevar sus pertenencias en cestas, con frecuencia dos

a la vez, suspendidas de pértigas que se apoyaban en el hombro. No había carruajes, solo algún palanquín para los mercaderes más ricos y sus esposas. Las edificaciones eran en su gran mayoría de dos plantas, construidas de adobe o de piedra. Delante de la fachada, una caseta servía para exhibir los productos que se manufacturaban en el interior, donde se encontraban los talleres, mientras que la planta superior se utilizaba para vivir. Todo era muy sencillo y funcional, pero aquello no impedía que resultara fascinante y encantador a ojos de un observador extranjero.

Cada calle estaba especializada en un tipo de mercancía. En algunas de ellas, los puestos ofrecían sedas; en otras, ropa y sombreros; en las de más allá, solo comestibles. Estas últimas eran interesantes, pero no tan agradables como las demás, ya que el hedor resultaba difícil de soportar. Los mercaderes de seda y de té eran los de mayor rango y su área la mejor cuidada. Todo aquello le daba una sensación de orden que no existía ni en Edimburgo ni en Gotemburgo, donde cada comerciante abría su establecimiento allí donde mejor le parecía. Los artesanos chinos tenían por costumbre trabajar con las puertas abiertas en sus talleres y solo dejaban de lado sus herramientas cuando algún cliente mostraba interés en sus mercancías, que se exhibían en estanterías muy bien dispuestas.

—Ya veo que está disfrutando de su estancia aquí —comentó un día Campbell al encontrarse con él, que regresaba de uno de sus paseos exploratorios. Los finos labios del primer sobrecargo se curvaron en una sonrisa socarrona, pero los ojos de intenso color azul brillaban de contento, así que el joven comprendió que su patrón aprobaba su actitud.

—Sí, esto es una maravilla —corroboró—. No tengo palabras para agradecerle el haberme dado la oportunidad de venir hasta aquí.

—No hay nada que agradecer —repuso Campbell—. Ha trabajado usted muy duro para ganarse su paga y, aparte el pequeño asunto de su mujer, del cual no fue usted culpable, no tengo la menor queja. Creo que ha aportado mucho a la expedición y le auguro un gran futuro.

—Es usted muy amable.

—En absoluto —replicó Campbell—. La verdad, no puedo evitar comparar la actitud que tiene usted hacia mí con la de otros que podría mencionar.

La expresión del veterano comerciante adquirió un aire irritado al decir esto y Killian entendió que se estaba refiriendo a otro de los sobrecargos, que pasaba todo el tiempo con la tripulación del barco de Ostende, en lugar de hacerlo con él, que era su superior a bordo del *Friedericus Rex Sueciae*. No tenía la menor idea de por qué aquel hombre había hecho tan buenas migas con John Ley y su tripulación, pero sí sabía que Campbell los consideraba gente poco recomendable. El joven había entendido que era mejor no intentar siquiera hacer amistades con ellos.

—Bueno, no pensemos en eso —prosiguió Campbell—. Dígame ¿ha encontrado por fin comprador para los instrumentos mecánicos que se trajo de Suecia? Creo que deberían despertar mucho interés por aquí.

—Oh, sí —repuso Killian, sonriente—. Se los mostré a varios comerciantes y conseguí que pujaran entre ellos para comprármelos. Ya ve, le he observado a usted en acción y he aprendido algunas cosas. Pues bien, esta mañana se los he vendido al mejor postor. Solo me he guardado un par de ellos, que pienso regalar al señor Li antes de nuestra despedida, en agradecimiento por todos los cuidados que está dispensando a mi mujer.

—Buena idea —aprobó Campbell—. Y bien ¿qué va a comprar con los beneficios que ha obtenido de su venta?

—Ah, esta es una cuestión difícil —respondió el joven—. Hay tanto donde escoger… Tengo que pensarlo más antes de decidir.

—Bueno, mientras se decide, creo que será mejor que vayamos a buscar algo más de porcelana, antes de que los malditos franceses se lleven las mejores piezas —dijo el sobrecargo—. Es importante que compremos esto antes que nada, porque hay que almacenarlo en el fondo de la bodega, así que será lo primero que carguemos.

A Killian le encantó la idea, ya que lo estaba pasando de maravilla y además, de camino a los puestos donde se vendía la porcelana, podría echar un vistazo a las otras mercancías, tales como objetos lacados, cajas y fichas para el juego hechas de madreperla, tallas de marfil y muchas cosas más. La verdad era que había tanta oferta a su disposición que no tenía ninguna prisa por escoger. Le sobraba tiempo y además quería que Jess le diera su opinión. Ella sabía muy bien lo que gustaba a las damas y lo que se vendería mejor en Gotemburgo.

Sonrió para sus adentros al pensarlo. Hacían un buen equipo.

Capítulo 31

El tiempo estaba empeorando y Jess se alegró mucho cuando su marido le trajo un par de gruesos chalecos acolchados de seda y largas faldas a juego. También había conseguido ropa de bebé muy abrigada, hecha de seda y algodón, para el pequeño Brice. Ambos rieron al contemplarlo con un típico gorrito acolchado, que le habían colocado para protegerle la cabeza y que le hacía parecer un bebé nativo.

—Tendremos que llamarte Brice el Mandarín a partir de ahora —dijo su padre entre risas.

—No hagas caso a papá —dijo ella—. Se está riendo de ti, pero estás guapísimo.

Sin embargo, tenía que admitir que la única diferencia con el hijo de Mei eran los grandes ojos azules y la piel ligeramente más pálida.

La joven conseguía comunicarse con la dueña de la casa mediante gestos y muecas y además Killian procuraba enviarles al intérprete cada vez que podía, para que les ayudara durante una hora o dos. Jess pronto aprendió algunas palabras en chino y Mei probó también con el inglés, lo cual motivó risas en abundancia. El chino no se parecía a ningún idioma que Jess hubiera oído antes y le sorprendía mucho que una misma palabra pudiera significar varias cosas diferentes dependiendo del tono con el que se pronunciaba. Sin embargo, pronto aprendió a imitar a su anfitriona con gran exactitud y su pronunciación del chino era mucho mejor que la de la mujer china cuando se atrevía con el inglés.

Debido al largo tiempo que pasaban juntas cuidando de sus bebés, Jess sentía que entre ellas estaba empezando a crecer la amistad. Mei le enseñaba cosas muy útiles, por ejemplo a llevar a Brice envuelto y colgado de su cuerpo, de manera que pudiera dedicarse a sus actividades sin separarse del bebé. A Brice aquello parecía gustarle y dormía a pierna suelta mientras ella paseaba de un a lado a otro del patio para hacer ejercicio.

—Probablemente es porque se siente seguro —comentó Killian cuando ella se lo mostró—. Oye los latidos de tu corazón y está bien abrigado.

—Sí —confirmó ella—. Esto será muy útil a bordo del barco. Así podré moverme y agarrarme a las cosas si hace viento y el barco cabecea, sin miedo a que se me caiga al suelo.

Jess le entregó al niño, que ganaba peso día a día. Killian lo miró como si aún no pudiera creerse su buena fortuna y ella les sonrió.

—¿Qué hay? —inquirió él, al darse cuenta de su expresión.

—Nada —respondió ella—. Es solo que recuerdo la reacción tan diferente que tenías ante los bebés cuando llegaste por primera vez a Gotemburgo.

Los labios de su marido dibujaron una amplia sonrisa.

—Los de los demás siguen sin interesarme gran cosa, pero cuando se trata del propio, eso ya es diferente —dijo—. Es perfecto ¿no crees?

—Pues claro —contestó riendo Jess y cambió de asunto—. Cuando vino el lingüista el otro día, me dijo que pronto se va a celebrar una especie de festival en honor del dios del fuego. ¿Has oído algo?

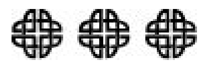
—Sí, por lo visto cuelgan linternas con siluetas que se proyectan por todas partes y todo se llena de luz —respondió él—. Debe de ser todo un espectáculo.

—Resulta que Mei me ha ofrecido salir a verlo —dijo Jess—. Comentó que podemos ir en un palanquín. De esa forma, nadie notará que soy extranjera. ¿Crees que debería ir?

—No veo por qué no —respondió Killian—. Si te cubres bien el pelo y vas vestida como ella, la gente no se fijará en ti. Yo puedo ir detrás y vigilar, por si surge algún problema.

—Gracias —dijo ella—. ¡Me encantaría poder ver ese espectáculo! Tengo la sensación de llevar encerrada demasiado tiempo.

—Es normal —confirmó él—. Lo llevas.



Farquhar se sentía devorado por la frustración. La rabia le roía las entrañas y le tenía tan nervioso que apenas lograba pegar ojo, a pesar de que bebía grandes cantidades de *samfue*, una especie de *brandy* chino elaborado a base de arroz. Su consumo estaba vedado a los extranjeros, porque los chinos consideraban que podía generar reyertas. Sin embargo, Farquhar había encontrado a un comerciante que no tenía escrúpulos en vendérselo a escondidas y, dado que no

había más bebida alcohólica disponible, se conformaba con eso.

Aparte de ahogar sus pensamientos en el licor, Farquhar pasaba la mayor parte del día vagando por las calles. Apenas se fijaba en las mercancías a la venta, ya que toda su atención estaba centrada en la gente, a la espera de poder localizar a la mujer de su primo. Sabía dónde se alojaba, pero hasta el momento no había salido ni una vez y él ignoraba cómo entrar allí.

Al igual que la mayoría de las casas chinas, la del señor Li era larga y estrecha. La fachada que daba a la calle estaba ocupada por una tienda de objetos de porcelana y los demás muros daban a otras casas, así que resultaba imposible entrar como no fuera a través de otra vivienda. El señor Li pasaba mucho tiempo fuera, ocupándose de sus negocios, y por ello tenía contratado a un vendedor para la tienda. Farquhar intentó hablar con él, para sondear si era posible sobornarlo, pero el hombre no quería saber nada que no fuera vender sus cacharros pintados de color blanco y azul. Al ver que Farquhar no demostraba ningún interés por ellos, se volvió hacia otro cliente.

A veces Farquhar seguía a su primo por las calles y observaba desde la distancia cómo paseaba con la felicidad pintada en el rostro, lo que le remordía las tripas y le hacía desear borrar para siempre la sonrisa de su rostro. Killian visitaba a su mujer en ocasiones, pero nunca la sacaba de la casa, así que empezaba a desesperar de su objetivo de dar con ella. Entonces fue cuando John Ley le habló del festival del fuego.

—Hasta el último mono estará por ahí fuera, simplemente paseando y mirando con la boca abierta —le dijo—. Lo vi la última vez y es divertido, al menos para pasar el rato.

A Farquhar le agradó oír lo de «hasta el último mono». Aquello significaba que la mujer de Killian podría abandonar la seguridad de la casa durante al menos un rato o, si no era así, quizás el resto de sus ocupantes saldrían y la dejarían allí, sola y vulnerable. Estuvo a punto de frotarse las manos de contento, pero se contuvo de hacerlo en presencia de Ley. Seguramente aquel hombre lo consideraba un tipo raro, pero a él le daba igual. Lo que hiciera o dejara de hacer no era asunto suyo.

Cuando llegó la noche del festival, Farquhar salió temprano y se apostó en un lugar desde el que podía vigilar las entradas y salidas de la casa del señor Li. Como había previsto, la mayoría de los criados salieron de la casa, riendo y hablando entre ellos, y la dejaron prácticamente vacía. El vendedor cerró la tienda poco después del

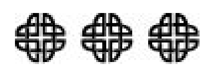
crepúsculo y se marchó. Por fin salió el señor Li en persona y esperó delante de la puerta hasta que aparecieron por la calle dos palanquines y se detuvieron junto a él. Li llamó hacia el interior y salieron dos mujeres que parecían muy emocionadas. Las dos llevaban vestidos tradicionales chinos, pero a ojos de Farquhar, que observaba con atención las diferencias, una de ellas destacó inmediatamente.

La mujer de Killian. ¡Maldita!

Cada una de ellas llevaba un bebé atado a la espalda, como un fardo, pero no tuvieron dificultad para entrar en los palanquines. La pequeña caravana se dispuso a partir y Farquhar estaba listo para seguirla, pero un movimiento a su derecha lo detuvo. Killian acababa de aparecer por una puerta lateral y se situó detrás del segundo palanquín, tratando de aparentar que no tenía nada que ver con él, aunque para Farquhar resultaba obvio que estaba vigilando.

—Que el demonio se los lleve a todos —murmuró.

¿Qué iba a hacer? Nunca había vencido a su primo en una pelea y no creía que pudiera hacerlo ahora. Él siempre había sido más alto y robusto que él. Con un hondo suspiro de frustración, se resignó a la idea de que debía limitarse a seguirlos. Con suerte, las mujeres regresarían antes a la casa y así tendría ocasión de golpear. Era su única oportunidad.



Jess estaba entusiasmada. Por todas partes reinaba una atmósfera de celebración y parecía como si miles de voces hablaran a la vez. Los niños de la ciudad correteaban de un lado a otro, gritando de emoción y comparando entre sí sus pequeñas linternas, todas ellas decoradas con motivos diferentes. Centenares de grandes linternas habían sido colgadas a través de las calles y formaban lo que parecía un techo luminoso que lo cubría todo. Muchas de las casas estaban iluminadas también desde dentro. Algunas personas habían colocado grandes figuras de papel fuera de las casas —caballos, tigres, seres humanos...— y aquellas escenas se le antojaban increíblemente exóticas. La joven seguía absorta en todo lo que veía.

Aquí y allá, numerosos músicos tocaban melodías que a ella le parecían tristes, pero que debían de ser alegres, ya que todo el mundo se regocijaba. Los sacerdotes, ataviados con largas vestiduras de seda

roja y sombreros altos, circulaban de un lado a otro con quemadores de incienso y ofrendas. Iban de casa en casa y las bendecían. A Jess le habían explicado que aquellas ceremonias tenían por objeto aplacar al dios del fuego. Las casas estaban construidas tan cerca unas de otras que todo
el mundo temía la eventualidad de un incendio y esperaban que aquello sirviera para conjurar el peligro durante un año más.

Cuando el palanquín se detuvo en un lugar en que la multitud impedía el paso, Killian llegó a su altura.

—¿Está bien Brice a pesar del ruido? —preguntó sin mirar a Jess.

—Si, duerme como un lirón —respondió ella entre risas—. Cuando tiene la barriguita llena y está bien limpio, creo que no lo despertaría ni un terremoto.

—Estupendo —comentó él, torciendo la boca—. El barco es un lugar ruidoso. Si puede dormir aquí, a bordo no tendrá ningún problema. Me da la impresión de que ha salido a su padre...

Jess percibió el orgullo en las palabras de su marido y se sintió feliz.

—Lo dudo —le dijo, para tomarle el pelo—. Creo que ha salido más a mi familia. Será un niño refinado.

—¿Refinado? ¡Nunca! —replicó él—. Pienso enseñarle a luchar, no a que se convierta en un ñoño.

Jess sonrió en la oscuridad.

—Ya veremos —dijo, aunque sabía que eso era lo que ella también quería.

Demasiado pronto para lo que ella hubiera deseado, los palanquines dieron la vuelta y regresaron a la casa del señor Li. Killian susurró un rápido «buenas noches» y se perdió entre la multitud, mientras Li apremiaba a las mujeres para que entraran en casa. Ambas subieron por las escaleras para alimentar a sus bebés, que ya habían despertado y comenzaban a quejarse. Las dos sonreían de oreja a oreja, muy satisfechas de su salida nocturna.

—Bonito —dijo Jess en chino, una de las palabras que había aprendido, y señaló hacia fuera. Mei asintió y ambas se dispusieron a dar de comer a sus respectivos retoños.

El resto de la casa estaba más silencioso de lo habitual y ella se figuró que Li había salido de nuevo. Probablemente no quería perderse la fiesta, ahora que había cumplido con su mujer y con su invitada. La joven terminó de dar el pecho a Brice, le ayudó a expulsar los gases y se dispuso a acostarlo en el arcón de té que le servía de cuna. En el momento en que se inclinaba, los dos perrillos de Mei empezaron a gruñir y después a lanzar ladridos cortos y secos.

Las dos pequeñas mascotas que le hacían compañía casi constantemente en la habitación eran perezosas en extremo y no solían moverse más que a la hora de comer. Sus cuerpecillos achaparrados no estaban acostumbrados al ejercicio y sus hocicos eran tan chatos que les resultaba difícil respirar. Eran muy cariñosos, jamás agresivos, pero en aquel momento daba la impresión de que iban a explotar de furia. No paraban de ladrar, por mucho que Mei les chistara para que se callasen.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Jess, pero su anfitriona la miró desconcertada y se encogió de hombros.

—Bajemos a echar un vistazo —dijo en inglés e indicó por señas a Mei que la siguiera. Con Brice en brazos y se dirigió hacia las escaleras, pero al abrir la puerta se detuvo con un respingo. Justo bajo las escaleras había fuego, muy vivo, y el humo que llegaba hasta sus pulmones la hizo toser enseguida. Jess se retiró a la habitación, cerró la puerta y buscó a su alrededor con la mirada, tratando de localizar algo que pudiera servirle para apagar las llamas.

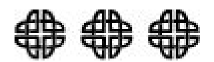
Mei se dio cuenta de lo que sucedía, quitó la ropa de la cama y se la lanzó a Jess. Ella la agarró y le entregó a su vez a Brice para que se lo sostuviera. A continuación, la joven inspiró profundamente, abrió la puerta, bajó corriendo al primer piso y comenzó a golpear las llamas con una de las mantas, para tratar de extinguirlas. Otra de ellas la echó sobre el fuego, se subió encima y la pisoteó. Al hacerlo sintió el calor en las plantas de los pies, pero no se detuvo. Era preciso apagar las llamas o quedarían atrapados y morirían.

Con gran esfuerzo, entre toses y sin parar de escupir, lo consiguió por fin. Por fortuna el fuego no había tenido tiempo de extenderse y Jess comprobó horrorizada que había sido provocado. Bajo la escalera había una pila de almohadones quemados y fragmentos de colgaduras que antes no estaban allí. Si los perros no les hubieran alertado, el fuego habría envuelto rápidamente toda la casa.

Li salió en aquel momento de otra habitación y se detuvo en seco, con

los ojos muy abiertos de miedo. Llamó a su mujer y Mei apareció en lo alto de la escalera, mientras Jess se sentaba, ya que le temblaban las piernas. Habían escapado por muy poco.

Estaba viva y Brice también, pero ¿quién podía desear su muerte? El miedo le provocó una sensación física, como de peso en el estómago, y por primera vez desde el nacimiento de Brice se sintió asustada.



—La verdad, no lo entiendo —dijo Killian con el ceño fruncido por la preocupación—. He hablado con Li y con Campbell y, que sepamos, no tenemos enemigos. Al menos no hasta el extremo de que pudieran querer matarnos.

Había algo inquietante en el fondo de su mente, pero el joven decidió ignorarlo por el momento.

—¿No dijiste que los chinos nos llaman *fan kwaes*, diablos extranjeros? —preguntó Jess—. Quizá haya algunos que realmente no desean nuestra presencia aquí.

—Podría ser, pero no tiene demasiado sentido —repuso Killian—. Nosotros les traemos plata, les hacemos ricos. ¿Por qué iba a importarles que seamos extranjeros? No, lo que ha ocurrido es un misterio, pero a partir de ahora abriré bien los ojos y los oídos. De todos modos, creo que será mejor que regreses al barco. Estarás más segura allí, entre nuestros hombres.

—¿Tú crees? —preguntó Jess, con aire de duda—. Aquí estamos más cerca de ti y, ahora que sabemos que hay una amenaza, podemos contratar vigilantes.

—Sí, el señor Li ya ha dicho que va a poner vigilancia en la casa a todas horas —dijo él—. Le preocupa que su esposa se haya visto implicada en todo esto. Aun así…

—Por favor, Killian, quiero quedarme aquí —suplicó Jess—. Es mucho mejor para Brice no estar tan cerca del agua, en un barco lleno de humedad. Además, ya voy a estar bastante tiempo metida en ese estrecho camarote durante nuestro viaje de vuelta a casa.

—¿Estás segura? —dijo él.

—Lo estoy —asintió—. Con los vigilantes de Li me sentiré segura.

«Aunque no del todo», pensó para sus adentros.

¿Quién quería verla muerta?

Capítulo 32

Capítulo 32

Farquhar ya no lograba conciliar el sueño. Los pensamientos asesinos que bullían en su mente no le daban el menor respiro. No podía creerse que las mujeres hubieran escapado con vida.

Al encontrar la casa vacía, pensó que el destino se ponía de su parte por fin. Las dos mujeres quedarían atrapadas en una habitación con una única vía de escape y morirían quemadas o sofocadas por el humo. Sin embargo, de alguna manera, habían conseguido salir vivas para contarlo. Era tal su rabia que sentía deseos de gritar.

Después de mucho cavilar y de descartar un plan tras otro, llegó a la conclusión de que solo había uno que podía funcionar. Tenía que distraer a los vigilantes, a los que había visto montar guardia delante de la tienda, y simplemente entrar corriendo y matar a la maldita mujer y a su bebé. No podía permitir que vivieran. Incluso si él mismo no conseguía sobrevivir a aquel viaje, tenía que asegurarse de que serían sus hijas las que heredarían Rosyth, y no Killian u otro de su sangre.

Distraer a los vigilantes resultó más sencillo de lo que imaginaba. Simplemente provocó otro incendio en la casa de al lado, arrojando una linterna encendida contra un toldo. Cuando todo el mundo se acercó corriendo hacia el lugar, Farquhar aprovechó para entrar en la casa de Li.

Ya dentro, le salió al paso una de las sirvientas, que profería algo en su infernal idioma, pero él la golpeó con violencia y la mujer se desplomó en el suelo. Antes de que nadie más pudiera interferir, Farquhar se dirigió a la carrera hacia las escaleras que conducían a la habitación de las mujeres. La suerte volvía a estar de su parte. Nada más abrir la puerta vio a la mujer de su primo, que arrullaba a su bebé sentada sobre la cama. No había posibilidad de error, pues su cabello rubio, recogido en una larga coleta, le colgaba bien visible sobre la espalda.

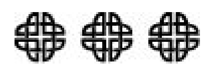
—¡Por fin! —aulló mientras blandía un cuchillo y se lanzaba a todo correr contra ella. La joven gritó al ver lo que se le venía encima. Sin embargo, antes de que pudiera alcanzar su objetivo, Farquhar sintió un repentino e intenso dolor en la pierna que le hizo desviarse de su trayectoria lo suficiente como para que ella pudiera apartarse. El atacante parpadeó con incredulidad y, al mirar hacia abajo, vio algo que semejaba una bola de pelo con dientes que se abalanzaba furiosa contra él. El escocés gritó de dolor al sentir que la criatura volvía a

hacer presa con fuerza en su pantorrilla. Entonces la pateó y la envió volando hasta una esquina de la habitación, donde aterrizó con un chillido y se levantó trastabillando.

Un grito de cólera a sus espaldas alertó a Farquhar sobre la presencia de otra mujer, que debía de haber estado sentada fuera de su ángulo de visión. Se volvió a tiempo para esquivar el golpe que trataba de asestarle ella con un pesado bol de porcelana, que le alcanzó en el hombro en lugar de la cabeza y después cayó al suelo, para quedar roto en mil pedazos. Farquhar apenas se dio cuenta de lo que había sucedido. Poseído por una furia irracional, se volvió hacia su primer objetivo, la bruja rubia, que era la única que le interesaba. La otra mujer podía irse al infierno, por lo que a él respectaba.

Sin embargo, al volverse hacia la que pretendía matar, quedó sorprendido al ver que ya no estaba allí. Antes de que tuviera tiempo de volver la cabeza para tratar de localizarla, oyó gritar «¡Toma esto, desgraciado!». Una fracción de segundo antes de que el mundo quedara sumido para él en una total oscuridad, Farquhar alcanzó a ver a Jess con el rabillo del ojo. Su mano sujetaba firmemente un taburete que se le venía encima a toda velocidad. No tuvo tiempo de apartarse y el contundente objeto impactó contra su cabeza.

«¡Perra!» fue lo último que pudo pensar, antes de perder el conocimiento.



Jess jadeaba, inclinada sobre su agresor y con el taburete en alto, por si tenía que volver a golpearle, pero el hombre ni se movía. La joven respiró hondo, con un estremecimiento, y se dio cuenta de que los dos bebés estaban llorando a gritos. Mei quedó paralizada durante varios segundos, mirando fijamente al intruso, antes de correr a la esquina de la habitación a levantar a su perro, que permanecía inmóvil en el suelo. Sin embargo, al cabo de pocos instantes, el animal gimió y comenzó a moverse. Jess sintió alivio al comprobar que el atacante no lo había matado.

—Killian —dijo Jess—. Mei, ve a buscar a Killian y a Li.

La mujer asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta, sin hacer caso por una vez de los gritos de su hijo. Jess se dispuso a ocuparse de ambos bebés y a tratar de calmarlos. No se atrevía a moverse y

mantenía los ojos clavados en el lunático que yacía a sus pies.

—¿Quién eres? —susurró. Estaba claro, por el cabello pelirrojo y la piel pálida y pecosa, que no se trataba de un chino y aquello era lo que más la sorprendía. No había esperado que fuera un europeo el que tuviera algo contra ella. Se sentía desconcertada.

A Jess le pareció que habían pasado varias horas cuando Killian y Li irrumpieron por fin en la habitación, aunque en realidad había sido cuestión de minutos. Mientras que Li se echó inmediatamente encima del hombre tumbado en el suelo, su marido se detuvo en seco y se quedó mirándolo fijamente.

—No puedo creerlo —dijo, con la respiración alterada—. El maldito bastardo...

—¿Qué? —intervino Jess—. ¿Conoces a este hombre?

—Por desgracia, sí —respondió él—. Es mi primo.

—¿Farquhar? ¿Lo dices en serio?

—Me temo que sí —corroboró él y miró a su alrededor con los labios muy apretados, como si luchara para contenerse y no golpear a su vez al hombre que tenía delante, por mucho que estuviera totalmente inconsciente—. ¿Tienes algo para que podamos atarle las manos? Podría despertar en cualquier momento y, aunque me muero por darle una paliza, creo que es mejor que lo entreguemos a las autoridades. En caso contrario, temo que sería yo el acusado de asesinato.

La joven asintió y abrió un armarito para ropa donde guardaba unos cuantos cinturones. Li ayudó a Killian a amarrar fuertemente las manos de Farquhar y después lo miró, con una interrogación pintada en el rostro. Killian también había aprendido algunas palabras en chino.

—Hombre y hombre, hermanos. Él, hijo; yo, hijo —explicó, mientras trazaba una especie de diagrama en el aire para indicar que Farquhar y él eran primos. Li pareció entender lo que decía, aunque aún seguía intrigado.

—Creo que se pregunta por qué mi primo ha intentado matar a mi mujer —le comentó a Jess—. Tendrá mucho que explicar cuando despierte.

Killian se dirigió entonces a Li para mencionarle el nombre de un alto

responsable de la ciudad. El anfitrión asintió con la cabeza y mencionó otro nombre, a su vez. A continuación, salió de la habitación con el probable propósito de organizarlo todo para que Farquhar fuera llevado ante quienes debían hacerse cargo de su custodia.

—Qué asunto tan desagradable —murmuró y después se dirigió a Jess, como si reparara en ella por primera vez—. ¿Estás herida?

Ella trataba ahora de calmar a Brice. Como nadie había hecho caso de sus quejas, le estaba costando mucho tranquilizarse.

—No, estoy bien —contestó—. Tan solo agitada.

Killian se acercó, rodeó a ambos con sus brazos y enterró el rostro en el hombro de su esposa.

—Dios mío, siento deseos de arrancarle los miembros uno a uno por lo que ha intentado hacer —dijo—. ¿Qué le ocurre a este hombre? ¿Por qué me odia, por qué nos odia de esa manera?

—Deben de ser los celos, lisa y llanamente —repuso Jess con un suspiro y miró a Farquhar—. No puede andar muy bien de la cabeza. ¿Qué será de él ahora?

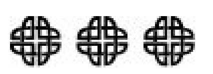
—No lo sé —respondió su marido—. Tengo que ir a buscar a Campbell y preguntárselo. Necesitaré al lingüista para hacerme entender cuando me toque dar explicaciones acerca de este asunto a las autoridades. ¿Puedes contarme exactamente lo que pasó?

Jess lo hizo y al cabo del rato llegó Li con varios hombres de aspecto fornido, que levantaron a Farquhar y lo condujeron fuera. El primo de Killian ya volvía en sí y empezó a proferir gritos e insultos, pero nadie le hizo caso. Él volvió junto a Jess y le rodeó el hombro con su brazo.

—¿Seguro que no te ha hecho daño, ni a ti ni a Brice? —insistió.

—No, no lo ha conseguido —respondió ella y se dio cuenta de que él se debatía entre su deseo de quedarse a su lado y la necesidad de ir a informar a las autoridades—. Ve, no nos pasará nada, ahora que él está bajo custodia. ¿Vendrás a vernos mañana?

—Por supuesto —aseguró Killian.



—¿Es que se ha vuelto completamente loco? —dijo John Ley al hombre que estaba oficialmente a su cargo, dado que había llegado a bordo del navío del que era sobrecargo. Miró a Farquhar como si deseara verlo pasar a mejor a vida, o mejor aún, camino del infierno, un sentimiento que compartía con Killian.

Farquhar guardaba silencio, con la mirada perdida en el infinito. En sus ojos azules reinaba una expresión ausente, como si fuera solo su cuerpo el que estaba allí, mientras su mente vagaba por otros derroteros. Su gran boca permanecía abierta y de vez en cuando murmuraba algo ininteligible para sus adentros.

—Es inútil —dijo Killian—. La verdad, creo que ha perdido el juicio.

—Bueno ¿qué podemos hacer, entonces? —dijo Ley por fin, con el ceño fruncido—. Los chinos dicen que es mi responsabilidad. Si por ellos fuera, lo ejecutarían inmediatamente y estoy tentado de permitir que lo hagan, pero no puedo dejar que su muerte caiga sobre mi conciencia. Podría someterlo a juicio en mi barco, pero, dado que los sucesos no han tenido lugar a bordo, tampoco parece una buena opción. La única alternativa que tenemos es encerrarlo en la fábrica hasta que zarpemos y después llevarlo hasta Ostende. Usted tendría que organizar que alguien fuera allí a buscarlo.

—Tal vez sea esa la solución —dijo Killian—. Puedo enviar un mensaje a mi abuelo para informarle. Él debería hacerse cargo de la situación, ya que es en parte responsable, por meter ideas extrañas en la mente de mi primo.

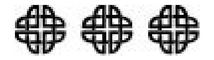
—¡No querrá decir que ha sido él quien le ha inducido a hacer esto! —exclamó Ley, horrorizado.

—No, no —aclaró—. Me refiero a que, si me hubiera tratado de la forma en que normalmente se trata a un heredero, Farquhar no habría creído que tenía la posibilidad de usurpar mi lugar, o que él era el legítimo heredero, y no yo. Es complicado —continuó con un suspiro—, pero créame, mi abuelo tiene parte de culpa, aunque de forma indirecta.

—Bien, lo mantendré bajo custodia y me aseguraré de que no vuelva a molestarles —aseguró Ley—. Solo serán dos meses más. Después estaremos todos camino a casa, espero.

—Le agradezco su ayuda —dijo Killian, antes de lanzar una última

mirada a su primo por encima del hombro, pero Farquhar continuaba perdido en su mundo. No parecía necesario sacarlo de allí. Obviamente, la realidad no le gustaba.



Los siguientes meses pasaron como en una nebulosa y a Killian le parecía que no hacía nada más que mirar té, oler té y ver cómo otros empaquetaban té para ser transportado. *Bohea, Pekoe, Souchong*, té verde, todas las variedades iban siendo pesadas y selladas por los culis, como se denominaba a los trabajadores nativos, después de que Campbell y Killian hubieran comprobado que se trataba de la calidad por la que habían pagado. Dentro de cada arcón de transporte, el té iba cubierto por capas de papel como protección contra la humedad y después por otras de algodón. Finalmente, los culis claveteaban el arcón y lo envolvían en papel aceitado. Killian supervisó este proceso una y otra vez. Cientos de arcones se iban apilando en el patio de la fábrica y tenían que introducirlos después en el almacén, para evitar que la lluvia pudiera estropearlos. Estaba tan harto de la dichosa infusión que se negaba a beberla. Por su parte, Campbell se irritaba a menudo con los vendedores.

—No se cansan de intentar vendernos té de calidad inferior como si fuera el mejor —decía—. ¿Es que me toman por tonto?

El único que no lo hacía era un hombre llamado Poan Key-qua, que parecía diferente a los demás y de cuya compañía Killian disfrutaba enormemente. En su rostro alargado siempre reinaba una expresión amable, a diferencia de lo que ocurría con los demás, que con frecuencia parecían descontentos. Además, Poan Key-qua respondía encantado a las numerosas preguntas que le hacía acerca de China y de sus habitantes.

Key-qua llevaba su puntiagudo mostacho perfectamente recortado, lo mismo que su barbita, también puntiaguda. Se vestía con ropas sencillas, con bordados en pecho y hombreras, y se tocaba con un sombrero de seda. Al igual que ocurría con la mayoría de sus compatriotas, tenía los pómulos redondeados y su nariz era pequeña pero bastante ancha. Por supuesto, no faltaba la consabida coleta, que le colgaba por la espalda. En un principio, el aspecto y las ropas del comerciante se le antojaron muy exóticos a Killian, pero pronto se acostumbró e incluso se compró un traje de seda similar al de Key-qua, que le resultaba muy agradable de llevar y cómodo.

—Ese es el único en quien confío —le dijo Campbell más de una vez —. El resto son unos malditos estafadores.

Killian consideraba que aquello era generalizar demasiado, pero lo cierto era que el engaño estaba muy extendido y no era posible bajar la guardia ni un momento.

Era frecuente que comieran en compañía de Key-qua antes de que comenzara el empaquetado diario del té. Si hacía buen tiempo, se sentaban en un pequeño patio que el chino tenía junto a su comedor. Era un lugar muy agradable, pavimentado y con numerosos arbolitos, flores y plantas diversas en tiestos de porcelana. Incluso había una pecera de cristal con pececillos dorados y plateados.

La comida china no se parecía a nada que hubiera probado anteriormente, pero como de costumbre, Killian disfrutaba de cada bocado.

—Esto está delicioso —decía invariablemente y Key-qua se mostraba muy complacido de que apreciara lo que le ofrecía.

Las sedas que habían encargado empezaron a llegar a la fábrica. Desde allí las enviaban al barco, que seguía anclado en Whampoa, y donde ya habían cargado toda la porcelana que deseaban.

—No es de la calidad adecuada, pero no podemos esperar más —había protestado Campbell en referencia a la porcelana blanquiazul que habían adquirido, pero a él le parecía perfecta. El joven estaba muy satisfecho también con la seda, sobre todo con la que había escogido Jess.

—Tienes muy buen ojo para los diseños y los colores —le dijo él, para gran satisfacción de su esposa—. Campbell ha comprado solo tafetán, satén y damasco de diferentes colores, pero lisos, además de terciopelo. Creo que nosotros lo hemos hecho mejor.

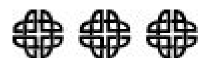
—Así lo espero —dijo ella.

Jess y Killian habían optado por los diseños florales y las sedas con bordados. El color carmesí era el más caro, pero habían comprado cierta cantidad, de todos modos, pues pensaban que en Suecia se vendería a muy buen precio. También habían encargado algunos productos manufacturados, como pañuelos y gorros de dormir, que Jess consideraba muy demandados en su país.

En resumidas cuentas, Killian tenía el convencimiento de que el

resultado de la expedición sería muy satisfactorio y estaba deseando ver la cara que iba a quedársele a su abuelo cuando le dijera que era un hombre rico por sus propios méritos.

El tiempo estaba empeorando, pero el invierno chino no parecía tan severo como el sueco y no les causaba mayor problema. Killian no veía mucho a su esposa y a su hijo, pero sabía que estaban seguros y bien cuidados en casa de Li y Mei. Ahora que Farquhar se encontraba bajo custodia, no había razón para preocuparse por él. Aun así, no veía el momento de llegar a casa para poder pasar más tiempo con su familia.



Los últimos días antes de la fecha prevista para la partida fueron más agitados de lo habitual. Killian tuvo que concentrarse para mantener al día el libro de cuentas en el que registraba todo lo que se había cargado ya en el buque y todo lo que faltaba. La compañía tenía un empleado chino, al que llamaban «el comprador», que hacía labores de contable y de asistente para los suecos. El hombre ya había sumado toda la mercancía, pero Campbell quería asegurarse de que lo había hecho correctamente.

—¿Podría revisarlo una vez más? —le pidió a Killian.

—Sí, por supuesto —se apresuró a responder este. Realmente no le importaba hacerlo, pues admiraba la forma metódica y escrupulosa que tenía Campbell de comprobar hasta los menores detalles, para anticiparse así a los posibles errores. Así era como Killian pensaba que debía conducirse la persona responsable de una expedición de tal calibre.

El joven estaba sentado en una pequeña estancia que daba al patio de la fábrica, absorto en su tarea de revisar una y otra vez las cifras para asegurarse de que cuadraban. Uno de los culis tuvo que repetir su nombre dos veces antes de que se diera cuenta de que lo llamaban.

—Oh, lo siento —dijo.

—Un hombre quiere verle —dijo. Era el empleado que atendía en la puerta y hablaba algo de inglés, lo justo para anunciar a los visitantes.

—¿Verme? —dijo—. Está bien, hazle pasar.

Killian se preguntó quién podría ser, tal vez Li o quizás alguien del barco de Ostende. No conocía a nadie más, a menos que se tratara de alguno de los comerciantes chinos, que venía a ofrecerle algún trato de último minuto. Alzó de nuevo la vista y oyó una voz que decía:

—Me alegra comprobar que te hacen trabajar de firme, primo. No mereces otra cosa.

Killian contuvo un respingo y se puso en pie de un salto. En la entrada de la oficina estaba nada menos que Farquhar, con un cuchillo de grandes dimensiones en la mano. Sus ojos de color azul pálido brillaban con odio asesino, mientras el sol arrancaba reflejos mortecinos a su cabello pelirrojo.

—¡Farquhar! —exclamó—. ¿Cómo has salido? Pensé que...

El intruso le interrumpió con una carcajada vacía.

—Pensaste que podían mantenerme encerrado ¿verdad? —dijo—. Deberías haberlo pensado mejor. Nunca funcionó cuando éramos más jóvenes ¿cierto? Siempre conseguía escapar de alguna manera, igual que he hecho ahora.

Killian tenía que admitir que era cierto, pero había pensado que no habría nadie en China a quien su primo pudiera sobornar o chantajear. Desde luego, se había equivocado.

—Bien, en todo caso deberías haberte quedado donde estabas —le dijo, al tiempo que sentía cómo la cólera lo invadía—. No tienes nada que hacer aquí.

—Ah, en eso te equivocas, primo —dijo Farquhar—. Tengo que matarte antes de que te escapes de nuevo y, una vez que lo haya hecho, me encargaré también de tu estúpida mujercita. Esta vez no se librará, ni tampoco tu cachorro.

Killian no esperó a oír más, ya que ante sus ojos se había formado una niebla roja de auténtica cólera que le impelía a hacer callar a Farquhar como fuera. No podía tolerar volver a oír aquella odiosa voz o ver la locura que acechaba en los ojos de su primo. Era preciso poner fin a todo aquello.

Sin dudarlo, se abalanzó contra Farquhar, que no se lo esperaba, pero consiguió apartarse a tiempo y lanzó una feroz cuchillada que obligó a su primo a recular. En aquel momento, el chino que estaba de guardia en la puerta entró corriendo en la oficina, ya que había oído el

tumulto. Una ojeada le bastó para entender el peligro que corría Killian y gritó «¡aquí!», antes de lanzarle la gruesa caña de bambú que llevaba siempre consigo a guisa de porra, por si necesitaba defenderse. No era un arma perfecta, pero sería mejor que nada...

Killian y Farquhar salieron al patio y evolucionaron como bailarines que siguieran un intrincado paso de danza. Killian comprobó que otros empleados se acercaban con rapidez para ver qué ocurría, pero, cuando alguien gritó para ofrecerle su ayuda, él la rechazó con un gesto. Estaba decidido a encargarse de su primo personalmente y a hacerlo sin más dilación.

—Como siempre, eres demasiado cobarde para enfrentarte a mí con los puños ¿eh? —dijo—. Ya de pequeño eras un llorón, siempre detrás de los faldones del abrigo del abuelo, y ahora te escondes detrás de un cuchillo. No esperaba otra cosa de ti. Eres incapaz de pelear con honor.

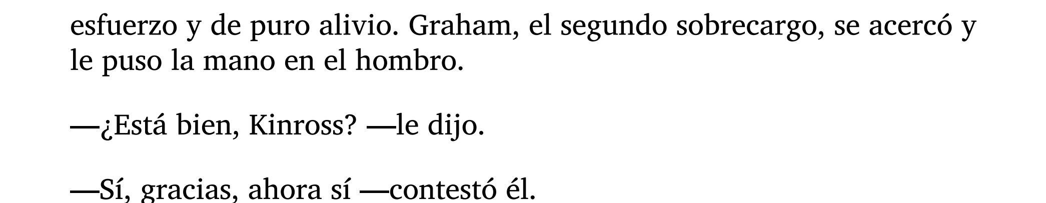
—¡Cállate! —gritó Farquhar, pero las burlas de su primo lo habían desquiciado y desconcentrado, de manera que Killian logró desarmarlo mediante unos cuantos golpes con su caña de bambú. Farquhar lanzó un alarido de furia y se abalanzó contra su oponente con los puños en ristre.

La rabia parecía multiplicar las fuerzas de aquel desgraciado, pero Killian había peleado con él muchas veces y sabía bien dónde se encontraban sus puntos débiles. Al principio le permitió que lanzara unos cuantos puñetazos, pero después hizo una finta y le asestó un golpe en la sien. A continuación lanzó el puño contra el estómago de su enemigo y este se dobló, falto de aire. Farquhar consiguió incorporarse y continuar peleando, pero Killian se daba cuenta de que le fallaban las fuerzas. Su encierro de casi dos meses había debilitado considerablemente sus músculos.

Killian decidió tomarse algo más de tiempo y danzó alrededor del patio para cansar aún más a su oponente. De pronto se detuvo y le lanzó un aluvión de puñetazos a la cabeza y al torso.

—Esto es por haber intentado matar a mi mujer —jadeaba, mientras golpeaba con todas sus fuerzas—, esto por mi hijo y esto por todo el mal que me has hecho.

Al tiempo que pronunciaba la última palabra, su puño impactó de lleno contra la mandíbula de Farquhar, que dobló las rodillas, puso los ojos en blanco y cayó redondo. Killian se inclinó, jadeante por el



esfuerzo y de puro alivio. Graham, el segundo sobrecargo, se acercó y le puso la mano en el hombro.

—¿Está bien, Kinross? —le dijo.

—Sí, gracias, ahora sí —contestó él.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Graham.

—Hay que atarlo y llevárselo a los del barco de Ostende —repuso—. Lo acompañaré personalmente para asegurarme de que lo encierren como es debido esta vez. Me temo que no está en su sano juicio.

Graham asintió.

—Voy con usted —dijo y se volvió al culi de la entrada—. Tú, consíguenos un palanquín y deprisa.

Capítulo 33

Con gran alivio, Jess y Killian subieron a bordo del *Friedericus Rex Sueciae* el seis de enero para emprender el viaje de regreso a Gotemburgo. Los terribles ataques de Farquhar habían puesto una nota amarga a la por otra parte deliciosa estancia en Cantón, así que estaban deseosos de dejar atrás todo aquello.

—Echaré de menos a Mei y a su pequeño —comentó Jess mientras agitaba la mano para despedirse de Li y de su mujer, que se habían acercado hasta el barco para decir adiós—, pero la verdad es que estoy deseando encontrarme entre gente con la que pueda comunicarme de manera normal.

El comerciante chino, encantado con los binoculares y el reloj de plata que le había regalado Killian en agradecimiento por haber cuidado a su esposa y a su hijo, había invitado a su huésped a regresar pronto, pero él tampoco tenía demasiadas ganas.

—Sí, ha sido interesante, sin duda —asintió Killian—, pero no creo que regrese a corto plazo. Si queremos comerciar con China, sugiero que encontremos a un sobrecargo de fiar que lo haga por nosotros o que nos limitemos a invertir en las próximas expediciones.

—Estoy de acuerdo —confirmó Jess—. Ahora todo lo que tenemos que hacer es llegar a casa sanos y salvos. Espero que pronto estemos allí.

Las oraciones de Jess no fueron escuchadas de manera inmediata. Aunque navegaron viento en popa a través del mar de la China Meridional, las cosas empezaron a complicarse al cruzar el estrecho de la Sonda, donde quedaron bloqueados por una escuadrilla de siete barcos holandeses que parecían decididos a impedirles continuar su viaje. Jess se estremeció a la vista de su amenazadora presencia y trató de no pensar en lo que aquello podía significar. Campbell ordenó enarbolar la bandera sueca, echar el ancla y aguardar hasta conocer las intenciones de los holandeses, pero no ocurrió nada.

—Muy bien, intentaremos alejarnos de ellos durante la noche, aprovechando la oscuridad —dijo el sobrecargo.

Así lo hicieron, pero al día siguiente los holandeses les dieron alcance con facilidad. Cansado de jugar al gato y al ratón, Campbell ordenó al segundo de a bordo, el señor Bremer, que soltara la lancha y se acercara hasta los holandeses para preguntarles por qué les estaban siguiendo. Bremer llevó consigo copias de los pases para el barco y la

carta oficial que certificaba que Campbell era representante plenipotenciario y enviado ante el emperador de China, firmada por el mismísimo rey de Suecia.

—Eso debería ser suficiente —murmuró Campbell, pero Killian no estaba muy seguro. Era obvio que algo no iba bien.

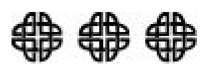
Su impresión quedó pronto confirmada, ya que Bremer no regresó y los barcos holandeses los rodearon al caer la noche, de manera que les quedó bloqueada toda posible vía de escape. A la mañana siguiente, la lancha con el segundo de a bordo regresó por fin, con órdenes de que todos los tripulantes suecos pasaran a los buques holandeses, con excepción del capitán y de los sobrecargos. Los holandeses comunicaron que mandaban a sus propios marineros y a un capitán para hacerse cargo del navío, pero no indicaron adónde se dirigirían.

—¿Tienes que irte? —preguntó Jess, ansiosa, cuando su esposo se presentó para comunicarle las novedades. Brice gimió, como si también él sintiera que algo iba mal.

—Me temo que sí, pero espero que pronto estaré de vuelta —contestó él.

—Ten cuidado y no cometas ninguna imprudencia. Si algo llegara a pasarte, yo... quiero decir, nosotros... —dijo ella y no pudo acabar la frase. Había tantas cosas que había querido decirle y ahora temía haber perdido la oportunidad. Habían compartido el camarote todo el tiempo desde que zarparan de Cantón, pero ella no había reunido el coraje suficiente como para decirle que deseaba que fueran marido y mujer en toda la expresión de la palabra. Ya era tal vez demasiado tarde.

—No te preocupes. Te veré muy pronto —dijo él y le dio un beso en los labios, que prolongó durante unos instantes más de lo habitual, como para demostrarle que pronto habría más. Tendría que conformarse con eso, por el momento, pero en absoluto se quedó tranquila.



Campbell llamó a Jess a su camarote, poco después de la marcha de la tripulación. El señor Graham, segundo sobrecargo, estaba con él y ambos tenían la preocupación pintada en el semblante. Campbell la

miró fijamente, pero no con hostilidad.

—Señora Kinross, sé que es usted de ascendencia holandesa y probablemente habla su idioma —dijo—. Solo quería advertirle que no debe hacérselo saber a ellos bajo ninguna circunstancia, ya que nos acusan entre otras cosas de acoger a holandeses a bordo. Yo también hablo su idioma, pero no pienso admitirlo, a menos que me vea obligado a hacerlo. Les hablaré en sueco.

—¿Es ese todo el motivo de lo que ocurre? —inquirió Jess.

—Puede ser, aunque yo creo que tiene más bien que ver con la compañía de Ostende, que fue disuelta el año pasado —dijo Campbell —. Los holandeses no quieren competencia por su parte y creen que nos han enviado los de Ostende bajo bandera sueca, como tapadera. Los dos únicos barcos de esa ciudad que tienen permiso para navegar son los que nos encontramos en Cantón. Nada de esto tiene mucho sentido y así se lo haré saber. He solicitado que me dejen ver al gobernador general en Batavia y van a llevarme mañana.

—¿Y qué pasa conmigo y con mi hijo? —preguntó Jess.

—Me temo que tendrán que permanecer aquí —dijo el sobrecargo e hizo un gesto a Graham, que había permanecido silencioso hasta aquel momento—. No hay que ponerse nerviosos. Voy a dejar aquí a los demás sobrecargos y ellos se ocuparán de usted. Ahora ¿por qué no da una vuelta por la cubierta con el señor Graham? No tiene muy buen aspecto y creo que le vendría bien un poco de aire fresco.

A Jess no le apetecía demasiado regresar al estrecho camarote sola y, además, apreciaba al agradable y educado Graham, así que asintió con la cabeza.

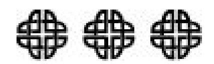
—Muchas gracias, es muy amable de su parte —dijo y miró a Campbell—. Le deseo buena suerte, señor.

La joven salió a cubierta en compañía de Graham, con Brice bien envuelto y colgado a su espalda, y comenzaron a pasear lentamente, arriba y abajo del barco. Algunos marineros holandeses se detenían en sus tareas y se quedaban mirándolos pasar, en particular a Jess. Ella oyó cómo uno de ellos exclamaba «¡Godverdamme!» —que Dios me asista— y asumió que no esperaban encontrar a una mujer a bordo. Nadie les dirigió la palabra, sin embargo, lo cual fue un alivio.

—Espero que el señor Campbell pueda solucionar pronto este asunto —dijo Jess para acallar su propia ansiedad.

—No se preocupe —contestó Graham—. Tengo plena confianza en él. Nos sacará de aquí en un santiamén, ya lo verá.

Ojalá el hombre tuviera razón.



Jess se retiró finalmente a su camarote, donde se dedicó a pasear de un lado a otro con Brice, solo para tener algo que hacer, pero pronto se sintió harta de estar confinada. Cuando el señor Graham se acercó y le ofreció dar otro paseo después de la cena, se mostró dispuesta de mil amores.

—¿Se ha ido ya el señor Campbell? —preguntó.

—No, se va mañana temprano —respondió Graham—. Espera tener la oportunidad hablar con el gobernador general holandés nada más llegar a Batavia, así que confío en que pronto reanudaremos nuestro viaje.

La joven tomó por el brazo al segundo sobrecargo y ambos salieron a cubierta. Una vez allí, pasaron junto a un grupo de marineros holandeses, que esta vez se dirigieron abiertamente a la joven. Ella sintió como si los ojos de los hombres la traspasaran por la espalda, lo que la desconcertó y la hizo sentirse muy incómoda. Inspiró profundamente y trató de hacer como si tal cosa.

—La muchacha desde luego es un bombón —oyó decir a uno de ellos y los demás asintieron, entre risas.

—Ya lo creo —dijo otro—. El capitán debería dejarnos pasarlo bien un rato con ella. ¿Qué tal si vamos y se lo pedimos?

—No valdrá de nada —comentó un tercero—. La querrá solo para él, el maldito egoísta.

Jess sintió que la espalda se le ponía rígida de cólera y humillación, pero trató de mantener sus emociones bajo control. Apretó los dientes y, aunque entendía todo lo que decían, actuó como si no se hubiera enterado de nada, tal y como le había indicado el señor Campbell. Sin embargo, no consiguió reprimir un escalofrío y Graham lo notó.

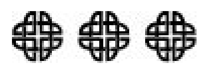
—¿Tiene frío, señora Kinross? —preguntó.

—No, no, estoy bien, gracias —dijo. Hacía una noche agradable, de brisa muy ligera, y aunque ella se había puesto un chal, no lo necesitaba en realidad. Brice, con su pequeño cuerpo pegado a la espalda de su madre, actuaba también de calefactor.

—No quiero retenerla aquí mucho tiempo —dijo Graham—, no sea que el pequeño se resfríe.

—No creo que haya peligro de eso, pero supongo que será mejor que nos acostemos temprano —respondió Jess. La joven miró a los holandeses, pero enseguida apartó la mirada, en cuanto comprobó que se fijaban en ella. Cuanto antes se encontrara a salvo en su camarote, mejor sería, pensó.

Cuando se encaminaban hacia las escaleras, alguien gritó «¡cuidado con esa soga!» y ella se detuvo durante una fracción de segundo, antes de recordar que no podían estar dirigiéndose a ella. Corrió tras Graham y lanzó un suspiro de alivio cuando el pestillo del camarote estuvo bien cerrado.



Después de comer al día siguiente, Jess empezó a preocuparse de veras. No había noticias de Campbell y en el barco reinaba un extraño silencio. Parecía la calma que precede a la tempestad y a Jess se le hacía un nudo en el estómago cada vez que pensaba en lo que podría estar ocurriéndole a Killian en aquellos momentos. Un golpe en la puerta casi la hizo saltar, pero resopló aliviada al oír una voz familiar al otro lado.

—¿Señora Kinross? Soy yo, Graham.

Jess apenas entreabrió la puerta.

—¿Sí? ¿Ha pasado algo? —dijo.

—No, me temo que no hay noticias por el momento —contestó él—. Solo pensé que tal vez le apetecería salir a dar otro paseo por la cubierta, para tomar el aire fresco.

—Hum, no sé... —vaciló ella, recordando a los marineros de la noche anterior. Sin embargo, permanecer tanto tiempo encerrada en el camarote la estaba haciendo enloquecer y la posibilidad de una breve salida resultaba muy tentadora.

—No debería haber ningún problema —dijo sonriente Graham—. No somos prisioneros, después de todo.

—Bueno, es muy amable de su parte —dijo por fin Jess—. La verdad es que la atmosfera aquí dentro es asfixiante.

Lo cierto era que nadie les había amenazado abiertamente. Los holandeses no sabían que ella entendía sus charlas informales.

Dado que Brice no estaba dormido aquella vez, su madre lo llevaba en los brazos. El capitán holandés que se suponía estaba a cargo del navío no se encontraba por ninguna parte, pero Graham y Jess vieron a un grupo de marineros que descansaban de pie junto a la borda. La joven no sabía si eran los mismos de la víspera, pero en cualquier caso su presencia la incomodaba. Los hombres la observaron pasar en compañía de Graham, pero guardaron silencio. Aun así, la forma en que la devoraban con los ojos hizo que Jess se sintiera incómoda, especialmente al sentir la mirada de un hombre alto y rubio que parecía ser el líder del grupo. Un violento escalofrío la sacudió y se arrimó más al señor Graham.

—¿Está seguro de que ha sido una buena idea? —susurró—. Esos hombres no parecen muy amistosos hoy. Tal vez sería mejor que me quedara en el camarote.

—No, no, no pueden hacerle nada malo a plena luz del día —dijo Graham—. El capitán garantizó al señor Campbell que todos estaríamos perfectamente seguros en su ausencia.

Jess no estaba convencida, pero Graham comenzó a caminar por la cubierta del barco y ella no quería quedarse sola, así que lo siguió, de mala gana. Pasearon de un extremo al otro del buque sin que nadie les molestara y se detuvieron para contemplar las vistas. El barco se encontraba anclado cerca de una isla de verdor exuberante y la visión era tranquilizadora. Jess había comenzado a relajarse cuando oyó risas estentóreas procedentes del grupo de holandeses.

—Pienso llevármela a la cama, con o sin permiso del capitán —oyó decir a uno entre risotadas lascivas—. Tiene pinta de ser de las orgullosas, así que puede que le haga falta algún incentivo.

Los demás le hicieron coro con groseras carcajadas y apuntaron sugerencias obscenas, que en su imaginación veían como posibles tentaciones para la joven. Ella se concentró en el paisaje y rogó para sus adentros que el vivo color de sus mejillas fuera atribuido al calor reinante, y no a la vergüenza que sentía. Mientras solo fueran

fanfarronadas entre ellos, no tendría nada que temer, pensó para tranquilizarse.

—Hombre, la verdad es que la mejor manera sería amenazar a su hijo —dijo uno de los marineros—. Haz que lo vas a lanzar por la borda y ya verás cómo esa perra hará todo lo que quieras.

—¡Eso es! —terció otro—. Comida para los tiburones. No creo que agradezcan mucho un bocado tan pequeño, pero es mejor que nada ¿no creéis?

El resto del grupo se desternillaba de risa, como si aquello les pareciera lo más gracioso que habían oído en toda su vida. Jess luchó para mantener el control y no revolverse contra aquellos canallas. ¿Es que no tenían la menor dignidad? ¿Cómo podían bromear sobre algo así?

—Señor Graham ¿puede acompañarme a mi camarote, por favor? —dijo a su acompañante de la forma más tranquila que pudo—. Creo que prefiero el calor de ahí abajo al que hace aquí a pleno sol.

—Sí, por supuesto —dijo el hombre—. Como desee.

Acto seguido se dirigieron hacia las escaleras, pero justo antes de llegar, el hombre alto y rubio se interpuso en su camino.

—¿Se va tan pronto? —preguntó en inglés, con fuerte acento, mientras miraba a Jess con ojos entrecerrados.

—Sí, me temo que el calor es demasiado fuerte para mí —repuso ella mientras se abanicaba con la mano de manera algo exagerada.

—Pero si acaba de salir, *Mevrouw* —insistió el hombre—. Creo que debería quedarse un poco más.

La joven frunció el entrecejo.

—Disculpe, pero tengo que ir a dar de comer a mi hijo, si no le importa —dijo de la manera más calmada que pudo, aunque su corazón latía muy deprisa y Brice debió de notarlo, ya que comenzó a gemir.

—Usted entiende mi idioma ¿verdad? —dijo el hombre.

—¿Cómo dice? —respondió Jess, que sentía crecer el miedo dentro hasta formar una pesada bola dentro de su estómago.

—No trate de engañarme —dijo el marinero en holandés, con una sonrisa malévola—. La estaba vigilando y he visto cómo reaccionaba cuando dije que le haría algo malo a su retoño. Anoche entendió cuando otro hombre le dijo que tuviera cuidado. No lo niegue. Vi cómo se detenía.

—No hablo su idioma, no entiendo lo que dice —insistió Jess en inglés —. Ahora le ruego que me deje pasar. Tengo que ocuparme de mi hijo.

—¿Qué ocurre? —intervino Graham, que había contemplado la escena con el ceño fruncido y por fin se decidió a abrir la boca—. Esta mujer es sueca, señor. No tiene ni la menor idea de lo que está diciendo.

El marinero no hizo caso al hombre que le hablaba y continuó hablando en holandés, su mirada fija en Brice.

—Dime la verdad, mujer, o le retorceré el cuello —amenazó y antes de que Jess pudiera reaccionar, se abalanzó rápidamente y agarró el fino cuello del bebé con las manos. Jess gritó con todas sus fuerzas, muerta de miedo. Obligó a sus miembros a moverse y trató de empujar al hombre, pero este no soltó su presa y ella se dio cuenta de que no podía hacer nada para arrebatárselo sin que el niño resultara herido. Nunca se había sentido tan indefensa en toda su vida y la bilis le subió por la garganta.

—¡Desgraciado! —gritó— ¡Suéltelo!

—Por el amor de Dios, hombre, ¿qué está usted haciendo? ¿Está loco? —dijo Graham al tiempo que se lanzaba en ayuda de Jess, pero el holandés, que era mucho más alto y fuerte que él, lo apartó de su lado con un golpe de su musculoso brazo. El señor Graham tropezó en una soga enrollada que se encontraba justo detrás de sus pies y cayó cuan largo era sobre la cubierta, golpeándose fuertemente la cabeza contra la tablazón. El bebé rompió a gritar, con el rostro muy enrojecido.

—¡Deténgase! ¡Le está haciendo daño! —gritó Jess. Agarrotada por el pánico, trataba de idear alguna manera de rescatar al niño sin comprometer su propia situación.

—No lo haré hasta que no me diga la verdad —replicó el marinero y Jess pudo ver en sus ojos, ferozmente obstinados, que decía la verdad. No tenía más opción que obedecerle, o Brice moriría, y ella nunca permitiría que pasara algo así, si podía impedirlo.

—Muy bien —admitió—. Entiendo algunas palabras de holandés y les oí decir algo de un bebé y de arrojar por la borda. Eso es todo. Solo

hay un bebé aquí, así que claro que me dio miedo. Ahora, suelte a mi hijo o informaré a su capitán.

Jess miró al hombre fijamente a los ojos y rogó para sus adentros que tomara en serio su advertencia. El individuo soltó finalmente el cuello del bebé y retiró las manos, pero sonreía, satisfecho de su ocurrencia, y Jess se sintió enferma de miedo. Las piernas y las manos le temblaban sin control.

—Creo que aún está mintiendo, pero dejaremos que decida el capitán —dijo—. Seguramente el gobernador general querrá cambiar un par de palabras con usted.

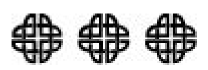
—No sea ridículo, no soy tan importante —dijo Jess en voz muy alta, ya que los gritos de Brice, que ya eran histéricos, apenas la permitían hacerse oír.

—Ya veremos ¿no es cierto? —dijo el hombre, inclinándose hacia ella —. A menos que decida portarse bien conmigo. En ese caso, tal vez me apetezca mantener la boca cerrada.

Con un estremecimiento, Jess se apartó de él.

—¡Nunca! —gritó. Antes preferiría mil veces enfrentarse al capitán y al gobernador—. Y ahora, adiós.

Antes de que su agresor tuviera tiempo de lanzarle de nuevo la mano, la joven corrió hacia las escaleras, bajó hasta su camarote y cerró la puerta tras de sí con el pestillo.



Necesitó un largo rato para calmarse y luego hacer lo propio con su hijo. Aun cuando este dejó por fin de llorar, ella sentía que las rodillas le temblaban todavía. Acariciaba la cabecita del niño, cubierta de suave pelo tan rubio con el de su madre, y besaba su tierna mejilla mientras lo estrechaba contra su cuerpo.

—No permitiré que te hagan daño, mi precioso, no tengas miedo —le repetía. Sin embargo, aunque el niño ya la miraba tranquilo con sus grandes y confiados ojos azules, tan parecidos a los de su padre, lo cierto era que ella no tenía ni la menor idea de qué iba a hacer para mantenerlo a salvo. Si aquellos hombres realmente querían hacerle daño ¿cómo iba a impedirlo?

Así pues, Jess no se sorprendió cuando, algo más tarde, el capitán le ordenó que saliera a la cubierta.

—Señora, está usted arrestada y voy a llevarla a tierra —dijo a través de la puerta, con voz muy firme—. No se equivoque, haré que mis hombres derriben la puerta si no sale del camarote por su propio pie. Empaquete lo esencial. Tiene cinco minutos.

Jess sabía que era inútil discutir e hizo un bulto con todo aquello que podía necesitar, antes de colgarse a Brice del pecho, bien envuelto. El bebé gemía, todavía bajo el efecto del maltrato que había sufrido, y ella trataba de calmarlo mientras seguía al capitán camino de la cubierta. Instantes después, un aterrorizado señor Graham apareció corriendo tras ellos.

—¿Adónde va? ¿Qué es lo que ocurre? —gritó cuando vio que Jess se dirigía hacia la borda y se disponía a descender a la lancha por una escalerilla.

—Creen que soy holandesa, pero no se preocupe —respondió ella, con más tranquilidad en la voz de la que realmente sentía—. Enseguida les sacaré de su error.

¿Cómo exactamente iba a convencerles?

Capítulo 34

Capítulo 34

Jess fue conducida a la ciudad amurallada de Batavia y, a pesar de la peligrosa situación en la que se encontraba, contempló con fascinación aquel extraño lugar. Aunque se encontraba en Extremo Oriente, la ciudad parecía holandesa casi al cien por cien. Hileras de casas de ladrillo con tejados puntiagudos daban a los numerosos canales, dispuestos en forma de damero, igual que los de Gotemburgo. Era obvio que la ciudad había sido construida con Ámsterdam como modelo y a Jess le producía una sensación extraña, onírica, encontrarse en un entorno tan familiar y a la vez tan lejano de su casa.

La lancha se aproximaba por el mar y a Jess le llamaba la atención el espeso bosque costero que dominaba todo el paisaje. En aquel momento, le daba a la impresión de que lo que tenía delante iba a ser su destino final y su imaginación la inquietaba con visiones de ella y Brice pudriéndose en una húmeda mazmorra de la fortaleza. Con un esfuerzo de la voluntad, Jess apartó de su mente aquellos pensamientos. Sabía que debía mantener la lucidez y que el pánico solo la paralizaría.

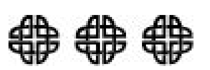
—¿Por qué me llevan allí? —preguntó mientras apuntaba con la cabeza hacia la fortaleza.

—Ahí es donde se aloja el gobernador general —respondió el capitán. Aunque no quiso dar más explicaciones, aquello tranquilizó a Jess en cierta medida. Si al menos le daban la oportunidad de hablar con el gobernador general, tal vez podría persuadirlo de que era sueca.

El lugar estaba abarrotado de gente y entendió que allí se acantonaba una guarnición entera, con sus oficiales. Cuando llegaron, el capitán ordenó a dos hombres que acompañaran a Jess y la encerraran en alguna de las celdas de la fortaleza.

—Voy a informar de su presencia al gobernador general —dijo—. Es un hombre muy ocupado, así que es posible que tarde cierto tiempo en ocuparse de usted.

Jess esperaba que aquello significara horas, y no días, pero no albergaba muchas esperanzas.



Killian miró con asco el bol de comida que tenía delante y que no contenía más que un puñado de arroz y algunos trozos de carne de cerdo, tan secos y duros como la suela de un zapato. El joven se preguntó cómo alguien podía esperar que una persona sobreviviera con raciones tan escasas, y mucho menos trabajar una jornada completa, pero no protestó. Algunos miembros de la tripulación lo habían intentado y habían sido azotados como castigo —aunque la verdad era que otros habían recibido el mismo trato sin ningún motivo aparente. Solo podía esperar que el señor Campbell consiguiera sacarlos de aquella situación tan peligrosa, antes de que las cosas empeoraran aún más.

Killian se dio cuenta de que algunos de los guardias holandeses que los custodiaban en su barco reían burlonamente entre ellos. Escuchó con atención para tratar de enterarse de algo de lo que decían, pero, aunque ya dominaba bastante bien el sueco, el holandés le resultaba casi imposible de entender.

—¿Qué les parece tan divertido, Almroth? Da la impresión de que se lo están pasando muy bien —preguntó al marinero sueco que se sentaba junto a él.

Almroth pareció incomodarse con la pregunta, pero era un hombre recto, así que respondió la verdad:

—Dicen que una de nuestras mujeres ha sido llevada a la fortaleza. Creo que va a ser juzgada por el gobernador general.

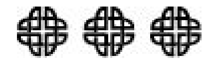
—¿Qué? —dijo Killian, con la boca repentinamente seca por la inquietud. Solo había una mujer a bordo del *Friedericus Rex* y esa era Jessamijn. ¿Cómo podían haberla arrestado? Aquello no tenía nada que ver con ella.

Al pensar en que Jess, y presumiblemente Brice también, estaba sometida al mismo régimen que ellos soportaban allí, sintió como si le retorcieran las entrañas. Solo veía rojo a su alrededor. Sin pensar en las consecuencias, se puso en pie con un grito de rabia. Aquello había ido demasiado lejos. Su esposa no había hecho nada malo y era preciso salvarla, a toda costa.

El joven se abalanzó contra el grupo de guardias, lanzando puñetazos a diestro y siniestro, seguido muy de cerca por Adair, que había estado atento, como de costumbre. El muchacho había dado un fuerte estirón en los últimos meses y era muy hábil con los puños. La furia que sentía Killian aumentaba su fuerza y además había tomado por

sorpresa a los guardias, pero aun así sabía que la suya era una lucha desesperada. Estaba, sin embargo, decidido a ganarla.

No había más salida que esa.



Jess pasó la noche sentada en el suelo de la estrecha y asfixiante celda en la que la habían encerrado. No se atrevía a tumbarse en el banco de madera que constituía su único mobiliario, por miedo a que Brice se le deslizara hasta el suelo en mitad del sueño y pudiera resultar herido. El lugar hedía a excrementos, vómitos y podredumbre, pero, aunque aquello le molestó en un principio, no tardó en acostumbrarse. Le resultaba más complicado adaptarse a su incómoda posición, con Brice dormido en su regazo. A la mañana siguiente, después de una noche prácticamente en blanco, no se sentía con ganas de hablar con nadie. Sin embargo, los guardias que fueron a buscarla no se dieron por enterados y le ordenaron que los acompañara.

Jess fue conducida a una amplia habitación con grandes ventanales que daban a la bahía. Al cabo de unos instantes, apareció un hombre que caminaba a paso rápido. Se inclinó, despidió a los guardias y esperó a que se retiraran, antes de dirigirse a Jess.

—Soy Dirk Van Cloon, gobernador general de Batavia, y, según tengo entendido, usted dice ser una tal señora Kinross.

Aquellas palabras fueron pronunciadas en holandés y Jess concluyó que no tenía sentido fingir que no entendía. El hombre que tenía delante no era un estúpido, eso estaba claro, y, si pretendía convencerle de que ella no representaba ninguna amenaza, tendría que ir con la verdad por delante.

—No pretendo nada —respondió la joven—. Soy la señora Kinross, Jessamijn Kinross. Mi marido es de origen escocés, asistente del señor Campbell, y todos nosotros somos súbditos de Suecia, a pesar de nuestros orígenes diversos.

—Sin embargo, usted habla holandés con fluidez y tiene nombre holandés —replicó el gobernador.

—No sabía que fuera un crimen tener un padre holandés —le respondió ella, altiva—. El mío se fue a vivir a Suecia cuando yo era

solo un bebé y naturalmente me enseñó su idioma materno. También hablo inglés con fluidez, pero eso no me convierte en inglesa.

El gobernador sonrió fugazmente, en reconocimiento de que aquello sonaba lógico.

—En ese caso, siento haberle causado molestias —dijo—. El capitán Backer es algo… ¿cómo diría? demasiado puntilloso. Habíamos recibido información de que el barco del señor Campbell era un intruso, un navío de Ostende que navegaba bajo bandera sueca, y teníamos que comprobar si era cierto.

—¿Y lo sigue creyendo ahora? —preguntó Jess.

—No —dijo el señor Van Cloon, sacudiendo la cabeza—. He hablado con el señor Campbell y he examinado sus documentos oficiales. Todo parece estar en orden y le he pedido disculpas. Espero que usted también nos perdone, pero ya sabe, toda precaución es poca. ¿Hay alguna forma de que pueda compensarla? Supongo que no habrá estado demasiado cómoda esta pasada noche.

—Podría poner en libertad a mi marido —dijo Jess—. Fue llevado con los demás cuando el capitán Backer abordó nuestro navío.

—Todos serán liberados en breve, incluido su marido, yo…

El señor Van Cloon fue interrumpido a mitad de la frase por un tumulto que acababa de estallar fuera de la estancia. En aquel momento, la puerta se abrió violentamente y entraron de golpe cinco hombres, dos de los cuales cayeron al suelo mientras otro gritaba en sueco:

—¡Exijo ver al gobernador general! Esto es un ultraje. Las mujeres y los niños no pueden verse envueltos en ningún conflicto y…

La frase fue cortada en seco por un puñetazo en plena boca.

—¡Killian! —gritó Jess, al tiempo que se lanzaba contra el hombre que acababa de golpear a su marido—. ¡Déjale en paz, animal! Adair ¿qué estás haciendo tú también aquí?

El soldado holandés se volvió, confuso, hacia su atacante, obviamente sin saber si debía defenderse contra una mujer que llevaba un bebé en sus brazos. Killian miró desde el suelo, donde yacía desplomado, parpadeó y de inmediato se dibujó una amplia sonrisa en su rostro.

—¡Jessamijn, por lo más sagrado! —exclamó, tratando de levantarse —. Gracias a Dios, estás bien. ¿Y Brice?

—Está bien, los dos estamos bien, pero tú ¿qué haces aquí? Yo pensaba... —dijo ella.

Antes de que nadie pudiera decir nada más, la estentórea y colérica voz de Van Cloon se alzó por encima de todas las demás.

—¿Qué significa esto? Creía haber ordenado que no me molestaran. ¿Es que tres hombres a la vez no pueden reducir a uno y a un muchacho? ¿Para qué demonios os pago?

—Lo sentimos, señor —dijo uno de los soldados—. Escaparon del barco donde permanecían custodiados y los hemos estado buscando hasta ahora.

—¿Debo colegir que este es su marido, señora Kinross?

Jess asintió y se agarró al brazo de Killian, a pesar de que uno de los guardias lo sujetaba a su vez firmemente por el otro.

—¿Puedo preguntarle qué está usted haciendo aquí, señor Kinross? —dijo Van Cloon mientras le miraba de arriba a abajo, con el ceño fruncido. El joven no tenía buen aspecto, sucio, desaliñado, con varios cardenales y un ojo a la funerala de aspecto bastante feo. Adair no estaba mucho mejor. Jessamijn tradujo aquellas palabras a su marido, que respondió en sueco.

—He venido a buscar a mi esposa —dijo—. No me importa lo que nos haga al resto de nosotros, pero una mujer y un niño no deberían verse implicados en esto. Son inocentes. Por favor, déjeme ocupar el lugar de ella, sea lo que sea aquello de lo que la acusan.

—Tradúzcame también a mí, por favor, señora Kinross. Me resulta algo complicado entender el idioma sueco—dijo Van Cloon y después se dirigió a Killian—. Nada de lo que dice será necesario, señor Kinross. Su esposa es libre de marcharse. Estoy totalmente de acuerdo con usted y, aunque admiro su coraje al haber luchado por llegar hasta aquí para defenderla, me gustaría saber cómo ha conseguido escapar de un barco bien vigilado y cómo demonios ha averiguado que su mujer se encontraba aquí.

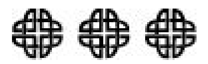
Él se encogió de hombros.

—Escapar fue fácil —dijo—. Nosotros... ejem, golpeamos a unos

cuantos hombres, saltamos a una chalupa que estaba amarrada al barco y vinimos remando lo más rápido que pudimos. A sus hombres les llevó cierto tiempo bajar la pinaza de a bordo para perseguirnos y por eso les sacamos ventaja. En cuanto a nuestra presencia aquí, oí que sus hombres comentaban entre risas que habían encontrado a una mujer en el *Friedericus Rex* y la habían llevado a tierra. Dado que ella era la única mujer a bordo, supe que se trataba de mi esposa.

El gobernador general Van Cloon inspiró profundamente.

—Bien, debo decir que por hoy ya he tenido bastante con suecos o escoceses, como prefieran —dijo y se volvió a los guardias—. Esta gente es libre de marcharse. Escóltenlos de vuelta a su barco y nada de violencia. Es una orden.



Como si respetaran un acuerdo tácito, ni Killian ni Jess dijeron nada durante el camino de vuelta al barco. Sin embargo, cuando él tomó la mano a su mujer, ella la agarró como si no estuviera dispuesta a permitir una nueva separación. La joven todavía no podía creer que todo se hubiera resuelto de forma tan sencilla y solo podía sentirse enormemente agradecida. Su marido hacía muecas de dolor de vez en cuando y Adair se agarraba la cabeza y murmuraba para sus adentros. Jess se preguntaba qué pruebas habrían tenido que pasar para llegar hasta ella. Estaba deseando curarle las heridas a Killian, pero aún debía esperar un poco más.

Al llegar al barco vieron que estaba casi vacío, con solo unos cuantos centinelas holandeses apostados. El hombre rubio y alto que había agredido a Jess y a Brice no estaba allí, lo cual resultó un alivio para ella. Los Kinross bajaron a su camarote inmediatamente después de enviar a Adair a su hamaca. En cuanto se encontraron dentro, Killian cerró la puerta con cerrojo mientras su esposa colocaba a Brice en su improvisada cuna.

—Oh, Killian, me alegro tanto de verte sano y salvo —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas—. He estado tan preocupada. Creí que nunca volvería a verte. ¿Qué te han hecho?

Mientras decía esto último, la joven tocó con cuidado la amoratada mejilla de su marido. Él sonrió y la abrazó.

—Estoy bien, no son más que unos cuantos arañazos —le dijo y buscó su mirada—. ¿De verdad te importaba que pudieras no volver a verme?

—Pues claro que me importaba. Yo… —se interrumpió Jess. Aunque sabía a ciencia cierta que lo amaba, no podía encontrar las palabras para decírselo. ¿Qué pasaría si él se reía de ella? Se había casado por conveniencia, después de todo.

—¿Podría ser, querida mía, que en el fondo me quisieras un poco? —preguntó Killian con su característico tono irónico y ella se ruborizó.

—Podría ser, aunque sé que eso no formaba parte del contrato que firmamos —dijo.

—¡Al diablo con el contrato! —exclamó él—. Jessamijn, mi amor, dime la verdad, pues yo te quiero más de lo que puedo expresar y no soportaría que tú no sintieras lo mismo por mí.

Ella se quedó mirándolo, sorprendida por su vehemencia.

—Tú… ¿tú me quieres? —dijo por fin—. Por supuesto que yo también te quiero. Te he querido desde el principio, aunque creía que no te interesaba saberlo.

—¿Y por qué no, cabeza de chorlito? Desde el primer momento comprendí que no deseaba respetar tu tontería de contrato, pero fuiste tan testaruda que no me diste opción —dijo, pero a continuación sonrió de oreja a oreja—. Bueno, ahora podemos recuperar el tiempo perdido y al infierno con todos los que viajan en este barco.

—¿Qué quieres decir?

La pregunta de Jess terminó en un chillido amortiguado, ya que él comenzó a besarla apasionadamente hasta hacerla sentir que las piernas se le derretían. La agarró por detrás y la atrajo hacia su cuerpo, de forma que a ella no le quedó duda ninguna de lo que se proponía.

—Killian, alguien podría venir —jadeó.

—Pues que vengan —respondió él—. No me importa si nos mira el mundo entero. Ya he esperado bastante. Por favor, dime que te has repuesto suficientemente desde el nacimiento de nuestro hijo.

—Sí, por supuesto —respondió ella—. Ya han pasado cuatro meses o

más, pero...

Él la interrumpió con otro beso y esta vez no le dio tregua hasta que comprobó que ella ya no estaba en condiciones de emitir ninguna protesta más. Cuando la condujo hasta uno de los camastros y le levantó la falda, ella no pensaba más que en ayudarle. La única concesión a las buenas maneras por parte de los dos fue ahogar con besos ardientes los gritos de placer del otro, cuando se hacían demasiado intensos.

Cuando todo hubo terminado, Jess se acurrucó largo tiempo en los brazos de Killian, satisfecha como no lo había estado nunca, feliz en aquel estrecho camastro.

—Siento haberte mentido —susurró por fin.

—Hum... ¿sobre qué? —preguntó él.

—Me encantó la primera vez que hicimos el amor —dijo—. Demasiado, en realidad. Eso fue lo que me asustó. Pensaba que, si te deseaba tanto, podrías conseguir que hiciera todo lo que quisieras, como mi madre con Robert. No quería que tuvieras esa clase de control sobre mí.

Su marido rió de buena gana y la abrazó aún con más fuerza.

—Desde luego, mira que eres cándida a veces —dijo—. ¿No te has dado cuenta de que tú tienes el mismo control sobre mí? Un roce de tus sensuales labios sobre los míos y ardo de deseo. Haría lo que fuera por ti.

Jess parpadeó de incredulidad, asombrada ante aquella revelación.

—¿En serio? Jamás lo habría creído.

—Pues sí, bien puedes creerlo —corroboró él—. Y ahora, hablando de labios sensuales...

Killian se inclinó de nuevo sobre ella.

—¡Pero si acabamos de hacerlo! —dijo ella.

—Eso fue hace por lo menos diez minutos —replicó él—. Ya te advertí que he esperado demasiado tiempo.

Esta vez no tuvo que emplearse a fondo para convencerla y le demostró, sin lugar a dudas, que ambos tenían razón.

Capítulo 35

Capítulo 35

Finalmente, el *Friedericus Rex Sueciae* puso rumbo a casa, pero debido al retraso provocado por los holandeses, casi no pudieron aprovechar los vientos alisios y su viaje fue muy lento. A todo el mundo le daba la impresión de que no llegarían nunca e incluso el trayecto familiar a través del mar del Norte se les antojó una eternidad. Solo un incidente les hizo olvidar su alicaído estado de ánimo: cuando se encontraban cerca del paso entre las islas Orcadas y las Shetland avistaron un navío que les resultaba familiar. Uno de los marineros salió corriendo para avisar a Campbell.

—¡No va a creer quiénes son, señor! —exclamó—. Es el *Hertogh Van Lorreynen*, los de Ostende.

—¿Es una broma? —dijo el sobrecargo, que subió todo lo rápido que pudo a cubierta en compañía de Killian. No lo era. Efectivamente, ante ellos surcaba las olas el barco que habían visto en Cantón. Killian observó con atención la maniobra de aproximación de los dos buques, con un sentimiento de aprensión en su interior. Sabía que en algún lugar dentro de ese navío se encontraba Farquhar. Pronto tendría que escribir a su abuelo y pedirle que hiciera los arreglos pertinentes para recoger a su primo en Ostende. No era algo que le apeteciera en absoluto.

John Ley, el primer sobrecargo, llegó a la cubierta del *Friedericus Rex* y saludó efusivo a Campbell.

—¡Que extraordinaria coincidencia! —exclamó—. Ya les hacía en su destino, dado que salieron antes que nosotros.

—Los holandeses nos detuvieron en Batavia —respondió el escocés—. Es una larga historia, aunque de lo más inoportuna, desde luego. No le aburriré con los detalles. ¿Qué tal ustedes? ¿Han tenido un buen viaje?

—Lo habitual —repuso Ley—. Hemos perdido a muchos hombres por culpa de las enfermedades. Siento informarles de que nuestro prisionero falleció de disentería hace un par de semanas. De alguna manera, él mismo provocó su destino, ya que rechazaba la comida y estaba muy débil. Me temo que nada se pudo hacer por él.

Campbell miró a Killian, que tragó saliva e intentó no mostrar ninguna emoción ante aquellas noticias.

—Gracias por su información —dijo el joven a Ley—. Se lo comunicaré a mi abuelo tan pronto como me sea posible.

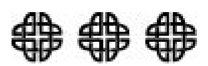
No había mucho más que decir y los dos barcos se separaron para continuar sus respectivas rutas. Killian bajó a su camarote para comunicar la noticia a su esposa.

—Siento que me han quitado un gran peso de encima, pero a la vez estoy triste —dijo—. Todo esto había llegado demasiado lejos. Estoy seguro de que podríamos haber llegado a algún tipo de entendimiento.

Jess le rodeó el hombro con su brazo y apoyó la cabeza contra él.

—Nunca se habría dado por satisfecho —dijo—. Para él era una cuestión de todo o nada. Algunas personas son así y no hay nada que puedas hacer por cambiarlas.

—Sí, supongo que tienes razón —comentó, con un suspiro—. Aun así, lamento su final. Me pregunto cómo se lo tomará mi abuelo.



La tarde del 22 de agosto, la tripulación del *Friedericus Rex Sueciae* avistó por fin la isla de Vinga, la más occidental de las que forman el archipiélago que domina la entrada a Gotemburgo. A bordo el alivio era palpable y un fuerte «¡hurra!» saludó el anuncio del avistamiento. Por desgracia, el tiempo era tan malo que tuvieron que echar el ancla cerca de Marstrand, un pequeño puerto al norte de Gotemburgo. Aunque habían despachado a tierra a un oficial para avisar de su llegada, no fue hasta al cabo de cuatro días cuando consiguieron hacer su entrada en el estuario del río Göta.

—Por fin en casa —dijo Jess, con un suspiro de alivio—. No quiero ni ver un barco durante bastante tiempo.

—Estoy totalmente de acuerdo —repuso su marido, con dulzura—. No veo el momento de llegar a tierra firme y manteneros, por fin, seguros a ti y a Brice.

Su llegada no fue, sin embargo, el acontecimiento alegre que habían esperado. Sin perder un minuto, la pareja se dirigió a los almacenes de Van Sandt & Fergusson para reunirse con Albert antes de ver a nadie más. Sin embargo, encontraron algo completamente inesperado. El asistente general estaba de pie en la oficina, como anonadado. Se le

veía más delgado y con el cuerpo doblado por la derrota. Daba la impresión de que el lugar había sido arrasado por un *tai-fun*, papeles por todas partes, los libros de cuentas tirados por el suelo, la caja fuerte abierta y todo su contenido desparramado por todas partes.

—¡Albert! —exclamó Killian—. ¿Qué ha pasado aquí, por el amor de Dios?

Albert los miró con una extraña expresión, mezcla de alegría y tristeza.

—¡Ah, Jess, Killian, aquí están por fin! —dijo—. Estoy muy contento de que hayan llegado. El enviado nos advirtió, pero... lo siento, no es esta la manera en que había esperado recibirles.

Al decir esto, Albert extendió los brazos para indicar el caos reinante a su alrededor. Killian se acercó rápidamente a él para estrecharle la mano.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió mientras Jess abrazaba efusivamente al fiel empleado—. ¿Han entrado ladrones?

—No, ojalá fuera tan sencillo —dijo Albert, mientras se frotaba los ojos y se dejaba caer en una silla—. Ha debido de ser Fergusson en persona el responsable de esto. Miren, ha registrado todos los papeles y se ha llevado los más importantes, además del dinero, por supuesto. Todo esto ha sido por mi culpa.

—¿Cómo es eso? —dijo Killian.

—Cuando Jess desapareció, decidí no contarle nada al señor Fergusson sobre el testamento que habíamos encontrado —explicó—. No parecía haber ningún motivo para hacerlo. Al recibir su carta desde Cádiz, pensé que lo mejor era esperar a que al menos uno de los dos hubiera regresado. Sin embargo, esta mañana, cuando supimos de su inminente llegada, Milner y yo pensamos que ya podíamos enfrentarle con la verdad, pero él nos echó de su casa. Se negaba por completo a atender a razones. Debe de haber venido aquí directamente, después de aquello. Creo que tendría que haber esperado a que estuvieran aquí. Lo siento muchísimo.

Jess le puso una mano en el hombro.

—No podía saberlo, Albert, no se preocupe —le dijo—. Al menos no podrá poner las manos sobre los beneficios de la expedición a China.

Albert la miró con ojos sombríos.

—De eso precisamente se trata —dijo—. ¿No se dan cuenta? Podrá hacerlo, porque ustedes ahora no estarán en condiciones de demostrar que son los dueños de la empresa. Se lo ha llevado todo.

—No todo —repuso Killian—. Aún tenemos el testamento original, o al menos así lo creo.

—¿De verdad? —dijo Albert—. Creía que se lo había entregado usted a Milner y me temo que lo mismo ha ocurrido en su oficina. Acaba de informarme de ello.

El escocés apretó los dientes.

—No, lo dejé en casa de la señora Ljung y ella me prometió que lo guardaría a buen recaudo —dijo—. Será mejor que vayamos a comprobar que está bien. Seguro que Fergusson registrará mis aposentos, aunque espero que no haga lo mismo con los de ella.

—Ojalá —dijo Albert—. Debe de estar desesperado por destruir el testamento. Seguramente registrará mi casa también.

—Entonces no hay tiempo que perder —dijo Killian—. Albert, vaya y asegúrese de que no está en su casa y después compruebe en la de Milner. Adair vendrá con nosotros. Nos encontraremos en casa de la señora Ljung. Tenga mucho cuidado.

—Muy bien —dijo Albert.

—¿Y qué hacemos con Brice? —preguntó Jess, ansiosa, con ojos muy abiertos—. ¿Debería dejarlo con mi madre?

—No, no es seguro —respondió su marido—. Fergusson puede haber regresado allí. Quiero que los dos estéis donde pueda veros.

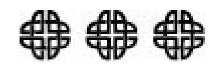
El joven agarró la mano de su mujer y la apretó con tanta fuerza que le hizo torcer la boca de dolor, tal era su miedo a perderlos, a ella y al bebé.

—¿Quién es Brice? —preguntó Albert, confuso, y dio un respingo cuando Jess se dio la vuelta y le mostró al bebé que llevaba colgado a la espalda.

—¡Vaya! No imaginaba...

Ella sonrió fugazmente.

—Nuestro hijo, Brice Aaron Kinross. Más tarde haré las presentaciones. Ahora es mejor que nos demos prisa.



En casa de la señora Ljung reinaba una tranquilidad tan completa que al principio pensaron que ella habría salido a realizar unas compras y que ni siquiera se encontraba allí.

—Adair, ve a comprobar sus habitaciones con cuidado —le dijo Killian —. Nosotros vigilaremos aquí.

El muchacho entró con la cautela de un gato en la sala de la señora Ljung y extrajo una larga daga de su bota, como medida de precaución. Killian y Jess esperaban cerca de las escaleras, en el pequeño recibidor, muy atentos a cualquier ruido dentro de la casa. Brice empezó a moverse y, para evitar que rompiera a llorar, su padre lo extrajo de su bolsa de tela y se lo entregó a su madre para que lo sujetara. Ella lo acunó en sus brazos y le susurró cosas bonitas al oído, para calmarlo.

Adair no tardó en regresar y sacudió la cabeza.

—Vacía —dijo, con la respiración agitada.

Sin embargo, un sonido ahogado que procedía de la planta superior hizo que todos miraran hacia arriba. Killian se tapó los labios con el dedo para indicar que guardaran silencio y subió de puntillas por las escaleras, procurando no pisar en el centro de los escalones, que era donde la madera crujía más. Los demás lo siguieron, caminando de la misma manera. La puerta que daba a sus habitaciones estaba entreabierta y atisbó hacia el interior con precaución. En aquel momento, vio algo en el suelo y se quedó helado. Con gran esfuerzo, el joven contuvo un grito de horror e indignación. La señora Ljung estaba tumbada en el suelo, con el rostro prácticamente irreconocible debido a la sangre que había escapado a chorros de su nariz y con los cabellos hechos una maraña. No se movía, así que supuso que estaba muerta o inconsciente.

Por si se trataba de una trampa, Killian abrió la puerta lentamente y miró detrás, antes de decidirse a entrar en la habitación. Primero hizo una seña a Adair para que comprobara la segunda estancia, mientras su mujer se mantenía detrás, por si acaso. El muchacho regresó

enseguida.

—Ahí no hay nadie. El muy desgraciado debe de haberse marchado —dijo. El joven se fijó en el rostro de Jess, pálido de espanto al ver el lamentable aspecto de la señora Ljung, y se dirigió a ella—. Déme a Brice y atienda a la señora.

Killian se arrojó al suelo junto a la señora Ljung y trató de tomarle el pulso. Para su gran alivio, la anciana se movió cuando él le tocó la muñeca, abrió los ojos y gimió.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó—. ¿Es Fergusson quien ha hecho esto?

—Puedes jurarlo —dijo una voz a sus espaldas. Al volverse, Killian vio que Robert se encontraba junto a la puerta y sujetaba a Jess por detrás. Una hoja de acero brilló junto a la garganta de la joven y los oscuros ojos de Fergusson lo hicieron también, de manera igual de ominosa. El joven inspiró profundamente y notó que la sangre se le helaba en las venas.

—¿Cómo diablos...? —siseó, pero ya sabía la respuesta. Fergusson debía de haberlos estado esperando fuera de la casa y había entrado siguiéndoles los pasos, para sorprenderlos justo cuando menos lo esperaran. Maldijo su propia estupidez al no haber pensado en aquella posibilidad y trató de tragar la sustancia viscosa que el terror parecía haberle formado en la garganta. Ya debería estar acostumbrado a tratar con gente de esa calaña. Respiró profundamente y trató de idear una manera de salir de aquella situación.

—Fergusson, esto no es necesario —dijo, en tono más tranquilo que fue capaz de emitir—. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo.

—No estoy interesado en discutir nada contigo, maldita serpiente —respondió Robert—. Has venido por detrás para arrebatarme lo que es mío. Eres un ser absolutamente despreciable, Kinross. Ahora, dame el testamento o tu mujercita morirá.

Arrastrando consigo a Jess, se alejó de la puerta y avanzó hacia la estufa de porcelana, para evitar que su espalda estuviera expuesta.

—La empresa nunca ha sido tuya, Robert —dijo Killian—. Siempre fue de Jessamijn y lo sabes.

—No es más que una chiquilla —replicó Fergusson—. ¿Qué sabe ella?

Nada. No conoce una palabra sobre el negocio del comercio. Yo trabajé muy duro para ganarme mi puesto. ¿Y todo para recibir una miserable oferta del diez por ciento? ¿Es esa una manera de tratar a una persona que ha trabajado para ti durante años? La compañía me corresponde y la tendré.

El rostro de Fergusson se enrojeció y la joven lanzó un chillido de terror al sentir que él la apretaba con más fuerza.

—La verdad es que, si no hubieras sido tan codicioso, tal vez nadie habría notado nada, Robert —replicó Killian, luchando por mantener el control—. Si hubieras entregado su dote a Jessamijn, ella no habría sospechado nada.

—¡Maldita estúpida! —exclamó Fergusson mientras apretaba el cuchillo contra la piel de la joven, haciéndola gemir—. Tenías que haber hecho lo que se te ordenaba. Todo esto es por tu culpa. ¡Quédate donde estás o la mato! Lo digo en serio —gritó Fergusson, al ver que Killian se acercaba lentamente.

Jess no decía nada, pero su marido podía ver el terror pintado en sus ojos. No soportaba la idea de perderla, después de haber creído que ella y Brice estaban a salvo por fin. Eran lo más precioso de su vida y solo imaginarla sin ellos hacía que le corriera un sudor frío por la espalda.

—Vamos, hombre, sé razonable y piensa en tu esposa y en tu hijo —susurró Killian con voz ronca, tragándose el pánico que tan difícil le estaba poniendo el pensar en un plan de acción. «Piensa, vamos, piensa», se repetía para sus adentros.

—A mi mujer ya no le interesa nada que no sea su pequeño Ramsay —dijo, con una mueca de desprecio—. Ya ni se da cuenta de que estoy ahí. ¡Bah! Ahora puedes cuidarla tú, si quieres. Así podrás también jugar a ser el yerno perfecto.

—Tu hijo te necesita, Robert —probó Killian—. No vas a dejarlo abandonado...

El joven trataba como fuera de ser persuasivo, pero Fergusson estaba demasiado alterado como para atender a razones.

—Volveré a por él cuando haya crecido algo más —dijo—. Así Katrijna tendrá su merecido por monopolizar al niño. Por última vez, Kinross, entrégame el testamento.

Él alzó las manos, como para indicar que se rendía.

—Está bien, pero tengo que acercarme un poco más a ti —dijo—. El testamento está escondido cerca de la estufa. No te precipites ahora, por favor.

Killian avanzó lentamente hacia Fergusson, que retrocedió más hacia su rincón.

—Mantén las manos alzadas, que yo pueda verlas —ordenó.

—Es lo que estoy haciendo —respondió el joven—. Mira, ahora tengo que arrodillarme. Aquí hay un tablón suelto. El testamento está debajo.

—¡Estás mintiendo! —exclamó Robert—. He levantado todos los tablones que estaban sueltos y no hay nada debajo.

—No, seguramente no metiste la mano hasta el fondo. Espera, te lo enseñaré.

Killian se agachó y avanzó a cuatro patas hacia el lugar donde se encontraba Fergusson. Empujó hacia abajo la esquina de un tablón y este salió con facilidad de su sitio. El joven lo sacó del todo y metió la mano en la oquedad.

—Está aquí, en algún sitio —dijo—. Un momento.

Killian fingió rebuscar por los rincones y vio con el rabillo del ojo que Fergusson se había aproximado hacia él y estiraba el cuello para ver lo que estaba haciendo. El joven gruñó para aparentar esfuerzo y agarró disimuladamente el tablón con la mano que le quedaba libre. Antes de que Robert tuviera tiempo para retroceder, lanzó un potente golpe con el tablón, que alcanzó a su oponente justo detrás de las rodillas. Fergusson lanzó un alarido de dolor y soltó a Jess. Killian se puso en pie de un salto, apartó a su mujer de un empujón y se abalanzó contra Robert. Ambos hombres cayeron al suelo, con Killian encima. El joven alzó el puño para golpear a su antiguo patrón, pero notó que su enemigo no oponía resistencia.

—Déjelo, está fuera de combate —dijo Adair mientras se acercaba, todavía sujetando a Brice con un brazo, y ayudaba a Killian a levantarse con la otra mano—. Se ha golpeado con la cabeza en la estufa.

—Gracias a Dios —dijo Killian, al tiempo que se inclinaba y se

apoyaba con las manos en las rodillas, para tratar de frenar el temblor que le agitaba las piernas—. Vigílalo un momento, por favor. Voy a atarlo y a llamar al magistrado Milner para que se ocupe de él. Iré a buscar a un médico para la señora Ljung.

—Basura… —murmuró Adair con la vista fija en Robert y se apostó junto a él. El caído no hacía el menor movimiento.

Killian inspiró profundamente, se acercó a Jess y la abrazó, casi con violencia.

—¿Estás bien, mi amor ? —le dijo—. ¿Te ha hecho daño?

La joven estaba tan pálida como la pared y temblaba casi tanto como él. Se abrazó con fuerza a su marido y movió la cabeza.

—Estoy bien —dijo—. Oh, Killian, esto ha sido…

—Lo sé, lo sé —cortó él—. Ha faltado muy poco, pero estamos a salvo. Nadie más va a hacerte daño, te lo prometo.

Mientras la besaba con pasión, sintió el deleite del sabor de sus labios, el contacto del cuerpo femenino que sujetaba en sus brazos. En aquel instante, se prometió para sus adentros que la mantendría siempre a salvo, costara lo que costase.

—Tal vez ahora podamos disfrutar de un poco de paz y tranquilidad —añadió su marido—. No sé qué piensas tú, pero a mí no me vendrían nada mal unas cuantas semanas sin aventuras de ninguna clase.

Jess le devolvió su beso con igual pasión.

—Amén a todo eso —dijo.

Epílogo

Castillo de Rosyth (Escocia)

Lord Rosyth se encontraba en su salón privado, descansando en un sofá y sumido en la tristeza. Ni siquiera las visitas de sus nietas le alegraban y en ocasiones sentía deseos de cerrar los ojos y descansar para siempre. Había vivido ya demasiado tiempo y no tenía nada bueno que esperar del futuro.

¿Cómo había podido salir todo tan mal?

El anciano suspiró y cerró los ojos. Deseaba que la muerte fuera a buscarle de una vez, pero su cuerpo tenía otros planes. El corazón que albergaba su pecho no deseaba dejar de latir y su salud seguía siendo de hierro.

—Al diablo con todo —murmuró y se levantó para atizar el fuego. Una nube de chispas ascendió por la chimenea. Exasperado, lord Rosyth golpeó con violencia el leño que tenía más cerca, pero aquello no contribuyó ni un ápice a aliviar su frustración.

Un golpe en la puerta le hizo darse la vuelta. Dio permiso y miró con el ceño fruncido al criado que acababa de entrar.

—¿Sí, qué ocurre McKay? —dijo.

—Tiene visita, milord —respondió el sirviente—. ¿Quiere que la haga pasar aquí o prefiere recibirla en el salón principal?

—Hoy no recibo a nadie, ya se lo dije antes —respondió el dueño del castillo. No podía entender por qué sus vecinos eran tan persistentes en sus intentos por animarlo. Deberían haber desistido hacía tiempo. ¿No se daban cuenta de que deseaba estar a solas?

—Este visitante en concreto es diferente, milord —insistió el criado—. Si lo despide, lo lamentará.

Lord Rosyth miró fijamente al hombre, sorprendido ante su impertinencia.

—¡Estamos! —exclamó—. ¿Quién es, entonces?

—Ahora lo verá —dijo McKay, con una sonrisa entre enigmática y socarrona que aún irritó más a su señor. Aquel criado había servido en el castillo durante muchos años, pero jamás se había comportado de manera tan insolente. ¿Adónde iba el mundo?

—¡Hágale pasar aquí! —gritó al sirviente, que se había retirado sin

siquiera esperar la respuesta—. No bajo nunca antes de la cena. Y dígale que no se quede mucho rato. Me cansan las visitas.

—Muy bien, señor —respondió el criado.

Lord Rosyth se quedó mirando hacia la puerta, con el ceño fruncido. Iba a tener que pensar en sustituir a McKay, pues parecía que el hombre empezaba a extralimitarse. Al parecer alguna gente había llegado a la conclusión de que lord Rosyth estaba perdiendo sus facultades mentales a causa de la edad. Pues bien, estaban muy equivocados.

Sin embargo, al cabo de un minuto, el anciano tuvo la sensación de que, efectivamente, sus sentidos habían empezado a engañarle y estaba viendo visiones. Su nieto mayor acababa de entrar en la habitación y se inclinaba ante él, con cierta brusquedad. El nieto a quien no había visto en dos años y que no había contestado a ninguna de sus cartas en todo ese tiempo. ¡Maldita fuera su insolencia!

—¿Dónde demonios has estado? —gruñó el viejo, a modo de saludo—. ¿Y qué has hecho con tu primo?

—Hola, abuelo —saludó Killian—. Es un placer volver a verte, como siempre.

—No seas descarado, muchacho —replicó el aristócrata—. No he recibido ni una carta de vosotros dos en años. ¡Años! No esperarás que acuda a recibirte con los brazos abiertos.

El joven sacudió la cabeza y sonrió con cierto aire de tristeza.

—No, no esperaba nada diferente —dijo—. Ya dicen que genio y figura...

—Está bien, porque ninguno de los dos vais a ver ni un cuarto de penique —espetó lord Rosyth a su nieto—. ¡Par de granujas sin oficio ni beneficio! Mira que dejar solo a un hombre mayor, para que tenga que soportar sin ayuda todas sus cargas. ¡Debería haceros azotar a los dos!

Killian se cruzó de brazos con actitud de fuerza y seguridad en sí mismo.

—Si quieres, puedes intentarlo —dijo.

—¡Basta de insolencias! —exclamó lord Rosyth—. Solo dime qué has

hecho con Farquhar y puedes irte por donde has venido. Al menos ahora sé que estabas vivo, así que deduzco que me evitabas deliberadamente. No esperaba otra cosa, pero aun así...

—¿Y qué te hace pensar que le he hecho algo? Él no me acompañó a Suecia —replicó.

—En fin, yo... —lord Rosyth se interrumpió, porque no tenía respuesta lógica a aquella pregunta, solo la intuición de que Killian tenía algo que ver en la desaparición de Farquhar—. Bueno, siempre estabais metiéndoos en líos. Es normal pensar que tú sabes dónde está. Siempre eras el líder.

—No es así. Solo porque cargara siempre con las culpas por todo lo que hacíamos no quiere decir que yo fuera el instigador. Pero vaya, sea como fuere... —dijo Killian y se interrumpió para mirar al infinito durante unos instantes. Después volvió los ojos a su abuelo y una expresión de tristeza y remordimiento cruzó fugazmente sus facciones —. Lo siento. Farquhar ha muerto.

—¿Qué? ¿Cómo? —dijo lord Rosyth, que sentía que la cabeza le daba vueltas. Había temido que sus dos nietos hubieran fallecido, pero al ver entrar a Killian había albergado falsas esperanzas de que ambos estaban vivos—. ¿Qué has hecho?

El joven apretó los labios.

—Nada, abuelo —respondió—. No hice nada, pero dado que no vas a creerme, tal vez será mejor que lo dejemos aquí.

—¿Cómo murió, entonces? —preguntó lord Rosyth, que sentía que había quedado en evidencia de alguna manera y aquello lo irritaba todavía más—. Si no fuiste tú ¿qué fue lo que pasó?

—Farquhar murió en el mar, creo que de disentería, a bordo del *Hertogh Van Lorreynen*. Puedes verificarlo escribiendo al capitán John Ley, de la compañía de Ostende —dijo Killian, al tiempo que sacaba un papel de su bolsillo y lo colocaba sobre la mesa—. Aquí está su dirección.

Lord Rosyth parpadeó, todavía anonadado por aquellas noticias.

—Oí el rumor de que había partido a China, pero no le di crédito —dijo—. ¿Qué demonios estaba haciendo en un barco de Ostende?

—Seguirme —respondió Killian.

—¿Y por qué haría eso? No lo entiendo —dijo su abuelo. Bullían demasiadas preguntas en su cabeza y no sabía a cuál de ellas atender primero.

—Claro, ese fue siempre el problema —dijo Killian, acercándose a la ventana para mirar hacia el jardín—. Nunca fuiste capaz de ver lo que estaba delante de tus ojos. Era más fácil dejar que Farquhar siguiera adelante con sus jueguecitos que hacerle frente de una vez por todas ¿verdad? Lo triste es que él podría haberse hecho cargo de Rosyth, ya que yo no quiero saber nada. Puedes entregar la heredad a quien mejor te parezca.

El joven pronunció aquellas palabras con un tono tranquilo y decidido, muy lejos de la vehemencia y acritud que había presidido su última conversación con su abuelo. En aquel momento, lord Rosyth se dio cuenta de que ya no se enfrentaba a un muchachito, sino a un hombre. A alguien con personalidad propia y a quien no se podía manipular ni coaccionar de ninguna de las maneras.

Antes de que tuviera tiempo de pensar más en ello, Killian giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

—Ahora me marcho —espetó—. Sin duda querrás estar solo para llorar en paz tu pérdida.

—¡Al diablo con todo eso! —exclamó lord Rosyth—. Quiero la historia completa y no esta sarta de tonterías sensibleras. Jueguecitos... eras tú el principal aficionado a ellos.

Killian se detuvo, se volvió y miró a su abuelo con ojos cuyo intenso azul hacía presagiar tormenta.

—¿Yo? ¿Juegecitos yo? —dijo—. Fui más que honesto en todos mis tratos contigo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuando te marchaste a Edimburgo para forzar mi mano? ¿No consideras que eso sea manipulación? —saltó lord Rosyth—. Pues bien, vi tu farol. Apuesto a que te sorprendió cuando no fui detrás de ti para pedirte que volvieras.

—En absoluto, nunca lo esperé —dijo Killian mientras se acercaba a la chimenea. Una vez allí, señaló una de las dos grandes butacas que la flanqueaban—. ¿Puedo sentarme? Si vamos a reanudar esta tediosa conversación, mejor será que lo haga sentado.

—Por supuesto —concedió lord Rosyth mientras se acomodaba en el

otro asiento. De pronto sentía como si todos sus años se le hubieran echado encima de repente—. Ahora, empieza por el principio. ¿Qué es lo que crees que nunca vi?

—¿De verdad no lo sabes? —preguntó Killian y alzó las cejas, incrédulo—. Farquhar siempre codició el título de lord y la propiedad de Rosyth. ¿No te habías dado cuenta?

—Por supuesto que sí, pero era la envidia natural de un chiquillo que quería aquello que no podía tener —justificó el anciano—. Siempre pensé que, con la edad, lo había superado. Después de todo, era muy consciente de que tú eras el heredero y yo le daba una asignación muy generosa por ayudarme a gestionar la propiedad.

—¿Ah, sí? ¿Llegó a superarlo, dices? —inquirió Killian, mientras clavaba su mirada en la de su abuelo—. ¿Puedes decir honestamente que alguna vez le inculcaras la idea de que yo era lo bastante bueno como para heredar nada? Yo, el nieto medio irlandés, que jamás estuvo a la altura de sus hermanos muertos... ni siquiera a mí me lo quisiste transmitir y por eso me marché.

—Eso es absurdo —replicó lord Rosyth—. Simplemente necesitabas vivir la aventura, como joven que eras, y yo lo entendía, pero pensaba que una vez te hubieras tomado tu tiempo, madurarías y regresarías para aprender a ser un buen terrateniente. Pensé que, al cortarte toda tu asignación, volverías antes. Como ha quedado claro, era solo cuestión de tiempo.

—¿Y estar bajo tu control? —replicó su nieto a su vez—. Nunca. Soy un hombre independiente. Creía que te lo había dejado claro.

—Podríamos haber trabajado juntos —argumentó el anciano, pero se dio cuenta de que sus palabras no sonaban demasiado creíbles, ni siquiera para sus propios oídos. Él tenía tendencia a ser dominante, debía reconocerlo, y el chico siempre había sido testarudo. Lo cierto era que se parecían mucho. ¿Demasiado tal vez?

—¿Y qué hay de todas las mentiras que inventaba Farquhar acerca de mí? Te tragaste todas y cada una de ellas —le espetó a su abuelo—. Incluso te creíste aquella historia sobre mí y la hija de Ruaridh, hasta que te convencí de su falsedad.

Lord Rosyth sacudió la cabeza.

—No todas, no —dijo—, pero la mayoría fueron corroboradas por otros. ¿Puedes negar que vivías una vida disoluta, entre mesas de

juego y en antros de perdición?

—Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir —respondió el joven—. No puedes culparme por ello, cuando no me dabas nada. Hubo momentos en que no tenía ni para comer.

Killian dijo esto último con la mirada fija en las llamas de la chimenea. Un leve temblor de su mandíbula indicaba que no estaba tan tranquilo como parecía indicar su voz.

—Esperaba que regresarías y me pedirías ayuda —dijo lord Rosyth—. Podríamos haber llegado a un acuerdo para que permanecieras aquí al menos una parte de año, a cambio de una asignación.

—Jamás habría funcionado —replicó Killian.

—Uf, tal vez no. Eres muy cabezota —dijo el viejo. Durante unos instantes rumió aquella idea y concluyó que no merecía la pena continuar discutiendo sobre ella. Sus pensamientos se dirigieron de nuevo a su otro nieto—. Así que, según tú, tu primo no paraba de conspirar contra ti y por eso te siguió hasta China.... Por cierto ¿qué estabas haciendo allí?

—Me enrolé en una expedición a Cantón, en calidad de asistente del primer sobrecargo —respondió—. Era una gran oportunidad para aprender el oficio del comercio y, dado que además había invertido en el cargamento, tenía la oportunidad de hacerme rico. Farquhar debió de averiguarlo y decidió tratar de impedírmelo. Supongo que no deseaba que yo destacara más que él ante tus ojos. Como si eso hubiera sido posible....

Killian concluyó su última frase con una amarga sonrisa.

—Ya veo. ¿Y lo conseguiste?

—¿El qué? ¿Hacerme rico? —dijo Killian con una risa irónica—. Sí, aunque mi esposa también tuvo algo que ver en ello.

—¿Estás casado? —inquirió el anciano. Por alguna razón, aquello parecía sorprenderle más que ninguna otra cosa que le hubiera contado su nieto.

—Sí, con la hijastra de Robert Fergusson, Jessamijn —respondió—. También tengo un hijo, Brice. Pronto cumplirá un año.

Aquello era excesivo como para ser asimilado de un solo golpe y lord

Rosyth se quedó boqueando con expresión estúpida, como un pez fuera del agua.

—¿Un hijo? ¿Tienes un hijo? Nunca pensé.... —dijo—. Cuando tú y Farquhar desaparecisteis, perdí toda esperanza de que el linaje directo de los Kinross pudiera continuar. Gracias a Dios por sus pequeños favores.

—¿Pequeño dices? —gruñó el joven—. Yo diría que es una gran bendición. En todo caso, está abajo, con Jess. Si lo deseas, te los presentaré antes de que nos marchemos, pero nos estamos desviando del asunto que nos ocupa. ¿Quieres oír el resto de la historia o no?

—Sí, sí, continúa.

—Como te decía, Farquhar se enteró de que había partido hacia China y salió en mi busca, dispuesto a asesinarme, si no me equivoco —explicó.

—¿Asesinarte? —apenas acertó a pronunciar lord Rosyth, mientras inspiraba profundamente. Jamás había creído que Farquhar tuviera estómago para una acción tan drástica, pero ahora le aterraba la idea de que hubiera podido estar equivocado.

—Trató de matar a mi mujer y a mi hijo en dos ocasiones y después me atacó a mí delante de testigos —dijo—. Puedo proporcionarte declaraciones firmadas de todo ello, si lo deseas.

Killian miró fijamente a su abuelo, anticipando como siempre que no le creería.

—No, no es necesario, creo en tu palabra —dijo este, sin embargo— Es solo que no lo entiendo. Siempre fue tan... cobarde.

Tenía que reconocer que no había otra manera de describir a su primo.

—Creo que, llegado ese punto, no estaba ya en sus cabales —dijo Killian—. Intentó provocar un incendio en la casa donde se alojaba mi esposa. Como no le dio resultado, la atacó con un puñal y después hizo lo mismo conmigo. No parecía importarle que otras personas le vieran matarme. Parecen acciones impropias de una persona en su sano juicio.

Lord Rosyth volvió a respirar hondo.

—Desde luego. En todo caso, no tuvo éxito…

La expresión del joven se ensombreció.

—No, la suerte estuvo del lado de Jess —dijo, encogiéndose de hombros—, y yo por mi parte conseguí atraparlo. Quedó bajo custodia del capitán Ley, en cuyo barco había viajado hasta China y que por ello accedió a traerlo de vuelta a Europa. Fue la última vez que lo vi.

Lord Rosyth guardó silencio durante un buen rato y después se aclaró la voz.

—Yo… hum… parece que te debo una disculpa, Killian —dijo por fin. Le costó un gran esfuerzo pronunciar aquellas palabras, pero sabía que eran necesarias si querían avanzar. Se había equivocado, al menos en algunas cosas. Inspiró profundamente—. ¿Podrás perdonarme?

Su nieto lo miró fijamente, como si sopesara la sinceridad de sus palabras, y el anciano sostuvo su mirada. El joven asintió con la cabeza, sonrió y le tendió la mano.

—Muy bien —dijo—. ¿Firmamos una tregua?

—Sí, la firmamos —dijo el abuelo, al tiempo que estrechaba con ambas manos la que le tendían y sentía su fuerza. Era algo reconfortante, pero de alguna manera le irritaba sentirse así. Podía ser viejo, pero no necesitaba a nadie más fuerte que él para gobernar la casa. Por supuesto deseaba preparar al muchacho para que tomara las riendas algún día, pero no estaba dispuesto a entregárselas por el momento. «De todas formas, no me vendría mal un poco de ayuda. Me canso con más facilidad estos días», pensó.

—Bien ¿vamos entonces a conocer a tu familia? —dijo de manera algo brusca, para ocultar sus sentimientos.

Killian se levantó.

—Sí, iré a buscarles —dijo.

Al cabo del rato, lord Rosyth lo vio entrar en la habitación acompañado por una hermosa joven de cabello rubio que llevaba a un bebé en los brazos. El anciano se sintió sacudido por una oleada de intensa emoción al ver a su bisnieto y tuvo que hacer un esfuerzo por mantenerse derecho y saludar correctamente a la esposa de Killian.

—Estoy encantado de conocerla —dijo.

—Y yo de conocerle a usted —repuso ella con una inclinación—. Este es Brice.

La joven depositó al robusto niño en el suelo y este no tardó en ponerse de pie con ayuda de la silla más cercana. Era rubio, como su madre, pero con los ojos de azul intenso de su padre. Brice miró a su bisabuelo con ojos curiosos y confiados.

—Hola, pequeño —le saludó este y miró a Killian—. Debo decir que me parece muy acertado el nombre que habéis elegido para él.

—Sí, suponía que te gustaría —respondió su nieto.

—No es porque sea un nombre escocés —dijo, de nuevo con tono ligeramente irritado—. Es porque es el nombre de una persona muy valiente que nunca debió habernos sido arrebatada.

Sin embargo, lord Rosyth sonrió a Killian, como tanteándole, y se obligó a reconocer que había algo más en lo que había estado equivocado.

—La verdad —añadió—, creo que serás mejor terrateniente de lo que tu hermano jamás hubiera sido. No tenía cabeza para los números, solo quería pelear. Tú eres más sensato.

—¡Ahora me lo dice! —exclamó el joven, sonriente y con ojos dirigidos al techo. Jessamijn sacudió la cabeza.

—Compórtate —dijo y lord Rosyth observó complacido la mirada llena de adoración mutua que intercambiaron ambos jóvenes. Jamás imaginó que su nieto pudiera casarse por amor, pero tenía la prueba ante de sus ojos.

Lord Rosyth se sentó de nuevo en su butaca y Killian hizo lo propio, al tiempo que abrazaba a su mujer por la cintura y la atraía para que se sentara junto a él, en el brazo del asiento.

—¿Qué planes tenéis? —preguntó lord Rosyth y miró a su nieto con orgullo en sus ojos por primera vez en su vida. Definitivamente, ya no era un muchacho, sino un hombre hecho y derecho, decidido e inteligente. Sin duda, el señor que Rosyth necesitaba—. ¿Vais a quedaros aquí?

—No, no de manera permanente —respondió su nieto—. Lo siento, pero Jess y yo dirigimos una empresa de comercio en Gotemburgo. Disfrutamos mucho con ello y no queremos dejarlo por el momento.

Acabamos de conseguir unos beneficios del setenta y cinco por ciento con una expedición a China, así que sería una locura no continuar. Podemos pasar algunos meses al año aquí, contigo, pero la mayor parte del tiempo debemos residir en Suecia.

Lord Rosyth leyó la determinación en la mirada de su nieto y supo que tendría que aceptar su decisión, por mucho que él prefiriera otra cosa. Asintió con la cabeza.

—Bien, supongo que con eso nos arreglaremos —gruñó. El anciano tomó la mano de su bisnieto, que en aquellos momentos se dedicaba a juguetear entre sus piernas, y dio para sus adentros las gracias a Dios por aquel regalo. Era más de lo que merecía y estaría agradecido eternamente, aunque no necesitaba decírselo a su nieto. No de momento, al menos.

Admitir dos cosas era más que suficiente para un solo día.

Nota de la autora

Este relato está basado en la historia de la primera expedición a China de la Compañía Sueca de las Indias Orientales, en 1732, y he tratado de ser fiel a los hechos en la medida de lo posible. Dado que se trata de una novela, me he tomado algunas libertades para construir una historia más emocionante que los meros hechos, pero el viaje y varios de los incidentes que se describen ocurrieron realmente, por ejemplo la captura del barco sueco cerca de Batavia.

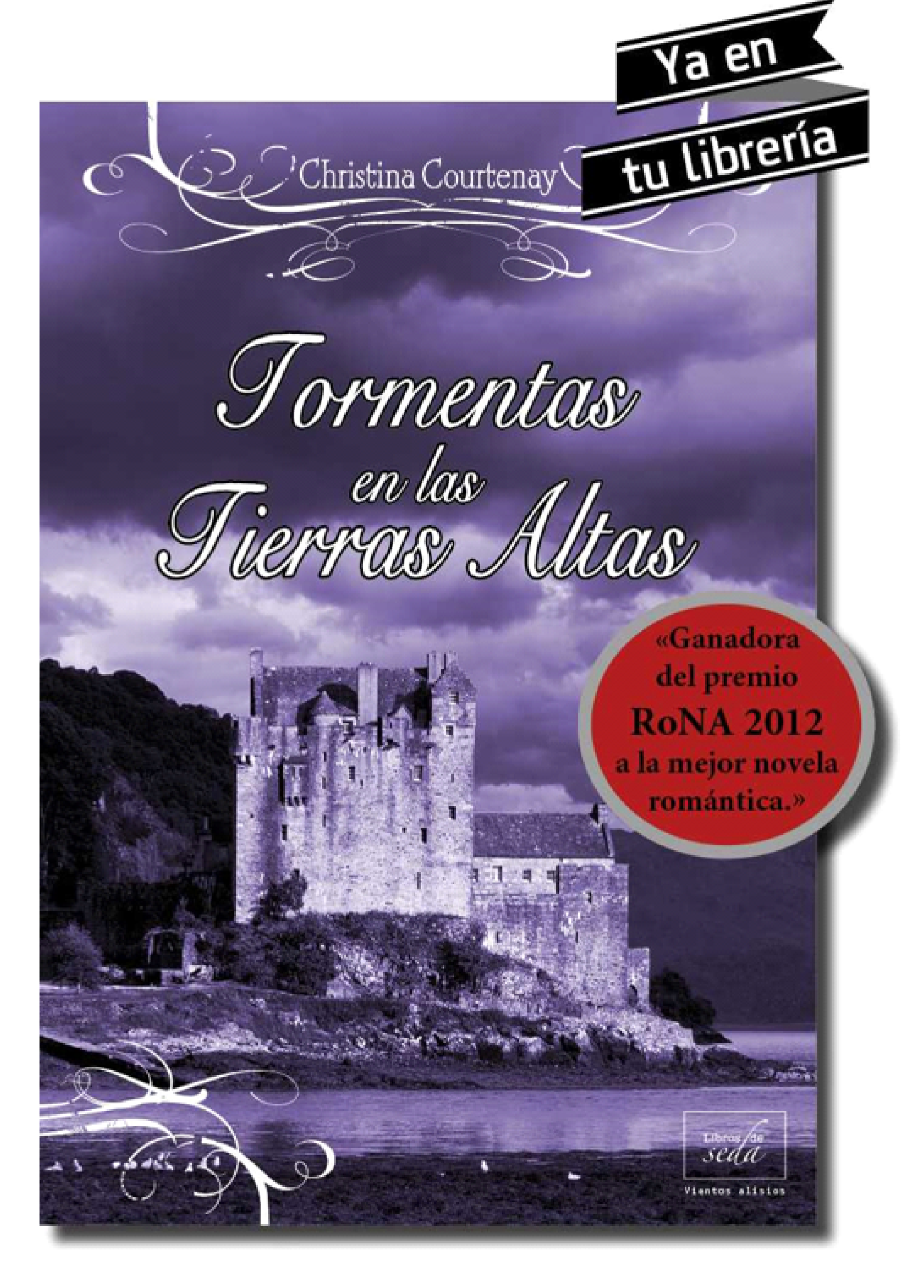
La Compañía Sueca de las Indias Orientales *(Svenska Ost Indiska Compagniet, SOIC)* fue creada en junio de 1731, aunque originalmente se llamaba *Henrik (Hindrich) König & Compagnie*. El primer barco que navegó para la compañía fue el *Friedericus Rex Sueciae*, que efectuó un viaje a Cantón en las fechas que se especifican en esta novela (zarpó de Gotemburgo el 24 de febrero de 1732 y llegó de vuelta el 26 de agosto de 1733). Aunque los personajes de Killian, Jessamijn, sus amigos y sus familiares son ficticios, Colin Campbell era el nombre del primer sobrecargo. El resto de los sobrecargos y miembros de la tripulación nombrados en la novela son también personajes reales.

He tratado de describir a Colin Campbell de la manera más ajustada posible al personaje real, según lo que se desprende del diario de a bordo que él mismo escribió (ver *A Passage to China - Colin Campbell's diary of the first Swedish East India Company expedition to Canton, 1732-1733*, editado por Paul Hallberg y Christian Koninckx, de la Real Sociedad de Artes y Ciencias de Gotemburgo, 1996, ISBN 91-85252-55-7). Escocés nacido en Edimburgo, tenía alrededor de cuarenta y cinco años en la época de la expedición y contaba con gran experiencia en el comercio con Extremo Oriente. Había viajado a Cantón en calidad de sobrecargo en anteriores ocasiones y por ello la Compañía requirió sus servicios y lo convirtió en uno de sus primeros directores. Campbell decidió viajar como primer sobrecargo para enseñar a otros el camino y gracias a él la expedición fue un éxito. Otros barcos de la Compañía darían continuidad más tarde a las lucrativas expediciones comerciales entre Suecia y China.

Durante sus primeros años de existencia, la Compañía contrató a muchos ingleses y escoceses, especialmente como sobrecargos, ya que tenían más experiencia que los suecos. Esto fue cambiando con el tiempo, pero los extranjeros que viajaban en los barcos de la Compañía recibían la nacionalidad sueca como medida de precaución (ya que los demás países no querían competencia). Campbell se convirtió en súbdito de Suecia en el momento en que fue aprobada la carta fundadora de la Compañía, en 1731, y también en el primer representante oficial sueco ante el emperador de China (ministro

plenipotenciario). A su regreso de la expedición, fue recibido por el rey Federico I, quien le regaló una estatuilla que lo representaba a él mismo cubierto de brillantes. Campbell se quedó en Suecia y vivió en Gotemburgo hasta su muerte.

Para cualquiera que esté interesado en saber más acerca de la Compañía, el Museo de la Ciudad de Gotemburgo conserva una colección de instrumentos de navegación y amplio material para la investigación, como los diarios de a bordo escritos por sus intrépidos empleados. Como mencioné en los Agradecimientos, estoy en deuda con Agneta Hermansson y su equipo en el museo por la ayuda que me prestaron para encontrar los documentos que necesitaba y por su amable acogida.



Ya en
tu librería
Christina Courtenay
Tormentas
en las
Tierras Altas
«Ganadora
del premio
RoNA 2012
a la mejor novela
romántica.»
Libros de
seda
Vientos alisios

Tormentas en las Tierras Altas

¿En quién podemos confiar cuando todo parece derrumbarse a nuestro alrededor? ¿Es posible volver a amar cuando tu primer gran amor te traiciona de manera inesperada? Corre el año 1754 y Brice Kinross, hundido tras la traición de su hermano y de su prometida, necesita empezar de nuevo y olvidar. Por eso, cuando le proponen dejar Suecia e instalarse en las Tierras Altas escocesas para ocuparse de la hacienda familiar, acepta sin dudarlo. Pero los problemas le esperan en la propiedad de sus antepasados: Seton, el hombre bajo cuya responsabilidad su padre dejó Rosyth ocho años antes, se ha dedicado todo ese tiempo a expoliar la finca. Brice solo encuentra en Rosyth una aliada, Marsaili Buchanan, y junto a ella tratará de desenmascarar a Seton. Sin embargo, ¿puede Brice confiar en una mujer cuando hace tan poco ha sido engañado por aquella a quien amaba?

Marsaili es una joven independiente que trabaja con ahínco para procurarse una vida mejor y no depender de ningún hombre, empezando por el capataz de la finca, Seton, que la acosa y que esconde oscuros secretos. Sin embargo, Marsaili se siente irresistiblemente atraída por el nuevo líder del clan, Brice, a pesar de que él ha dejado claro que no quiere atarse a nadie. La venganza de Seton al sentirse rechazado en beneficio de Brice pondrá en peligro la vida de todos ellos de una forma brutal.

Libros de Seda nace de la ilusión y el esfuerzo de un grupo de profesionales del mundo del libro con la intención de ser un referente dentro de la novela romántica y juvenil en español y hacer llegar a sus lectores obras de calidad.

Novelas contemporáneas, históricas, eróticas, de aventuras… seleccionadas con esmero para satisfacer los diversos intereses y sensibilidades de los lectores con dos sellos diferenciados: **Seda romántica** y **Seda juvenil**.

Estaremos encantados de recibir todos los comentarios y sugerencias por vuestra parte que nos sirvan para mejorar en este propósito.